



ALYSON
RICHMAN

AUTORA DE *LOS AMANTES DE PRAGA*

El
jardín
italiano

UN AMOR QUE DESAFIARÁ A MUSSOLINI
Y HARÁ FRENTE AL HORROR DE LA GUERRA


ESPASA

Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
Cita	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
23	
24	
25	
26	

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

Nota de la autora y agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

- Primeros capítulos
- Fragmentos de próximas publicaciones
- Clubs de lectura con los autores
- Concursos, sorteos y promociones
- Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Portofino, Italia, 1943. La joven Elodie se baja de un barco, demasiado aterrorizada como para sortear el control de soldados alemanes, hasta que un desconocido sale en su ayuda.

Apenas unos meses antes, Elodie era una prometedora chelista en Verona, pero cuando el régimen de Mussolini asesina a su familia, se unirá a la resistencia, encabezada por Luca, un apasionado librero. Aunque a medida que la ocupación avanza, Elodie se verá forzada a huir.

En Portofino, el joven doctor Angelo Rosselli, carga con dolorosos secretos y vive acongojado por la culpa. Pero la llegada de Elodie despertará en él un algo que pensaba haber perdido para siempre.

EL JARDÍN ITALIANO

Alyson Richman

Traducción de Susana Olivares Bari



Para Katia Galvetto, que me dio Verona

*Para Zachary, Charlotte y Stephen,
a quienes siempre amaré más allá de las estrellas*

—Los hombres han olvidado esta verdad —dijo el zorro—. Pero tú no debes olvidarla.
Eres responsable para siempre de lo que has domesticado. Eres responsable de tu rosa...

Antoine de Saint-Exupéry,
El principito

PORTOFINO, ITALIA

OCTUBRE DE 1943

Ella lleva en la mochila su vida entera, reducida a poco más que pequeños fragmentos. Aunque el peso físico de estos es insignificante, todo lo que carga parece pesarle. Se sujeta la falda para contenerla, pero el viento que sopla desde la bahía es implacable y el algodón ondea a su alrededor como un paracaídas. Cierra los ojos e intenta imaginar que se eleva sobre la cubierta del barco, flota sobre el aire fresco y mira hacia abajo mientras el navío atraviesa las aguas. Génova, Rapallo y la costa occidental de Italia semejan el filo de un cuchillo contra el mar. Desde el barco puede ver las pálidas fachadas de las villas acurrucadas contra los acantilados y los hoteles centenarios que miran al océano.

Lleva días viajando, pero parece que hayan sido meses. Con el pañuelo gris sobre su cabello oscuro y el modesto y sencillo vestido azul marino, podría ser cualquier muchacha italiana de poco más de veinte años.

Tiene el estómago vacío. Trata de olvidar el hambre y se dedica a observar a los demás pasajeros que la acompañan. El barco lleva a cerca de treinta personas. Siete son soldados alemanes y hay varias abuelas vestidas de luto. Los demás son hombres y mujeres normales y corrientes; anónimos.

Justo como espera que la vean a ella.

Desde el principio de la guerra aprendió a pasar inadvertida, a parecer insignificante, alguien a quien no valdría la pena parar por la calle. No puede recordar la última vez que se puso un vestido de colores o su blusa de seda favorita, la de las flores blancas. La belleza, como ha terminado comprendiendo, es un arma más; mejor ocultarla, y mostrarla solo ante una necesidad imperiosa.

El instinto la lleva a cubrirse el vientre con ambas manos cuando el barco se acerca al muelle. Le sorprende ver a tantos alemanes allí, en especial cuando creía que iba a encontrarse a salvo. Hace semanas que trata de evitarlos, pero aquí están, en el muelle, a la espera de revisar los documentos de todos los pasajeros.

Siente que el estómago le da un vuelco. Se quita la mochila y, sin pensarlo, la aprieta contra el pecho.

Se pone de pie, pero siente que las piernas le flaquean bajo el peso del cuerpo. Se lleva las

manos a las mejillas y las presiona levemente para que la palidez de su miedo dé paso a un poco de color.

Temerosa de que los soldados decidan hurgar en el fondo de su mochila, saca sus documentos falsificados y los sostiene a su lado. Avanza con lentitud detrás de una de las viudas, que lleva un crucifijo tan enorme que espera que le sirva de protección a ella también, o, por lo menos, que distraiga a los soldados por un momento.

Camina con cuidado por la cubierta hasta alcanzar el muelle. Elevadas sobre la colina, las casas casi parecen dientes. Observa las buganvillas que decoran las terrazas y las flores de hibisco que se abren como parasoles bajo la luz del día. Inhala la fragancia del jazmín, pero el temor la debilita con cada paso que da.

—*Ausweis!*

Los alemanes gritan sus órdenes mientras arrebatan la documentación de las manos nerviosas de la gente.

Elodie es la siguiente. Sus manos se aferran a los papeles falsos. Unas semanas antes destruyó el carné que ofrecía su identidad verdadera. Ahora, Elodie Bertolotti es Anna Zorzetto.

«Anna. Anna.» Trata de concentrarse en su nuevo nombre.

Siente que el corazón se le sale del pecho.

—¡Siguiente! ¡Tú!

Uno de los alemanes le arranca los papeles de las manos con tal fuerza que sus dedos se tocan durante un instante. El mero contacto la hace estremecerse.

—¡Nombre! —exclama el alemán. Su voz es tan brusca que Elodie se queda paralizada y es incapaz de emitir el más mínimo sonido—. ¡Nombre!

Su boca se abre, pero es como un instrumento con sordina. Empieza a tartamudear y, de la nada, una voz atraviesa el aire.

—¡Prima, prima! —le grita un hombre de pecho amplio y fuerte de entre la muchedumbre reunida en el muelle—. ¡Prima! Gracias a Dios que estás aquí. ¡Llevo días esperándote!

El hombre se abre paso hasta el frente del gentío y la abraza.

—Viene conmigo —le dice al soldado alemán.

—Pues... llévesela, entonces —masculla este mientras estira la mano para tomar los documentos de la siguiente persona de la fila.

El hombre corpulento, a quien Elodie no había visto jamás, la agarra del brazo con firmeza y empieza a conducirla a través de la multitud. Aparta de su camino a empujones a diversas personas para que ella pueda seguirlo sin estorbos.

Da media vuelta para mirarla y señala con la mano una colina.

—Por allí —susurra—. Vivo más arriba del puerto, en el acantilado.

Ella se detiene en seco un segundo. Todavía puede oír el barullo del muelle: los alemanes que espetan órdenes, la gente que grita tratando de localizar a sus familiares, el llanto de los niños agotados.

—No soy su prima —le dice al fin—. Debe de estar equivocado.

Trata de hablar lenta y claramente. Si bien es verdad que la manera en que habla el hombre es más formal que el dialecto que ha escuchado en el muelle y su discurso es más educado, Elodie no quiere arriesgarse a que malinterprete sus palabras.

Se le ha aflojado el pañuelo, lo que permite que su rostro emerja de entre el mar de tela como agua que deja atrás una gema pulida. De inmediato, el hombre queda impactado por el verde de sus ojos y por la intensidad de su mirada. La observa unos segundos en silencio antes de responderle:

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué me ha salvado?

Elodie oye la respiración del hombre, un suspiro que se le escapa del pecho.

—Cada pocos meses bajo al muelle para salvar a una persona.

La chica lo observa, confundida:

—Pero ¿por qué me ha escogido a mí?

Él estudia su rostro, como para confirmar algo que ya sabe.

—¿Por qué? Es sencillo. Elijo a la persona que parezca más asustada.

PORTOFINO, ITALIA

OCTUBRE DE 1943

El hombre le pregunta si quiere que la ayude con la mochila, pero ella lo rechaza.

—Solo la cargo yo.

No le insiste. Todavía no puede comprenderla del todo. Solo puede olfatear el temor que despide, que le recuerda al de un animal perseguido. Se muestra inquieta y desconfiada, y su expresión no se suaviza en todo el trayecto por los callejones hasta su casa. Mantiene la vista al frente y ni una sola vez se detiene a contemplar la impoluta belleza del pueblo y el mar.

El hombre alterna entre adelantarse y andar algunos pasos por detrás de ella. A ratos siente la traición de su propio cuerpo; el estómago abultado, las piernas cortas, el pie lesionado que lo mantuvo alejado de la guerra. La muchacha va algunos pasos por delante, y el hombre advierte la firmeza de su cuerpo. Los músculos tensos de sus pantorrillas, la solidez de sus caderas, la fuerza de sus brazos.

—Ya casi hemos llegado —informa.

Lo observa con atención por encima del hombro. Él conoce de sobra esa mirada, la de alguien vulnerable que quiere aparentar fortaleza; la ha visto en incontables ocasiones el último año.

—Puedes confiar en mí —le dice a la chica.

Ella lo vuelve a mirar fijamente. Una de las correas de la mochila se desliza de su hombro y ella la devuelve a su lugar.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta el hombre.

Está tan cansada que está a punto de responder «Elodie», pero se refrena antes de decirlo.

—Anna —contesta—. Anna Zorzetto.

—Anna. Soy médico. El único del pueblo. Te aseguro que no hay ningún motivo para temerme.

La muchacha parece aceptar la explicación, pero su expresión no se suaviza bajo los rayos del sol. De hecho, el hombre nota que sucede justo lo contrario, es como si la chica se pusiera más rígida con cada una de sus palabras.

Ella trata de analizarlo. Su mirada y las arrugas que le atraviesan el rostro revelan tristeza y seriedad al mismo tiempo.

Se da la vuelta, como si quisiera lanzar una última ojeada al puerto que se extiende más abajo.

Le urge olvidar el terror que ha experimentado hace apenas algunos minutos, cuando pensaba que podrían poner en duda su documentación o, peor aún, registrar su mochila.

—Bueno —logra decir al fin—. Supongo que tendré que confiar en usted. No tengo otra opción, ¿verdad?

Se adentran todavía más en el acantilado rocoso; suben por un caminito agreste y atraviesan antiguas paredes de piedra que parecen servir de barricada en la empinada ladera montañosa. Finalmente llegan a un pequeño arco cubierto de hiedra. Oculta entre una especie de jungla de flores y follaje se encuentra una casa blanca; la pesada puerta de madera está cubierta por varias capas de brillante pintura verde. Mientras observa los limoneros y las higueras, Elodie percibe una vez más el perfume de jazmín que flota en el aire. Se siente mareada. Estos son muy distintos de los árboles de su infancia, al norte de Italia, con su fresco aroma a pino y enebro. Aquí tiene la sensación de acabarse de despertar de un sueño. El dialecto le es ajeno, la piel de sus habitantes es más curtida, y su ropa, menos refinada.

¿Cuántos días han pasado desde la última vez que durmió profundamente? La fatiga que arrastra la tiene casi paralizada y está ávida de sueño. Todo lo que hace parece requerir de cantidades insospechadas de energía, y a ello se suma la tensión de tratar de no parecer cansada y vulnerable.

Ya dentro de la casa, el médico le ofrece un vaso de agua. Ella lo apura ansiosa y él se lo rellena dos veces más. En la cocina corta tres rebanadas de pan y sirve algo de miel en un tazón. Luego retira el tallo de un caqui y lo corta en cuartos para vaciar su suave pulpa en un plato.

Aunque le apetezca tomar más cantidad, Elodie unta solo una cucharada de miel en el pan y deja gran parte del caqui. No quiere revelar la magnitud de su hambre, pero se bebe hasta la última gota del tercer vaso de agua.

—Seguramente estarás agotada por el viaje —dice él—. Tengo un cuarto libre donde puedes descansar.

La acompaña hasta una pequeña habitación con paredes blancas, suelo de azulejos y una ventana que mira al mar. El aire sopla entre las cortinas translúcidas y la imagen le recuerda a su falda ondeando en la brisa marina.

—Sí, necesito dormir —responde.

Él cierra la puerta tras de sí y Elodie espera hasta escuchar que las pisadas se alejan por el pasillo. Advierte que la puerta tiene llave y le da una vuelta hasta que oye el sonido del cerrojo. Después, cuando siente que por fin está a salvo, aunque tan solo sea de momento, deja su mochila sobre la cama y la abre.

La mochila contiene tanto lo que uno se esperaría como lo que no esperaría.

Retira la primera capa de ropa. El vestido de recambio de color azul, una combinación, ropa interior. Después, el suéter de Luca, que se acerca al rostro y huele con una profunda inhalación.

Su corazón se le acelera cuando retira la segunda capa de cosas. Un pequeño neceser que contiene el cepillo de dientes, una pastilla de jabón y un peine.

Después vienen su camisón y la pequeña bolsita con el amuleto atado al cordón de cuero que ahora sostiene entre sus manos. Al final, del fondo de la mochila saca un libro tan delgado que podría tratarse de un diario. Lo observa unos instantes antes de colocar una mano sobre su gastada cubierta y, después, con enorme reverencia, abrirlo. En su interior hay una hoja de papel doblada. Pero esta vez no se trata de un mensaje incomprensible escrito en clave, ni tiene el cometido de entregárselo a alguien, como sí hizo cuando era mensajera para la Resistencia. Desdobla la hoja y revela una partitura.

Cuando cierra los ojos, oye la canción impresa en el papel.

¿Cómo es que uno oye la música? ¿Se trata acaso del ritmo de un lenguaje sin palabras? ¿De un código imposible de traducir? Elodie escucha el fluir de las notas en su cabeza como si se tratara del movimiento del agua. Comienza en ondas suaves. También oye el color en las notas. El trazo pálido de tinta de color azul o el fulgor de una piedra blanca. Tranquilizadoras a veces y luego más intensas. Largas ondas que penetran su cuerpo por un canal completamente diferente. No a través de su mente, sino en la cavidad más profunda de su vientre.

Cierra los ojos y recuerda su chelo, recuerda Verona. El prestigioso conservatorio al que llevaba su instrumento cada mañana en un estuche negro casi del mismo tamaño que ella.

Recuerda la sensación del instrumento entre las piernas. Sus rodillas, una a cada lado de la curvatura inferior, el brazo alrededor del mástil, el arco en la mano contraria. Con cada golpe del arco, su cuerpo convencía al instrumento para que cantara.

Pero ahora se limita a llevarse la partitura a la cama y a cubrirla con las manos. Se va relajando a medida que las notas flotantes la atraviesan. El sueño por fin se apodera de ella hasta que solo queda la melodía que dibujan las notas en su cabeza.

Sus padres le regalaron su primer instrumento a los siete años. Durante meses los había oído discutir cuál debía estudiar; su madre prefería la flauta, mientras que su padre insistía en el violín. Pero Elodie había rogado que le permitieran aprender a tocar el violonchelo. Se había enamorado por vez primera de su bello sonido durante un concierto en la escuela de su padre. Los alumnos habían tocado el concierto para chelo de Dvořák, y ella se había quedado prendada.

De camino a casa estuvo cortando el aire con su propio arco imaginario. Todavía podía oír la música en su cabeza, cada nota suspendida en su interior. El baile del chelista plasmado en cada fibra de sus músculos y en cada uno de sus huesos.

El día en que por fin le regalaron su primer chelo y la imagen de su padre colocando el oscuro estuche de cuero sobre la mesa del comedor son recuerdos que Elodie atesora en la mente, cada

uno como una nota individual, conectada con el siguiente. Jamás olvidará cómo su padre abrió el estuche. El instrumento venía envuelto en un bellissimo paño rojo para evitar que el arco dañara su barniz y, cuando su padre lo sacó, a Elodie se le cortó la respiración.

—Es tamaño tres cuartos —le dijo mientras le entregaba el chelo para que lo sostuviera—. Cuando seas un poco más mayor, podrás tocar uno de tamaño completo.

Ella tomó el instrumento y de inmediato sintió que su corazón se aceleraba. Era lo más bello que había tenido entre sus manos.

—Y el arco, Elodie...

Su padre lo sacó del estuche y se lo entregó también.

—De tal palo, tal astilla —exclamó Orsina al intuir que su pequeña no tendría el más mínimo problema una vez que aprendiera las técnicas necesarias—. Estoy impaciente por escucharla tocar.

Elodie empezó sus estudios de manera gradual, ya que su padre insistía en que, fuera lo que fuera lo que aprendiera, debía hacerlo bien. Lo primero que le enseñó a hacer fue a acariciar el instrumento.

Lo ideal, le explicó a su joven hija, era que uno no se contorsionara. Era necesario que encontrara la manera natural de acoplar el cuerpo al instrumento.

—Necesitas volverte uno con él —le dijo.

Él le tomó las manos y las colocó sobre el arco superior del instrumento. Después, lentamente, se las movió para que recorrieran los bordes del chelo, permitiendo que apreciara todas sus curvas.

La sensación de la madera bajo las palmas de las manos la tranquilizaba. Cada parte de la construcción del instrumento evocaba una respuesta táctil propia; el barniz de la madera, la longitud del mástil, las crestas y los valles de la voluta.

Su padre le enseñó a utilizar las rodillas para sostenerlo y a asegurar la punta de la pica del chelo al suelo para que el instrumento no resbalara. Luego cogió el arco, que descansaba sobre una mesa.

—Un chelista sostiene el arco de forma natural, no como lo hace un violinista —le dijo. Y después rio al hacer una breve pantomima de la manera dificultosa en la que un violinista asía el arco, con los dedos del extremo izquierdo pisándose un poco entre ellos, una técnica que se utilizaba para aumentar el volumen.

A lo largo de las siguientes semanas, logró que las notas emergieran de su chelo. Empezó a sentir cómo sus brazos se transformaban: ya no le parecían dos apéndices carentes de interés, sino partes de ella misma que contenían un poder especial. Al igual que las alas de un ave, tenían la capacidad para levantarse y extenderse. También aprendió a desdoblar y curvar la muñeca, lo que aportaba gracia y belleza a su ejecución. Aprendió a esperar, a respirar, a suspender el arco

justo por encima del puente antes de atacar las cuerdas. Asimiló las instrucciones de su padre con una facilidad superior a la esperada para su corta edad.

—Un buen músico debe cultivar el arte de la interpretación —le enseñó—. Los pentagramas de la partitura son como un mapa. Debes leer las notas y tocarlas como te lo está indicando el compositor, pero la emoción... Eso es lo que hace que la música sea tuya.

Ella lo miró con los ojos bien abiertos y el arco sobre las rodillas.

—Siempre debes escuchar lo que tu maestro te indique y, después, interpretarlo, demostrar que has comprendido la pieza más allá de lo que simplemente debes tocar. ¿Me entiendes, Elodie?

Ella asintió.

—Aunque aún eres muy joven, puedo ver que tienes un don por la manera en que intuyes lo que está oculto detrás de las notas.

Caminó hasta ella y cogió el arco de sus manos para colocarlo sobre el atril frente a ella. Después tomó las manos de su hija entre las suyas.

—Cuando apenas hacía unos meses que habías nacido, te cogí en brazos. Miré ese rostro tan bello que tienes y pude reconocer los ojos almendrados de tu madre y la perfección de su boca. Pero también vi que tenías mis manos. —Abrió la palma de la manita de ella—. Tenemos los mismos dedos largos, el mismo alcance. —Volvió a cerrarla y la acercó hasta sus labios para besarla—. Estás destinada a ser una chelista maravillosa porque puedo sentir que quieres darle vida a tu instrumento.

Justo como su padre anticipó, se gestó una magia especial entre Elodie y su chelo. Poco a poco, el instrumento se convirtió en la niña y ella en él, un vínculo único que creció en intensidad a medida que progresaban sus estudios. En ocasiones, cuando lo sostenía, Elodie pensaba que podía sentir un pulso que se agitaba en el interior de la cavidad de la madera. Jamás se le ocurrió pensar que lo que estaba escuchando era su propio corazón.

Cuando creció, recibió un chelo de tamaño completo que su padre le compró a uno de los profesores retirados del conservatorio, un instrumento de madera de nogal y acabados color miel. Elodie practicó a diario y pronto su repertorio floreció. Tocaba con creciente emotividad la *Sonata para violonchelo en mi mayor* de Brahms y la *Sonata número 5* de Vivaldi. Dominó la *Tarantela*, una pieza musical que desafiaba su resistencia física, pero la practicó durante horas hasta que cada nota lucía tan clara y brillante como el mismísimo sol.

Justo antes de su decimoséptimo cumpleaños, solo a cuatro meses de sus audiciones para estudiar a tiempo completo en el conservatorio de Verona, su padre llegó a casa con un regalo anticipado.

—Es un violonchelo veneciano —le dijo a Elodie.

En esa ocasión, cuando abrió el estuche, el instrumento venía envuelto en un enorme paño

amarillo. Su padre pareció reflexionar brevemente mientras contemplaba el objeto, como si estuviera orando. Después, con un movimiento teatral, retiró la tela para revelar el nuevo chelo de su hija.

—¡Es extraordinario! —exclamó Elodie.

La muchacha no podía contener su emoción. Sus dos violonchelos anteriores siempre le habían parecido muy bonitos, pero este era verdaderamente magnífico. Diferente a cualquier otro que ella hubiera visto. El barniz no era marrón café, sino de un color rojo impactante. Bajo la resplandeciente capa se asomaba una luminosidad de color topacio, de modo que el chelo parecía poseer su propio fuego interno.

Elodie no podía dejar las manos quietas. Estaba desesperada por tocarlo.

—En honor a tu madre, tenía que ser veneciano.

Su padre le entregó el instrumento y, por instinto, Elodie empezó a acariciarlo. Sus manos recorrieron cada borde y curva, de la misma manera en que lo había hecho con el primero, años atrás. Casi de inmediato, pudo detectar que este instrumento en particular era un poco distinto: la parte inferior tenía un ligero abombamiento, lo que le daba una forma más voluptuosa. Incluso el tallado de la voluta parecía por completo diferente. Como si el lutier se hubiera visto más motivado por la fantasía que por la tradición al tallar el caracol.

—¡Papá! —exclamó mientras sus manos palpaban cada centímetro del instrumento, como si no pudiera confiar del todo en sus ojos—. ¡Debe de haberte costado una fortuna!

—Su viaje hasta nuestra sala es una historia larga y compleja —le explicó él en voz baja—. Pero le aseguré al dueño anterior que lo cuidarías como si fuera una extensión de tu propio cuerpo. —Su padre regresó hacia donde estaba el estuche. Hizo a un lado la brillante seda amarilla y sacó un largo y delgado arco hecho de exótica madera oscura—. El dueño me informó de que debías tocarlo con este arco para extraer la máxima belleza del instrumento.

En cuanto Elodie lo tuvo entre sus manos, notó la ligereza del violonchelo.

—No pesa casi nada —se sorprendió.

Se acomodó en la orilla de su asiento y empezó a preparar el arco. Tensó las cerdas y les aplicó brea.

Su padre sacó su violín y tocó la nota la para que ella afinara. Ella acercó la oreja al instrumento y pulsó una cuerda. Cerró los ojos y repitió el movimiento. Solo cuando el chelo estuvo afinado a la perfección, lo empezó a tocar.

Con el paso de los meses, la interpretación de Elodie se volvió cada vez más inspirada con su nuevo violonchelo. Tocaba con tal intensidad, con tal pasión, que la simple oscilación de su vibrato hacía sentir a sus oyentes que estaban en presencia de un prodigio. Ahora, con casi diecisiete años, sus brazos habían crecido y su cuerpo se había transformado en el de una mujer delgada pero fuerte. A menudo su padre invitaba a sus amigos del Liceo Musicale para que

escucharan tocar a su hija; quería prepararla para que más adelante se presentara ante públicos más numerosos.

Ella tenía una presencia encantadora, tanto en un sentido acústico como físico. Cuando su brazo rebasaba el arco sobre el puente y luego retrocedía para sostener una sola nota, Elodie se parecía a una bailarina. Una noche, el profesor Moretti comentó que se asemejaba a un cisne, capaz de planear sin esfuerzo sobre los canales musicales más difíciles.

Todas las tardes, después de clases, Elodie abría el estuche y sacaba su chelo.

—Solo canta si se encuentra entre tus manos —observó su madre un día, cuando empezó a tocar.

Contempló a su hija mientras esta reposaba la cabeza contra el mástil delgado y de color café del instrumento. Las olas de color ámbar del barniz del violonchelo relucían bajo la luz del sol y la larga sombra de su silueta se extendía por el suelo del cuarto.

Orsina ansiaba escuchar tocar a su hija todo el día; era como una especie de sed que la abrasaba. Todavía la maravillaba que aquella niña, engendrada en su propio vientre, tuviera tal capacidad para despertar emociones en su interior. La había escuchado con paciencia mientras la chica aprendía sus primeras escalas, para después acometer arpegios y estudios más complicados. Ahora tocaba sonatas y conciertos completos. Su hija estaba al filo de la adultez y, a diario, su interpretación se volvía más matizada e infundida con una cierta sensualidad. Sus dedos se movían con confianza y con una ágil precisión mientras danzaban arriba y abajo por las cuerdas. Su arco alternaba entre los ataques largos, continuos, y las suaves caricias.

A Elodie le llegaba el cabello por debajo de los hombros y, a veces, cuando quedaba absorta en el dramatismo de lo que estaba tocando, sus pasadores se le desprendían y el rostro le quedaba oculto tras una cortina de pelo. Pero cuando lo llevaba recogido y bien sujeto, su presencia resultaba impactante. Había heredado de su madre la piel blanca como la porcelana y los ojos verdes venecianos. Y, cuando tocaba, tenía una apariencia celestial.

—No solo es una intérprete privilegiada —le dijo su padre a su madre—, sino que además tiene la capacidad todavía más inusual de retener las notas en su cabeza.

Su madre no pareció comprenderlo en un principio.

—¿A qué te refieres, Pietro?

—Lo que quiero decir es que tiene un don extraordinario para memorizar las partituras. —Sacudió la cabeza—. Y eso no lo ha sacado de mí, Orsina.

La memoria privilegiada de Elodie fue algo que su madre advirtió casi desde el primer momento. La niña casi nunca necesitaba anotar nada. También podía recordar con enorme claridad lo que había llevado puesto en cualquier día en particular, incluso años atrás. Podía leer un libro y recordar su contenido completo sin tener que consultar de nuevo una sola página.

—Es su sangre veneciana —respondió Orsina. Sabía que la memoria de su hija provenía de su

lado de la familia. Los venecianos habían pasado siglos navegando a través de una ciudad flotante llena de laberintos. Uno tenía que recordar vías, referencias e, incluso, anécdotas de sitios concretos para no perderse.

A diferencia de Elodie, Orsina no podía recordar lo escrito, pero tenía una poderosa memoria visual que sabía que había heredado su hija. Cuando la niña tenía apenas cuatro años, le había dado a Orsina instrucciones para regresar a casa, diciéndole que girara a la izquierda junto a la tienda, a la derecha a la altura del parque y siguiera recto por la calle donde vendían los helados. Orsina sonrió al percatarse de que su hija daba indicaciones como lo había hecho su propia madre, y su abuela antes que ella.

Pero la memoria de Elodie era todavía más notable que la del típico veneciano, y Orsina se sentía más que complacida de que le fuera de tanta utilidad a la música de su hija.

—Eso la distinguirá de sus compañeros —le dijo Pietro a su esposa—. Será la que los profesores quieran para sus cuartetos de cuerda y para los duetos con piano. Es muy impactante que no necesites tener la partitura frente a ti cuando estás tocando.

Desde los diez años, al salir del colegio, Elodie asiste a clases en el Liceo Musicale de Verona, en la esquina de la via Roma y la via Manin. Sin embargo, al cumplir los dieciocho, estudia allí a tiempo completo. Su delgada figura carga el estuche con el chelo hasta el recinto enclaustrado del conservatorio. Todo a su alrededor la impresiona en alguna medida; las paredes de yeso gris azulado, los monásticos cubículos de práctica, el aroma de las hojas secas al entrar en contacto con el aire húmedo.

Su memoria es como arcilla blanda. Un rostro en la calle. El estampado de un vestido. Todo con lo que se topa permanece fijo en su mente, como una telaraña de huellas dactilares permanentes.

Toca Vivaldi, Albinoni, Beethoven y Dvořák, y la música fluye a través de ella mientras la empapa. Su cuerpo no es más que parte del instrumento, sus piernas son fuertes como las de un potrillo, sus delgados brazos poseen la fuerza inadvertida de los de una bailarina.

Cuando toca, cierra los ojos. Escucha el fuego. Siente el agua. Su arco es como un rayo. Golpea. Deslumbra. A veces se posa por solo un instante y en otras ocasiones se balancea a un lado y a otro como un serrucho. No siente temor alguno al tocar. Fuera, el mundo se oscurece con la guerra que se avecina.

Ella la intuye como una sombra en cuanto abandona el Liceo o su casa. Las mujeres hacen cola para comprar comida mientras aprietan entre las manos sus cartillas de racionamiento; los trabajadores de las fábricas protestan en las calles. Las camisas negras y holgadas de los policías fascistas se agitan cuando pasan en sus motocicletas. El temor no pende de una sola nota, sino que se oculta en una orquestación compleja que Elodie no logra descifrar.

La seleccionan para tocar en un cuarteto de cuerdas avanzado con otros tres estudiantes.

También eligen a Lena, una violista. La mayoría de las muchachas que asisten al Liceo Musicale tocan el piano o la flauta, pero Elodie y Lena se encuentran entre las pocas que tocan instrumentos de cuerda.

Las dos son como el día y la noche. Elodie tiene el cabello casi negro, un cuerpo estilizado y los ojos verdes. Su amiga Lena, en cambio, tiene un aspecto más germánico. Su cuerpo es suave y curvilíneo; su cabello, rubio, y sus ojos, redondos y azules. También le da cierta voluptuosidad a la manera en que toca su viola.

No tardan en hacerse amigas y aprenden a complementarse cuando tocan. Lena se ríe con mayor facilidad y lleva a su amiga a tomarse un *espresso* a la cafetería después de clase. No tiene la memoria de Elodie. Lena es como los dos muchachos del cuarteto y también necesita la partitura frente a sí. Sin embargo, su belleza suele distraer a los compañeros de clase.

—Franco estaba tratando de asomarse a tu blusa durante el ensayo de hoy —bromea Elodie—. Es un verdadero milagro que no se haya perdido en la partitura...

—Es un imbécil —responde Lena con una risa—. Ni con tres manos podría desabrocharme el sujetador.

Elodie se sorprende por la mordacidad de su amiga. Es un contraste absoluto con el aspecto angelical y la actitud recatada con que se comporta en la escuela.

Lena también critica la alianza de Mussolini con los alemanes.

—Esos cerdos —dice de los alemanes—. Lo más bajo de la alcantarilla. Espera y verás... Si no tenemos cuidado, acabaremos igual que Checoslovaquia; nos aplastarán sin más y se apoderarán del país.

Elodie puede sentir el peso de las miradas a su alrededor mientras su amiga expresa sus sentimientos.

—No hables tan alto —susurra—. Lo único que conseguirás con eso es que nos arresten y terminemos en comisaría.

—¿A qué le tienes miedo? Para la policía no somos una amenaza. Tú eres una simple muchacha que pasea por la calle con su chelo, solo eso. Son tan idiotas que ni siquiera reparan en nosotras.

Elodie mira a su alrededor. Lo que Lena dice es cierto. La *piazza* está atestada de mujeres que empujan cochecitos de bebé y de algunos hombres que van de camino a la oficina de correos. No son más que dos chicas que llevan instrumentos musicales y que se difuminan en el entorno. Nadie les presta atención.

VERONA, ITALIA

ABRIL DE 1943

De niña, Elodie se dormía oyendo música en su cabeza. A la mañana siguiente, despertaba y seguía oyéndola. «Dormir con los ángeles», llamaba su padre a esos momentos en que los sueños se acompañaban de melodías. Sin embargo, Elodie no podía recordar un instante en el que no hubiera escuchado notas musicales en sus sueños. Su padre tocaba hasta altas horas de la noche, cuando pensaba que todos en casa dormían. De forma suave y silenciosa, tocaba algún nocturno o, en ocasiones, un tranquilo romance.

Siempre se situaba junto a las altas ventanas que miraban hacia la calle, con su camisa blanca parcialmente desabotonada y su violín colocado de manera experta bajo la barbilla.

Sus interpretaciones fueron la canción de cuna de su infancia. Sabía que cuando tocaba una pieza de Mozart era que había recibido buenas noticias y que cuando estaba nervioso tocaba algo de Brahms, pero cuando quería disculparse con su madre tocaba Dvořák. Elodie conocía a su padre más por su música que por sus palabras.

Al igual que ella, hablaba muy poco. No era que no tuviera pensamientos o sentimientos. De hecho, tenía demasiados. Su cabeza nunca estaba en paz y sentía las cosas con una profundidad excesiva. Desde su más temprana juventud, la música se convirtió en un bálsamo, por lo que aprendió a tocar tres instrumentos con maestría: el violín, el chelo y el piano.

La madre de Elodie, Orsina, no tocaba ninguno, pero se había enamorado de su padre después de oírlo tocar. Lo habían invitado a su ciudad de origen, un laberinto en el agua y un sitio en el que, durante el invierno, la niebla se fundía con el mar. El padre de Orsina conocía las plumas de todas las aves y se ganaba la vida gracias a la ornitología. Cada año, durante tres meses, viajaba a sitios tan lejanos como África en busca de plumajes estafalarios para su sombrerería, una joya de tienda localizada en la esquina de la plaza de San Marcos, conocida por la clientela más elegante de la ciudad. Después de cada viaje, llegaba a casa con un baúl lleno de plumas. De avestruz, de pavo real, de loros azules y amarillos; cada una más exótica que la anterior.

Orsina no podía olvidar el aspecto de la bellísima cama de su madre, tapizada de plumas. Plumajes sedosos y abundantes en capas; un abrigo de plumas de color turquesa, lapislázuli y verde. Era su madre quien tomaba el extravagante botín de su padre para transformarlo en los exquisitos sombreros que llenaban los escaparates de su tienda. Sus afilados dedos, delicados y

ágiles, hilaban docenas de perlas diminutas, ramilletes de flores de seda y vaporosos tejidos de tul. Orsina aprendió los estilos de su madre: sombreros de campana para las señoras y las turistas inglesas, de ala ancha para ir a la iglesia y asistir a las bodas, cintas estilo *flapper* bordadas con cuentas y plumas para quienes les gustaba bailar. En el taller de su madre siempre había pilas de revistas de moda que su padre enviaba de París para que su esposa se mantuviera al tanto de los últimos estilos. Orsina pasaba los días ojeando las revistas y soñando, más allá de las lagunas de su propia infancia, con sitios como Francia, donde había un tipo de luz diferente. Ciudades bellas, aunque uno no flotara en ellas. Las imaginaba como si estuvieran hechas de algodón de azúcar, trenzadas al aire y ligeras como la organza.

Jamás imaginó que un concierto en I Gesuiti ocasionaría que abandonara Venecia, pero su vida tomó un giro inesperado cuando un viernes por la noche, poco después de que cumpliera veinte años, sus padres cerraron la tienda temprano para llevarla a escuchar a un joven violinista en ascenso. Fue durante ese concierto cuando se sintió transportada por la música y hechizada por el músico que tocó frente a ella.

Esa tarde, sus padres y ella caminaron hasta la iglesia; su padre llevaba traje oscuro y su madre lucía un vestido lavanda pálido, con un sombrero de campana del color de las flores del ciruelo enmarcando su rostro. Orsina eligió algo completamente distinto: llevaba el pelo suelto y un vestido amarillo confeccionado con la gasa más ligera.

Cuando se sentaron en los bancos de madera, los sonidos dentro de la iglesia parecieron transformarse. Lejos había quedado la sombría atmósfera que imperaba durante las misas de domingo. Era como si el mármol mismo, de tintes grises y verdeceledones, con sus intrincados patrones de encaje tallado en piedra, estuviera electrificado. La emoción y la anticipación colmaban las sagradas paredes. Nadie leía los misales; en lugar de ello, todos procuraban contemplar al apuesto violinista mientras afinaba su instrumento.

Pronto, se puso de pie con su violín a un lado y sonrió con modestia mientras el director cultural de la iglesia lo anunciaba como el virtuoso más joven de Verona. El público aplaudió y el padre de Elodie empezó a tocar.

A Elodie le fascinaba la manera con que, con tanta frecuencia, su madre le describía lo que había sucedido al escuchar esas primeras notas.

—Fue como magia —le contaba—. Había visto plumas toda mi vida y esas notas parecían flotar en el aire como plumas. Arabescos de movimiento que hacían que la cabeza me diera vueltas. —Su madre siempre dejaba escapar un suspiro entrecortado después de recordar la intensidad de ese momento, como si el recuerdo mismo la dejara sin aliento—. Cuando tocó un romance de Beethoven, el público quedó cautivado. Tu abuelo me dio un golpecito en la pierna y me dijo: «Acuérdete siempre de este momento: ¡es la primera vez que oyes a un genio!». Pero yo ya sabía que jamás lo olvidaría. Me sentí por completo intoxicada por la música. —Aquí, Orsina siempre sonreía y volvía a respirar con profundidad—. Y supe que el hombre que podía crear tanta belleza era el que yo quería amar.

En ese momento, el padre de Elodie siempre reía y tomaba la mano de su madre.

—Por suerte, siempre toco el violín con los ojos cerrados... De haber visto a tu madre en la primera fila, con su oscuro cabello sobre los hombros y sus ojos verdes como hojas de tulipán, habría olvidado cada nota. Le doy gracias a Dios de que solo la vi cuando hube terminado de tocar.

Orsina sonreía de oreja a oreja.

—Le dije a tu abuela que quería aprender a tocar así, pero ella negó con la cabeza y me respondió que tocar de esa manera era algo que no se podía enseñar. Que era un beso en la frente de parte de Dios.

»Después del concierto, se formó una cola larguísima para conocer a tu padre. El mismísimo director cultural tuvo que separarlo de la multitud. —Ahora, el oscuro cabello de su madre estaba tocado con hebras de plata, pero Elodie podía adivinar a la muchacha que todavía se ocultaba bajo este cada vez que ella reía.

—Te vi de inmediato, Orsina. —Los años se esfumaban del rostro de su esposa cuando volvía a verla parada allí, frente a él, por primera vez. El vestido amarillo pálido, el pelo negro como ala de cuervo, los ojos relucientes. Con gran dulzura, recordó cómo las manos de ella habían temblado mientras le entregaba su programa para que él lo firmara.

—Me alejó de mi bella laguna —aún decía su madre, tantos años después—, pero, sea como fuere, no me arrepiento de nada.

Sin embargo, en las noches más calurosas, Elodie podía detectar cierta nostalgia en la voz de su madre. Una especie de sequedad, un anhelo en sus palabras. Y cuando el verano se abalanzaba sobre ellos con su horripilante calor, Elodie escuchaba cómo las palabras de su madre se convertían en una elegía, triste y cargada de añoranza.

—Es la aridez del calor de aquí. No acabo de acostumbrarme a él... —Cada verano acarreaba ese mismo lamento. Elodie miraba a su madre con compasión mientras esta se secaba la frente con un pañuelo—. Crecí rodeada de agua, de azul oscuro, de verde y negro. Notábamos el cambio de las estaciones por el nivel del agua, por la bruma, por la niebla. De niña, mi primer recuerdo fue la sensación del agua; lo primero que probé fue la sal del mar.

Elodie sabía que su madre había tratado de colmar su existencia de cosas bellas, y que veía la vida a través de un prisma especial: unos ojos optimistas. Lo único que uno necesitaba hacer era cambiar de ángulo para que se revelara una faceta distinta, para irradiar otro rayo de luz.

Llenaba la casa de flores. Los jarrones venecianos, que parecían caramelos a rayas, rebosaban de lilas durante la primavera y de rosas en verano. Preparaba platos reconfortantes de su infancia: *baccalà* y polenta. *Risotto* en tinta de calamar y galletitas de Burano, que su padre amaba remojar en vino dulce. Pero la música la dejaba para su esposo y su hija. La única vez que Elodie la oía cantar era cuando estaba a solas dándose un baño.

¿Acaso no todo el mundo tiene una canción? Elodie se preguntaba si incluso aquellos no bendecidos con un don musical tenían una melodía propia encerrada en su interior. La voz de su madre solo emergía cuando se encontraba hundida en el agua hasta los hombros. A Elodie le recordaba al gentil zumbido de las abejas, modesto y dulce. Flotaba en el vapor del baño. Podía ver el cabello de su madre recogido sobre la cabeza. Su largo cuello de cisne y los ángulos de su cara afilada. Cantaba en dialecto veneciano. Canciones de amor, sobre todo, pero de vez en cuando también entonaba alguna de las melancólicas baladas de los gondoleros.

Pero las que más parecían agradar a su madre eran las canciones de moda francesas. Su afecto por París era la razón por la que le había dado un nombre francés a su hija.

—Tu nombre vino a mí como las notas de un arpa —le decía a la niña. Y le sonreía al saber que, aunque jamás había visitado esa otra ciudad de puentes y luces, había creado algo que tenía su propio brillo y belleza.

Orsina creía que su canto era su secreto. No imaginaba que, en las noches en las que se excusaba para tomar un baño, Elodie y su padre cruzaban miradas. Si estaban practicando con sus instrumentos, al momento de oír el agua caliente vertiéndose, bajaban los arcos. Después, los dos se apoyaban en sus sillas y cerraban los ojos. No se movían ni hacían el más mínimo ruido. Solo esperaban, como el público en el auditorio del conservatorio, a la llegada de la voz de Orsina.

Emergía casi como el canto de una flauta, una voz dulce que atravesaba la pesada puerta. Sin rastro alguno de sequedad. Orsina cantaba en un idioma que su hija no comprendía, pero Elodie podía entender cada melodía de manera intuitiva. La voz de su madre reflejaba cada sutileza, del mismo modo en que Elodie interpretaba cada partitura. Ahora entendía por qué Orsina se limpiaba las lágrimas de los ojos cada vez que escuchaba tocar a su hija o a su esposo. Comprendía lo que era escuchar la música creada por una persona a la que amabas.

PORTOFINO, ITALIA

OCTUBRE DE 1943

—Me llamo Angelo —le dice y, de inmediato, Elodie queda asombrada por la dulzura del nombre.

El sueño la ha refrescado y, cuando despierta, lo encuentra sentado en el pequeño comedor. Hay una larga hogaza de pan sobre la mesa con una pequeña cuña de queso, una garrafa de vino y dos vasos de agua.

Observa los cuadros que cuelgan de las paredes. Pequeñas y simples escenas locales. Un pescador con su red y una casa blanca contra el azul del mar. Le resulta difícil calcular su edad. Todavía tiene el cabello oscuro, pero ya hay algunos mechones grises. Se le ve más pálido que cuando lo conoció en el puerto. Sus ojos son de un azul desvaído y seco.

Hay libros por doquier: en estantes sobre las paredes, en la pequeña mesa de centro, apilados de tres en tres, con conchas colocadas con cuidado encima de ellos. Ve un libro abierto sobre la mesa del comedor, dispuesto hacia abajo, como si él se hubiera detenido a media lectura.

Ver los libros evoca recuerdos de su primer encuentro con Luca y se percata de que quiere llorar, aunque se resiste. De todos modos, el llanto le sube hasta la garganta, pero lo domina con tal intensidad que nota cómo retrocede como un tornado interior.

Él la deja comer en paz y ella se siente agradecida de no tener que ocupar el aire con palabras. En el silencio, solo oye el sonido del cuchillo que raspa contra el plato o el crujir de la costra del pan cuando lo parte con las manos. El suave sonido del agua cuando la sorbe de su vaso.

Estos son sonidos que puede tolerar. Su ritmo es suave y tiene una simplicidad que la tranquiliza. Escucha a su madre cantando melodías venecianas en la distancia de sus recuerdos. Cierra los ojos y trata de apaciguarse con el canto de alguien más.

Se pregunta si el hombre sentado frente a ella se da cuenta de que su mente está en otro sitio. Que cuando ella parte el pan para mastcarlo y bebe de su vaso de agua, de la misma manera que lo hace él, su cuerpo es un manto de engaño. Ocupa el espacio delante de él y repite el sencillo ritual de la alimentación, pero su mente está muy lejos.

Viaja a través del espacio y del tiempo. Extrae el alma de su cuerpo de la misma manera que solía extraer la música de un instrumento que de otro modo habría permanecido mudo.

Primero está la imagen de Luca, de pie en su librería. El cabello oscuro y la bata de lona, con

dos lápices en el bolsillo delantero. Los dedos manchados de tinta. El aroma del papel. El aturdimiento de ese recinto tan lleno de palabras.

Con esfuerzo trata de alejar estos pensamientos de su mente. Para lograrlo estira el brazo para tomar el pequeño plato que contiene la sal, pero le tiembla la mano cuando lo levanta. Cuando eleva la mirada, se percata de que su anfitrión también se ha dado cuenta.

Quiere decirle que no está temblando de nervios, eso lo tiene más que superado. Es porque la fatiga le llega hasta los huesos. Se pregunta si así es como se sienten los viejos, tan agotados de la extensión de su vida que tienen una necesidad casi instintiva de dejarse ir, de al fin darse por vencidos y encontrar algún descanso.

Después de comer, intuyendo que sigue agotada por su viaje, el médico le pregunta si le gustaría darse un baño. Es callado y respetuoso y la deja en la intimidad después de mostrarle la pequeña habitación con la profunda bañera de madera llena hasta la mitad de agua fresca.

Ella espera a que le traiga la tetera de agua caliente. Se necesitan dos cargas más antes de que el agua esté a la temperatura adecuada, pero solo verla ondear limpia ya es un alivio. Se desviste con la puerta cerrada y el simple ritual de quitarse los zapatos y la falda la reconforta. Se desabrocha la blusa y se desprende de la ropa interior. No se mira en el espejo que hay encima del lavamanos. No se mira la piel, tensa y blanca. Sumerge un pie en el agua y después el otro, antes de sentarse y recoger las rodillas hasta el pecho. Cierra los ojos y se enrosca el cabello para apartarlo. Enseguida, suave y silenciosa, pensando que nadie la va a oír, empieza a cantar. No de alegría, sino de añoranza. En un anhelo por sentirse reconfortada. Igual que lo hacía su madre tantos años atrás.

VERONA, ITALIA

ABRIL DE 1943

Desde los dieciocho años, Elodie había asistido a clases a tiempo completo en el Liceo Musicale para estudiar música de cámara, teoría musical y, más tarde, práctica orquestal. En el pasillo era frecuente que se topara con su padre, uno de los profesores del Liceo. Pero empezó a notar pequeños cambios en él. Una mirada tensa, de creciente agitación, había reemplazado su anterior expresión pacífica. Él creía que el Liceo era sagrado, uno de los pocos lugares donde no podía penetrar el fascismo. Los saludos y las marchas de apoyo a Mussolini y, de hecho, la totalidad de la política italiana habían permanecido, en términos generales, fuera de sus paredes. Pero las leyes antisemitas promulgadas cuatro años antes habían despojado a todos los profesores judíos de sus puestos y ya no se permitía que estudiantes judíos se inscribieran en los cursos. Elodie recordaba con gran claridad el día que su padre regresó a casa y les contó cómo le habían dicho al profesor Moretti que ya ni siquiera podía pasar por su despacho a recoger algunos papeles.

Elodie recordó de pronto la reacción de su padre cuando Lena le mencionó que había recibido clases privadas del profesor Moretti desde que tenía siete años. La familia de Moretti vivía en el piso de arriba del de Lena y ambas familias habían mantenido amistad durante años. Fue el profesor Moretti el primero en percatarse del potencial de Lena al estudiar las manos de la pequeña y advertir la amplitud entre sus dedos, así como su capacidad única para seguir patrones rítmicos complicados, lo que lo llevó a alentar a sus padres a que lo fomentaran. A lo largo de los años, por medio de las clases particulares que le impartía después de su jornada en el conservatorio de música, Moretti le había enseñado a Lena todo lo que sabía, desde cómo sostener el arco hasta cómo dominar complejas piezas de cámara. Incluso ahora, sus padres seguían contratándolo como profesor particular para darle la oportunidad de llevar algunos ingresos, aunque fueran limitados, a su necesitada familia, dado que no podía seguir trabajando en el Liceo.

Una tarde, después de clase, Lena se mostró especialmente angustiada.

—¿Qué te pasa? —preguntó Elodie.

—Los Moretti están peor de lo que ya estaban —le contó Lena mientras negaba con la cabeza—. Están a punto de morir de hambre. Mi madre trata de mandarles algo de sopa y las verduras

que puede, pero ellos se sienten avergonzados por su caridad. —Hizo una pausa y después susurró—: Esta noche voy a encontrarme con Luigi para ir a una reunión.

Elodie no la entendía.

—¿Una reunión de qué?

—De personas que quieren ponerle fin a todo esto. —Respiró hondo—. En pocos meses nuestro país estará irreconocible. Solo espera, Elodie, ya lo verás.

—Apenas tienes diecinueve años, Lena —respondió Elodie en un intento por parecer lógica—. No creo que puedas luchar contra el ejército fascista tú sola.

—Pues yo no voy a ver cómo se llevan a mi profesor y a toda su familia, ni a actuar como si estuviera ciega.

—Pero no te vas a poner en riesgo, ¿verdad? —Elodie se estremeció de solo pensar lo que la policía podría hacerle a Lena si la arrestaban.

—¿Riesgo? —Lena sonrió y sus ojos chispearon como bengalas—. Lo que pasa es que nadie me va a ayudar a conseguirles papeles falsificados a los Moretti hasta que demuestre lo que valgo. Por eso los he estado ayudando a distribuir materiales. Quiero convertirme en mensajera para el grupo. No suena demasiado peligroso, ¿o sí?

Elodie se quedó mirando a su amiga, demasiado pasmada para responderle.

—¿Por qué no me acompañas?

—Me gustaría, Lena. —Sus palabras sonaron tan cobardes que en cuanto las dijo se llenó de vergüenza—. Es solo que... mis padres tienen muchas expectativas puestas en mi carrera musical y la verdad es que no tengo el valor para hacer cosas peligrosas.

Elodie pudo intuir lo que su amiga estaba sintiendo por dentro. Sabía que la respuesta que le había dado y su evidente falta de valor le eran tan repelentes como el sonido de cuerdas al romperse.

Con el paso de las semanas, Elodie empezó a notar una transformación en ella. La música estaba perdiendo importancia para Lena, y Elodie se dio cuenta por primera vez por la forma en que tocaba. Ya no había la misma conexión entre su mente, su corazón y su instrumento. Ahora Lena se limitaba a tocar las notas. El alma que solía infundirle a su viola ahora se centraba en sus actividades para la incipiente Resistencia. Todas las tardes dejaba a Elodie estudiando y acudía al estudio de arte de Berto Zampieri, uno de los miembros del grupo.

—¡Cómo me gustaría que vinieras conmigo! Las esculturas de Berto son bellísimas... Sensuales de una manera que jamás había visto. Brigitte Lowenthal es su novia y su musa. Dios, Elodie, ¡si pudieras verla! Tiene el cabello corto y sus rasgos son tan afilados que casi parece un zorro.

—Da la impresión de que es lo contrario a ti, Lena... —Elodie levantó una ceja—. Si ella es el zorro del grupo, ¿acaso tú eres su gatita?

—¡Para nada! —exclamó, y soltó una carcajada. Elodie pudo notar lo vivaz que parecía Lena desde que había empezado a acudir a las reuniones—. La verdad es que casi no me hacen caso... Brigitte es la que tiene una historia dramática. Es hija de una de las familias judías más ricas de Verona. Vinieron aquí desde Alemania.

Elodie negó con la cabeza.

—Lo que me estás describiendo suena más a tertulia de arte, no a una reunión antifascista. No tardarás en contarles todo acerca del Liceo ni en empezar a tocar música de cámara en las reuniones.

—¡No seas ridícula! Solo te estoy describiendo los antecedentes de algunos de los miembros más interesantes. También hay otros: Beppe y muchos de sus amigos universitarios, además de un librero que se llama Luca y que es dueño de Il Gufo, la librería de la via Mazzini.

»Pero todos estamos comprometidos con la meta común de liberar Italia de los Camisas Negras...

Luca, Berto, Beppe..., los nombres de todos esos muchachos que le estaba mencionando Lena le eran completamente ajenos.

—Claro que algunos de ellos son *comunisti*... Sus mochilas están atestadas de libros de Marx y de Lenin. Es más: están publicando su propio periódico con una imprenta que les prestan unos contactos de Brigitte, pero de todas maneras buscan a más mujeres que puedan ayudarlos... Nosotras nos podemos mover con mayor libertad. Nadie pensará que traemos algo más entre manos que tocar los instrumentos que llevamos en los estuches o llegar rápido a casa para poner agua a hervir para la pasta.

Esa tarde, Elodie caminó a casa sola, el pesado estuche del chelo sobre su espalda. Observó a los hombres que la rodeaban, a los Camisas Negras reunidos en la esquina, a los policías y a los jóvenes que fumaban cigarrillos en los cafés. Se preguntó si de veras era invisible, si su violonchelo no significaba nada para ellos. Su rostro no tenía nada de especial y su cuerpo era tan delgado que no representaba distracción alguna.

«Soy invisible», pensó. Y de repente, en una forma que la sorprendió, se sintió eufórica a causa de esa transparencia. Se supo fuerte.

Elodie no podía quitarse de la cabeza lo que Lena le había dicho. Por una parte se sentía impactada por el valor de su amiga y, por otra, le preocupaba su seguridad. No era ningún secreto lo que la policía fascista haría con ella si la pescaban. Sus palizas y torturas eran una amenaza más que conocida por todos los habitantes de la ciudad. Muchas personas simplemente habían desaparecido después de ser arrestadas, mientras que otras regresaban a casa tras haber sido golpeadas con violencia. Sus cicatrices eran un recuerdo visible de quién estaba al mando en Italia. Esa era razón suficiente para mantenerse al margen. Eso y el hecho de que Elodie solo podía imaginarse la devastación que les ocasionaría a sus padres si algo le sucediera.

Durante varios días, las actividades clandestinas de Lena fueron motivo de distracción para Elodie. En una cena, después de percibir lo poco concentrada que estaba en su interpretación, su padre trató de reconducir a Elodie de vuelta a sus estudios.

—Elodie, este año debes dedicarle todavía más tiempo a tu música. Tienes que esforzarte más que todos los que te rodean, aunque seas hábil y te resulte fácil —le dijo su padre—. No querrás que la gente te acuse de beneficiarte de mi puesto en el conservatorio.

Elodie asintió con la cabeza, consciente de que su conversación con Lena había estado distrayéndola.

—Lo sé.

Trató de aparentar concentración, pero la cabeza le daba vueltas y las palabras de Lena no la dejaban en paz, como si se tratara de una canción que no pudiera ignorar. Percibía el movimiento de su cuerpo y las palabras que estaba diciéndoles a sus padres, pero en realidad estaba completamente ausente.

—Tienes una trayectoria profesional grandiosa frente a ti. Quizá sea poco convencional para una mujer, tu madre y yo somos conscientes de ello, pero naciste con un don.

—Con varios dones —terció Orsina.

—Cierto. Cómo me gustaría tener tu memoria, Elodie —murmuró. A Pietro no dejaba de sorprenderlo que, sin importar lo compleja que fuera una partitura, su hija se la aprendía de memoria.

Durante varias semanas, Elodie trató de volver a poner todo su empeño en su música, pero siguió sintiéndose distraída. Cada martes, Elodie y Lena salían de la escuela juntas; Lena seguía una ruta rumbo a una reunión de la naciente Resistencia, mientras que Elodie regresaba a casa para practicar con el chelo y cenar en familia. Aun así, la invadía una inquietud creciente. Todo lo que ahora veía en las calles parecía resaltar de manera extrema. El emblema de los Balilla. Las pandillas de Camisas Negras, con sus brigadas de motocicletas, que amenazaban a la gente en la calle. El terror se podía encontrar por doquier si tan solo abrías los ojos y veías las cosas con claridad.

También su padre parecía cada vez más enojado cuando volvía a casa.

Pero lo que alarmó a Orsina no fue el comportamiento de su marido, sino el cambio en la manera en que tocaba Elodie. Había en ella una agitación que jamás había escuchado antes. Una inquietud.

—¿No lo oyes, Pietro?

—Todos estamos alterados, Orsina. Estamos en guerra, los fascistas gobiernan el país, Mussolini está haciendo tratos con Alemania, han arrestado a todos mis colegas judíos y a algunos los han trasladado a campamentos de trabajo. ¿Cómo no ha de haber inquietud en su manera de tocar? ¡Temor, incluso!

—¿Has notado si también está distante en clase?

Pietro suspiró; era evidente que estaba preocupado por algo más.

—Hoy he visto a Moretti en la piazza Erbe. Estaba esquelético. Casi no lo he reconocido. Orsina pareció no prestarle atención.

—¿Crees que podrías observarla después de clase...? ¿Descubrir si se está viendo con alguien? ¿Y si tiene un novio del que no sabemos nada?

—¿No has oído lo que te acabo de decir, Orsina? —Su rostro estaba crispado en un gesto de incredulidad, casi de enojo—. Te acabo de contar que uno de mis colegas, el profesor Moretti, parecía al borde de la muerte. ¡Solo Dios sabe cómo lo debe de estar pasando su familia desde que lo obligaron a renunciar a la docencia! ¿Qué te pasa?

Ahora su rostro estaba encendido. Orsina pudo ver pequeñas venas azules que pulsaban en sus sienes.

—Orsina, ¿dónde ha quedado el honor de Italia? ¿Acaso todos han perdido el sentido de la decencia? —El golpe de su puño sobre la mesa pareció el retumbar del martillo de un juez.

Su esposa guardó silencio. La intensidad de la rabia de Pietro la acongojó. No quiso parecer insensible a la tragedia del profesor Moretti; claro que le tenía compasión, más de la que su esposo podía imaginar. Ella también se sentía traicionada por el fascismo, pero, a diferencia de su marido, había aprendido a mantener tales cosas en silencio por temor a que alguien pudiera oírla. Siempre que Pietro hablaba de sus sentimientos verdaderos, sentía que la invadía una oleada de miedo. ¿Cuántas personas habían sido entregadas a las autoridades por sus vecinos o amigos, solo por un mejor empleo o un apartamento más grande?

No: ella detestaba el régimen fascista tanto como Pietro. Los italianos habían vivido más de veinte años bajo el fascismo, pero en los últimos cinco las cosas se habían vuelto insoportables. Ahora, cuando veía fotografías de Mussolini en los periódicos, con su enorme cabeza calva y ojos saltones, o gesticulando en uno de sus discursos, le costaba recordar esos primeros años de su liderazgo, cuando todo el mundo había tenido esperanzas de que él devolvería a Italia sus originales días de gloria. Hablaba de una Italia unificada, eficiente y poderosa, donde se tenía en cuenta a las mujeres por sus contribuciones a la familia y a los valores morales de la nación. Pero el insaciable apetito de poder de Mussolini lo había superado. Primero, su obsesión por invadir Etiopía y, ahora, Grecia. ¿Cuántas madres habían visto a sus hijos reclutados y asesinados por sus ansias de conquista?

Y, como si eso no bastara, estaban su alianza con Hitler y su trato a los judíos, a quienes antes había prometido seguridad. También había traicionado a esos hombres, mujeres y niños. Orsina lo sabía bien, aun si Pietro pensaba que lo ignoraba.

La verdad era que Orsina sentía una enorme compasión por ellos. Conocía a varias familias judías que estaban teniendo dificultades para sobrevivir. No le había dicho a Pietro que con frecuencia hacía *tortelli* para la familia de Anna Bassani. Siempre que iba a verlos con su cesta llena, se sorprendía de que Anna siguiera manteniendo su hogar en calma a pesar de vivir tan apretujados y bajo tal cantidad de tensión.

Pero, al mismo tiempo, el cambio de conducta de su hija representaba una nueva fuente de

temor y tensión para ella. Y tal vez Pietro no notara ese cambio en Elodie porque su propio comportamiento reproducía el de su hija. Al oír sus interpretaciones, Orsina detectaba la misma turbación que escuchaba en las de Elodie. Compartían una impaciencia en sus arcos, como si se murieran de ganas de atacar con fuerza las cuerdas.

A la noche siguiente, Orsina se esmeró por traer la armonía de vuelta a su hogar. Con la esperanza de borrar el exabrupto de la velada anterior, Orsina preparó un banquete veneciano completo con los platos favoritos de Pietro y Elodie: *baccalà* con polenta, *risotto* con calamares y camarones, y un pastel borracho de miel. Después de la cena, con el estómago lleno y su apetito saciado, Elodie y su padre se dirigieron a la sala para practicar. Sin embargo, a mitad del ensayo, se vieron obligados a dejar de tocar. El batallón de las juventudes fascistas que se encontraba en la plaza estaba armando tal escándalo que sus vítores y tamborazos ahogaban cualquier otro sonido.

Pietro se dirigió a la ventana, donde pudo ver a más de veinte chicos de edad escolar vestidos con sus uniformes de la Balilla y cantando la *Giovanezza* y otras canciones fascistas.

—¡Qué horror! ¡Fascistas en miniatura! —La voz de Pietro reflejaba su asco.

Elodie caminó hacia la ventana y también se asomó a la plaza. Pudo ver a los chicos vestidos con uniformes casi idénticos a los de la policía fascista: la epónima camisa negra, el fez con el emblema de los *fascios*, los pantaloncillos color verde grisáceo y el pañuelo azul brillante anudado en torno al cuello.

Eran el pequeño ejército de Mussolini, felices de tener la oportunidad de salir de casa durante algunas horas y armar algo de barullo.

—¡No puedo oír nada!

—Lo sé —dijo Elodie, mientras colocaba su arco a un lado—. ¿Cómo pueden seguir con tales estupideces? Gritando «*Duce, Duce!*» a voz en cuello...

Orsina estaba parada a media sala tratando de deshacer el nudo del delantal.

—Esos muchachos deberían estar en la cama, durmiendo. ¿Dónde están sus madres?

—¿Sus madres? —Pietro soltó una carcajada seca.

Orsina sacudió la cabeza. Se sentía agradecida de tener una hija. Cada niño de Italia tenía que alistarse en la Balilla para después formar parte de la Gioventù Fascista. Era un decreto del Gobierno.

Elodie y su padre intentaron seguir tocando, pero el ruido era insoportable.

—¡No lo tolero más! Ya tuve bastante con que arruinaran el Liceo Musicale, pero ¡ahora también tienen que dedicarse a envenenar la mente de estos chicos! —Pietro se puso de pie y se dirigió al reproductor de discos. En su parte inferior, había una pequeña pila de vinilos. Tomó uno y sacó el disco negro de su funda.

Colocó la aguja y subió el volumen.

Se empezó a escuchar el coro *Va, pensiero* de la ópera *Nabucco* de Verdi.

—Está demasiado fuerte —lo reprendió Orsina.

—¿Qué preferís? —repuso Pietro—. ¿Esto o el ruido de los Balilla de allí abajo?

—Sabes la respuesta a eso —contestó Elodie con firmeza. Pietro sonrió y, después, aumentó el volumen un poco más.

Al día siguiente, Pietro no regresó a casa a su hora acostumbrada y su mujer empezó a consultar la hora en el reloj junto a la mesa del comedor una y otra vez.

—Tu padre jamás llega tarde —le dijo a Elodie—. Estoy empezando a preocuparme.

Era cierto. Su padre era como un reloj suizo. Se tomaba el café cada mañana a la misma hora y cada tarde regresaba a casa a las seis.

—He preparado su *risotto* favorito y se echará a perder si no llega a casa pronto. —Orsina, junto a la olla, le añadió una taza más de caldo antes de bajar el fuego.

—Llegará a casa en cualquier instante —la tranquilizó Elodie, tratando de no compartir la alarma de su madre—. Lo más seguro es que se haya retrasado charlando con alguien después de clase.

Cuarenta minutos más tarde, Orsina estaba segura de que algo había pasado. Momentos antes, había apagado la olla y el *risotto* ya no era más que una masa pegajosa.

—No debería haber subido tanto el volumen de la música anoche. —Orsina se sentó a la mesa y puso la cabeza entre las manos—. Fue un desafío. ¿Y si alguien lo ha denunciado?

—No creo que nadie haya hecho algo así, mamá. No era más que música de ópera...

Elodie vio cómo la espalda de su madre se tensaba. Su rostro estaba tan tirante de preocupación que parecía el puente de un instrumento, con las cuerdas estiradas a punto de romperse.

—Elodie... —dijo Orsina con un débil susurro—. Hay personas capaces de denunciar a sus vecinos por solo unos gramos más de mantequilla.

Elodie bajó la mirada. Sintió que la embargaba una oleada de vergüenza. Vergüenza por haber sido tan inocente para descartar las preocupaciones de su madre con tanta facilidad. Vergüenza por no haberse unido a Lena en un grupo que estaba esforzándose por poner fin al temor, ese temor que ahora había penetrado en su familia. Y vergüenza por no poder hacer nada para encontrar a su padre.

Elodie empezó a caminar por el piso como un animal enjaulado que no sabía cómo emplear su propia energía nerviosa.

—Deja de moverte de un lado a otro, Elodie.

Su madre, que estaba hecha un manojo de nervios, tuvo que hacer un esfuerzo para hablar con cortesía.

Elodie preparó café para tratar de reconfortarla. Colocó dos cucharadas de achicoria y,

después, les añadió agua. Sin embargo, cuando se sentaron a la mesa, con las manos alrededor de las pequeñas tazas de porcelana, ninguna de las dos pudo dar un sorbo. Se quedaron sentadas allí como dos gatas, mirando al vacío, cada una ocupando un espacio en la misma habitación sin poder pronunciar una palabra.

Elodie y su madre permanecieron sentadas a la mesa del comedor durante lo que parecieron horas. No comieron. No bebieron. El único movimiento que llevaron a cabo fue volver la cabeza para mirar el reloj.

Se quedaron dormidas donde estaban, con las cabezas sobre los brazos, y las dos despertaron al alba sin que hubiera señal de Pietro.

—Voy a ver a la policía —decidió Orsina mientras negaba con la cabeza. Miró por la ventana hacia la plaza mientras la primera luz de la mañana inundaba la habitación y Elodie entrecerraba los ojos—. ¡Le ha sucedido algo terrible! ¡Estoy segura!

Elodie no supo cómo responder. Estaba tan debilitada y asustada como su madre.

Orsina cogió el teléfono y habló con la policía. Elodie escuchó el insoportable sonido de la voz de su madre rogando que alguien la atendiera, que le dieran algo de información.

—No me han contado nada. Me han insultado y me han dicho que lo busque en las cantinas y en los burdeles —gimoteó en pleno llanto.

Elodie tomó a su madre entre sus brazos.

—Sé que va a entrar por la puerta en cualquier momento, exigiendo que le des de desayunar.

—Le pido a Dios que tengas razón —respondió su madre mientras volvía a negar la cabeza.

Dos días más tarde, después de que Elodie y su madre se vieran asediadas por la preocupación y sin recibir ni una pizca de información por parte de la policía, oyeron que alguien llamaba con suavidad a su puerta.

Cuando Orsina fue a abrir, descubrió a un muy lastimado Pietro con un brazo alrededor de los hombros de su vecino, Giacomo.

Por la manera en que le colgaba la pierna derecha, era evidente que la tenía fracturada.

—¡Dios mío! —Orsina soltó un grito ahogado mientras se cubría la boca con una mano—. ¡Pietro!

Giacomo la ayudó a llevarlo hasta la sala.

—Lo he encontrado fuera del apartamento hace unos minutos. Lo deben de haber dejado tirado allí antes de escapar a toda velocidad.

—¿Quiénes? —dijo Orsina, incrédula. No podía creer que alguien hiciera tal salvajada contra su gentil marido.

Pietro levantó el rostro con un ojo casi cerrado y el labio ensangrentado.

—Cuatro Camisas Negras del *squadristo* se me enfrentaron a la salida del conservatorio cuando volvía a casa. Me dijeron que estaba bajo investigación y me llevaron a un sitio cerca del

teatro romano. Creo que me interrogaron en algún lugar de la via Redentora.

»Me ataron las manos y me vendaron los ojos. Me llamaron comunista. Dijeron que no era leal al país... Que jamás he llevado un distintivo fascista en la solapa.

—¡Es una locura! —exclamó Orsina. Miró a Giacomo y a Elodie como buscando confirmación, pero ambos estaban absortos en la narración de Pietro.

—Les dije que mi único pecado había sido poner un disco. Traté de decirles que era de Verdi..., uno de los más grandiosos compositores de Italia. —Su tono de voz, pese a las heridas, era indiscutiblemente sarcástico.

»Insistí en que no era antifascista. Que no era más que un músico que intentaba escuchar un disco.

»Pero no importaba lo que les dijera, ignoraron mis razonamientos. Solo siguieron aporreándome y golpeándome en la oreja cada vez que mencionaba la música...

—¡Son animales salvajes! —protestó Orsina.

—Orsina, por favor... —susurró Giacomo—. Lo último que necesitamos es que vengan a llamar a vuestra puerta de nuevo o, Dios no lo quiera, a la mía...

—No, por supuesto —convino Orsina, tratando de recuperar la compostura.

—Deberíais llamar a un médico para que lo atienda —sugirió Giacomo—. ¿Tenéis algún médico de confianza?

—Sí, sí, el doctor Tommasi nos ha atendido durante años.

—Excelente —dijo—. Llamadlo y cuidad mucho a Pietro. María y yo estaremos atentos para oírlo tocar su violín de nuevo...

—Giacomo, estamos en deuda contigo por traerlo de vuelta a casa. ¿Cómo podemos agradecértelo?

—No hay nada que agradecer, Orsina. Cuidad de él y mantenédlo alejado del reproductor de discos. —La besó en ambas mejillas y estrechó las manos de ella entre las suyas—. Ahora debo regresar con mi familia. —Sacudió la cabeza y bajó el tono de voz—. Este no es el país de mi infancia... Me pone enfermo ver que un hombre inocente recibe una paliza así. Ahora temo por mí y por mis hijos.

Orsina asintió mientras le daba las gracias y lo acompañaba a la puerta. Cuando Giacomo partió, respiró hondo y cerró la puerta con llave.

VERONA, ITALIA

MAYO DE 1943

Después de su regreso, Pietro quedó confinado en su cama. El pie enyesado descansaba sobre una pila de cojines proporcionada por una diligente Orsina. Pasaba la mayor parte del día durmiendo.

—Está durmiendo más que nunca, mamá... ¿No deberíamos procurar que caminara un poco más? El doctor Tommasi incluso le dejó un par de muletas, pero jamás intenta usarlas.

Orsina solo negaba con la cabeza.

—¿Quién no estaría agotado después de recibir una paliza así? Si el cuerpo le pide descanso, debe hacerle caso.

Elodie no estaba del todo convencida.

—Si yo dejo de tocar un par de días, me noto las manos tiesas. Creo que necesita levantarse y moverse un poco.

—Démosle algunos días más, Elodie. Solo ha pasado una semana desde que los terribles moratones de su cara empezaron a desaparecer. Cuando recupere las fuerzas, lo ayudaremos a levantarse.

Elodie asintió.

—Quizá esta noche podamos animarlo a tocar un poco el violín. No necesita ponerse de pie para hacerlo. Podemos acomodar sus almohadas y darte un pequeño concierto. —Sonrió y abrazó a su madre—. Eso le levantará el ánimo.

Elodie miró de soslayo a su padre mientras este dormía. Era cierto que los moratones habían empezado a atenuarse, pero, ahora, la brutalidad del fascismo era más evidente que nunca y había dejado marcas permanentes en la vida, alguna vez idílica, de su familia.

Aunque intentaba permanecer lo más calmada y servicial posible para beneficio de su madre, desde el regreso de su padre, Elodie sabía que ese suceso la había transformado para siempre. La imagen de su amable padre acarreado hasta su casa por el vecino, su cuerpo golpeado y desfigurado, y su pierna que colgaba como la de una marioneta rota... Eso era algo que jamás podría borrar de su memoria.

Así, cuando se encontró con Lena fuera del Café de Guido, Elodie ya no mostró la reticencia de la primera vez que Lena la había invitado a una de las reuniones.

—¿Cuándo es la siguiente reunión? —preguntó Elodie sin chistar.

—¿Al fin estás lista para unirte a nosotros? —le preguntó Lena a su vez. Entonces miró fijamente a Elodie, como si intentara valorar su repentino cambio de parecer.

—Sí —respondió—. Jamás he estado más lista. Tú dime cuándo y dónde.

A la mañana siguiente, después de terminarse el café, Elodie hizo lo que en otra época le habría parecido impensable: miró a sus padres directamente a los ojos y les mintió por primera vez.

—Hoy voy a llegar tarde, así que no me esperéis. No quiero que os preocupéis —dijo con la esperanza de que no le pidieran más detalles.

Orsina seguía en camión. Una larga trenza negra con rastros de plata le caía sobre el hombro. Incluso después de dormir la noche entera, parecía agotada.

—Claro que voy a preocuparme, sabiendo el tipo de animales que rondan estos días por las calles. ¿Hacia qué hora crees que vas a llegar?

Elodie respiró hondo.

—Necesito practicar un concierto con Lena. Se le está complicando seguir el ritmo y el profesor Olivetti nos va a matar si no sale todo a la perfección en la presentación de primavera.

Elodie se lo había inventado, pero de todos modos sonaba factible. Observó a su madre para ver si había detectado la mentira, pero Orsina pareció creerse su explicación y suspiró profundamente.

—Aun así, no te quedes fuera hasta demasiado tarde y, por favor, cuídate.

Elodie asintió y apartó la mirada. Mentir le resultó más fácil de lo que imaginaba. Quizá demasiado fácil.

—Sí, mamá. Por supuesto.

Orsina se giró para mirar a su marido, con la esperanza de que expresara los mismos pensamientos relacionados con la seguridad de su hija, pero sus lesiones eran tan graves que le quedó claro que ni siquiera había oído las palabras de Elodie. Hubo un tiempo, pensó su esposa, en que oía cada aliento, cada susurro, pero ahora parecía no oír nada en absoluto.

Esa tarde, Elodie y Lena dejan sus instrumentos en la escuela de música. Van vestidas de manera casi idéntica: falda color azul marino y blusa blanca. Zapatos con tira en forma de T y el cabello recogido por detrás de las orejas.

Lena le informa de que la reunión será en una pequeña librería de la via Mazzini. Es una tienda que Elodie ni siquiera sabía que existiera. El exterior no es más que un pequeñísimo escaparate lleno de libros. Por encima de la puerta cuelga un letrero negro con la palabra LIBRI en letras doradas.

Elodie desearía tener la seguridad que le ofrece su chelo. Está tan acostumbrada a su pesada

armadura que se siente rara sin ella, casi como si le faltara una extremidad. Se siente extrañamente ingrátida y sus sentidos se agudizan. Oye todo lo que está a su alrededor: el sonido de las pisadas en el pavimento, las aves en el aire y el leve agitar de las hojas.

—Vamos dentro —susurra Lena y señala la puerta.

La pequeña tienda está cubierta hasta el techo de libros. «Ladrillos de colores», piensa Elodie mientras contempla las paredes. Los lomos de los libros se proyectan en una variedad de tonos diferentes. Tomos forrados en cuero color rojo y marrón, algunos en verde botella. Las letras doradas de sus títulos brillan como estrellas distantes. Un joven de aproximadamente veinte años está de pie tras un mostrador. Es alto y algo desgarbado, con una gruesa mata de pelo negro. Sus ojos son de un profundo color ámbar; Elodie jamás ha visto unos ojos de ese color. De inmediato piensa en los gitanos que hilan cuentas de ámbar en collares, preciadas reliquias como fósiles con pequeñas formas de vida atrapadas en su interior. Su rostro es bello y bien definido; Elodie lo analiza con velocidad, como una partitura, absorbiendo sus ángulos y curvas, memorizando sus alturas y planicies.

Las manos del joven descansan sobre su escritorio, sus largos dedos manchados de tinta.

—Luca, traigo a una amiga —anuncia Lena, confiada.

Luca se queda mirando a ambas chicas, pero sus ojos se posan durante más tiempo sobre Elodie. Al principio no dice nada y la estudia. Al final se limpia las manos con su bata y hace un gesto para que lo sigan.

Las lleva a la trastienda y Elodie percibe el aroma a tinta y papel mojado. Hay cientos de panfletos colocados en altas pilas. Alguien llena pequeñas bolsas con ellos. La habitación está atestada con al menos treinta jóvenes que parecen conocerse. Miran a Elodie con suspicacia cuando entra.

—Es mi amiga —la presenta Lena de inmediato—. Es chelista y tiene una memoria fuera de lo común. —Mira a todo el mundo directamente a los ojos. Un murmullo recorre la habitación. Elodie lo percibe y empieza a inquietarse—. Podéis confiar en ella —afirma Lena sin rodeos—. Os doy mi palabra.

Hay tres mujeres en la habitación; no cabe la menor duda de que una de ellas es Brigitte Lowenthal. Los rasgos afilados, la costosa blusa. Esta examina a Elodie con rapidez en cuanto entra en el recinto y, después, da media vuelta y se centra en algo más interesante. Elodie nota la manera en que coloca una elegante mano sobre la pierna de Berto. Él tiene el rostro de un artista y las manos de un escultor. Elodie puede imaginarla desnuda sobre un sofá mientras Berto recrea su figura en suaves contornos de arcilla.

Hay otra mujer cerca de una de las esquinas del cuarto. Elodie oye que alguien menciona el nombre de Jurika. Lleva pantalones y camisa de vestir. Observa a las dos muchachas con mayor suspicacia que los hombres. Por la forma en que se comporta Lena, a Elodie le resulta evidente que ella tampoco ha visto antes a esa mujer.

—Deberíais dirigiros a la coalición católica si tenéis interés de ayudar —les dice—. No creo

que este grupo sea el adecuado para vosotras.

Lena la mira fijamente.

—Ya llevo tiempo cumpliendo mis deberes aquí mismo. Ellos saben que puedo entregar lo que me den.

—Lena es una buena *staffetta*, Jurika. —Un estudiante alto vestido de colores oscuros sale en defensa de Lena.

—Y, por cierto, no te he visto en una sola reunión hasta hoy —añade Lena, desafiante.

—He estado en las montañas de Francia haciendo misiones de reconocimiento, ratoncita. — Se levanta y todos parecen quedarse sin aliento—. Supongo que en el conservatorio no os enseñan a usar armas, ¿me equivoco?

Elodie puede sentir cómo tiembla, pero Lena no se deja intimidar. Al otro lado de la habitación, Brigitte gira el largo y blanco cuello en su dirección. Saca un cigarrillo, que Berto enciende sin demora. Elodie observa cómo sus ojos pasan de aburridos a divertidos en un segundo.

—No —responde Lena, mientras una amplia sonrisa se dibuja sobre su rostro—, pero dado que pareces ser tan experta, ¿por qué no nos lo enseñas un día de estos?

De inmediato se disuelve la tensión que se ha acumulado y todos, incluyendo Jurika, empiezan a reír.

—Me caes bien —dice este mientras se pone de pie.

Cuando se levanta, es como un reflector; su poderosa energía abarca la habitación entera. Las chicas disfrutan del momento, felices por haber divertido a esa líder femenina.

Ambas reciben bolsas llenas de panfletos comunistas para su distribución. Luca las acompaña hasta la puerta.

—Nos vemos el jueves que viene a la misma hora. Ahora corred a casa con vuestros padres.

—No somos unas colegialas —protesta Lena con un respingo—. ¡Tenemos edad suficiente como para casarnos!

—¿Y cuántos años son esos?

—Diecinueve —responde Elodie por su amiga.

—Casi veinte —matiza Lena.

—Ah, vaya —exclama él, sonriéndoles a ambas—. Entonces tenéis dos trabajos: repartir estos panfletos y correr a encontrar un marido.

Luca camina hasta una pila enorme de panfletos y la levanta. Sus brazos se tensan por el peso. Las venas de su cuello se dibujan brevemente, como un rayo.

Elodie y Lena abren los brazos para recibir sus paquetes.

—Y, decidme —les pregunta—, ¿cuál sería una responsabilidad mayor? ¿Esto o un marido?

Lena es la primera en contestar:

—¿Un marido, por supuesto! —suelta una enorme carcajada—. Por lo menos podemos deshacernos de los panfletos ¡y no volver a pensar en ellos!

Los tres siguen riendo hasta que Elodie levanta la mirada y ve que Jurika está caminando en su dirección. No le dirige la palabra a ninguno de los tres.

Con un movimiento rápido y ágil, hurga en un bolsillo y saca una especie de boina que de inmediato se coloca y tira de ella hacia abajo para cubrirse los ojos. Sin rastro alguno de feminidad en su aspecto o en su forma de andar, pasa junto a ellos y sale por la puerta.

La semana siguiente, después de terminar de repartir los panfletos de manera exitosa, las chicas regresan a la librería de Luca.

Cuando entran, suena una campanita encima de la puerta. Luca está de rodillas, desembalando una caja de libros. Alza la mirada y sus ojos pasan por alto a Lena para enfocarse en Elodie.

—Las dos músicas —saluda.

—El librero —replica Elodie.

Luca se levanta del suelo. Es más alto de lo que ella recuerda. Lleva puesto el mismo abrigo marrón que la primera vez que lo vio. Tiene un pequeño cuaderno en uno de los bolsillos y un lápiz tras la oreja.

—Lo siento. No nos presentaron formalmente la semana pasada. —Le tiende la mano—. Luca Bianchi.

—Elodie Bertolotti —responde ella. Siente un hormigueo en los dedos cuando Luca le estrecha la mano.

—¿Elodie? —Tiene una mirada de extrañeza en su rostro—. Jamás había oído ese nombre antes.

—Sí, es francés. Lo eligió mi madre.

—¿Es francesa? —Vuelve a sonreír—. Nos iría bien alguien que supiese hablar francés. Estamos tratando de aprender todo lo que podemos de la Resistencia francesa.

—No —ríe Elodie—, mi madre es veneciana y, si la conocieras, no la considerarías para nada una buena candidata para la Resistencia.

—Te sorprenderías. —Arquea una ceja y su voz deja entrever un asomo de coqueteo—. Incluso contamos con algunos gondoleros...

Elodie asiente, impresionada.

—No tenía ni idea.

—Bueno, en cualquier caso tienes un nombre precioso. Te hace justicia.

—Gracias —contesta sonrojándose por el piropo.

De reojo, Elodie ve que Lena levanta la vista al cielo.

—Bueno, todo esto es de lo más interesante —interrumpe—, pero tenemos mucho que informar. ¿Ya han llegado los demás?

—Unos cuantos ya están en la parte de atrás, pero todavía falta por llegar la mayoría de la gente.

Luca le sonríe a Elodie y ella se resiste a acompañar a Lena, que ya se está dirigiendo a la trastienda.

—¿Y puedes decirme qué instrumento tocas?

Elodie sonríe de nuevo, conmovida por el interés que muestra en ella.

—El chelo.

—Vuelves a sorprenderme —dice mientras suelta una breve risa—. ¡Un instrumento tan grande y serio!

Y Elodie siente el toque de su mano, una sensación tenue como un suspiro al nivel de su cintura que la guía suavemente hacia la trastienda.

Los hombres parecen satisfechos con el informe de Lena sobre el reparto de los panfletos.

—Necesitamos saturar la universidad —sugiere alguien—. Allí, por lo menos, hay personas que no temen hacer frente a los fascistas.

Algunos concuerdan, pero otros empiezan a discutir entre sí acerca de los sitios donde podrían encontrar mayor apoyo.

Por último, Luca se pone de pie y anuncia que tiene algo que comunicarles.

—Nuestros principales líderes nos han dicho en repetidas ocasiones que es esencial que encontremos formas innovadoras para hacer llegar nuestro mensaje. En el pasado nos las hemos ingeniado para encontrar maneras inteligentes de hacerlo, pero las distancias que necesitamos recorrer se están ampliando cada vez más. Un simple trayecto en bicicleta, con un trozo de papel oculto en el manubrio, es perfecto para una distancia corta, pero tiene que haber algo que podamos usar que se pueda transportar a mayores distancias, entre ciudades...

Se oyen murmullos en la sala.

—No es necesario que lo discutáis entre vosotros. Veréis..., se me ha ocurrido una idea.

Tiene tres libros apilados frente a sí. Toma el primero de la pila y lo levanta entre sus manos.

—Todos sabemos lo que es esto. —Con una enorme reverencia, Luca coloca una mano sobre la portada—. Durante siglos, los escritores han utilizado los libros como vehículos para transportar sus ideas y pensamientos. —Abre el libro por la mitad—. Pero, en realidad..., y sé que esto os sorprenderá a muchos, creo que existen diversas maneras en las que podemos utilizarlos a favor de nuestra causa, aparte de por las inspiradoras palabras que llevan impresas.

»En el interior de este libro he cortado cerca de veinte páginas del centro con una navaja. Después, he preparado páginas nuevas de exactamente el mismo tamaño, con mensajes falsos, que he vuelto a pegar dentro, de manera que se confundan a la perfección con las páginas originales. —Cierra el libro—. Ahora os lo voy a pasar y quiero que me respondáis con franqueza si, al examinarlo por primera vez, habríais detectado las páginas nuevas.

Se hace un silencio en la habitación. Cada persona que toca el libro y que revisa sus páginas habría tenido dificultades para identificar las hojas nuevas que Luca ha insertado en él de no haberlo sabido de antemano.

—También se pueden utilizar los libros para transportar un código secreto.

»Notaréis que dentro del libro he añadido algunas letras en la base de cada décima página. Podrían ser letras, números... o, incluso, una combinación de ambos a fin de utilizar este objeto aparentemente inocuo como vehículo para enviar información adicional.

Luca abre el libro y les muestra a todos que ha incluido las palabras «Il Gufo» a lo largo del ejemplar, colocando una letra cada diez páginas.

—Esta es una proporción de uno a diez, pero se puede ajustar para que sea una letra cada quincuagésima página o cada septuagésima quinta.

Mientras habla, Elodie siente que una corriente eléctrica le recorre el cuerpo entero. Cuando llega hasta ella el primer libro que menciona Luca, coloca la mano sobre la portada igual que ha hecho él, como si el gesto pudiera comunicarlos de alguna forma.

Los demás reaccionan con el mismo entusiasmo.

—¡Esto es brillante, Luca! —grita alguien.

Otra persona elogia su creatividad para hallar una solución. Elodie se esfuerza por percibir si hay alguien que no esté impresionado, pero todo el mundo parece asombrado por el ingenio de Luca.

—Y he dejado lo mejor para el final —cuenta para tranquilizar a sus compañeros.

Solo queda un libro sobre la mesa frente a él, mientras los otros dos siguen circulando por la habitación. Coge el último libro, claramente más pesado y voluminoso que los otros.

—Este lo saqué de una serie de tomos que tengo apilados en esos estantes de allí... —Señala un mueble alto con anaqueles repletos de varias filas de libros grandes.

Aguarda unos segundos antes de abrir las páginas con sus pulgares. El libro se abre como una enorme mariposa. De un lado, en un grosor aproximado de al menos doscientas páginas, hay un hueco recortado hábilmente. Y dentro de este, una pistola.

—Por supuesto, este no se utilizaría para viajar. Los controles son demasiado estrictos, pero creo que es una buena manera para almacenar el armamento con el que sí contamos. Puedo colocar varios libros de estos, lado a lado, sobre un estante en esta misma habitación.

Ahora la habitación se llena de un zumbido de entusiasmo.

Beppe se acerca y toma el revólver de las páginas troqueladas.

Elodie no puede creer lo que ve. Mira a Lena, que está sentada en su silla, demasiado asombrada por lo que Luca les acaba de enseñar.

Se gira hacia Elodie y le susurra al oído:

—¡No cabe duda de que este no es un librero cualquiera!

Elodie no sabe qué decir, pero, por dentro, está pensando exactamente lo mismo.

VERONA, ITALIA

MAYO DE 1943

Después de la reunión en la tienda de Luca, Elodie no volvió a ver los libros de la misma manera. En ocasiones se acercaba a los estantes de libros de su padre, tomaba alguno de historia náutica o de la Antigua Roma y se preguntaba si sería el vehículo ideal para ocultar un mensaje o una pistola.

El arma de Luca la había aterrado. Jamás había visto una pistola tan de cerca. Lo más peligroso que había en casa de sus padres era el juego de cuchillos de cocina. Ella incluso se mantenía alejada de ellos y prefería poner la mesa o remover la polenta.

A lo largo de su vida ella siempre había estado muy protegida. Sabía que era común que las familias italianas resguardaran a su prole; en especial, a sus hijas. Pero a causa de sus dones musicales, había crecido todavía más aislada. Sus padres no querían que tuviera distracción alguna.

Sin embargo, ahora la recorría una extraña energía. ¿Era el deseo de venganza por lo que le había pasado a su padre, combinado con ese nuevo grupo de personas tan decididas a retomar el país del control de los fascistas? ¿O acaso se debía a algo mucho más sencillo y menos noble por su parte? ¿Podría haber empezado la primera vez que Luca posó los ojos sobre ella?

¿Cuando le dijo que su nombre era hermoso? ¿Cuando estudió su rostro y le dijo que estaba llena de sorpresas?

Podía traer a Luca a su mente con enorme precisión. Pensaba en su mata de cabello negro, sus finos rasgos y los ojos color ámbar. Había notado los tendones de su cuello. Las delicadas cintas de sus músculos, las venas azuladas justo debajo de su piel que tanto le recordaban a las cuerdas del diapasón de su chelo. ¿Qué se sentiría al deslizar un solo dedo sobre una de ellas para notar la energía que irradiaban bajo la piel?

Podía escuchar el patrón de su voz como notas que flotaban dentro de su cabeza. El pausado ritmo de sus palabras, la cadencia de su entonación mientras iba revelando su idea de utilizar los libros como parte de sus tácticas.

Se había sentido conmovida por cómo manejaba las novelas. El respeto por esos objetos que era evidente que le resultaban preciosos. Le confortaba saber que él apreciaba los libros tanto como ella el chelo.

Esa noche se quedó dormida oyendo una melodía que le era enteramente nueva. La oyó en la forma de una paleta de colores tan intensos como el barniz de su instrumento. De un rojo oscuro, con largas vetas de oro.

VERONA, ITALIA

MAYO DE 1943

En su cuerpo se agitaba una turbación como la que solía experimentar cuando anhelaba tocar su chelo. Cuando la música se apoderaba de ella con esa fuerza sentía un dolor sordo, una sensación de hambre. Elodie le dijo a Lena que estaba entusiasmada de acudir a otra reunión, pero lo que no le contó fue que quería ir porque no podía dejar de pensar en Luca.

Esa mañana se levantó a primera hora y sacó su chelo del estuche. Cuando lo tocó, las notas que brotaron de él tenían un sonido que le era ajeno. Su padre le había enseñado que el chelo podía suspirar y sollozar, que podía hacer llorar al público. Pero en esta ocasión, Elodie tocó con una añoranza intensa. Podía sentir cómo el instrumento se ensanchaba y se expandía mientras sacaba las notas con mayor intensidad y profundidad. Por vez primera, el deseo se apoderó de su interpretación, el ansia por algo que era más que música. Y, mientras las notas llenaban el apartamento, Orsina despertó y pudo oír la diferencia en la interpretación de su hija. Le recordó a la manera en que Pietro había tocado esa noche, años atrás, cuando lo escuchó por primera vez en I Gesuiti de Venecia. Cuando tocó con esa belleza que le atravesó el corazón.

Esa mañana, Elodie le preguntó a su madre si podía ponerse uno de sus vestidos. Los que colgaban en su armario le parecieron, de pronto, infantiles, y no quería que Luca la viera de nuevo usando su uniforme escolar de falda y blusa. Quería entrar a la librería con un vestido como el que su madre había usado hacía tantos años, cuando conoció a Pietro. Amarillo pálido, del color del sol, de las primeras campanitas chinas de la primavera, doradas y plenas de luminosidad.

Orsina vio con buenos ojos el interés repentino de Elodie por su guardarropa. Ahora podía adivinar lo que había provocado el cambio en la interpretación de su hija y fue un alivio confirmar que no se trataba de nada grave.

Abrió su ropero y sus dedos flotaron sobre cada vestido. Algunos de ellos contenían recuerdos secretos para ella y Pietro. Un beso robado a la sombra de la iglesia de San Marcos o el vestido que llevaba puesto la noche que él le propuso matrimonio. Podía recordar cientos de historias con solo echar un vistazo al interior de su armario y su mente viajaba por el tiempo hasta la

primera ocasión en la que cada tela había acariciado su piel. Debajo de los dobladillos ondeantes estaba su maleta roja, la que había llenado con muchos de esos mismos vestidos cuando había abandonado su hogar en Venecia para vivir en Verona, tantísimos años atrás.

Ese momento, ahora, con Elodie, era un rito de iniciación que podía saborear. Le hacía recordar su propia juventud, cuando se había detenido al borde de ese umbral que pronto la había llevado al mundo del matrimonio y de los hijos.

Siempre pensó que Elodie se adentraría en ese mundo algunos años más tarde que sus compañeras, que el chelo la distraería de los asuntos más simples del corazón.

Observó a su hija acariciar las telas con la mano. El vestido de gasa del color del sol, el rojo con el cinturón de cordellate y el que estaba estampado con flores de primavera, que era el favorito de Orsina.

—¿Me puedo poner el amarillo? —preguntó Elodie.

Los primeros rastros de madurez acompañaban su petición. Un deseo por ampliar los límites un poco, por ser menos cauta, más audaz.

—Por supuesto —respondió Orsina mientras retiraba el vestido de su percha y se lo entregaba a Elodie. Sonrió ante su elección, sabiendo de primera mano que un bello vestido tenía el poder de transformar a quien lo llevara.

Esa tarde, en el conservatorio, prácticamente cada uno de los alumnos varones se giró para mirar a Elodie mientras caminaba por los pasillos. Chicos que jamás se habían fijado en ella, ahora estiraban el cuello para obtener algo más que un fugaz vistazo.

—¿Qué mosca te ha picado hoy? —le preguntó Lena—. Vas muy guapa, pero no sueles vestir así, de eso estoy segura.

Elodie se detuvo frente a una de las ventanas altas del pasillo. El sol detrás de ella no solo iluminaba la belleza y los ángulos de su rostro, sino también la totalidad de su ser. Tenía un aspecto celestial.

—Es solo que hoy me he levantado con ganas de un cambio. Estaba un poco cansada de limitarme al azul marino y al blanco.

Lena asintió. Ella llevaba puesto un nada sorprendente vestido camisero gris.

—Espero que te des cuenta de que no puedes asistir a la reunión con un vestido de gasa amarilla. ¡Lo más importante es no llamar la atención!

—Claro —respondió Elodie mientras su rostro entero se ensombrecía. Su voz empezó a temblar mientras trataba de ocultar la sensación de absoluto fracaso.

—De todas maneras, el amarillo te sienta de maravilla —la elogió Lena mientras le daba una palmada en la espalda a su amiga—. Pero la semana que viene acuérdate de ponerte algo azul marino o gris.

Esa tarde, Elodie no acompañó a Lena a la librería de Luca. Sabía que su amiga tenía razón. Ya ahora, mientras atravesaba la plaza, podía sentir el peso de las miradas sobre ella como nunca.

En el cristal de los escaparates, Elodie vio su reflejo. El cabello oscuro le caía como una cascada sobre los hombros. El largo lazo atado de manera holgada, al cuello, y una hilera de botones blancos bajaba hasta el dobladillo. La tela tenía una ligereza que le fascinaba, pero que también la hacía sentir vulnerable, y empezó a preguntarse cuál de las dos era más peligrosa: ¿la transparencia de la tela o la transparencia del alma? Elodie estaba segura de que Lena se había percatado de la razón por la que había elegido vestirse así. Después de todo, como artista y compañera, debía de haber sentido la creciente tensión que había entre ella y Luca.

Sabía que Lena tenía razón y que no podía presentarse en la librería como si estuviese a punto de ir a tomar el té. Destacaría y llamaría la atención, y no de la manera en que deseaba hacerlo, sino como alguien que no pintaba nada allí. De todos modos, Elodie no terminaba de estar convencida de la necesidad de ir directamente a casa. En lugar de ello, se encaminó hacia la tienda de Luca.

Le dolía el brazo por cargar su instrumento durante tanto tiempo. Por primera vez, pensó en su chelo más como carga que como un compañero, y se preguntó si no estaría cometiendo un error enorme.

En varias ocasiones se detuvo para recobrar el aliento. El vestido se le había humedecido por el sudor. Con ambas manos se levantó la pesada melena, que le caía sobre los hombros, y la recogió sobre la cabeza.

Cuando llegó a la librería, se quedó parada frente al escaparate, su mirada fija sobre la colección de libros expuestos. Notó la imagen que se reflejaba en el vidrio. Era como un fantasma flotando delante de los libros, capaz de desaparecer en cualquier momento sin que nadie se percatara de su presencia.

Se planteó qué estaría sucediendo dentro y si Luca le habría preguntado a Lena la razón por la que no había ido. Imaginó a Lena mirándolo con cierta picardía y haciendo algún comentario agudo acerca de cómo Elodie se había vestido con demasiado esmero. Trató de alejar la escena de su mente, avergonzada por su torpeza. Podía volver la semana siguiente, se dijo con firmeza. Guardaría el vestido amarillo en el armario de su madre y regresaría a su uniforme habitual. No más caminatas por la ciudad con el vestido de gasa amarillo pálido. «Ese fue el color de la historia de amor de mis padres», se dijo a sí misma.

«Quizá el gris y el azul sean los colores de la mía.» Elodie recogió su instrumento y se dirigió a su casa.

PORTOFINO, ITALIA

OCTUBRE DE 1943

Ahora Angelo acoge a otra persona desconocida en casa. Cuando Elodie se baña, él toma uno de sus libros y lo empieza con la esperanza de que la lectura lo reconforte. Mientras se concentra en la novela, sabe que la historia de esta chica debe de ser, por fuerza, más compleja y devastadora que cualquier cosa que pueda encontrar entre las páginas que está leyendo.

Ella continúa su baño mientras él se examina la vieja herida que tiene en el pie. Se desata los zapatos negros, se quita el calcetín del pie izquierdo y observa los cuatro dedos y el pequeño muñón del que perdió en la explosión. Una lesión no de esta guerra, sino de la de África; la incursión de Mussolini en su afán por conquistar Etiopía, ocho años atrás. Sabe lo que es llevar heridas ocultas. La suya es un triste bulto azulado cubierto por un calcetín de algodón. Por las noches le da punzadas. Siente los nervios del dedo ausente. Como su corazón, sigue latiendo a pesar de la tristeza y la pérdida que ha tenido que soportar.

Una vez que Elodie termina de bañarse y cambiarse, regresa a la habitación.

Se sienta. Su cabello está húmedo y lo lleva recogido sobre la cabeza. Es toda huesos y ángulos, en contraste con la curvilínea esposa del hombre.

—Le gusta leer —le dice. No es una pregunta, sino una observación.

—Mucho —responde él.

—¿Podría leerme algo? —le pregunta suavemente.

Al principio, la petición lo sorprende. Se esperaba cualquier pregunta salvo esa, pero algo es algo.

Toma el libro que acaba de dejar a un lado y lo abre; comienza a leer.

Las palabras son un consuelo no solo para ella, también para él. Llenan el espacio con sonido. Estas dos personas, que no saben nada la una de la otra, ahora están envueltas en una historia que no tiene nada que ver con ninguna de las dos.

Su voz, su inflexión e, incluso, sus pausas se convierten en una partitura.

El hombre lee durante casi una hora y Elodie inhala sus palabras como si fueran aire. Se pierde en la voz de Angelo, en la cadencia de su hablar. No nota que sus ojos están cansados y que se

los frota repetidamente, cada vez que pasa de página. Solo cuando percibe la fatiga en su voz levanta la vista y se percata de lo cansado que está.

—No siga —le pide, y él se asombra por el tono de amabilidad de su voz—. Debe de ser agotador leer en voz alta durante tanto rato.

—No me molesta —responde—. Es agradable volver a contar con un público.

Ella sonríe y la invade el recuerdo fugaz de todos los públicos frente a los que alguna vez tocó. Ve a las mujeres y los hombres reunidos, los programas sobre sus regazos, los ojos fijos en el escenario. Recuerda el sonido de sus aplausos como truenos distantes, algo que ha quedado a toda una vida de distancia.

Le gustaría poder decirle lo mucho que la tranquilizan sus palabras. Son como un abrazo verbal. Pero permanece en silencio y recuerda la vez anterior en que alguien le leyó algo, la última vez que estuvo en Verona, cuando los libros eran tan abundantes que Luca podía ceder un cargamento completo solo para ayudar a la Resistencia.

La luz ha cambiado en la habitación donde están sentados. Las sombras empiezan a agitarse sobre las paredes blancas. La ventana que da al mar exhibe el horizonte, apenas una pincelada oscura que flota en el agua.

Creía que estaría a salvo en Liguria, cerca del golfo de los Poetas, donde artistas y escritores habían escapado del resto del mundo durante años y, en invierno, no quedaban más que los aldeanos y el mar. Pero Elodie no tiene idea alguna de dónde se encuentra.

—Ha sido muy amable —dice Elodie con las manos sobre el regazo—. No me quedaré demasiado tiempo para no ser una carga. Trataré de viajar a alguna de las islas en cuanto pueda.

Elba, Córcega; las islas más al oeste. Los tres muchachos que habían estado ahí antes que ella le habían dicho lo mismo. Pensaban que cuanto más lejos fueran, más seguros estarían. Que podían perderse entre la arena y el sol. Angelo los había ayudado a todos sin pedir nada a cambio. Siempre habría otro más cuando la casa estuviera demasiado vacía y el silencio se volviera demasiado atronador.

Elodie le da la vuelta a la llave y cierra la puerta de su nueva habitación. El sonido es pesado y fuerte, el ruido de metal contra madera. Se percata de que Angelo interpretará tal sonido como temor por su parte, pero esa no es la razón por la que cierra con llave. No es porque le tenga miedo a él, sino porque no quiere que se dé cuenta de lo que lleva consigo.

Sabe que él no comprendería las páginas sueltas de la partitura. No tendría ni el oído ni el alcance de conocimientos musicales para comprender las notas sobre las páginas. Aun si supiera leer la música, no podría descifrar estas páginas del modo en que ella puede hacerlo. Para ella, la manera apresurada en que están escritas las notas y la falta de firmeza en los trazos cuentan una historia distinta. Ella puede detectar el temor en las melodías. Pero el amuleto y el libro son objetos que la conectan con Luca.

Son las cosas que lleva consigo. La historia de cómo cada una llegó a sus manos todavía está oculta en los profundos recovecos de su mente.

VERONA, ITALIA

JUNIO DE 1943

Una cosa era segura: después de que Lena la reprendiera por usar el vestido amarillo, Elodie no le volvería a pedirle otro a su madre. Regresó a casa y se lo quitó de inmediato.

—Echo de menos oírte tocar —le dijo su madre con amabilidad—. Tu padre lleva todo el día sufriendo unos dolores terribles. ¿No podrías ayudarme a despejar la mente con algo bello?

Al principio, Elodie intentó resistirse a las maquinaciones de su madre. Lo que menos necesitaba era que otra persona intentara dirigir sus acciones, pero su frustración hizo que todo su cuerpo se tensara. Sabía que la música sería lo único que podría tranquilizarla.

Abrió el estuche, sacó el chelo y se acomodó en una silla. Por un segundo, hubo un intercambio silencioso entre la chica y el instrumento, su privacidad oculta detrás de la cortina de su oscura melena. Orsina contuvo el aliento hasta que su hija al fin elevó el arco.

Empezó con el tema principal del segundo movimiento del *Cuarteto americano* de Dvořák, y no levantó la mirada ni una sola vez para encontrarse con los ojos aprobadores de su madre. Tocó con la cabeza inclinada y los ojos cerrados.

Orsina percibió una sensación que se apoderaba de ella, como si la moviera una corriente o la arrastrara una marea invisible. Dentro del patetismo de las notas, intuyó el ruego de paz del compositor. Se preguntó si las luchas se aminorarían si más personas se vieran expuestas a una belleza así. ¿Acaso se acabarían las guerras?

Ojalá las cosas fueran así de simples.

Toda la tarde se había sentido distraída por los periódicos. Los Aliados acababan de bombardear Sicilia. Lo sentía en los huesos; se aproximaba un mayor derramamiento de sangre.

Se preguntó si podría convencer a su marido de que se trasladaran a un sitio más seguro; quizá hacer las maletas con todas sus pertenencias y mudarse de vuelta a Venecia. Seguro que los Camisas Negras que lo habían atacado no lograrían orientarse entre los canales y la densa espesura de la niebla.

El viaje de Verona a Venecia no era largo; menos de tres horas en tren. Sin embargo, desde la muerte de sus padres, a Orsina se le había hecho difícil regresar a un lugar donde atesoraba

tantos recuerdos. Aun así, la ciudad todavía la atraía, en especial durante aquellos momentos en que se sentía perdida.

Había enterrado a su padre y a su madre durante la epidemia de gripe de 1918, solo dos años después de casarse con Pietro y cuando estaba embarazada de cinco meses. Solo había regresado a su ciudad natal para enterrarlos, su corazón apesadumbrado porque le habían prohibido cuidar de ellos mientras seguían vivos a causa del riesgo que representaba tanto para ella como para el bebé.

Pietro la había acompañado al funeral, aunque había deseado que se atuviera a la tradición italiana que impedía que las mujeres embarazadas asistieran a las exequias. Pero dado que su hermano había fallecido de bebé, Orsina, como hija única, había sentido el peso completo de sus responsabilidades.

El hedor había sido horrible. A diario viajaban barcos del hospital al cementerio para deshacerse de los muertos.

La isla de San Michele, el ancestral camposanto de la ciudad, se encontraba justo enfrente del hospital. Orsina había recibido cartas de su padre antes de que enfermara en las que le describía cómo los gondoleros se envolvían la cara con muselina cuando tenían que transportar a los muertos.

Esa sensación de estar flotando, que había acompañado a Orsina durante la mayor parte de su vida allí, desapareció por completo. Cuando llegaron a la ciudad de su infancia, sintieron que se estaban sofocando. Orsina sintió como si se hundiera, como si la empujaran al interior de una nube negra.

—No debimos venir —le susurró Pietro a Orsina en el barco. Colocó un chal sobre los hombros de su mujer y la envolvió con un brazo, acercándola hacia él como para protegerla de la invisible enfermedad infecciosa.

—¿Cómo no va a enterrar a sus padres una hija? —había protestado. Pietro sacudió la cabeza. Podía sentir temblar a su esposa. Ella estaba casi en los huesos, excepto por la suave curvatura de su vientre. Aparte de las náuseas matutinas, la tensión de no poder ver a sus padres, de no poder cuidar de ellos en su enfermedad, le había pasado factura—. No los abandonaré para que algún desconocido los entierre en la fosa común.

Sin gran éxito, había hecho vanos esfuerzos por prohibirle que fuera, pero al verla llorar y rogar había desistido de insistir. De todos modos, sabía que su estado de fragilidad y debilidad la hacían todavía más susceptible a la infección.

—Pero debemos irnos el mismo día del funeral —fue su única demanda—. No me importa si tenemos que coger el tren de noche, no toleraré que duermas allí.

Ella asintió, la garganta hecha nudo tras sofocar las lágrimas para hablar.

Esa tarde estuvieron de pie frente a las tumbas. El resto del cementerio estaba lleno de familias, todas silenciosamente conectadas en aquella confusión de ritos funerarios.

El sacerdote, con su sotana negra, levantó un crucifijo sobre ambas tumbas y recitó una

oración por los difuntos. Dos chicos esperaban a un lado con enormes palas entre sus manos, como cayados incongruentes con sus figuras infantiles.

Orsina estuvo a punto de desmayarse cuando las primeras paladas de tierra cayeron sobre los ataúdes negros de sus padres.

De camino a casa, no dejó de llorar ni un instante.

Regresaron a Verona exhaustos y Orsina cayó en cama de inmediato.

Durmió durante tres días y solo despertaba para beber un poco de agua y comer un poco de arroz hervido.

Después empezó la fiebre.

—Será un milagro que sobreviva —afirmó el médico fuera de su dormitorio, con la mirada seria.

Pietro, pálido y agotado de preocupación, perdió el color.

—Sobrevivirá. Y el bebé también.

—¿El bebé? —El médico negó con la cabeza—. Límitese a tratar de cuidar de su esposa. Lávese las manos y mantenga su rostro cubierto. Convénzala para que beba tanto como pueda. —Cerró su maletín de piel con movimientos ágiles—. El resto está en manos de Dios.

Durante días, Orsina pareció arder, su cabello negro empapado de sudor.

Cada dos horas, Pietro levantaba la pesada cabeza de su esposa y le imploraba que tomara algunos sorbos de agua. Dos veces al día, mojaba un terrón de azúcar y lo colocaba entre los labios de su amada.

Jamás había recurrido a la misericordia de Dios, pero ahora colgó un crucifijo sobre la cabecera y fue a la iglesia para encender algunas velas. Rogó que su esposa y su hijo se salvaran.

A los cinco días, la fiebre de Orsina cedió. De inmediato se incorporó en la cama, sus ojos llenos de un tipo de dolor completamente diferente.

Al oír sus gritos, Pietro entró en su habitación a todo correr. Las sábanas de la cama estaban cubiertas de sangre.

Al retirar las sábanas de su cuerpo, vio que su camisón también estaba teñido de carmesí.

Orsina estaba histérica, sus manos presionadas contra el vientre; el dolor era insoportable.

—Voy a por el médico —le dijo Pietro mientras la levantaba en brazos y la llevaba hasta el cuarto de baño. Ella no le respondió. No necesitaba que le dijera lo que ya sabía; el río de sangre que manaba de su cuerpo ya no contenía vida.

Orsina sobrevivió, pero perdieron al bebé. La tragedia los golpeó con tal fuerza que ninguno de los dos podía hablar.

La pena invadió a Orsina como las aguas de una presa rota. Eran demasiadas muertes como para comprenderlas. La Primera Guerra Mundial acababa de terminar, y ella había perdido a sus

padres y también a su primer hijo. Ni siquiera había podido procesar la muerte de sus padres de manera adecuada cuando tuvo que enfrentarse a la pérdida de su bebé.

—Lo intentaremos de nuevo —le dijo Pietro en su empeño por consolarla—. Cuando te sientas lista para ello.

Ella no fue capaz de pronunciar palabra. Solo emitió el más tenue de los sonidos, un leve quejido.

Pietro giró sobre sus talones para mirar el estuche del violín en la esquina; el piano con la cubierta cerrada sobre el teclado y la viola que descansaba cerca de la ventana.

No tenía el más mínimo deseo de tocar.

Esa primavera, regresó a Venecia con Orsina para empaquetar las pertenencias de los padres de ella y colocar flores sobre sus tumbas.

La sombrerería estaba cerrada a cal y canto. Se debían varios meses de alquiler, pero el casero también había perecido en la epidemia, y su esposa, una fiel admiradora de los sombreros de la madre de Orsina, se apiadó de ellos. Tendrían que desalojar la tienda antes de mayo.

Una chica llamada Valentina había ayudado a la madre de Orsina en la sombrerería durante años. Había estado cuidando a su propia madre cuando los padres de Orsina cayeron enfermos, de modo que no se habían visto desde hacía casi un año, pero ahora que la enfermedad había abandonado la ciudad, Valentina regresó a ayudar a Orsina a cerrar la tienda y a vender lo que quedaba del inventario.

Al principio, las dos mujeres hablaban poco entre sí, aunque Orsina hizo hincapié en expresarle su agradecimiento por su apoyo. Pero lentamente, al pasar los días, se hicieron más amigas.

—Y ahora, ¿qué planeas hacer? —preguntó Orsina.

—Espero poder abrir mi propia tienda.

La chica tomó uno de los sombreros de la madre de Orsina y lo levantó hacia la luz.

—Jamás tendré la visión de tu madre, pero sí que me enseñó a coser y a usar el juicio y la medida con los materiales. —Acarició una de las plumas con los dedos—. Antes de venir a trabajar con ella, jamás había visto una pluma de avestruz o de garcilla.

Orsina sonrió.

—A mi madre le fascinaba darles un poco de sofisticación a todas sus clientas.

—Así es —respondió Valentina con una sonrisa.

—Desearía poder regalártelo todo, pero toma esto y considéralo la bendición de mi madre.

Orsina levantó una pesada caja llena de carretes de terciopelo y guarniciones, así como de plumas y flores de seda.

Valentina enrojeció, avergonzada por el detalle.

—¡No puedo aceptar las plumas! Son demasiado caras.

—Claro que puedes —insistió Orsina—. Úsalas como lo hubiera hecho mi madre. Eso me hará feliz.

A la semana siguiente, Pietro y Orsina abandonaron Venecia. Utilizaron lo que recabaron con la venta del inventario para liquidar las deudas de sus padres y, antes de partir, visitaron la iglesia favorita de Orsina, Santa Maria dei Miracoli, en Cannaregio, para rezar por otro niño.

—He conseguido que un amigo músico herede su contrato de arrendamiento —le dijo Pietro—. Valentina recogerá el resto de las pertenencias de tus padres y las almacenará hasta que estés lista para revisarlas.

Pero, para el año entrante, Orsina estaba embarazada de nuevo y ninguno de los dos, después de los últimos dos viajes, tenía un apremiante deseo por regresar.

PORTOFINO, ITALIA

ABRIL DE 1934

Aunque Angelo había estudiado para ser médico, desde pequeño siempre le había fascinado escuchar historias, y sabía que todas las personas en el mundo tenían algo que contar encerrado en su corazón.

Su propia historia había empezado con la rocosa costa de Italia y dos mujeres que formaban parte del tejido mismo de su alma. La primera era su madre; la segunda, su primera esposa, Dalia.

Había conocido a Dalia en San Fruttuoso durante el último año de sus estudios de Medicina. Estaba de camino a casa para sorprender a su madre con una visita cuando el barco hizo una escala inesperada en la pequeña aldea costera cerca de su pueblo natal, Portofino. Caminó por la playa, una extensión de rocas lisas y planas, y encontró un café llamado Fiorello Dolce a solo unos pasos del muelle. Allí se detuvo a tomar un café y a comer uno de sus dulces favoritos: una *sfogliatella*, un tipo de pasta de hojaldre triangular rellena de queso *ricotta* y trocitos de naranja confitada. Ese día, el calor había sido particularmente intenso, incluso para un pueblo porteño. Con la esperanza de refrescarse un poco, Angelo había movido su silla hacia una pequeñísima zona a la sombra. Mientras se acomodaba, advirtió una figura vestida completamente de blanco. Una chica de dieciocho años salía de la entrada de uno de los arcos de piedra y llevaba una cesta con limones frescos, muchos de ellos con los tallos todavía adheridos. Una blanca flor de gardenia adornaba su largo cabello negro. Desde el primer instante en que la vio, Angelo no pudo quitarle los ojos de encima.

—¡Limones! ¡Limones frescos! —clamaba la muchacha mientras caminaba por la rocosa playa hacia el café. El corazón de Angelo empezó a galopar—. ¡Recogidos a mano del huerto de mi padre!

Angelo sintió que una oleada de energía se apoderaba de él. Tomó un último sorbo de café y su mano salió disparada hacia el aire.

—*Signorina!* ¡Sí! *Signorina*, ¡por aquí!... ¡Quiero limones!

La muchacha empezó a caminar hacia él mientras una tímida sonrisa se le dibujaba en el rostro.

A medida que se acercaba, le pareció todavía más bella. Ahora podía verla con mayor

claridad: la piel miel y los ojos del color del cristal romano.

—¿Cuánto por la cesta completa?

La muchacha miró hacia abajo y contó los limones.

—Si se lleva toda la docena, se la dejo por cinco liras.

—Pero eso es muy poco —dijo él, ofreciéndole la más brillante de sus sonrisas—. Seamos justos: puedes vendérmela por ocho.

—Pero ¡eso sería demasiado! —repuso ella, tratando de dominar sus ganas de reír.

Él supo que le hacía gracia que estuvieran regateando a la inversa. Era absurdo. Un comprador que insistía en que debía pagar un precio mayor, y ella, negándose a ceder; pero quería ser justa y honesta. Angelo estiró una mano y tomó una de las frutas. La fragancia de los limones era embriagadora.

—Creo que debería pagar más por el aroma extraordinario que tienen. Jamás he olido limones tan frescos.

En esa ocasión, la chica se permitió sonreír abiertamente y, cuando lo hizo, él sintió que el corazón se le volvía a agitar. Los dientes que se asomaban de sus labios, un capullo de rosa, eran más blancos que las perlas.

—Eso se debe a que eres de Génova, donde lo único que se puede oler es el hollín —respondió—. Aquí, como cultivamos los limones en nuestro patio trasero, el aire mismo está cargado de su perfume.

—¿Y qué te hace pensar que soy de Génova? —le preguntó.

—Lo oigo en tu acento. Es genovés puro. Suenas de lo más formal —contestó, y volvió a reír.

—Pues estás equivocada —replicó él cambiando al dialecto de casa con la misma facilidad con la que un hombre se cambia los zapatos de trabajo y se pone su par de zapatillas más cómodas.

La chica se quedó boquiabierta.

—¿Cómo? ¡Jamás lo hubiera adivinado! ¿De dónde eres? ¿De Portofino?

—¡Correcto! —Sonrió, claramente impresionado—. Estás en lo cierto.

—Pero no parece que seas de por ahí. —Señaló su traje de lino y los zapatos de piel rígida, que había lustrado con esmero.

—Estudio Medicina en Génova y estoy de camino a casa de mis padres —explicó con una risita—. Se me ocurrió sorprender a mi madre con una cesta de limones y la visita de su único hijo. El siguiente barco zarpa en una hora —continuó, después de mirar su reloj—. Ahora que acabo de comprarte la cesta completa de limones, ¿por qué no me haces el honor de acompañarme con otro café y el dulce que quieras...?

Él se levantó y tomó la cesta, quitándosela de las manos con gentileza. Después, con una gracia que lo sorprendió incluso a él mismo, retiró una de las sillas de la mesa y la invitó a sentarse. Por lo general, era de lo más torpe con las mujeres, pero esa chica era tan fresca y modesta que se había sentido cómodo de inmediato.

—¿Qué te apetece? —le preguntó. En su plato no quedaban más que algunas migajas.

—Un *espresso* y una *sfogliatella* —respondió, sonrojándose.

Angelo sonrió y pidió dos de cada cosa.

Se quedó con ella toda la tarde y perdió los siguientes tres barcos a Portofino.

—Mi madre ni siquiera me espera. No importa si llego antes o después de la cena. De todos modos quedará sorprendida.

—Pero mi familia sí que me está esperando —repuso ella, su rostro todavía sonrosado por toda la atención que le había prestado—. Me has hecho reír toda la tarde... —Señaló la cesta de limones que él había tomado de sus brazos después de que abandonaran el café y dijo que se veía como un tonto mientras caminaba con la cesta colgada del brazo.

—Es para evitar las habladurías —alegó él—. Así parecerá que te estoy ayudando.

—Eres de lo más caballeroso para ser un estudiante de medicina. Primero, pagas de más por los limones y, después, insistes en cargar con la cesta. —Emitió una risita.

Cuando se reía, a Angelo le parecía que estaba escuchando la música más bella. Como si Dios hubiera capturado la luz del sol y la dejara escapar a través de los labios de la joven. Quería sostener cada átomo de ella entre sus manos. Quería tomar su rostro entre sus palmas, como si fuera la perla más preciosa, y presionar sus labios contra los de ella.

Vio que la flor que llevaba en el cabello se había marchitado y que los bordes de los pétalos blancos habían empezado a oscurecerse. Cuando se detuvo para decirle que tenía que volver al norte en dirección a su hogar, le sacó la flor de detrás de la oreja.

—Jamás debería haber nada marchito junto a tu piel perfecta.

Junto a la cerca donde se habían detenido había varios árboles de hibisco. Estiró la mano y tomó una de las flores más rosadas para ponérsela detrás de la oreja.

Cuando ella trató de cogerla, sus dedos se tocaron por primera vez.

—Cómo me gustaría poderte llevar a casa esta noche para que conocieras a mi madre —le dijo con una sonrisa.

—¡Eso sí que la sorprendería!

—Pero estaría encantada... y, bueno, sí, un poco sorprendida si consideramos que serías la primera mujer a la que llevaría a casa.

—Mejor, llévale mis limones. Vuelve mañana y dime qué le han parecido.

Él no habría querido que sus dedos dejaran de tocarse, pero finalmente se separaron.

—Ven a verme mañana al Fiorello Dolce y así me cuentas si le han gustado.

Angelo sabía que su madre lamentaría que llegara a casa y se marchara con tanta premura, pero no pudo resistir la idea de no volver a ver a esa mujer.

—Hecho —respondió—. Estaré sentado en el mismo lugar, esperándote.

—Y yo te traeré otra cesta de limones —repuso ella, su sonrisa desplegándose por encima de

su barbilla como el más bello listón.

El corazón de Angelo se aceleró mientras corría para tomar el último barco a casa.

Más tarde esa noche, Angelo llegó a su hogar y le regaló a su madre la cesta.

—¿Me has traído limones? —preguntó ella con cierta confusión—. ¿Para qué, si tengo mi propio limonero en el patio de atrás?

—Pero, *mamma* —contestó él—, ¡estos limones son especiales!

—¿Especiales? —Sacó uno de los limones de la cesta—. Sí, están muy frescos y fragantes, Angelo, pero ¿qué tienen de especial? Aquí tenemos limones para dar y regalar. No era necesario que te gastaras dinero en más.

—Bueno, *mamma*, es que te los he traído porque los ha recogido a mano la mujer con la que me voy a casar.

Su madre presionó las manos contra su delantal. Tenía las mejillas salpicadas de harina por haber estado estirando la pasta.

—¿Casarte? —exclamó, llevándose las manos a la cara—. *Madonna!* ¡Hasta ahora no sabía nada de esto!

—Ni yo, *mamma* —contestó, tomándola de la cintura y levantándola del suelo—. Pero ya lo verás. ¡Te vas a enamorar de ella igual de rápido que yo!

—¡Angelo! ¡Qué locuras estás diciendo!

—No, *mamma*. Ahora soy un hombre de ciencia. Esto lo sé de veras. He hecho algunos cálculos sencillos de camino a casa. Durante el próximo año le escribiré a diario. Son trescientas sesenta y cinco cartas en las que le contaré lo mucho que la amo. El borrico del pueblo se cansará de llevar tantas cartas sobre su lomo.

Ella solo negó con la cabeza.

—Debes de estar hambriento de tu viaje. Hoy ya me has dado sorpresas suficientes. Deja que te prepare un plato de pasta, estás en los huesos.

Ella era una mujer a la que no le gustaba quitarse el delantal hasta que estaba a punto de irse a la cama. El hogar de la niñez de Angelo estaba lleno de los aromas que más amaba: sofrito de ajo, manojos de albahaca fresca y la fragancia del aceite de oliva. Como todas las mujeres de la región, el amor de su madre por su familia estaba amalgamado en la masa que mezclaba cada mañana con sus propios dedos para elaborar la pasta, en cada huevo que elegía del gallinero y en cada tomate que recogía de sus enredaderas.

Podía hacer cosas maravillosas a partir de casi nada: *focaccia* con un poquito de harina y sal de mar, o una bandeja de sardinas asadas y relucientes, bañadas en aceite y hierbas. Podía freír flores de calabaza rellenas de *ricotta* que aromatizaba con ralladura de limón y rebozar pescaditos de playa con una mezcla de pan rallado y queso para freírlos después. De postre, usaba la fruta que recogía a mano de su propio jardín y la servía junto a su tarta de *miele*. Una

vez que los niños crecieron un poco, su padre les dejó que tomaran sorbos de *sciacchetrà*, el vino dulce color ámbar que hacía que todo pareciera mejor y más tranquilo al final de una larga jornada.

Se había dedicado por completo a la crianza de sus hijos. Amamantaba a uno mientras daba de comer al siguiente con cuchara. Angelo adoraba a su madre. Había dado a luz a siete hijos, el primero cuando apenas tenía diecisiete años. Angelo había sido el quinto, pero el primero en graduarse. Ahora solo su hermana menor vivía en casa y ya se estaba discutiendo con cuál de los muchachos del pueblo se casaría.

Mientras descansaba sentado frente a la pequeña mesa del patio, que miraba al mar, su madre le llevó un plato de ensalada de pulpo.

—Cómetelo —insistió, para después regresar adentro a fin de prepararle algo más. Angelo metió el tenedor dentro de los firmes tentáculos que brillaban con aceite y limón. Sonrió; le fascinaba comer y le fascinaba saborear el mar.

La mujer volvió algunos minutos después con un plato de *ravioli* calientes.

—*Mamma* —exclamó—. ¡Cómo te he echado de menos allí, tan lejos, en la universidad!

—¿Echado de menos? ¡Entonces por qué vienes hablando de esta otra mujer! —Se paró cerca de él y colocó las manos sobre sus hombros.

—*Mamma!* —Él dejó el tenedor sobre la mesa y sonrió.

—Angelo... Si tienes que casarte, ¿por qué no eliges una muchacha bonita de aquí, a quien conozcamos todos, en lugar de una desconocida de otro pueblo?

Él cerró los ojos y permaneció sereno. No prestó gran atención a la falta de entusiasmo de su madre ante el anuncio de su recién descubierto amor. Había esperado una reacción así de ella. Entonces se dejó inundar por los recuerdos de Dalia, con su cesta de limones y la curva de su sonrisa, y por el sabor de los *ravioli* de su madre.

Después de terminar de comer, su madre se sentó y tiró de la cesta de limones hacia ella para colocarlo en su regazo.

—Angelo. Angelo. Mi Angelo —dijo, decorando cada mención de su nombre con un triste suspiro.

Metió la mano en la cesta y sacó uno de los limones. La fruta amarilla parecía un canario dormido entre sus manos. Colocó las dos palmas contra la piel para calentarlo y, después, lo acercó a su nariz e inhaló su aroma.

—Recogió estos limones con gran amor, Angelo. Puedo detectarlo en su fragancia...

Él sonrió.

—Está bien —continuó ella—. Tendrás que contárselo a tu padre mañana por la mañana. Llegará temprano. Los hombres han salido a pescar de noche.

El padre de Angelo, Giorgio, era casi veinte años mayor que su madre. Era un pescador de pelo

cano con un rostro que parecía un trozo de madera arrastrada por el mar, pero iluminado por dos ojos de un azul intenso.

Angelo no podía recordar una época en la que su padre hubiera permanecido lejos del mar durante más de un día. Cuando no estaba sobre las olas, estaba en el muelle, descargando la pesca. De niño, Angelo esperaba la llegada de su padre después del trabajo con gran entusiasmo. Con solo ver la expresión de su rostro, sabía si la pesca había sido abundante. En los días buenos, cuando Giorgio regresaba al puerto con sus redes atestadas de los frutos del mar —peces con las colas en movimiento y las branquias brillantes, y cestas colmadas de langostinos y cangrejos— se mostraba radiante.

Pero en los días en que el mar no había sido tan generoso, el joven Angelo podía leer la decepción en el rostro de su padre incluso antes de ver las redes que colgaban, vacías.

Fue entonces cuando Angelo empezó a leer los rostros de las personas, a ver las emociones ocultas en sus ojos.

La felicidad, la tristeza, el enojo y la frustración eran fáciles de observar en los ojos de la gente. Pero se había entrenado para detectar aquello que se escondía debajo de la piel. Diagnosticar a un paciente era algo que se hacía a través de una serie de observaciones, cada una conectada con la anterior. De modo que lo que intrigaba a Angelo era poder reconocer a alguien que llevaba secretos en su interior, y que se esforzaba por no revelar su temor.

Angelo despertó temprano a la mañana siguiente. Sabía que si coordinaba las cosas con cuidado, podría ver a su padre llegar al muelle y quedar con uno de los otros hombres para que lo llevara a San Fruttuoso.

—*Papà!* —gritó al ver el barco de su padre atracado en el muelle. Agitó las manos por encima de su cabeza para atraer su atención.

Él levantó la mirada y le devolvió el saludo. A medida que Angelo se acercaba al bote, su padre pronunció su nombre.

Angelo sonrió.

—¡Parece que tu viaje ha sido un éxito! —Señaló las redes colmadas de peces todavía llenos de vida.

—*Non male* —respondió con una sonrisa.

Sus dientes eran como un piano de teclas desportilladas y faltantes. El salobre aroma de la piel de su padre retornó a Angelo a su infancia de inmediato.

—¿Y cómo está mi médico?

—Todavía me falta para ser médico, *papà*.

Su padre sacudió la cabeza.

—¡A mí me bastas y me sobras! ¡Qué sorpresa verte por aquí!

—Sí —dijo Angelo con una sonrisa—. Quería sorprender a mamá. Volveré más tarde, por la

noche.

—Tus hermanas estarán felices de verte tan bien... —Dio unas fuertes palmadas sobre la espalda de su hijo.

—Mamá va a preparar una buena cena esta noche, pero ahora necesito ir a San Fruttuoso.

—¿Ya te vas, entonces? Pasas en casa menos de una noche y ya tienes que estar en otro lado.

—Sí, solo por unas pocas horas. Iba a pedirle a alguien que me llevara hasta allí.

—¿Y por qué no puede llevarte tu padre? Tengo el barco.

—Pero tú estás cansado, *papà*. Déjame pedirselo a alguien que no haya estado fuera toda la noche.

—Jamás estoy demasiado cansado para mi hijo, el médico... ¿Qué hay en San Fruttuoso?

—He quedado con alguien, *papà* —explicó Angelo, tratando de no dar detalles.

Su padre sacudió la cabeza, pero después estudió a su hijo con más detenimiento, una leve sonrisa en su rostro.

—¿Vas a verte con alguien? —Su padre sonrió de nuevo—. A ver si lo adivino: ¿se trata de una chica!

Angelo asintió.

—Pues, entonces, ¿a qué estás esperando? ¡Vámonos! —Le hizo señas a Angelo para que subiera al barco. Angelo se paró justo en el centro, asegurándose de no enredarse en las redes apiladas.

—*Papà* —empezó—. Tengo que decirte la verdad. ¡No esperaba tanto entusiasmo!

Su padre sonrió de oreja a oreja; los espacios vacíos en su dentadura solo aumentaron su aspecto de picardía.

—Vámonos ya... —respondió con una carcajada—. ¡No querrás tenerla esperando!

PORTOFINO, ITALIA

ABRIL DE 1934

Esa semana de vacaciones, Angelo viajó a diario de Portofino a San Fruttuoso. Su padre y los demás pescadores amigos de la familia se convirtieron en sus barqueros particulares y lo dejaban allí al alba para recogerlo por la noche. Siempre se veía con Dalia frente al café con un ramo de flores del jardín de su madre, y ella siempre le llevaba una cesta nueva de limones.

Angelo jamás le informó de que estaba al tanto de que uno de los hermanos de ella los vigilaba día sí, día también. Sabía que él habría hecho lo mismo en cualquier situación parecida que involucrara a una de sus hermanas, de modo que la cortejó de la mejor manera que pudo bajo las circunstancias: contándole diversas historias y haciéndola reír, invitándola a *espressos* y *sfogliatelle*, pero sin intentar nada más que tomarla de la mano.

Cuando la semana llegó a su fin y supo que tenía que regresar a la universidad, le prometió que le escribiría a diario.

—¿Podrías darme tu dirección para escribirte cuando esté de vuelta en la universidad?

Ella metió la mano entre los pliegues de su falda para mostrarle que no llevaba ni lápiz, ni papel.

—Pero ¡yo sí! —insistió él. Bajó la cesta de limones que cargaba y buscó en su cartera—. Dime. —Levantó su pluma en el aire.

—Es sencillo —respondió la chica—. Dalia Orembelli. Nuestra casa y el huerto están situados justo detrás de la piazzetta Doria Pamphili. Pon mi nombre en el sobre, con esas instrucciones, y la carta llegará hasta mí.

—Escribo muy bien —le dijo—. Ya lo verás.

Su rostro no mostró la reacción que anticipaba. Vio que sus ojos se humedecían y que un ligero estremecimiento recorría su barbilla.

Sin que fuera necesario que dijera otra palabra más, de inmediato supo lo que la tenía tan acongojada: no sabía leer.

—No te preocupes, Dalia —la consoló limpiando sus lágrimas con un dedo.

Vio que su rostro se sonrojaba, como una rosa cuyo color se hacía más profundo frente a sus ojos.

La tomó entre sus brazos para aliviar su turbación.

—*Limonina* mía... No solo eres bella, sino también inteligente.

Ella levantó la cabeza para mirarlo, y Angelo pudo observar su propio reflejo en las profundidades de sus húmedos ojos.

Colocó una mano bajo su barbilla y le susurró:

—No es difícil aprender. Cuando regrese, en Navidad, te enseñaré. Aprenderás a leer con mis cartas.

Y la besó por primera vez. Al demonio con su hermano si trataba de detenerlo.

Ella guardó cada una de sus cartas y, como le prometió Angelo, le llegó una cada día. A pesar de que no podía leerlas, hizo lo que él le pidió: puso cada una de las cartas en una caja y esperó a que regresara.

La caja era sencilla, casi burda. Estaba hecha de madera y, de niña, allí había guardado sus tesoros más queridos. Cuando las cartas empezaron a llegar, a fin de que hubiera espacio, sacó las cosas que antes le parecían tan especiales —un botón de vidrio, un pequeño prendedor de plata pura y un peine de carey— y guardó las cartas en su interior.

A pesar de que deseaba poder leer las palabras y comprender lo que su amado le había escrito, solo tenerlas entre sus manos le servía de sustento. Amaba contemplar sus letras perfectamente redondeadas, la curva de su caligrafía, la pulcritud de sus líneas. Imaginaba que podía interpretar el contenido, aunque era incapaz de leer una sola palabra.

De modo que Dalia esperó y empezó a contar los días que faltaban hasta que él regresara para cumplir con su promesa.

Cuando Angelo regresó, caminaron hasta la cima de la península, donde la vista era más bella, y allí, a la sombra de un huerto de limoneros, empezó a enseñarle a leer.

Escribió las vocales y las consonantes con esmero para ella y, una vez que dominó su sonido, pasaron a leer palabras cortas y sencillas.

—Ahora, veamos si puedes empezar con mi primera carta —dijo él, a sabiendas de que la había escrito de la manera más sencilla, pero pura, de la que era capaz.

Ella tomó la pequeña caja de madera de ciprés y abrió la tapa. La primera carta que le había enviado se encontraba encima del todo.

Sacó el papel del sobre.

Angelo pudo verla formar las palabras en su cabeza antes de armarse del valor suficiente para decirlas en voz alta. Al mirar su expresión, Angelo supo que podía leer las dos palabras que contenía. El significado de su sencilla belleza se reflejó en su rostro. Ella sonrió, se giró hacia él y lo besó con dulzura en la mejilla.

—«Te amo.» Pero ¡eso es demasiado sencillo! —exclamó tomándolo de las manos.

—No, no es para nada sencillo —respondió, mirándola directamente a los ojos—. Es lo más bello y lo menos común.

A los pocos meses, ella ya leía con facilidad. Ahora, cuando recibía sus cartas, las abría de inmediato y devoraba cada palabra. Angelo también empezó a enviarle libros. Por primera vez, dentro de su cabeza se hizo la luz con todo lo que encerraba el mundo y las posibilidades a su alrededor. El corazón le latía con fuerza cada vez que veía al cartero caminando por la calle.

Sus padres, ahora más que conscientes del cortejo, estaban felices de que su hija hubiera encantado a un médico en ciernes. Tenían tan poco dinero que les era imposible juntar una dote, pero a este joven no parecía importarle lo más mínimo.

«No te preocupes, mi *limonina* —le escribió—. Lo único que deseo es tener una vida y una familia contigo.»

Ella contaba los días hasta su siguiente visita y se dedicó a sus quehaceres y a leer las novelas que le enviaba, con pequeñas notas de amor entre sus páginas.

Después, a una semana de que regresara para las vacaciones de verano, llegó su última carta con otro sobre sellado en su interior. En el frente podía leerse: «Por favor, espera a leerla conmigo».

Unos días después, Angelo llegó a San Fruttuoso con una mirada más seria que de costumbre. Su cabello estaba peinado y reluciente, e iba vestido con una camisa azul pálido y pantalones blancos de lino.

De pie frente al café donde siempre se veían, ella vestía falda y blusa campesina blancas. Como siempre, llevaba una flor tras la oreja y su cesta estaba llena de limones.

—Tienes un aspecto diferente —lo saludó cuando él se acercó y la tomó del brazo. Sintió que la embargaba una fría preocupación por dentro.

—Vayamos al limonero —dijo él—. ¿Dónde están tus hermanos?

—Hoy no están —le respondió—. Todos han salido en barco.

Caminaron por el pedregoso camino hasta su sitio secreto. Allí, bajo el manto de las ramas de los fragantes limoneros, ella sacó la última carta que le había enviado, todavía sellada en su sobre, como él le había pedido.

Estaba escrita en un pesado papel hecho a mano, del color del lino crudo. Los bordes eran irregulares y suaves, como las plumas de un ave.

—Ábrelo ahora —le pidió en un susurro. Notó que las manos de la muchacha temblaban.

Ella abrió el sobre, que había permanecido completamente cerrado.

Angelo vio sus ojos al registrar lo que estaba dentro; la oleada de suavidad que animó su rostro y que en segundos lo transformó de una imagen de trepidación a una de absoluta y perfecta alegría.

Puso a un lado la hoja de papel, donde él había escrito, con la máxima sencillez: «¿Quieres casarte conmigo?».

—¡Sí! —exclamó—. ¡Por supuesto que sí!

Ella se arrojó a sus brazos y rodeó su cuello, y llevó un dedo hasta su pecho para escribir las palabras «te amo». Después lo besó con tal profundidad y presionó su cuerpo contra el suyo con tanta fuerza que Angelo sintió que su corazón se fundía con el de ella.

Cuatro meses después, se casaron en la abadía de San Fruttuoso; sus familiares subieron uno tras otro por las gastadas escaleras de piedra hasta la iglesia. La fragancia a limones y jazmín perfumaba el aire.

La madre de Dalia confeccionó un simple vestido de algodón blanco y tejió una corona de flores de verbena para entrelazarla con el largo cabello negro de su hija.

Esa noche, Angelo la tomó entre sus brazos y reclinó la cabeza contra sus pechos; sintió que Dios le había dado su propia nube en la cual descansar para toda la eternidad.

Besó cada recoveco de su cuerpo. Las rosadas frambuesas de sus pezones, la curvatura de cada seno. Cada parte de ella era terreno nuevo por descubrir, por tocar, por saborear.

Él empezó a recorrer la totalidad de su cuerpo. Sus labios y su lengua se deslizaron con delicadeza por la delgada línea que dividía en dos su pecho. Escuchó que el corazón de ella latía como las alas de un colibrí, con tal velocidad que pensó que levantaría el vuelo. Bajo cada roce de sus dedos, ella se estremecía y gemía suavemente.

—Dalia —susurró, mientras colocaba una pierna de ella sobre su hombro—. ¿Dónde empiezas y dónde acabas? —murmuró muy cerca de su piel. Su cuerpo era un mapa de caminos ocultos, cada uno interconectado para formar un todo exquisito. Con un dedo trazó una línea que subió desde su tobillo hasta llegar a la pantorrilla, para después virar tras su rodilla y seguir por la cara interna de su pierna. Se detuvo. Continuó recorriéndola e inhaló su aroma, sosteniendo su pelvis como una canasta de flores fragantes—. Amor mío —dijo antes de besarla.

La boca de ella se abrió como una orquídea y Angelo selló sus labios con un beso.

Al fin, supo la respuesta a la pregunta con la que uno de sus compañeros lo había desafiado: «¿En qué momento parece más bella una mujer? ¿Cuando por primera vez miras su cuerpo? ¿Su corazón? ¿O cuando contemplas su alma?».

Es en ese instante único, cuando sostienes a la mujer que más amas entre tus brazos y puedes percibir su cuerpo, su corazón y su alma al mismo tiempo.

VERONA, ITALIA

JUNIO DE 1943

Elodie no era tan guapa como para que las demás chicas le tuvieran envidia. Se vestía con tanta modestia y su cuerpo era tan delgado y carente de curvas que su única característica notable era la intensidad de sus ojos. Sin embargo, este era un beneficio para su trabajo con el grupo; era un manto de sencillez que le permitía caminar por las calles de Verona sin que un solo hombre girara la cabeza en su dirección. Era mucho más difícil para Lena, a quien la acosaban de manera constante. Sus suaves y protuberantes senos, la redondez de sus caderas y la elevada prominencia de su trasero eran atributos físicos que hacían mucho más probable que llamara la atención. Al darse cuenta de ello, Lena trataba de vestir con la mayor modestia posible y elegía vestidos holgados y poco coloridos, o la falda azul con blusa blanca de rigor. Y, aun así, llamaba la atención de aquellos hombres que se sentaban en los cafés y que constantemente les gritaban a las mujeres como si se tratara de algún deporte.

A la mayoría de las muchachas que trabajaban como voluntarias les entregaban libros que contenían breves mensajes codificados, como primero les dieron a Elodie y a Lena. Estas chicas, que viajaban en bicicleta, podían llevar sus mensajes de otras maneras ingeniosas. Los hombres quitaban los mangos de goma de los extremos del manillar e insertaban papeles enrollados en su interior. Las chicas pedaleaban por la ciudad, comprometidas con su entrega. Jamás se les decía qué contenían los mensajes, aunque lo preguntaran.

—Al manteneros en la ignorancia, os estamos haciendo un favor —les explicaron—. No podemos correr el riesgo de que se os escape algo si os interrogan. Lo mejor es que lo hagáis a ciegas.

Las muchachas no insistieron y siguieron haciendo lo que se les ordenaba. Les bastaba con la emoción de estar trabajando por la causa, algo que contrastaba de manera muy notable con la rutina de sus vidas. En casa, sus madres esperaban que les prestaran ayuda con la colada, además de esmerarse en sus estudios. Transportar la información secreta que se necesitaba para ayudar a liberar a Italia les brindaba una sensación de libertad e, incluso, de poder.

Algunas semanas después, las chicas se dirigieron a la trastienda para asistir a otra reunión más, pero llegaron a la mitad de una acalorada discusión.

—Los camaradas nos han informado de que se espera una invasión alemana para el otoño y

necesitamos prepararnos. Nuestros hombres están empezando a alistarse en las montañas. Vamos a comenzar a organizar la entrega de armas, municiones y demás pertrechos —dijo una voz oculta en la multitud.

Luca coincidió:

—Mi hermano ya está haciendo un reconocimiento del terreno de las montañas con Darno Maffini. Berto está organizando a los contactos en Francia. Aquí, en la ciudad, todos necesitamos ser eficientes y organizados. Dependen de nosotros para conseguir lo que necesitan.

Un hombre alto y robusto, vestido con un mono, estaba de pie en la parte de delante, tratando de hacerse entender.

—Sí, Luca tiene razón. Necesitamos prepararnos antes de que llegue el invierno y el acceso sea más difícil.

—¿Y los hombres qué? No hay un número ni cercanamente suficiente de nosotros para...

—Necesitamos involucrar a más mujeres...

—¡Esto es demasiado peligroso! —gritó alguien desde atrás—. ¿Te gustaría que tu propia hermana estuviera en la línea de fuego? Piensa lo que esos cerdos les harían si las llegaran a detener.

Beppe, uno de los principales organizadores, trató de serenar los ánimos.

—¡Escuchadme! No podemos negar que hay peligro, es un hecho, pero también sabemos que las mujeres de Verona están hartas de la guerra.

Alguien al fondo empezó a reírse.

—No les molesta que se lleven a sus maridos, pero ¡que nadie toque a sus hijos!

Beppe sonrió.

—Es cierto. Esa es la razón por la que cada vez están más enojadas. —Se inclinó sobre la atestada mesa—. Pero hablemos en serio. Nuestras madres y hermanas se han sacrificado durante años en nombre de Italia, pero están cada vez más desilusionadas. Ven cómo se deteriora la calidad de vida. Racionan la leche y la comida para sus hijos y casi no tienen nada en sus alacenas. Mussolini les prometió una patria fuerte y unificada, y están hartas de no recibir nada más que promesas vacías a cambio de privaciones.

»Nuestra propia camarada, Jurika, que en este momento está en las montañas, se ha unido a nosotros porque habían enviado a su hermano a África y este regresó con una pierna amputada y sin dinero con el que sostener a su familia. Se pegó un tiro en la cabeza solo para que su madre y su hermana pudieran cobrar su pensión. Y el Estado trató de negarles incluso eso porque se había suicidado.

—¡Hoy, en esta misma habitación, tenemos a dos mujeres más que también quieren ayudarnos! —exclamó una voz.

Elodie y Lena pudieron sentir que todas las miradas de la sala se dirigían hacia ellas. Brigitte Lowenthal no había asistido ese día y las muchachas eran las únicas mujeres que se encontraban allí. Fue la voz de Luca la que las señaló.

—¡Estas jóvenes quieren salvar Italia tanto como nosotros! —Su voz era tan apasionada que Elodie sintió que se le ponía la piel de gallina.

Mientras todos estiraban el cuello para poder ver a Elodie y Lena, ambas chicas se sonrojaron, avergonzadas. Pero, entonces, la fuerte voz de Lena llenó el aire:

—¡Es cierto! ¡Yo sería capaz de morir por Italia! Y ella, mi amiga, ¡vio cómo los fascistas arrastraban de su hogar a su padre para darle una paliza!

Beppe se puso de pie y aplaudió un par de veces para silenciar la habitación.

—Haremos lo que haga falta. Les llevaremos armas a nuestros hombres. Sabotaremos las vías férreas e interceptaremos entregas. Seremos más astutos, permaneceremos un paso por delante de ellos, aunque tengamos menos recursos. Trabajemos juntos, hagamos pleno uso de nuestros talentos ¡y averigüemos la manera de parar este régimen sanguinario!

La habitación explotó en aplausos y vítores.

—Más vale que os tranquilicéis —dijo Elodie, mirando a Lena con alarma—. ¿Qué pasaría si alguien escuchara todo este ruido y lo denunciara?

Pero Lena no la estaba escuchando. Parecía estar completamente hechizada por el discurso de Beppe.

—Cómo me gustaría que dejara de usar esos monos —susurró Lena—. ¡Ese es un hombre por el que incluso yo empezaría a cocinar pasta por las noches!

Elodie tuvo que sonreír. La idea de que Lena cocinara pasta para quienquiera que fuera parecía de lo más cómica.

—Quizá deberías ofrecerte a tocarle un concierto de viola. Creo que tendrías más suerte conquistando su corazón con tu música que con tus dotes culinarias.

Lena le lanzó una mirada divertida a Elodie.

—¿Y Luca? ¿Le vas a ofrecer tú un concierto privado de chelo?

Elodie se quedó con la vista al frente, un hilo de sonrisa cruzando por su rostro.

—No pienso ofrecerle nada..., pero haré lo que sea que me pidan.

Al inicio del verano, Elodie y Lena se vieron todavía más atareadas, incluso sin sus clases en el Liceo Musicale. Cada miércoles acudían a la librería de Luca. Siempre las recibía en el mostrador delantero. Si había clientes en la librería, esperaba hasta que se fueran antes de acompañar a las muchachas a la trastienda.

—Mis chicas musicales —dijo con una sonrisa. Su mirada siempre parecía demorarse un poco más con Elodie—. Qué triste que vuestro corazón esté dedicado solo a vuestros instrumentos...

Elodie levantó una ceja.

Luca rio y apartó la cortina que llevaba al almacén que tanto conocían de las reuniones.

Elodie jamás había visto la trastienda sin que hubiera alguien dentro, de modo que le sorprendió verla tan silenciosa y vacía.

Siguieron a Luca hasta los estantes más alejados, abriéndose camino entre las sillas y demás cosas que habían quedado atrás después de la última reunión.

—Me alegra que las dos hayáis pasado la primera ronda de pruebas —afirmó.

—¿Pruebas? ¿Qué pruebas? —Elodie parecía confundida.

—En realidad, los últimos sobres que os pedimos que entregarais estaban en blanco... Pero, como lograsteis entregarlos donde tocaba, ahora sabemos que podemos confiar en vosotras para daros tareas de mayor importancia.

El rostro de Lena se crispó.

—No te sientas insultada —comentó Luca riendo—. ¡Lo hacemos con todo el mundo!

—Claro, más vale ser precavido —convino Elodie, tocando el brazo de su amiga—. Tiene sentido.

—Sabía que comprenderías la lógica que hay detrás de ello, Elodie. Gracias.

—Y, entonces, ahora que hemos superado la prueba, ¿qué pasa?

Luca se puso de puntillas y tomó dos libros de uno de los estantes.

—Beppe preparó estos dos anoche, así que ya están listos. —Se dirigió a Lena primero—. Lleva el tuyo al bar que se encuentra en la esquina noreste de la piazza San Zeno. Allí encontrarás a un hombre leyendo un libro con una cubierta verde, sentado a una mesa, al fondo. Siéntate, pide algo de beber y acábatelo. Él se acercará a ti, colocará su libro sobre el mostrador y fingirá que está coqueteando contigo. Tú te levantarás, tomarás su libro como por despiste y dejarás el tuyo sobre el mostrador. —Luca hizo una pausa—. Eso es todo. ¿Entendido?

—Sí —respondió Lena.

—Repítelo —pidió Luca—. Lentamente. Quiero asegurarme de que lo has comprendido al dedillo.

—Debo llevar el libro al bar que se encuentra en la esquina noreste de la piazza Erbe...

—Para. —Luca levantó una mano para indicarle a Lena que no siguiera.

—¿Qué sucede? ¿No me has dicho la esquina noreste de la piazza Erbe?

—He dicho la esquina noreste de la piazza San Zeno.

—¡Ah! —Lena se sonrojó—. Discúlpame. No lo había oído bien.

Luca trató de ocultar su agitación.

—Vuelve a intentarlo.

—Debo llevar el libro a la esquina noreste de la piazza San Zeno. Me dirijo al fondo y busco al hombre que está leyendo el libro de cubierta verde. Pido algo de beber, me lo termino y, después de unos minutos, me llevo el libro que él estaba leyendo y dejo el mío.

—Sí, correcto. —A Elodie le entregó un libro con una cubierta roja.

—Ahora lo tuyo. —Luca miró a Elodie a los ojos. Ella quedó como hipnotizada por el hecho de que el izquierdo de él parecía brillar en la luz, mientras que el derecho parecía absorber las sombras.

—Debes ir al número 7 de la via Fogge. Se trata de una pequeña sastrería. El dueño estará

sentado frente a una máquina de coser, haciendo cojines. Debes dirigirte hacia él, con el libro entre las manos, y decirle que te envía tu madre para que preguntes cuánto costaría que hiciera tres pequeños cojines cuadrados si ella le mandara la tela. Él te dará un precio. Después te preguntará cuál es el título del libro que estás leyendo y si te está gustando. Dile el título y menciona que lloraste durante el capítulo treinta y tres. Cuando termines la conversación, deja el libro junto a él, sobre la mesa, recoge uno de los cojines y haz algún comentario relacionado con su belleza. Después, aléjate y finge que te olvidas el libro allí.

»Ahora veamos si puedes repetírmelo sin errores.

—Debo dirigirme al número 7 de la via Fogge. Allí encontraré una pequeña sastrería. El dueño estará sentado frente a una máquina de coser, haciendo cojines. Me dirigiré a él con el libro entre las manos y le diré que mi madre quiere saber cuánto costaría que él hiciera tres cojines cuadrados si ella le enviara la tela. Me dará el precio. Después me preguntará cómo se llama el libro que llevo y si es de mi agrado. Le diré el título —Elodie levantó el libro para verlo—, y le mencionaré que lloré durante el capítulo treinta y tres. Después de nuestra breve conversación, colocaré el libro sobre la mesa, junto a él, levantaré uno de los cojines y haré algún comentario sobre lo bonito que es. Finalmente me iré y fingiré haberme dejado el libro.

—¡Perfecto! —exclamó Luca, exuberante—. Perfecto.

Lena estiró una mano para tocar el hombro de su amiga.

—¿Qué te dije durante la primera reunión? La memoria de Elodie es extraordinaria.

Pronto corrió entre el grupo la fama de su prodigiosa memoria. La chelista. La chica delgada con el cabello negro y los ojos verdes. La que casi no decía nada, pero que podía repetir lo que fuera con una precisión sobrenatural. Se maravillaron ante la capacidad de Elodie para recitar pasajes enteros del *Infierno* de Dante, un capítulo entero, palabra por palabra, a excepción de las tres que Beppe había cambiado para ocultar un código.

Elodie jamás olvidaba ni una sola de las palabras que le decían, incluso si no tenían sentido para ella.

En una ocasión le pidieron que recordara un poema de Lord Byron, pero con cada tercera palabra sustituida por una que no correspondía.

Lo hizo con absoluta facilidad. Beppe le dio a Luca una resonante palmada en el hombro.

—¡Qué suerte que se nos haya acercado esta chica!

—Así es —dijo Luca, mientras sonreía directamente a Elodie. Su mirada era a la vez pesada y ligera.

Ella sintió un extraño deseo de impresionarlo, como si no bastara lo que ya había logrado con sus misiones para el grupo.

—¿Alguna vez habéis pensado en enviar mensajes codificados en notación musical? —preguntó una tarde—. Si alguien del grupo puede leer música, podríamos enviar mensajes

cifrados en las cadencias.

Típicamente, una cadencia es una sección de un concierto, y la compone el autor o el solista a fin de demostrar el virtuosismo musical del último.

—Deberías preguntarlo —dijo ella clavando la mirada en Luca. No estaba acostumbrada a hablar así y pudo sentir el fuego y la emoción que parecían surgir en su interior. Se preguntó si se revelarían en sus ojos.

Notó que algo también cambiaba en los ojos de Luca y se percató de que estaba intrigado.

Elodie se sentía eufórica de vivir en ambos mundos. Por las mañanas y durante la primera parte de las tardes, era Elodie, la dedicada estudiante de música y abnegada hija. Pero, por las tardes, representaba un papel nuevo y más complejo: *staffetta* para la incipiente Resistencia de Italia. Dos veces por semana, dejaba atrás las paredes del Liceo y asistía a una reunión con Lena. Cuando regresaba a casa, subía por la escalera al apartamento de la familia con su chelo en la espalda y la cabeza llena de las ideas de Luca, pero en el momento en que giraba el picaporte y cruzaba el umbral del salón de casa, percibía el silencio que imperaba entre sus padres como si fuera un dardo que le atravesara el corazón.

Su padre no había recuperado la movilidad desde la paliza y seguía comiendo en la cama. Una noche, Elodie lo convenció para que cogiera su violín e intentara tocar alguna pieza con ella. El hecho de ver cómo trataba de tocar, solo para descubrir que sus dedos amoratados e inflamados eran incapaces de moverse por las cuerdas como antaño, fue más que devastador.

Elodie empezó a llenar el aire del piso con el doble de energía, como si ahora también tocara por su padre. El contacto con Luca y la fuerza de las reuniones de la Resistencia también le dieron un nuevo fervor a su interpretación. Ahora solo quería tocar la música que reflejara su energía interna. No más estudios melancólicos, ni nocturnos pacíficos y románticos. Ansiaba partituras poderosas y atrevidas que la hicieran sentirse fuerte. Tocaba con tal pasión que a menudo su madre entraba a la habitación y se quedaba mirándola.

—Pareces una cerilla, Elodie. Ten cuidado, no le prendas fuego a tu chelo —decía Orsina preocupada—. Puedo oír cambios en tu música. —Se detuvo—. Me asustan.

Elodie elevó la mirada desde su instrumento. Sus cejas se levantaron y sus ojos se entrecerraron ligeramente.

—Estoy cambiando. Siento que, de repente, estoy viendo todo lo que me rodea de forma por completo diferente.

Orsina pudo adivinar la tensión que se escondía bajo las palabras de su hija.

Estudió a la muchacha. Parecía diferente. Ya no fue capaz de advertir esa candorosa inocencia en sus ojos, y estaba más delgada que nunca. Había ángulos donde debería tener curvas emergentes.

—Elodie, siempre existirá el mal en el mundo. Eso no podemos cambiarlo. Solo podemos

intentar añadir un poco más de bien. Nos alteras con esas palabras.

—¿De veras? ¿Solo porque estoy reconociendo que nuestro país ha sucumbido ante la brutalidad? ¿Que unos animales arrestaron a mi padre por poner música de Verdi demasiado alta?

—¡Quiero que te concentres en tu música! ¡No en la política! —Orsina temblaba de pies a cabeza—. ¡Elodie! ¡Tienes un don! ¿Acaso no sabes lo especial que es eso? No puede haber cabida en tu cabeza para estas distracciones...

Elodie se tensó al escuchar las palabras de su madre. Podía sentir la ira que burbujeaba justo debajo de su piel.

Orsina se acercó y colocó una mano sobre el hombro de su hija. Elodie hizo una mueca.

—Elodie... —La voz de Orsina se suavizó—. Renata Santorelli dijo que te vio entrar en una librería con tu amiga Lena... ¿Qué hacías allí?

Elodie miró a su madre a los ojos sin chistar.

—¿Y tú qué crees que estaba haciendo, mamá? Fui a hojear libros.

Orsina se limitó a negar con la cabeza.

—¿Qué sucede, mamá? —dijo Elodie, sorprendiéndose de lo fácil que le resultaba mentir—. No puedo creer que te moleste que me guste leer.

PORTOFINO, ITALIA

SEPTIEMBRE DE 1935

Angelo llevó a su flamante esposa de vuelta a Portofino y esperó noticias del Gobierno sobre el sitio donde debería prestar sus servicios. Portofino ya contaba con un médico gracias a las primeras iniciativas del Gobierno fascista, que hizo que cada población contara con un facultativo.

Mientras tanto, Angelo se pasaba las tardes leyendo los libros de historia antigua o de aventuras marítimas que había comprado mientras estudiaba en Génova con el dinero que había ganado en su trabajo de media jornada limpiando frascos de laboratorio después de las clases.

Por las mañanas despertaba junto a Dalia y sentía la necesidad de pellizcarse. No podía creer que un espécimen de belleza humana así de perfecto también pudiera estar dotado de un alma perfecta. Siempre trataba de despertarse antes que ella, solo para poder contemplarla y observar sus extremidades bronceadas emerger del largo camisón blanco, y el negro cabello, que le caía a lo largo de la espalda.

Siempre la saludaba, primero con los labios y después con las manos. La besaba por todas partes: las mejillas, el cuello y ese punto favorito de él, justo detrás de la oreja. Besaba la cima de su hombro y todo su brazo. Tomaba sus dedos y los besaba uno a uno. Después, una vez que ella hubiera despertado entre sus brazos, desabotonaba la parte superior de su camisón y sostenía sus senos en las manos, para después besarlos; más adelante, le levantaba el camisón y palpaba cada centímetro de su piel cálida y húmeda.

En el rostro de Dalia se dibujaba una sonrisa placentera mientras Angelo la sujetaba por la nuca con una mano y acariciaba su muslo largo y bronceado con la otra.

Desayunaban en una pequeña terraza de azulejos. Bajo ellos, multitud de flores relucían con colores magenta y oro. Cada jardín parecía tener más flores que el de al lado, y la iglesia amarilla del pueblo se reflejaba contra las colinas verdes como un segundo sol.

Más tarde, Dalia ayudaba a la madre de Angelo a preparar las comidas de la familia. Extendía la masa para la pasta en planchas delgadas para después colocarlas sobre toallas húmedas encima de la mesa. Después, según se lo indicara la madre de Angelo, Dalia tomaba un cesto y salía al jardín de la casa para recoger calabacines, tomates y otras verduras de temporada.

Si los mares eran generosos ese día, las mujeres se sentaban en la terraza y descamaban los

pescados o limpiaban pequeños calamares. Las hermanas de Angelo, que se pasaban las mañanas atareadas en la cocina con sus suegras, seguían encontrando la manera para ir a pasar un tiempo con su madre.

Dalia pareció florecer con cada día que transcurría. Siguió leyendo los libros que Angelo elegía para ella. Y durante la noche, cuando los dos se arrebujaban en su cama, él tomaba de entre sus delicados dedos la novela de turno y comenzaba a leérsela en voz alta. Eran las novelas más recientes, traducidas de obras estadounidenses, o de libros de poesía. Pero fuera lo que fuere que Dalia estuviera leyendo, sonaba infinitamente mejor cuando Angelo se lo leía con su voz dulce y melódica.

—Mi madre me ha contado que has florecido dentro de su corazón —le comentó Angelo a su esposa después de dejar el libro a un lado y envolverla entre sus brazos—. Dijo que dudaba que una chica de San Fruttuoso pudiera ser feliz en Portofino. Estaba segura de que detestarías a los turistas que ocupan los hoteles durante el verano y lo mucho que se llena el puerto durante la temporada alta.

—Tengo mi frasco lleno de piedrecitas y conchas de San Fruttuoso para acordarme de su belleza —respondió Dalia, tomando la mano de Angelo entre las suyas—. Y eso es todo lo que necesito. Sería feliz en cualquier parte, siempre y cuando esté contigo.

—Lo sé bien, mi *limonina*. Me pasa lo mismo —repuso mientras acariciaba a su esposa con la mano libre—. También me ha dicho que eras devota y dedicada, dos cualidades esenciales en una esposa.

—Me ha llevado hasta San Giorgio para presentarle mis respetos a la *Madonna*. Me ha contado que le dejó una naranja tres días antes de enterarse de que estaba embarazada de ti.

Angelo sonrió. Había escuchado esa misma historia muchas veces antes. Su madre siempre la narraba el día de su cumpleaños, cuando le preparaba un pastel con ralladura de naranja en la masa.

—Y, entonces, ¿has ido a dejarle una naranja a la *Madonna*?

Dalia saltó sobre él y le plantó un beso en la frente.

—No, amor mío. Le he llevado lo que nos unió por primera vez... ¡Una cesta de limones!

Tres meses después, sucedieron dos cosas importantes: primero, Angelo se enteró de que lo movilizarían a Etiopía, y, segundo, Dalia se enteró de que estaba embarazada.

La carta que le ordenaba a Angelo presentarse a servicio para ir a África no había sido una sorpresa del todo. A muchos de sus compañeros los habían reclutado en el ejército italiano cuando Mussolini había declarado sus intenciones de fundar una nueva colonia en el desierto a fin de expandir el nuevo Imperio italiano.

Miles de hombres habían sido levados para pelear en la guerra africana de *il Duce* y necesitaban médicos casi tanto como soldados.

—Solo dos años y después regresaré a casa —le dijo Angelo, esforzándose por mantenerse optimista—. Si cumplo con mi deber, es más probable que encuentre un puesto aquí, en casa. El doctor Pignone ya tiene casi setenta años. Con un poco de suerte, se retirará para ese momento y podré heredar su puesto sin que necesitemos marcharnos.

Dalia empezó a llorar.

—No quiero que te vayas, Angelo. No podré tolerar la separación.

—No estarás sola, amor mío.

Angelo trató de consolarla, aunque su propio corazón estaba a punto de romperse.

Ella sollozaba y el cuerpo entero le temblaba entre sus brazos.

—Mi familia cuidará bien de ti. Te escribiré a diario, igual que cuando estaba en la universidad. Y tus padres están cerca también.

Ella se apartó de él y lo miró a los ojos.

—He tenido un retraso, Angelo. —Él la miró, confundido—. Creo que voy a tener un bebé.

—¿Qué te hace pensarlo? ¿Cuánto tiempo llevas de retraso?

—Solo tres semanas, pero estoy casi segura. ¿No has notado un cambio en mí? —Sostuvo sus senos entre las manos para mostrarle que pensaba que habían crecido.

Él sonrió. Sí que le había dado la impresión de que parecían un poco más grandes en días recientes, pero no había pensado mucho en el motivo y solo se había limitado a disfrutar del placer de ese nuevo regalo.

Angelo experimentó tanto la dicha de la noticia inesperada como la tristeza ante su partida.

—Tendrías que habérmelo dicho en cuanto lo sospechaste.

—No quería llamar a la mala suerte. Me sentía demasiado feliz. Todo parecía demasiado maravilloso en nuestras vidas y, ahora, alguien nos ha echado un mal de ojo.

—No digas tonterías —le restó importancia Angelo. Ya tenía bastante de esas supersticiones de pueblo por parte de su madre—. Estás fuerte y sana. El bebé va a estar bien. Regresaré a casa y lo meceré entre mis brazos.

Dalia le permitió que la volviera a abrazar, pero la atravesó una oleada de incertidumbre y tuvo la sensación de que la envolvía una nube oscura.

—Angelo —susurró—. Me gustaría estar tan segura como tú...

—No te preocupes, mi *limonina* —dijo para tranquilizarla.

Pero algo en el interior de Dalia no la dejaba en paz. Sus palabras no la habían tranquilizado y siguió sin convencerse del todo.

VERONA, ITALIA

JULIO DE 1943

Elodie y Lena estaban dejando de ser jovencitas para convertirse en mujeres. Incluso Elodie, que jamás se había considerado atractiva, sentía que empezaban a tratarla de manera diferente. Las muchachas notaron que con el éxito de cada nueva misión, los hombres las trataban con mayor respeto. Ahora, Lena esperaba que pudieran ayudarla a conseguir los documentos falsos necesarios para los Moretti.

La importancia de un grupo de resistencia había dejado de ser teórica. En las calles, la gente estaba más inquieta que nunca. El temor a que el ejército alemán los invadiera en cualquier momento era cada vez más palpable.

Berto Zampieri acababa de regresar a Verona de una misión secreta en París, donde se había reunido con los miembros de la Resistencia francesa. Durante una de las reuniones en la librería de Luca, los informó a todos de que los alemanes ya habían empezado a desplegar sus tropas en Italia.

—Ya no podemos esperar más —dijo Beppe al grupo—. Necesitamos organizarnos. Apostar a nuestros hombres en las montañas, preparar las provisiones y comunicarnos con los aldeanos locales que deseen ayudarnos.

Se oyeron murmullos generalizados en la habitación.

—¡Silencio! —gritó Luca con fuerza—. ¡Dejad hablar a Beppe!

—Cada uno de vosotros es valioso para la misión. En los días venideros hablaremos con cada uno individualmente sobre la mejor manera de utilizar vuestros talentos y conexiones para aprovecharlos al máximo.

Lena miró a Elodie y levantó una ceja. Sus ojos parecían arder.

Elodie notó que Lena no parecía estar nerviosa en absoluto. Al contrario, era como si se tratara de la víspera de Navidad. Estaba radiante y no dejaba de sonreír.

Dos días después, Lena se reunió a solas con Beppe en un café cercano.

—Los hombres que ya se han trasladado a las montañas necesitarán municiones y granadas —le explicó. Le preguntó si estaría dispuesta a llevar a cabo una misión.

Le informó de que no se lo podría contar a nadie. Le darían una cestita con verduras que contendría las granadas ocultas en su interior. Tendría que cargarla a lo largo de varios kilómetros y cruzarse con policías fascistas que quizá le pedirían inspeccionar el cesto.

—No solo corres el riesgo de morir si te descubren —le advirtió Beppe—, sino también de que antes de que te fusilen te hagan cosas mucho peores que la muerte. —La contempló con gravedad y no parpadeó ni una sola vez—. Es esencial que comprendas los riesgos antes de comprometerte con esta tarea.

Lena lo miró sin chistar.

Pocos días después, le entregaron la cesta. Alguien había colocado una lechuga, varios tomates y una hogaza de pan encima del todo. Debajo se encontraban las ocho granadas. Su peso era considerable.

—Lena, nadie debe notar que pesa mucho —la instruyó Beppe—. Si no, se ofrecerá algún tipo a cargarlo por ti. Ahora quiero verte levantarlo sin mostrar esfuerzo físico alguno.

Lena se acercó a la cesta y la levantó. Estaba acostumbrada a cargar con su viola a todas partes, así que la entrega le pareció más que manejable.

—Puedo hacerlo sin problema —respondió—. Solo dime dónde debo entregarlo.

—Has de pasar frente al anfiteatro, cruzar la piazza Bra y caminar por la via Roma hasta llegar a Castelveccchio. Allí cruzarás el puente y recorrerás varios metros a través del área de Campagnola hasta que encuentres un parque. Alguien se verá contigo allí. Estará sentado en un banco del parque leyendo el *Infierno*. Debes sentarte en el mismo banco y dejar la cesta en el suelo. Después de un rato, él se levantará y se la llevará. Debes distraerte mirando a los niños que estén en el parque. Gírate en su dirección solo cuando se haya marchado.

»Dejará el ejemplar del *Infierno* sobre el banco. Debes recogerlo y entregármelo en cuanto puedas. —Beppe se aclaró la garganta—. ¿Te ha quedado claro?

Lena asintió.

—Sí, entiendo lo que debo hacer.

—Hay algo más —continuó Beppe.

Estiró la mano para tocar el hombro de Lena, pero, como ella se movió, sus dedos rozaron sin querer la piel debajo de la manga corta de su blusa. Lena se estremeció.

—Dime...

—Si te arrestan, te interrogarán y utilizarán las medidas más brutales...

No fue necesario que entrara en detalles; Lena sabía a la perfección lo que podrían hacerle, cosas innombrables.

—Pero, sin importar lo que te hagan, es esencial que no des información alguna acerca de las personas para quienes trabajas. ¿Entiendes?

—Solo les diré la verdad, Beppe. —Lo miró a los ojos y él sintió el calor que manaba de ella, como si su mirada pudiera quemarle la piel—. Que lo hice enteramente por mi cuenta y por amor a Italia.

Lena caminó con el cesto durante lo que le pareció más de una hora. El peso era considerable, pero intentó lo mejor que pudo no mostrar el esfuerzo que le estaba costando. Recorrió las calles, pasó frente al anfiteatro, siguió la via Roma y cruzó el puente sobre el río Adigio. Cuando llegó al tercer punto, la policía fascista estaba allí, verificando los papeles de las personas.

Lena se puso en la cola con su cesto. La lechuga estaba empezando a marchitarse y los tomates estaban más que maduros y fragantes debido al calor. Debajo de todo, las granadas parecían cada vez más pesadas.

Llevaba puesto un vestido color azul claro y su cabello parecía aún más rubio bajo los intensos rayos del sol.

—¿Adónde vas? —preguntó un policía. Tomó su rifle y lo apuntó hacia el canasto. La miró y sonrió—. ¿Y qué tenemos aquí?

Lena le devolvió la sonrisa, coqueta.

—¿Pues qué cree usted, oficial? ¡Bombas, por supuesto!

El policía soltó una carcajada e hizo un gesto lascivo.

—*Bombe* —repitió él, la palabra coloquial italiana para senos.

Lena le siguió el juego. Rio abiertamente, con lo que lo cautivó todavía más.

—Eres una atrevida, pero ¡eso me gusta! ¿Te gustaría ir a ver una película conmigo algún día?

Por dentro, Lena estaba temblando, pero mantuvo el brazo firme con su peligroso paquete y la sonrisa intacta.

—Quizá... —respondió—, pero tengo que llevarle esto a mi abuela antes de la hora de la comida. Tendrá que invitarme en otra ocasión.

—Aquí estaré, esperándote —dijo él. Lena notó que el policía le guiñaba el ojo al darle el paso.

Lena no pudo guardar el secreto de su última misión con Elodie. La historia era demasiado buena como para no contársela a alguien.

—Cuando le dije que llevaba bombas, ¡solo se echó a reír!

—¡Dios mío! ¡Tienes suerte de que no haya querido mirar dentro del cesto! —repuso Elodie con la voz entrecortada por el asombro. La impactaba la desvergüenza de su amiga. Ella nunca podría hacer algo así.

—Tenía un plan secundario en caso de que lo hiciera —explicó Lena con una risa. Con un movimiento veloz de los dedos soltó el primer botón de su blusa—. Me habría inclinado y le habría permitido echar un vistazo a algo que no fuera el cesto.

Elodie negó con la cabeza.

—A mí no se me da tan bien trabajar bajo presión..., ¡y no tengo un par así que me ayude! —

dijo, señalando al generoso escote de su amiga.

Las dos rieron. Finalmente, Elodie se puso seria.

—No deberíamos tomarnos esto tan a la ligera, Lena. Ambas sabemos que si no le hubieses gustado al policía, podría haberte descubierto y matado.

Lena miró a su amiga y asintió.

—Ahora que ya es agua pasada, no parece tan real. Siento como si hubiera sido un sueño, pero tienes toda la razón.

—Sé que la tengo —aseveró Elodie—. Me pregunto si me van a pedir que entregue granadas o si no creen que sea lo bastante competente...

Lena contempló a su amiga.

—A decir verdad, creo que saben muy bien que eres capaz de llevar cosas mucho más importantes. Tu memoria es una ventaja enorme para ellos y bien que lo saben. Piensa cómo han podido cargarte con información codificada.

Elodie sonrió.

—¿Quién habría dicho que mi sangre veneciana fuera de tanta utilidad...?

Lena levantó una ceja.

—¿Y qué tiene que ver Venecia con todo esto?

Elodie se encogió de hombros.

—No estoy segura, pero, según mi madre, si un veneciano ve algo una sola vez, jamás lo olvida.

VERONA, ITALIA

JULIO DE 1943

Elodie se dedicó a su familia mientras esperaba a que Luca o Beppe se pusieran en contacto con ella. Por fin, retiraron el yeso de la pierna de su padre y tanto Elodie como Orsina quedaron impactadas ante la flacidez de la pantorrilla. Los músculos se habían atrofiado hasta tal punto que, ahora, su pierna era tan delgada como uno de los brazos de Elodie.

—Tiene que usar las muletas..., pero es necesario que se levante y se mueva —les indicó el doctor Tommasi—. A este paso, no podrá volver a sus clases en el Liceo.

Cuando salía, el médico reprendió a Orsina por no ser más firme con él.

—Tiene que obligarlo a caminar un poco a diario. Perderá toda la movilidad si no se levanta de esa cama.

Orsina sacudió la cabeza.

—Lo he intentado, doctor, pero...

—Sé lo difícil que es, pero debe tratar de ayudarlo. Tiene suerte de estar con vida.

Orsina se limpió los ojos.

—Sé que tiene razón, doctor. En cuanto pueda me esforzaré por lograr que empiece a moverse.

—Excelente. Eso es lo que quería escuchar. —Plantó un beso en cada mejilla de Orsina—. Volveré en una semana para hacerle una revisión.

Al día siguiente, Pietro se levantó de la cama para ir a la mesa de la cocina. Incluso sin el yeso, seguía necesitando las muletas.

Ver a su padre tan debilitado alteró muchísimo a Elodie.

—Detesto verte así —dijo, acercándose a su padre mientras este leía los titulares de la mañana. Entonces le masajeó los hombros—. Dime, papá, ¿cuándo crees que acabará todo esto?

—Cuando le peguen un tiro a Mussolini, será entonces cuando... —respondió su padre.

—¡Pietro! —susurró su madre con un tono severo—. ¡Baja la voz! ¡Me moriría si te volvieran a arrestar!

—Esperemos que los partisanos lo cojan por banda más pronto que tarde —dijo, y colocó el periódico sobre la mesa—. Quién sabe qué sucederá en las próximas semanas. Hay rumores de que van a cerrar el Liceo Musicale.

—¿Eso es posible, papá? —Elodie no podía creer lo que estaba escuchando.

—Si la ciudad se vuelve demasiado peligrosa, claro que es posible.

Elodie quedó petrificada y, por primera vez en su vida, se preguntó si existía algún lugar para la música entre tanto caos y guerra.

VERONA, ITALIA

JULIO DE 1943

Fue Luca quien le asignó su siguiente misión.

—No me considero capacitada para entregar granadas de mano —dijo, mirándolo a los ojos.

—Jamás te pediría que hicieras algo así, Elodie.

—Pero es lo que tú y Beppe le habéis pedido a Lena.

—Eso fue diferente. Y fue una misión de prueba. Estamos tratando de ver cómo podemos lograr pasar cosas por los puntos de control. Maffini cree que tenemos que empezar a prepararnos para una invasión alemana. Lena era la persona correcta para esa misión.

—¿Y yo? ¿Soy la persona incorrecta?

Él la miró y sonrió. A Elodie le pareció que los dedos de Luca se acercaban a ella para, después, alejarse.

—Hemos pensado en otras maneras de utilizar tus capacidades particulares.

—¿Haciendo qué? —lo desafió.

—Como tú misma sugeriste, hemos estado tratando de ver si podríamos utilizar la música para ocultar mensajes codificados. Ahora estamos trabajando con alguien que es experto en música. Alguien importante. Queremos que le envíes un mensaje a través de un código musical.

—¿Queréis que lo memorice?

—En realidad, lo primero que necesitaremos es que lo incluyas en una partitura; en una cadencia. Puedes visitarlo con el pretexto de que va a darte una clase particular y, después, tocarle el mensaje codificado. Cuando termines, va a hacer algún comentario relacionado con la cadencia. Le dirás que la has compuesto tú misma y le entregarás la partitura codificada.

Elodie sintió que la sangre bullía en su cabeza.

—Esto sí que lo puedo hacer, Luca, y quiero hacerlo. La única limitación es mi toque de queda personal. Después de lo que le sucedió a mi padre, no puedo viajar muy lejos. Mi madre llamaría a la policía si no regresara a casa a tiempo.

—Soy más que consciente de esas limitaciones, Elodie, pero esto es algo que podrás hacer.

La confianza que Luca tenía en ella les prendió fuego al alma y al cuerpo de Elodie. Sentía la

piel tan caliente que consideró pedirle un vaso de agua. Pero la mera idea de que Luca se marchara, aunque fuera por un momento, hizo que decidiera no hacerlo.

No podía recordar la última vez que se había sentido así de viva fuera de una de sus interpretaciones de chelo. Se dio cuenta de que Luca le estaba diciendo que la habían elegido por su talento. Podía oír su voz en el aire:

—Tienes dones que no han pasado desapercibidos. Queremos usar tu memoria y tus habilidades musicales. No podemos permitir que nuestros mensajes sean descubiertos o interceptados. Los partisanos de las montañas dependen de nosotros para hacer llegar sus mensajes a sus contactos en la ciudad.

Cuando Elodie estaba con Luca, cada uno de sus sentidos se potenciaba, como si estuviera interpretando una nueva partitura. Anhelaba cada pausa que había en su conversación, cada momento de descanso, cuando él quizá levantaría la mirada para verla.

Se preguntaba cómo sería ver el rostro de Luca a diferentes horas del día. ¿El color de sus ojos variaría a medida que cambiaba la luz, como sucedía con el océano y el cielo?

—Elodie... —Luca dijo su nombre en voz alta y, al hacerlo, ella sintió que se derretía, que sus extremidades perdían todo su peso. Sus palabras eran lentas, como si tratara de advertirle que debía tener cuidado. En su voz pudo percibir una enorme preocupación—. Esta misión tiene un elevadísimo nivel de peligro. Una parte de mí duda si conviene someterte a tal amenaza.

—¿Como a Lena? —respondió con seriedad.

—La misión de Lena fue muy diferente. El peligro residía en lo que llevaba consigo. No tenía que guardar nada en la mente. De descubrirla, la habrían arrestado y fusilado al momento. —Luca detuvo—. Tu misión es distinta porque tú eres diferente, Elodie.

Luca calló y la miró fijamente. Durante ese instante de silencio, el aire entre ambos vibraba con energía propia. Un solo aliento proveniente de dos cuerpos. Elodie interpretó el momento como una pausa musical, como una suspensión de palabras en lugar de notas. Pudo advertir que Luca también se esforzaba por mantenerse concentrado.

—En términos físicos, no estarás llevando nada que pudiera incriminarte, pero tendrás información esencial que, por lo común, no le confiaríamos a una *staffetta*.

Staffetta, la palabra italiana para «mensajera». A esas alturas, la conocía a la perfección.

—Cuando tú y yo nos sentemos a componer esta obra de música original..., esta cadencia, tendré que decirte cosas por las que la policía fascista sería capaz de torturarte o, incluso, matarte...

Elodie mantuvo la compostura mientras interpretaba la mirada de Luca como si se tratara de una partitura. Parecía atrapado entre su necesidad de que el mensaje se entregara y su preocupación por la seguridad de ella.

—Si esto te asusta, nadie te va a culpar. Nadie espera que las mujeres jóvenes y bellas mueran por su patria...

—¿Y qué hay de las mujeres normales y corrientes? —respondió con una risotada.

Luca sonrió.

—Elodie, cuentas con una memoria fabulosa y con talento musical, las dos cosas indispensables para esta misión.

—Ni siquiera me has oído tocar.

—Ahora lo voy a hacer —dijo—. Tú y yo vamos a dedicarle el tiempo necesario para que quede bien, y la recompensa, para mí, será tu interpretación.

Luca colocó en la puerta un cartel de CERRADO para que pudieran trabajar en paz. Luego le confió a Elodie los detalles de la misión.

—Estamos tratando de coordinar entregas de municiones desde Inglaterra a las montañas por paracaídas. Por lo general, transmitiríamos la información por medio de mensajes escritos en tinta indeleble, con jugo de limón que después se calienta sobre una llama, pero últimamente han atrapado a más personas, así que necesitamos utilizar un método nuevo.

»Tendrás que entregar una cadencia nueva cada semana, dos noches antes de la entrega programada, para que los partisanos tengan tiempo de prepararse.

Elodie asintió.

—Puedo hacerlo.

—Sí, estoy convencido de ello —repuso—. Ayer, otra *staffetta* me hizo entrega de un libro que contiene la clave que necesitarás para crear la cadencia codificada.

Luca se dirigió a la sala principal de la librería y regresó con un libro.

—Está por aquí —dijo, pasando las páginas. Encontró lo que necesitaba más o menos a mitad del volumen—. Aquí —señaló, levantando los ojos hacia ella—. Empieza en la página 110 y las instrucciones están escritas a lo largo del libro, cada quince páginas.

Luca sacó una hoja de papel y empezó a transcribir las instrucciones para que ella las siguiera.

—Evidentemente, no tengo ni idea de lo que significa nada de esto, pero de un músico a otro, esto es lo que dice: «Cuando la tonalidad de la cadencia cambie de re mayor a re menor, será la indicación de que la información codificada está a punto de comenzar. El primer trino con valor de redonda después del cambio de tonalidad indicará el sitio donde se hará la entrega. Si es en la, se hará en Zevio. Si es en fa sostenido, se hará en la cima del Monte Comune. Si es en re, será en Vigasio. A continuación, el número de semicorcheas en una escala cromática indicará la hora de la entrega. Por ejemplo, once semicorcheas significan que la entrega se hará a las once de la noche. Por último, la cantidad de grupos de tresillos equivaldrá al número de cajas de municiones que se entregarán. Una secuencia de cuatro grupos de tresillos indicará que se trata de cuatro cajas, y así en lo sucesivo».

»¿Algo de esto tiene sentido para ti, Elodie?

Ella lo estaba mirando con los ojos muy abiertos. Casi no podía hablar. La clave para la codificación era simplemente genial.

—Lo entiendo a la perfección —respondió—. Quienquiera que lo haya ideado es un genio.

—Bueno, cuando conozcas a nuestro contacto, procura que no se le suban los humos a la cabeza.

Elodie rio.

—Como verás, tenemos muchísimo trabajo que hacer. Necesito que elijas un concierto que normalmente se toque con cadencia. Eso contribuirá a mantener el secreto. Dejaré la selección a tu arbitrio, Elodie; tú eres la experta.

Elodie ya iba un paso por delante de él y estaba considerando cuáles serían las acciones siguientes. Sabía que, aunque crear la cadencia codificada no sería para nada como componer un concierto completo o, incluso, un estudio, de todos modos requeriría de una gran concentración.

—Dame algunos minutos para pensar en todo esto, Luca.

Elodie cerró los ojos y empezó a contemplar cuál sería la mejor opción. Había varios entre los que podía elegir, pero el *Concierto para violonchelo y orquesta en re mayor* de Haydn parecía presentar la mejor opción. Después de todo, a lo largo de los años ya se habían compuesto diversas cadencias famosas para dicho concierto.

—Creo que deberíamos optar por Haydn —dijo por fin y, en el momento mismo de articular las palabras, supo que era la elección adecuada.

—Antes de que empecemos a trabajar en el código, ¿podrías tocarme un pequeño fragmento del concierto?

En su voz había una dulzura que le era por completo nueva a Elodie.

Ella levantó los ojos y quiso besarlo. Parecía haber una serie de hilos invisibles que la empujaban hacia él. Detestaba ser mujer y tener que proyectar una imagen de recato y de falta de deseo.

—Por supuesto —respondió. Aunque estaba sintiéndose todo menos tímida, decidió desviar la mirada.

Se levantó y fue a sacar el chelo del estuche.

Vio que los ojos de Luca se enfocaban en el instrumento envuelto en seda. Sonrió al pensar en la primera vez que su padre se lo había mostrado. Tomó la tela con los dedos y la retiró para después sacar el chelo del estuche.

—Magnífico —susurró él. La mera presencia del brillante instrumento color rojo quemado era capaz de quitar el aliento, incluso en el caso de alguien que no tuviera antecedentes musicales.

—Es un chelo veneciano —explicó ella mientras sonreía de nuevo ante el recuerdo de su padre.

Ahora, los hombres que lo habían golpeado sufrirían porque ella había encontrado una manera de derrotarlos con el mismo instrumento que su padre le había regalado. Le fascinaba la justicia poética de todo aquello.

Luca permaneció en silencio, con los ojos fijos en Elodie y el chelo. Ella, a su vez, centró su atención en afinar el instrumento y ajustar las cuerdas. Sacó el arco y le aplicó brea; luego

eliminó el excedente con un pequeño paño que extrajo del estuche.

Sentada en el borde de la silla, con las piernas abiertas y las rodillas sujetando el chelo, volvió a ver a Luca una última vez antes de cerrar los ojos.

En esa breve fracción de tiempo, entre el momento en que se cerraron los ojos de Elodie y en que levantó su arco, Luca sintió que algo cambiaba entre ellos. Percibió que algo lo atraía hacia ella, impulsado por el sonido mismo que ella creaba al deslizar el arco sobre las cuerdas.

Tocó con tal sentimiento y emoción que Luca sintió que se mareaba y que sus pensamientos lo abandonaban.

Al emerger, la música llenó el espacio que había entre los dos.

Elodie siguió tocando con los ojos cerrados. Cayó con cada vez mayor profundidad en el interior de la música, su arco levantándose y deslizándose sobre las cuerdas mientras la imagen de Luca fluía a través de ella. No había indicación de que la pieza se tocara como *appassionata*, pero la pasión la embargó y se dejó arrastrar por ella.

Solo hacia el final fue cuando se permitió abrir los ojos. La reacción de Luca era la de un hombre transformado. Con la boca abierta, parecía tener los pelos de punta; el brazo extendido hacia ella, como si quisiera tocarla, se había quedado suspendido en el aire.

Elodie volvió a concentrarse para completar la interpretación. Su propio cabello estaba alborotado y volaba por doquier. Era lo más cercano a que dos almas hicieran el amor sin tocarse. A través de su música, de ese acto tan sagrado e íntimo, le había transmitido a Luca su propio código invisible.

Cuando el arco atacó el acorde final, Elodie levantó la cabeza y abrió los ojos por completo. Luca sacudía la cabeza de lado a lado.

—Eres extraordinaria, Elodie. Más que extraordinaria. Eres amor, arte y Dios combinados en una.

Fue él quien, al fin, le quitó el chelo de las manos. Habiendo terminado de tocar, se quedó allí sentada, exhausta, como si se hubiera perdido en un trance y acabara de despertar.

Se había quedado sin aliento. Sus dedos seguían asiendo el arco y tenía la piel húmeda de sudor.

—Permíteme —dijo él, parándose frente a ella.

Se detuvo allí, con su camisa blanca y rostro perfecto; estiró una mano, que colocó sobre la de ella. Sus dedos se tocaron en el punto más alto del chelo, donde el mástil empezaba a curvarse como la cresta de una ola.

—Qué afortunado soy de poder escucharte tocar.

De nuevo, Elodie sintió que ardía en llamas. En la oscuridad de la trastienda de la librería de Luca, su piel brillaba tanto que pudo haber iluminado la habitación entera.

Ambos sabían que debían trabajar de manera eficiente por las limitaciones de tiempo de Elodie y se sentían impelidos por cantidades equivalentes de pasión para lograr la tarea que tenían que llevar a cabo.

Cada uno quería impresionar al otro: Luca con sus conocimientos de la información esencial que era necesario enviar y Elodie con sus conocimientos de música y composición.

Durante las dos horas que siguieron, Elodie utilizó la clave que les habían proporcionado para crear la cadencia. Aunque había pasajes que eran casi atonales, seguiría confundiéndose con una cadencia compuesta por algún estudiante.

—No sé cómo sonará. De todos modos, ¿se la tocaré en persona o puedo limitarme a entregarle la partitura?

—Eso dependerá de ti, Elodie. El pretexto, si alguien llegara a preguntarte, es que estás yendo a una clase de música con la idea de recibir lecciones particulares. Pero ni el músico más dotado podría descifrar este código basándose únicamente en los sonidos. Por eso será indispensable que en algún momento entregues la partitura codificada... —Luca se aclaró la garganta—. Si la misión es exitosa, esperamos crear códigos que no requieran del apoyo de una partitura escrita.

—Entiendo —respondió ella—. En todo caso, tocarla sepultaría la credibilidad de la clase de música, en caso de que haya algún vecino entrometido —razonó.

—Exacto —dijo él con una sonrisa. Le impactaba su previsión. Elodie estaba aprendiendo los patrones de comportamiento necesarios para una misión clandestina exitosa: pensar siempre a largo plazo, anticiparse a la amenaza antes de que suceda en realidad.

VERONA, ITALIA

JULIO DE 1943

El martes por la tarde, Elodie llegó a la librería, ansiosa por enterarse de los últimos detalles de su misión.

A su llegada notó que Luca parecía nervioso.

—¡Vaya, al fin! —exclamó él—. Siento que llevo horas esperando verte.

—¿Horas? —Elodie echó un vistazo a su reloj—. He sido puntual.

—Tal vez hayas llegado a la hora pactada, pero eso no quita que todavía haya mucho que hacer.

Luca puso las manos sobre el mostrador. Los manchones negros de tinta ensuciaron el papel secante que se encontraba encima. Casi de inmediato, se dio cuenta del aspecto de sus dedos y se los limpió en la bata que llevaba puesta.

—Vayamos a la trastienda —dijo.

Se acercó a la puerta y rápidamente colgó el cartel que mostraba un reloj con agujas movibles para indicar que la librería estaría cerrada durante la hora siguiente.

Ella misma se adelantó a la trastienda, ahora más que conocida para ella, y levantó la cortina que la separaba de la librería. Se vio presa de la emoción mientras lo esperaba.

—Para esta misión no usarás tu nombre —le informó Luca—. Te hemos dado uno en clave.

Elodie sabía que se conocía a muchos de los partisanos y líderes de alto rango por nombres en clave como Rata, Águila y Zorro. Los había oído nombrar en las reuniones, pero no tenía ni la más mínima idea de quiénes eran en realidad.

—¿Y qué nombre es? —preguntó.

Él la miró con gran intensidad. Incluso pareció que sus ojos se entrecerraban para volver a enfocarla.

—Medité mucho al respecto y pienso que el nombre te va a la perfección: son bellas, atentas y siempre precisas...

—Bueno, adelante, entonces. Dímelo ya.

—Tu nombre en clave para esta misión será Libélula.

Durante la hora siguiente, Luca le describió el plan. No apuntó nada, pero pronunció cada palabra lentamente, sabiendo que ella era más que capaz de memorizar sus instrucciones al pie de la letra.

—El hombre con el que habrás de verte se llama Lobo. Es un maestro de música retirado en Mantua. Toca el chelo y el piano, y lo hizo de forma profesional antes de la Gran Guerra.

—Me pregunto si será un conocido de mi padre...

—Jamás podrás preguntárselo, Elodie. Cuando te pida tu nombre, solo darás el de Libélula. No hay ninguna necesidad de que le des el verdadero e involucres a tu familia en estos asuntos.

—Tienes toda la razón, lo siento. Es solo que el mundo musical es de lo más pequeño.

—Pequeño, sí. El mundo en sí es pequeño, en especial cuando almas similares tienden a gravitar unas cerca de otras, pero Lobo es significativamente mayor que tu padre y vive en Mantua. En el 17 de la via Cesare Battisti, detrás de la iglesia de San Andrés. Tocarás el timbre de la puerta número 3.

Elodie palideció. No estaba muy familiarizada con Mantua. Había ido en algunas ocasiones de compras con su madre, pero, con las carencias asociadas a la guerra, habían pasado años desde que se habían podido dar ese lujo. También, el año anterior, había tocado en el Teatro Bibiena en un programa conjunto con el Instituto Musicale de Mantua, pero jamás había viajado hasta allí a solas. Lo que recordaba de la ciudad eran sus vistas, que emergían como de un brillante lago, y el fuerte y las torres medievales de piedra. Resultaba increíble que Mantua, a solo treinta kilómetros de Verona, pareciera un mundo completamente distinto.

—Preséntate allí mañana, en algún momento después de la comida. Diles a tus padres lo que creas conveniente, pero como llevarás tu chelo, no sospecharán nada si les cuentas que vas a practicar el día entero con alguna amiga.

Luca movió la cortina para pasar y la luz que inundó la habitación le dio a Elodie de lleno. Ella levantó una mano para cubrirse los ojos.

Su cuerpo entero estaba irrigado de adrenalina. Se preguntó si Luca se daría cuenta de que detrás de su apariencia relajada no había más que tensión.

Lo único que Elodie deseaba era ofrecer un aspecto de calma y autocontrol para que Luca sintiera que la misión estaba en las manos más capaces. Por eso respondió con la mayor sencillez y brevedad que pudo:

—Muy bien, Luca. Entiendo exactamente lo que debo hacer.

Luca la miró a los ojos y Elodie pudo sentir el calor que brotaba de él y que parecía abrasarle la piel.

—Sé inteligente, pero, por encima de todo, ten cuidado —le advirtió.

Elodie se preguntó si estaba imaginando esa sensación que podía percibir, la impresión de que él no quería que fuera.

—No te preocupes, así lo haré.

Elodie levantó el chelo y empezó a dirigirse de vuelta hacia la puerta de entrada.

Sintió que la mano de Luca le rozaba el brazo y que, por un segundo, se detenía con suavidad sobre su piel.

—Quería decirte algo más, Libélula...

—Dime. —Ahora sus ojos parecieron clavarse en los de Luca.

—Regresa volando con nosotros sana y salva.

VERONA, ITALIA

JULIO DE 1943

Elodie se marchó temprano a la mañana siguiente después de decirles a sus padres que estaría fuera el día entero para practicar un cuarteto con Lena y otros dos estudiantes de la escuela.

Su padre estaba sentado a la mesa del desayuno mientras su madre se afanaba en la cocina para llevarle más café.

Justo en el momento en que estaba a punto de salir por la puerta, su padre le hizo señas para que se le acercara. Siempre se había visto a sí mismo reflejado en su hija. Las manos de ella eran las suyas propias, y su capacidad musical también provenía de él. Además, sabía que Elodie era capaz de guardar secretos.

—Elodie —le dijo. Su rostro estaba sin afeitar, pero sus ojos brillaban con una luz que había estado ausente desde que había regresado de la paliza de la policía—. Quiero que tengas cuidado... —le susurró, acercándose a ella.

Elodie dio un brinco hacia atrás, sorprendida por la advertencia.

—Elodie... No, no digas nada... —Con rapidez, giró la cabeza hacia la cocina para asegurarse de que Orsina estuviera lejos y después recitó en voz baja—: «¡Vuela, pensamiento, con alas doradas, pósate en las praderas y en las cimas!».

Era de *Va, pensiero*, de Verdi, la música responsable de su arresto, pero ahora, las palabras del coro flotaron sobre ella como si se tratara de una bendición.

—Papá, solo voy a...

—Y lo único que yo hice fue poner un disco en protesta... Has nacido con mucho más valor que yo.

Elodie se quedó atónita. Su reacción inmediata fue negar que hubiera algo de verdad en lo que estaba insinuando, pero, antes de que tuviera la oportunidad de decirle que estaba equivocado, su padre se colocó un dedo contra los labios y después contra los de ella, como si sellara el pacto de ese secreto compartido.

—Un músico siempre sabe qué hay detrás del texto. No hablemos más de ello.

Elodie salió apresuradamente del apartamento con la extraña bendición de su padre resonando en

sus oídos.

Trató de volver a concentrarse. Se dijo que, a diferencia de Lena, no llevaba consigo nada que pudiera incriminarla. Todas las instrucciones estaban dentro de su cabeza.

En el estuche del chelo llevaba el instrumento y la partitura que había compuesto con Luca y que contenía el código secreto. Miró el reloj del campanario y se dio cuenta de que le quedaban quince minutos para llegar a la estación de tren. Al cabo de una hora, si no había demoras o inspecciones sorpresa, estaría en Mantua. Desde el centro de la ciudad, tendría que caminar otros quince minutos para llegar al piso de Lobo. En la estación, la policía comprobaba las identificaciones de los pasajeros. Se serenó, repitiéndose que no llevaba nada peligroso consigo. No tenía bombas ocultas en el estuche del chelo. Su ropa no estaba forrada de monedas de oro.

Se dijo que no era más que una estudiante de música que llevaba su instrumento e iba de camino a una clase.

En el andén, esperó entre los demás pasajeros, con la cabeza baja y los dedos asiendo con fuerza el estuche. Un hombre que estaba detrás de ella trató de hacer una broma acerca del tamaño del instrumento.

—Es casi tan grande como tú, cielo. ¿Le has comprado un billete a él también? Más te vale que lo hayas hecho, y eso esperando que quepa en el asiento junto al tuyo.

Elodie se preguntó cómo debía responder. Habría podido decirle que ya había cogido trenes en varias ocasiones y que jamás había tenido que comprarle un billete al chelo porque cabía en el portaequipajes superior sin problema alguno.

Pero se limitó a sonreír.

Ya a bordo, el policía empezó a revisar los carnés de identidad. El cobrador estaba dirigiendo a las personas al compartimiento de tercera.

—¿Elodie? —dijo el policía con una mueca de sorna—. ¿Ese nombre es italiano?

—No; el nombre es francés, pero yo soy italiana. ¡Al ciento por ciento! —Levantó la cabeza y le brindó al policía su más brillante sonrisa.

De inmediato intuyó que ese era un poder inexplorado para ella. Jamás había sonreído con facilidad, pero ahora se preguntó por qué no había aprovechado antes ese sencillo gesto.

En cuestión de segundos notó un cambio en la actitud del policía, que la miró a los ojos y le devolvió la sonrisa.

—Muy bien; disfrute de su viaje, *signorina*.

Elodie tomó su documentación y entró al vagón, colocando el chelo junto a sí con cuidado.

En una hora estaría en Mantua.

Descansó la cabeza contra la ventana y sintió bajo su cuerpo el ritmo de las ruedas del ferrocarril. Cerró los ojos y empezó a soñar.

Elodie recordaba las instrucciones con precisión.

—Toma la via Roma. Pasarás frente a la basílica de San Andrés. Allí, dobla a la derecha donde se encuentra el zapatero. El piso está en la via Cesare Battisti. Es el número 17. Toca el tercer timbre. Lobo estará esperándote.

Ella había sacudido la cabeza.

—¿Lobo estará esperándome? —Al repetir las palabras no pudo evitar sonreír—. ¿Y si me pongo una caperuza roja?

—Muy graciosa, Elodie. Prométeme solo que tocarás la cadencia codificada para él y que te marcharás.

Ella sonrió. Si alguien le hubiera dicho un año antes que estaría viajando para entregar un mensaje a alguien llamado Lobo y que se sentiría atraída por un hombre que no era músico, Elodie le habría dicho que estaba loco. Pero había descubierto que podía transformarse de una joven estudiante de música en una mensajera encubierta en cuestión de semanas y que la confusión de Luca con los términos musicales le parecía encantadora.

Milagrosamente, el tren llegó a tiempo, pero Elodie seguía con la sensación de que algo podría salir mal. El año anterior había viajado a esa ciudad con Lena para su presentación en el Teatro Bibiena, pero no habían ido solas. Sus familias las habían acompañado y todos se habían sentado en los asientos de tercera vestidos con sus mejores ropas. Los duros asientos no habían molestado a nadie ya que el viaje era de lo más breve.

Mantua era completamente diferente a Verona, que tenía un anfiteatro romano, criptas antiguas y la famosa casa de Romeo y Julieta. Por su parte, Mantua estaba engalanada por un esplendor renacentista. Rodeada de un foso de agua, era una fortaleza antigua de mármol gris y fría piedra desgastada por el tiempo. Elodie caminó por la calle y mantuvo el estuche del chelo junto a sí de manera que estuviera alineado con su cuerpo. El peso del instrumento la tranquilizaba, como si se tratara de un escudo que le ofreciera su protección. El calor de julio la hizo sudar. Ya en la piazza Sordello, se detuvo un momento para contemplar la enorme extensión de cielo. En las alturas, un pequeño ejército de aves se abalanzó por el aire para después regresar a las torretas del Pallazzo Ducale. Elodie sintió que su corazón se elevaba al mirar el espectáculo de los cientos de alas que revoloteaban.

Siguió caminando recto hasta pasar frente a la basílica de San Andrés, las instrucciones grabadas en su memoria. Cuando giró a la derecha y llegó al número 17 de la via Cesare Battisti, se quedó parada un momento frente a la enorme puerta de madera. En el centro había una aldaba de bronce en forma de león.

Sin embargo, no cedió a la tentación de utilizarla y, al examinar el lado derecho de la puerta, encontró el timbre para el número 3 y lo tocó.

Como Luca le había indicado, Lobo no preguntó quién llamaba a la puerta, sino que simplemente se limitó a dejarla entrar.

El edificio no contaba con ascensor, solo con unas grandes escaleras de caracol que ascendían a cada piso del edificio. Subió por ellas en silencio, llevando el estuche, sus brazos cansados de cargar el instrumento desde tan lejos.

Cuando Elodie llegó al rellano del tercer piso, vio que la puerta la esperaba entreabierta.

Se sintió extraña al entrar sin anunciar su presencia. Colocó el chelo en el suelo y llamó a la puerta.

—La he dejado abierta —dijo una voz desde el interior. Después, antes de que tuviera oportunidad de responder, oyó que la voz, inexpresiva, le indicaba—: Por favor, coge tu instrumento y pasa.

Lo primero que la impacta es el sonido de la música que flota por todas las habitaciones. La música le es desconocida; es una obra que no puede identificar. Se esfuerza por descifrar cada nota en busca de alguna pista que le revele quién la compuso. No obstante, no puede pensar en nada más que en la belleza y melancolía entrelazadas en cada nota.

Se queda parada en el pasillo sin saber si debe interrumpir la ejecución para anunciarse o si ha de seguir esperando hasta que termine.

Por respeto a la música y a su intérprete, decide esperar. Se concentra todavía más intensamente en la música que está sonando y trata de determinar si existe algún tipo de código contenido en su interior. Pero lo único que puede escuchar es lo que describiría como un llanto de notas. La lenta desintegración de un corazón que está a punto de romperse.

Se queda allí, aguardando en el pasillo, imaginando a Lobo con un rostro a juego con la melancólica interpretación.

El pasillo del apartamento es largo y oscuro. A la izquierda de Elodie hay un espejo alto encima de una elegante consola.

Observa su reflejo en el espejo y, de inmediato, aparta la vista. No quiere verse con su uniforme de colegiala. No quiere que su mente piense acerca de sí misma en términos infantiles, sino como una discreta *staffetta* con una misión, como alguien dedicado al servicio de una causa importante.

Está sudorosa a causa del viaje y de cargar su violonchelo diversas manzanas y por la escalera. Con una de las manos, se alisa el cabello y la falda. Se detiene derecha. Todos estos son movimientos que lleva a cabo para contrarrestar la descarga de adrenalina que la está invadiendo. Respira hondo y trata de recuperar la compostura como aprendió a hacerlo hace años a fin de eliminar los nervios previos a algún recital.

Pero esta misión es mucho más importante que cualquier recital, y Elodie es más que consciente de todo lo que está en juego. Se obliga a girarse para verse en el espejo, pero en esta

oportunidad examina con detalle a la chica del uniforme escolar. Quiere asegurarse de que cada parte de ella parezca completamente serena, aunque no sea así como se siente.

De manera repentina, la música llega a su fin y Elodie da unos pasos más por el pasillo al escuchar que alguien se aproxima.

—¿Hola? —dice una voz desde el fondo del pasillo. Elodie oye también el sonido de pisadas que resuenan contra el mármol—. Sí, hola. Gracias por esperar.

Casi de manera refleja, Elodie se inclina para recoger su instrumento. Lo levanta para que quede erguido junto a ella, apenas algunos centímetros por debajo de su altura.

Ella y su fiel compañero de madera aguardan juntos a que el hombre que se hace llamar Lobo se muestre.

De repente aparece. No es para nada como lo imaginó. A causa de lo que estaba tocando, se había imaginado a un hombre pequeño y oscuro con ojos sombríos. Pero allí, frente a ella, se encuentra alguien por completo diferente: un hombre alto, de cabello blanco y con un rostro que es tanto amable como serio.

Lleva una camisa azul pálido y pantalones blancos. No parece italiano; su piel es rosada y sus ojos del azul del hielo. Si tuviera que adivinarlo, apostararía por que es polaco o ruso, pero, en definitiva, no italiano.

Sin embargo, le habla en italiano.

—Te he estado esperando —le dice—. ¿Cómo te llamas? —Pronuncia estas palabras lentamente, como si estuviera aguardando la confirmación de su identidad.

Elodie no le puede quitar los ojos de encima.

—Soy Libélula.

Cruza los labios del hombre una leve sonrisa que connota un vago sentido de satisfacción por su respuesta.

—Sí, excelente —replica, y le hace una seña para que lo siga—. Por favor, ven por aquí.

El sitio es un laberinto. Elodie sigue al hombre por un largo pasillo hasta llegar a unas puertas francesas que están cerradas. Las abre y la conduce a una sala de mayor tamaño donde Elodie queda impactada por las ventanas de suelo a techo que bañan de luz la habitación.

Hay sillas tapizadas en seda a rayas. Las paredes están pintadas de un suave color coral y las cortinas son de pesada seda blanca.

—No tengo café de verdad —dice, disculpándose—. Solo la terrible versión de achicoria...

Ella sacude la cabeza y levanta una mano a manera de excusa.

—No, no... Estoy perfectamente.

—¿Un vaso de agua, quizá?

Considera su oferta por un momento. Tiene sed, pero no quiere aceptar ningún ofrecimiento de hospitalidad. Solo quiere tocar la música, entregarle la partitura y subirse en el siguiente tren de vuelta a Verona.

—No es más que agua —repite el hombre sonriendo. De nuevo, Elodie queda impactada por

el azul de sus ojos.

—Está bien —responde—, si no es mucha molestia.

Unos minutos después, regresa y le entrega un vaso de agua.

—Muy bien, Libélula. ¿Tienes algo que vayas a tocar para mí?

—Sí —contesta ella antes de dejar que el agua le corra por la garganta.

—Y eres chelista, como yo. No dejes que mi pobre piano te engañe.

Una sonrisa pasa por el rostro del hombre. Elodie siente que ve un destello de reconocimiento en sus ojos. «De músico a músico», parece querer decirle.

—Vayamos a la habitación de al lado, es donde tengo mi piano.

Toma el vaso de agua de las manos de Elodie y lo coloca sobre una de las pequeñas mesas.

Ella duda por un instante y siente que su cuerpo se tensa. Son como dos animales en una jaula, cada uno de sus sentidos aguzados mientras tratan de descifrar los movimientos del otro. Sus dedos se aferran más a la manija del estuche del chelo y se ponen blancos; ve que los ojos de Lobo bajan de su rostro hasta sus manos.

Por dentro, Elodie se reprende por dejarle ver su temor.

—Soy lo bastante viejo para ser tu abuelo, querida. No tienes nada que temer.

Ella no responde a su sonrisa y su rostro se mantiene inexpresivo.

No puede descifrar ningún detalle personal acerca de él. No parece italiano, aunque habla el idioma con perfecta fluidez, y ninguno de los objetos de la habitación revela cualquier tipo de antecedente en particular.

Escucha el sonido de sus palabras en su cabeza y trata de localizar su acento, pero casi de inmediato se da cuenta de la razón por la que no puede hacerlo: carece de él.

Enseguida queda asombrada por la intensidad de colores que saturan la habitación. Las paredes están pintadas de azul pavo real. A la izquierda, hay una chimenea de mármol blanco con un espejo de marco dorado por encima y, a la derecha, un gran piano negro de cola. Hay pequeños sofás colocados a lo largo de la pared exterior y, debajo de sus pies, una alfombra que parecería digna de un bajá.

—Mi habitación favorita —dice él—. Estoy impaciente por oírte tocar.

Toma una silla que coloca frente a ella. Elodie se sienta y sitúa el estuche del chelo a sus pies.

Al levantar la mirada, repara en un pequeño cuadro con un marco dorado que hay encima del piano. Es de una jovencita con un pañuelo rojo sobre la cabeza. Sus ojos son oscuros y penetrantes, su mirada intensa y directa.

—Ese cuadro —dice ella, haciendo un movimiento en su dirección—. ¿Quién es el artista?

—Silvestro Lega —responde con una sonrisa—. ¿Te gusta?

—Sí —contesta ella mientras se inclina frente al estuche—. Me gusta mucho.

Él vuelve a sonreír.

—Se lo compré a mi esposa hace muchos años.

—¿A su esposa? ¿Toca ella también?

—Sí, pero su verdadero talento estaba en la composición. —Señala en dirección a un gran escritorio cubierto de papeles que está en una esquina de la habitación—. Su mente era un complicado laberinto. Dentro del escritorio se encuentra lo que me queda de ella.

Elodie permanece en silencio, insegura de cómo reaccionar.

—Bueno —suelta Lobo de manera repentina, su voz dando fin al incómodo silencio entre ambos—. No he debido distraerte con ese tipo de detalles personales. Has venido para tocar para mí. Empecemos, entonces.

El hombre toma asiento; no frente al escritorio de su esposa, sino en una silla que coge de las que se encuentran contra la pared.

—Por favor —dice cortésmente—. En cuanto estés lista.

Elodie levanta la tapa de su estuche. Sus dedos encuentran el instrumento debajo de la tela de seda que lo cubre.

Empieza a sacarlo como lo ha hecho tantas veces antes. Una mano toma el mástil, mientras la otra soporta el cuerpo del instrumento. Elodie se da la vuelta para ver de frente a ese hombre a quien llaman Lobo y, de manera repentina, ve que una oleada de incredulidad pasa por su rostro. No es la expresión que esperaba ver.

—Tu chelo... —tartamudea. Su voz ha perdido toda su amabilidad.

—¿Sí...?

—¿De dónde lo has sacado? ¿Cómo es posible que estés tocando un Gofriller?

—¿Un Gofriller?

—Sí.

Ahora está detenido justo delante de ella y sus manos acarician el instrumento que hay entre los dos. Elodie empieza a temblar, como si la estuviera profanando, aunque las manos del hombre no tocan su piel en ningún momento.

—Sí, es un Matteo Gofriller. ¿Dónde has conseguido este instrumento?

No está preparada para la andanada de preguntas. Ese no era el plan que discutió con Luca. Está empezando a sentirse turbada y no sabe qué puede revelar.

—Fue un regalo de mi padre cuando cumplí los diecisiete años. Solo sé que es veneciano. —Se le quiebra la voz—. Como mi madre...

Ahora, los azules ojos de Lobo se elevan hacia ella. Su color es casi glacial.

Se siente abrumada por completo. Quisiera quitar de su instrumento las manos del hombre, pero él sigue acariciándolo de manera incesante.

—Yo lo toqué en el pasado. Hace más de diez años, a poca distancia de este piso. En Mantua. —Vuelve a tartamudear, como si estuviera pronunciando el nombre de algún fantasma, tanto sagrado como aterrador—. Hace tiempo, tu chelo perteneció a Enrico Levi.

—No conozco ese nombre —responde.

—La familia empaquetó todas sus pertenencias y todos se marcharon justo cuando las cosas empezaron a ponerse difíciles. Vendieron todo lo que poseían. Unos judíos inteligentes. —Niega con la cabeza—. Desearía que Levi me lo hubiera vendido a mí en lugar de a tu padre.

Da un paso hacia atrás y vuelve a contemplar el instrumento.

—Sí, no me cabe la menor duda. Estoy seguro de que es el chelo Gofriller de Levi.

Elodie oye los chasquidos que Lobo produce con la lengua y lo ve hacer otro gesto de negación con la cabeza.

—Que una muchacha así de joven esté tocando un Gofriller... Realmente notable. Increíble, de hecho. —Levanta la mirada hacia ella y vuelve a sonreír—. ¿Acaso te he asustado con mi entusiasmo por tu instrumento?

—No —miente—. Para nada.

—Y pensar que ha estado escondido contigo desde que Levi se marchó... —Considera el hecho un momento más antes de volver a sonreír—. A decir verdad, es de lo más sorprendente. Esta pequeñita que llega aquí con un instrumento invaluable, sin saber en absoluto que lleva consigo algo de enorme valor...

—Sé que es valioso —interrumpe—. Mi padre me dijo que era un chelo veneciano muy inusual.

—No te preocupes, Libélula. Me alegro de que tengas el instrumento. Por lo menos me alegrará una vez que te escuche tocar. Mejor que lo hayas mantenido oculto y alejado de la vista de los demás. —Vuelve a reír—. Después de todo, la sobreexposición es la muerte de la belleza. Todo el mundo quiere ver un atisbo de aquello que se ha mantenido en secreto, sentir que solo ellos han descubierto algo que es exquisito y extraordinario.

»Las mujeres son iguales, Libélula. Jamás reveles demasiado. Es un buen consejo que debes seguir. Incluso después de que acabe esta maldita guerra.

—No creo que sea un problema que pueda tener algún día.

—Excelente —exclama—. Sigamos, entonces. Me muero de ganas de oírte tocar.

Ahora, se detiene apoyado en la pared, el cuadro con el marco dorado como una especie de bandera sobre su hombro izquierdo.

Ella respira hondo, se coloca en el borde de su asiento, se pone el instrumento entre las piernas y levanta el arco.

—¿Te doy un la con el piano?

Ella asiente.

—Sí, gracias. Sería de gran utilidad.

Vuelve a tratar de recobrar la compostura y lo hace centrándose en afinar el chelo. Acerca la oreja a las cuerdas y las tañe. Hace algunos pequeños ajustes y, después, mira directamente a Lobo.

—Estoy lista para empezar.

—*Prego* —responde—. Por favor.

Elodie cierra los ojos y empieza a tocar el concierto para chelo de Haydn.

La música es como un trance para ella. Su cuerpo se alarga y se estira mientras pasa el arco sobre las cuerdas. Su chelo descansa contra su pecho como si se tratara de un escudo; sus brazos son como alas. Sus codos se mueven hacia arriba y hacia abajo, como si fuera un ave a punto de levantar el vuelo.

Al empezar la cadencia, levanta la cabeza por primera vez para ver la reacción de Lobo.

Las notas le parecen ajenas y vagamente disonantes. Extrañas y casi modernas al carecer de un patrón familiar.

Pronto se acerca a la parte más importante de la interpretación. El primer valor de redonda, un acorde a tres cuerdas, comienza en la bemol, y a continuación hay doce semicorcheas.

Con el cambio de tonalidad y la aceleración ocasional del ritmo, toca con absoluta precisión para asegurarse de que todo esté articulado justo como Luca se lo indicó. No puede más que pensar en la ironía de la situación. Se supone que una cadencia tiene el propósito de poner en evidencia la creatividad y habilidad individuales del músico, pero esa tiene por objeto único comunicarles un mensaje a personas a las que jamás ha conocido. El único propósito de Elodie es transmitir el contenido.

Una vez que finaliza la cadencia, que es breve y enérgica, con cada una de las notas de la escala cromática articuladas en rápida secuencia, continúa con la parte final del concierto. Es como una ola cuya cresta se ha elevado solo para volver a caer. Finaliza lentamente por respeto a la música.

Levanta la cabeza y abre los ojos.

Lobo no está mirándola a ella, sino al vacío, a la puerta que ha quedado entreabierta. Puede ver que está pensando sobre lo que acaba de escuchar, que está decodificando algo que tiene importancia y pertinencia no solo para él, sino también para muchas otras personas.

Elodie saca el violonchelo de entre sus piernas y, con gran cuidado, vuelve a guardarlo en su estuche. Puede sentir que está despeinada y trata de dominar su cabello con las manos, deseando contar con algunas horquillas para retirárselo y despejar el rostro.

Lobo sacude la cabeza como para intentar memorizar la cadencia antes de hablar.

—Eso ha sido de lo más interesante, querida, a muchos niveles y muy diferentes. —Se detiene un momento—. Pero yo diría que tenemos suerte de que papá Haydn no haya estado entre el público para escucharlo.

Ella se remueve en su asiento y se pregunta si el comentario se refiere a la manera en que ha tocado o a la cualidad atonal de la cadencia.

—¿Podrías darme la partitura? —le pregunta. Estira una mano hacia ella.

No la ha utilizado para tocar, así que se inclina para sacarla del estuche abierto y sus manos tiemblan de modo casi imperceptible cuando se la entrega.

Él la toma y camina hasta el escritorio, para colocarla en uno de los cajones.

—No tenía la intención de ser bella —comenta ella, en defensa de no sabe qué.

Después, él se acerca y sus ojos glaciales miran directamente a los suyos.

—Es una broma, querida Libélula —dice con una sonrisa—. En momentos como este, necesitamos un toque de ligereza de vez en cuando.

»Tu interpretación del concierto ha sido soberbia.

Ella sonríe y se sorprende por la sensación de alivio que se apodera de ella, sin saber si es porque acaba de completar su misión o porque un músico dotado le acaba de hacer un pequeño elogio.

—Muchas gracias, señor —contesta.

Se pone de pie con el chelo y vuelve a mirar en torno a la habitación. Ve que hay una partitura sobre el piano.

No puede contener la curiosidad.

—¿Puedo preguntarle si eso es lo que estaba tocando cuando he llegado?

Observa que los ojos de Lobo se humedecen ligeramente.

—Es lo último que compuso mi esposa —explica—. Se encontraba en París cuando la arrestaron.

—¿Formaba parte de la Resistencia? —Elodie pronuncia la última palabra en apenas un susurro.

—No —responde él sin emoción alguna—. Ella y Enrico Levi compartían algo aparte de su amor por la música. Ambos eran judíos.

VERONA, ITALIA

JULIO DE 1943

Esa noche, después de cumplir con su misión, Elodie regresó a casa de sus padres, exhausta física y mentalmente. Comió poco y con desgana, dijo que no se encontraba bien y que quizá se había resfriado.

Su padre tampoco tenía apetito. En varias ocasiones, durante la comida, levantó los ojos para observarla. Elodie podía sentir el peso de su mirada sobre ella; no era de reproche ni de sospecha, sino de algo más difícil de determinar: un reconocimiento silencioso que le estaba ofreciendo solo a través de un parpadeo.

Sin embargo, Orsina no estaba sintonizada con ese idioma silencioso entre padre e hija. Estaba agotada y agobiada por los disturbios políticos que los rodeaban. Su hogar, antes idílico, lleno de música y regido por una sencilla rutina, ahora estaba apesadumbrado por las sombras de la incertidumbre. Su marido ya no tenía fuerzas y se pasaba la mayor parte del día en cama; también podía intuir que su hija estaba cada vez más preocupada y temía que pasara demasiado tiempo en sitios que ella no conocía, fuera de su control.

Cuando terminó de recoger la mesa y guardarlo todo, Orsina calentó la tetera y empezó a llenar la bañera. El sonido del agua que corría la calmó de inmediato. Se desvistió y se metió dentro.

El canto de su madre atravesó las paredes hasta la habitación de Elodie y la tranquilizó a ella también. Cerró los ojos y los sucesos del día empezaron a repetirse en su mente. Vio el largo corredor del piso de Lobo, la habitación con las paredes color azul pavo real y el cuadro de la niña con el pañuelo rojo. Pudo oír las notas de la cadencia con toda claridad y precisión en su ejecución, pero fue la música que había estado tocando Lobo al llegar la que llenó el resto de sus pensamientos. Elodie se quedó dormida pensando en esas hechizantes notas y preguntándose por la mujer que las había compuesto.

A la mañana siguiente, Elodie se ofreció a hacer las compras para la casa.

—Mamá, dame tu lista.

—Mi lista no sirve para nada. No es lo que quiera comprar, sino lo que tengan para vender. Si

tienen huevos, compra huevos. Si tienen harina, consigue toda la que puedas. Espera un momento y deja que te dé mi cartilla de racionamiento.

Orsina se dirigió a la habitación contigua y regresó con la cartilla de racionamiento semanal. Después hurgó en sus bolsillos y le entregó a su hija las pocas monedas que le quedaban.

—Es posible que con esto te llegue. De lo contrario, sé amable con Favio y mira si nos quiere extender el crédito hasta la semana entrante.

Elodie sintió que la invadía una oleada de ansiedad.

—Mamá..., quizá...

—No digas nada. En cuanto tu padre pueda volver al trabajo, las cosas mejorarán. Es solo que no ha podido dar las clases particulares que ofrece todos los veranos. Pero los cursos escolares empiezan en un mes y me ha asegurado que para ese entonces estará lo bastante bien como para trabajar de nuevo. —Le dio un apretón al hombro de Elodie—. Disfruta de los últimos días del verano. Las clases también empezarán para ti antes de que te des cuenta.

Elodie salió de casa y se dirigió de inmediato a la pequeña tienda en Corso Santa Anastasia, donde su madre compraba la mayoría de sus víveres, así como granos y demás provisiones. No habían tenido carne en semanas, de modo que no hacía falta que le preguntara a su madre si debía tratar de conseguirla. En la tienda de productos lácteos de al lado pediría que llenaran su recipiente para leche con el cuarto de litro que tenían permitido.

Le fue bien poder dedicar un poco más de una hora a ayudar a su madre con sus tareas. Sirvió para aliviar parte de la culpa que experimentaba por haber mentido a sus padres a lo largo de las últimas semanas. Era un consuelo poder hacer ese tipo de trabajo rutinario que era sencillo en comparación con las complicadas codificaciones con Luca. Lo único que tenía que hacer allí era estar en la cola, arrancar un cupón, conseguir una hogaza de pan duro, algo de café y azúcar, y volver a casa. Dejó que su mente se relajara por un instante mientras disfrutaba de la sencillez de guardar cola con las demás mujeres, la mayoría de las cuales eran matronas y algunas, madres de sus compañeras de clase.

—¡Elodie! —exclamó la madre de Katia Segreti en cuanto entró en la tienda—. ¡Hacía siglos que no te veía!

Elodie sonrió.

—¿Cómo está, señora? ¿Y cómo se encuentra Katia?

—Bien, muy bien... Bueno, tan bien como se puede estar con todo este caos. ¡Se casó en mayo! Con un chico muy agradable, Carlo Pescutti... ¿Lo conoces?

Elodie dijo que no, pero en realidad sabía muy bien que era un conocido Camisa Negra, muy fanfarrón.

—Por favor, dele mis felicitaciones —pidió Elodie.

Sus ojos empezaron a recorrer los estantes para ver si había algo que pudiera llevarle a su madre. Pero la tienda tenía poco que ofrecer. Una lata de puré de tomate. Otra lata de sardinas. Una bolsa de cebollas mohosas.

Elodie esperó hasta que la señora Segreti terminó sus compras y se marchó de la tienda antes de pedirle al dueño si podía extenderles el crédito.

Favio era un hombre amable y le dijo que podía esperar una semana más.

—Ya están a punto de volver a empezar las clases, ¿verdad? ¡Debes de tener muchas ganas!

—¡Sí, por supuesto! Será maravilloso que mi padre y yo podamos regresar a nuestra música —le respondió.

—Saluda de mi parte a tus padres —dijo—. Siento no tener más cosas en los estantes, pero en comparación con nuestros muchachos que están allá afuera, peleando...

—Lo sé bien —repuso ella—. Debemos agradecer que tengamos cualquier cosa.

Se despidieron y Elodie se dirigió a la tienda de lácteos de al lado para ver qué podía encontrar.

De camino a casa, examinó su botín. Dentro de la bolsa tenía tres huevos, cuatro decilitros de leche, un kilo de harina y una bolsa de alubias.

Al llegar a casa, su padre seguía en bata. Su madre, quieta detrás de él, le masajeaba las sienes con gentileza. El rostro de Orsina mostraba una mirada de profunda preocupación.

—¿Qué sucede? —preguntó Elodie mientras colocaba la compra sobre la mesa.

—Son esos dolores de cabeza. Tu padre dice que están empeorando a diario.

—¿No podríamos llamar al médico?

—¡Ya lo he llamado! ¿Quién crees que viene a visitarnos todas las tardes cuando tú sales a practicar con tu amiga Lena?

Elodie caminó hasta donde se encontraban. Tocó la mejilla de su padre suavemente con el dorso de la mano.

—Detesto verte sufrir así, papá.

—No te preocupes, mi tesoro. —Su voz era apenas un susurro. Tomó su mano y la besó—. Te pediría que tocaras algo para mí, pero sigo sin poder oír bien.

—Lo entiendo. ¿Qué te parece si solo me quedo aquí a hacerte compañía? Mamá puede masajearte las sienes y yo podría hacerte lo mismo en las manos.

—No, no... Tu madre puede sola. Toma tu chelo y ve a practicar con Lena. Sé que las dos habéis estado trabajando duro las últimas semanas. No sabes lo orgulloso que estoy de ti y de toda tu dedicación... —Logró ofrecerle una tenue sonrisa de complicidad a pesar de su evidente incomodidad.

Elodie miró a su madre a la cara para ver si, en efecto, podía marcharse.

—Tu padre tiene toda la razón, hija. Ya me has ayudado con las compras. Vete a practicar con Lena. Solo te pido que vuelvas a tiempo para la cena y así no me preocupe.

Elodie besó a sus padres y se marchó con su chelo, pero no fue a reunirse con Lena. Fue directa a la librería para verse con Luca.

Cuando Elodie llegó a la librería, Luca casi saltó de detrás del mostrador.

—¡Elodie! ¡Llevo toda la mañana esperando a que pasaras a verme!

Ella sonrió.

Luca observó el entorno. Había un solo cliente en la parte trasera y estaba examinando libros sobre historia naval. Con los ojos, Luca le dio a entender a Elodie que tendrían que esperar a que el cliente se marchara para poder ir a la trastienda.

Mientras tanto, ella dejó su chelo a un lado y aprovechó para ojear los estantes de la librería. Parecía que el tiempo allí no avanzase; casi siempre estaba en la trastienda, ya fuera en las reuniones o a solas con Luca. Pero ahora pudo ver lo agradable que en realidad era el establecimiento. Alrededor de todo su perímetro, había grandes estantes de madera con llamativos tomos forrados en piel, y la luz era suave y atractiva.

El aroma de los libros tenía algo que le era extrañamente tranquilizador. Se preguntó si sería el olor a tinta y a papel o el perfume de la encuadernación, el hilo y el pegamento. Tal vez era la fragancia del conocimiento; de la información; de pensamientos e ideas; de poesía y amor. Todo ello en un solo sitio, perfecto y calmado. En los estantes podía encontrarse de todo, desde la historia de la Antigua Roma hasta libros de fotografías de exploraciones arqueológicas en Sudamérica. Luca había colocado los sonetos de amor de Lord Byron junto a los poemas de amor no correspondido que Francesco Petrarca le había escrito a su musa, Laura.

Y, detrás de todo ese tesoro de conocimientos y pasión, había una habitación que solo unos cuantos sabían que contenía aún más información. Como un reloj cuyo intrincado mecanismo permanecía oculto a la vista, la librería era mucho más de lo que aparentaba.

Elodie miró a Luca con gran admiración mientras le daba su cambio al cliente y le guardaba el libro en una bolsa de papel.

—*Ciao... Mile grazie* —dijo educadamente mientras el hombre inclinaba el sombrero y se despedía de él.

Luca fue hasta la puerta y le dio la vuelta al letrero que decía que regresaría en unos minutos.

—Vamos —le indicó—. No sabes qué gusto me da que vengas.

Elodie llevó el chelo consigo y se sentó a la mesa en la que, solo dos días antes, habían elaborado el código y ella lo había tocado por primera vez.

—Muy bien, pequeña Libélula —la felicitó Luca—. ¡Has llevado a cabo tu misión con un éxito rotundo! Nuestro contacto nos ha informado de que entregaste el mensaje y tocaste de manera soberbia para Lobo.

Elodie sonrió.

—Todo el día de ayer sentí como si me faltara el aire —confesó.

Podía percibir que la sangre la recorría de arriba abajo, como si la emoción de estar tan cerca de Luca y de escucharlo decir que había hecho un trabajo magnífico la hiciera sentir más viva que nunca.

—Excelente. Ahora tendremos tiempo para relajarnos —comentó él—, pero pronto necesitaremos enviar otro mensaje con el mismo código. Sé que estás a punto de iniciar las clases, pero este segundo mensaje es igual de importante.

—Lo que necesites, haré todo lo que pueda para que la misión sea un éxito.

—Ahora solo nos queda rezar para que todo les salga bien a los hombres que están en las montañas —dijo—. Me siento terriblemente culpable por estar sano y salvo en mi pequeña librería, mientras mi hermano y sus hombres pelean en la serranía... Y solo Dios sabe lo que sucederá una vez que el clima empeore...

Elodie negó con la cabeza. Se esforzó para parecer una buena combatiente, solemne y seria, aunque en su interior su mente estuviera repleta de pensamientos diferentes. Sentía que, en cierto sentido, su misión la había hecho más bestial, como si ahora se viera motivada por pulsos y ritmos de naturaleza no auditiva, que se intuían a través del instinto.

—Sí, deberíamos considerarnos afortunados y rogar que el otoño no traiga demasiada lluvia y que el invierno no venga con demasiada nieve. —Sus palabras sonaron frías, impasibles. Con rapidez, Elodie trató de llenarlas de algo de emoción—. Supongo que el trabajo de un librero no se verá afectado por el clima...

Luca emitió una breve risa.

—Por supuesto que no.

—¿La tienda era de tu padre?

—¡Para nada! —Luca echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír—. ¿Mi padre? Ni siquiera sabía leer. Ninguno de mis padres sabía leer. Ni yo tampoco, hasta los diez años. De hecho, aprendí a leer solo.

Elodie se sorprendió.

—¿De veras? —De repente, la habitación pareció iluminarse con la energía que se encendió entre los dos.

—Así es —asintió Luca—. Nadie en mi familia ha ido a la escuela, incluido yo. Soy hijo de un herrero, así que no teníamos libros en casa. Lo único que sabía hacer mi padre era trabajar con las manos. Mis tres hermanos y yo lo ayudábamos; barríamos el suelo y cortábamos madera, y mis hermanos mayores también lo ayudaban a avivar el fuego.

Luca se aclaró la garganta.

—Un día, cuando cumplí diez años, entró un cliente al taller de mi padre; llevaba un libro bajo el brazo. Mi padre le dijo que los atizadores que había encargado para su chimenea estarían listos en breve, que solo necesitaba otros veinte minutos para que se enfriaran del todo.

»La respuesta del hombre me dejó sorprendido. Típicamente, los clientes se enojaban cuando sus pedidos no estaban listos de inmediato, pero ese hombre casi pareció alegrarse por la demora.

»“¿En veinte minutos?”, dijo. “¡Excelente! Me sentaré fuera a leer un rato.”

»El hombre le dio unos golpecitos a su libro y salió a sentarse en un banco, fuera del taller de mi padre, hasta donde lo seguí.

»Lo vi sentarse, mirar al cielo unos minutos y, después, abrir el libro que tenía en su regazo.

»“¿Qué sucede, pequeño?”, me preguntó. Yo estaba cubierto de hollín, como siempre lo estábamos mis hermanos y yo.

»“Nada”, le respondí con timidez. Pareció estudiarme por un segundo, quizá al intuir la curiosidad en mis ojos, que se asomaban detrás de una máscara de mugre, antes de regresar a su libro.

»Me lo quedé mirando desde la puerta durante los veinte minutos mientras su rostro cambiaba con cada página.

»Te lo juro, Elodie... Fue como mirar a un actor en una película. Las palabras que estaba leyendo lo estaban haciendo sonreír e, incluso, reír abiertamente. Unas páginas después, su rostro se tornó serio y apesadumbrado. Fruncía el ceño y sus ojos parecían pegados a cada oración. Después, cuando mi padre lo llamó para decirle que su pedido estaba listo, el hombre ni siquiera pudo responderle hasta que terminó de leer su capítulo. Así de embelesado estaba por el contenido del libro.

»Lo recuerdo como si fuera ayer porque fue en ese preciso momento cuando me juré que yo también aprendería a leer. Supongo que se podría decir que me di cuenta desde esa temprana edad de que había un código encerrado en cada libro, y yo quise ser quien podría descifrarlo.

—Pero ¿cómo y cuándo te hiciste dueño de esta librería? ¡Eres tan joven!

—Bueno, debes entender que, a diferencia del resto de los niños, yo no estaba ocupado con las obligaciones de una escuela. Una vez que aprendí a leer, principalmente con periódicos viejos, ahorré todo mi dinero de distintas tareas para comprarme el primer libro y, con el paso de los meses, mi colección se fue haciendo más grande. Después, empecé a intercambiar libros con diferentes comerciantes. Hacia los quince años, tenía libros suficientes como para empezar a venderlos por la calle en un carretón. Cinco años más tarde, después de recorrer todos los mercados de pulgas en busca de libros de segunda mano, encontré un puñado de ediciones raras que compré casi por nada y vendí por una fortuna. Tenía un amigo, Pelizzato, que intercambiaba libros conmigo; colocábamos nuestros carros uno junto al otro en Milán. Con el paso del tiempo, los dos ganamos dinero suficiente como para abrir nuestras propias librerías. Él se fue a Venecia y llamó La Toletta a su librería..., y yo fundé Il Gufo aquí, en Verona.

Elodie estaba asombrada.

—Eso es increíble —afirmó—. Te convertiste en todo un triunfador por mérito propio a los..., ¿qué?, ¿veintidós años?

—Veinticuatro —puntualizó Luca con una sonrisa. Se enderezó y echó los hombros hacia atrás—. Y, aparte, ahora voy más que limpio. —Se dio unas palmaditas en ambas mejillas—. ¡Nada de hollín! Solo un poco de tinta de vez en cuando.

—Y ahora, en lugar de descifrar códigos, los creas —indicó Elodie.

—Sí. Exacto. Y hoy tenemos que crear otro más.

—Pero solo puedo quedarme hasta la hora de la cena —respondió ella—. Y después debo marcharme a casa.

—Pues entonces —dijo Luca, echando un vistazo al reloj—, pongámonos manos a la obra.

Al igual que la última vez, los dos trabajaron codo con codo. Ahora Elodie tenía memorizada la clave, de modo que fue fácil componer la cadencia codificada una vez que supo el número de semicorcheas necesarias para comunicar la cantidad de armas y la colocación particular del acorde a tres cuerdas con valor de redonda, para que pudiera informarles de la localización a los reconocedores del grupo de la Resistencia.

Trabajó de manera experta y eficiente. Una vez que terminó, se levantó y sacó su chelo.

—Veamos cómo suena. No quiero volver a ofender la sensibilidad de Lobo...

Era extraña la forma en que las cosas habían cambiado entre ambos. Elodie podía recordar los accesos de vergüenza y nervios que habían recorrido su cuerpo antes de que pudiera perderse en la música la primera vez que tocó para Luca. Ahora, tocar para él le parecía algo de lo más natural.

No estaba del todo segura de si la hacía sentir más conectada a él el hecho de que le acabara de revelar algo acerca de su pasado o si quizá se debía a la conexión que compartían al crear esos códigos tan importantes, pero, por la razón que fuera, en esa ocasión se sintió diferente.

Tomó el chelo y se acomodó en su asiento. En dos segundos, su arco estaba acariciando las cuerdas y su cuerpo era como el de una bailarina, completamente electrificada. La música. El código. Su interpretación. Brillaba como una especie de explosión de color que emanaba de su violonchelo.

VERONA, ITALIA

JULIO DE 1943

La segunda misión que llevó a Elodie hasta Lobo no le provocó el mismo temor. Conocía la ruta, sabía el tiempo aproximado que le llevaría y ahora estaba al tanto de que el hombre era mucho menos intimidante que su nombre en clave.

El día después de que terminara el código con Luca, Elodie se despertó, se metió la blusa blanca dentro de la falda azul, les dijo a sus padres que se iba a ensayar con Lena y se marchó con su chelo.

Se movió por las calles con rapidez y eficiencia. No miró a nadie y mantuvo su rostro inexpresivo. Solo estaba concentrada en llegar a la estación a tiempo para pescar el primer tren a Mantua.

Al llegar al edificio de Lobo, encontró la puerta principal entreabierta. Entró y subió por la escalera hasta su piso. Elodie colocó su chelo en el suelo y llamó. Pasó un minuto mientras esperaba fuera. Acercó la oreja a la puerta para ver si, de nuevo, el hombre estaba absorto en su música de piano, pero no oyó más que silencio. Elodie volvió a llamar.

No sabía si quedarse en el rellano, fuera del apartamento, o regresar a casa. Decidió tocar a la puerta una vez más. Poco después, escuchó movimiento. Unas pisadas que se arrastraban y, luego, un estrépito, como el sonido de un jarrón que caía al suelo.

—¿Hola? ¿Quién anda ahí? —Era la voz de Lobo.

—Vine para hacer mi clase —respondió ella. Pensó que sería poco prudente anunciarse como Libélula y atraer la atención a sí misma en caso de que cualquiera de los vecinos estuviera escuchando.

De manera repentina, la puerta se abrió y apareció Lobo, con un aspecto mucho más desarreglado que durante su primera reunión.

—Te ruego que disculpes mi apariencia —dijo, alisándose la parte delantera de la camisa con las manos. El botón superior de esta estaba abierto, lo que permitía que se asomara un mechón de vello blanco—. Anoche llegué de viaje y debo partir de nuevo hoy mismo, de forma que tendrás que disculparme por no estar preparado para tu llegada.

Elodie sonrió.

—No tiene que disculparse. De todos modos, suelo cerrar los ojos cuando toco.

—Cierto. —Juntó las manos de manera entusiasta—. Escuchemos lo que vas a tocar para mí en el día de hoy, entonces. Estoy ansioso por oírlo. Ven conmigo.

Caminaron por el largo corredor, donde había un jarrón roto en el suelo.

—Me encargaré de eso más tarde —comentó él mientras pasaba junto al jarrón—. Detesto perder el tiempo cuando estás aquí.

—Gracias —dijo Elodie mientras volvía a entrar a la habitación de paredes azul pavo real.

—En el mismo lugar que el otro día, ¿te parece?

Fue a buscarle una silla. Ella miró alrededor y volvió a concentrarse en el cuadro con el marco dorado que colgaba sobre el piano.

Lobo volvió la cabeza para seguir su mirada.

—Te gusta mucho ese cuadro, ¿verdad? Noté que te quedaste contemplándolo fijamente la última vez que estuviste aquí.

—Así es —respondió, sonrojándose.

—Lo compré hace mucho, como regalo de cumpleaños para mi esposa. —Deslizó la silla tras ella para que tomara asiento.

—Es precioso —afirmó ella. Se inclinó hacia delante para abrir el estuche.

—Por fortuna, no tan bello para que Goering quisiera quedarse con él. En el 38, vinieron los secuaces de Mussolini para hacer un inventario de todas las obras de arte que tenía en mi poder. Algunos de mis amigos tenían tintoretos y tizianos, y se los llevaron todos para la colección personal de Goering. Tengo la suerte de haberle dado a mi esposa algo demasiado burgués para su gusto.

Lobo volvió a sonreír mientras le daba la espalda para buscar un sitio donde sentarse.

—No es que carezca de valor. Lo más seguro es que podría venderse por una buena cantidad hoy en día, como tú podrías hacerlo con tu chelo...

Elodie sacó el chelo y lo sostuvo contra su pecho.

—El violonchelo Gofriller de Enrico Levi. Increíble. —Los ojos de Lobo estaban fijos en Elodie, quien trató de no evidenciar su incomodidad. Él emitió una breve risa—. No te preocupes, Libélula, no pienso robarte el chelo... Me hace feliz que esté en manos de una chelista con tanto talento.

La intuición le dijo a Elodie que no sonriese. Aunque joven, sabía que no era recomendable dejarse halagar por las superficiales palabras de elogio de un hombre.

—Levi era una persona amable, generosa... Era el mejor comerciante de Mantua en lo que se refería a instrumentos finos y raros. Su sala de exposiciones estaba apenas a unos metros del centro de la ciudad. Tenía una puerta pequeña y, en el momento de cruzarla, podías oler el aroma a barniz y madera. Había violines que colgaban del techo, arcos por todas las paredes. Detrás de una vitrina se encontraba su preciado violín Stradivarius. En una ocasión asistí a un salón donde

su hijo tocó el Stradivarius y él su Gofriller. ¡Qué gozo cuando se juntaban! ¡Dios mío, fue como escuchar a los mismísimos ángeles!

—Me hubiera gustado poder asistir —admitió Elodie en voz baja. Sus manos, sin que ella se percatara, seguían sosteniendo su instrumento de manera protectora—. Supongo que no cree que le esté haciendo justicia al chelo —continuó.

—No, no es para nada lo que creo... —Lobo entrecerró los ojos, como para asimilarla por completo—. Algo en ti me recuerda a mi esposa. Era mayor que tú cuando la conocí, por supuesto, pero tenía esa misma mirada. Ese fuego detrás de sus ojos. Era tan centrada... —Su voz se quebró ligeramente. Elodie lo oyó respirar profundo, como para darse fuerzas.

—¿Cuándo fue la última vez que oyó algo de ella?

—Hace más de seis meses —respondió—. Le rogué que no se fuera de Italia. La arrestaron en Francia mientras trataba de ayudar a sus padres y, después, la deportaron... a algún lugar de Polonia, según me han dicho.

Elodie se estremeció. Zampieri les había explicado que había miembros de la Resistencia francesa a los que habían arrestado y enviado a campos de trabajo en Polonia. Nadie sabía nada más de ellos después de eso. Era como si se tratara de un enorme y oscuro vacío.

—Lo siento mucho —logró decir ella—. La última vez que estuve aquí lo oí tocando su composición y se me quedó dentro de la cabeza durante días. Así de maravillosa fue.

—Tenía un talento que iba más allá de las palabras —declaró—. Tocaba tres instrumentos, viajó por toda Europa para dar conciertos y compuso gran parte de lo que tocaba. A su lado, yo no era más que un aficionado.

Elodie estaba a punto de hacer otro comentario solidario, pero, de repente, Lobo se dio cuenta de que estaba revelando demasiado acerca de sí mismo.

—Bueno, y con eso ya he terminado de contar mis pesares. Estás aquí por una buena razón, Libélula. ¿Qué vas a tocar para mí en el día de hoy?

—Boccherini —respondió—. *Concierto para chelo y orquesta en si bemol mayor*.

—Boccherini, ¿eh? Prefiero a Haydn.

—Yo también —convino Elodie con una risa—, pero es una buena pieza para incluir una cadencia.

—Muy bien. Empieza. —Se subió las perneras del pantalón y se sentó.

Elodie levantó su arco, cerró los ojos y se concentró. Alejó de su mente todo lo que acababa de escuchar.

La música era más ligera y veloz que el concierto de Haydn que había interpretado la vez anterior. En esta ocasión, cuando cambió de tonalidad para iniciar la cadencia e interpretar el acorde a tres cuerdas con valor de redonda, su arco rebotó sobre las cuerdas casi como si se tratara de un violín.

Había una extraña jocosidad en el sonido de las notas que sabía que contrastaba con la importancia del mensaje que ocultaba. Vio que las cejas de Lobo se levantaban cuando llegó a la

cadencia y que asentía levemente con la cabeza, como si estuviera aprobando el plan.

En cuanto Elodie finalizó, le entregó a Lobo la partitura.

PORTOFINO, ITALIA

NOVIEMBRE DE 1935

Mientras Angelo se preparaba para presentarse al servicio en Etiopía, se confirmó el embarazo de Dalia. No había sangrado en dos meses y, pronto, se vio asolada por tremendos ataques de náuseas matutinas. La madre de Angelo le llevaba sencillos caldos y trozos de pan para calmar su pobre estómago, pero Dalia era incapaz de retener nada.

Quería disfrutar de su tiempo con Angelo tanto como le fuera posible antes de su partida, pero casi no podía caminar sin empezar a vomitar. Pálida y exhausta, pasaba la mayor parte de su tiempo en cama. A fin de estar cerca de ella, Angelo le llevaba diferentes novelas.

Escuchar su voz mientras le leía era como una dulce melodía para ella. Él siempre mantenía una mano sobre la suya y solo la retiraba cuando necesitaba pasar de página. A veces, Dalia cerraba los ojos y trataba de imaginar a los personajes con su propio rostro y el de Angelo. Cada beso romántico que se describía era propio. Cualquier mención de un niño pequeño evocaba imágenes del bebé que estaba creciendo en su interior. Se imaginaba justo como los personajes maternos de las historias, que ataban los cordeles del gorrito bordado del ropón bautismal o que sostenían al bebé entre sus brazos.

No podía dejar de dar las gracias por tener a ese hombre educado que la había introducido en el mundo mágico de los libros.

Y ahora que ella misma podía leer con fluidez, las palabras ya no eran un código imposible de comprender. A través de las novelas que él le llevaba a su cama, aprendió muchísimas cosas que jamás se imaginó que existían.

En especial, le fascinaban las últimas novelas seriadas de los *libri gialli*, los famosos «libros amarillos» con historias policiacas, que primero la atrajeron con las traducciones de autores extranjeros y cuyas historias la expusieron a entornos completamente diferentes de la pequeña aldea de pescadores en la que había nacido.

—Jamás te sentirás sola con un libro a tu lado —le dijo Angelo mientras arropaba a su floreciente mujer en la cama. Sus senos, algo crecidos, se asomaban por el escote de su camisón. Él hizo todo lo que pudo por controlarse al saber lo frágil que se encontraba en esas primeras semanas de embarazo.

»*Limonina* —le susurró—. Creo que hemos leído bastante por hoy. ¿Por qué no tratas de

dormir un poco?

Angelo quitó su mano de entre las de ella y colocó ambas palmas contra su vientre. Ni siquiera llevaba el tiempo suficiente como para que pudiera detectar el más leve abultamiento y mucho menos cualquier tipo de movimiento, pero la mera idea de la criatura que estaba creciendo en su interior lo llenaba de gozo.

—Te voy a extrañar más de lo que podría expresarte —le dijo ella, sus ojos llenándose de lágrimas.

—Te escribiré a diario, igual que cuando estaba en la universidad. ¿Acaso falté a mi promesa en aquel entonces?

—No —respondió—, y hubo veces en que me escribiste hasta dos veces al día, ¿lo recuerdas? —Se dibujó una pequeña sonrisa en sus labios y emitió una breve risita.

—Sí. Por eso, ahora que eres mi esposa, lo más seguro es que te escriba ¡tres veces al día!

—Podré empapelar nuestra habitación con tus cartas —comentó ella, añorante.

Angelo no tenía ni idea de que se tomaría esto tan en serio, pero eso vendría mucho más tarde, después de que regresara.

A la semana siguiente, Angelo partió hacia Etiopía con poco más que una mochila del ejército y su maletín. En él, que había comprado al volver de la universidad, llevaba dos tijeras, un rollo de cinta, un estetoscopio y un pequeño martillo. Sabía que a los médicos les darían un equipo más completo una vez que se establecieran en el campamento, pero sentía que necesitaba llevar el maletín consigo para darse mayor credibilidad con los soldados.

Dalia se había prometido que no lloraría cuando Angelo se marchara, pero verlo de pie allí, con su uniforme del ejército, con una sonrisa en el rostro, la conmovió. Y aunque seguía debilitada por las náuseas, reunió todas las fuerzas que le quedaban para correr a abrazarlo una última vez.

Cuando llegó su primera carta, una semana después, sintió que había retrocedido en el tiempo y que seguía siendo la jovencita que esperaba la llegada de las cartas de su amado, que estaba lejos en la universidad. Pero ahora era una mujer casada con un pequeño en su vientre y la carta le pareció más preciada que nunca. Estudió su cuidadosa letra y los coloridos sellos postales de África. Con uno de los dedos, acarició la tinta e intentó percibir la energía que manaba de él. Después de algunos momentos en los que saboreó la anticipación, Dalia llevó el sobre a su habitación, se sentó sobre la colcha de su cama y empezó a leer lentamente:

Mi muy amada Dalia, limonina mía:

Pienso en ti cada hora de cada día. Acabamos de llegar a Trípoli y, en las próximas semanas, nos acercaremos más a Etiopía. Mantengo el ánimo pensando en ti y en nuestro bebé. Me tienen ocupado atendiendo pequeñas heridas, ampollas e infecciones. Los hombres de mi unidad son un grupo interesante que proviene de todas partes de Italia. Mi compañero

de litera, Carlo, también tiene una esposa embarazada. Los dos marcamos cada día en nuestros calendarios para recordarnos que estamos un día más cerca de regresar a casa.

Me duermo, cariño mío, y sueño contigo. Imagino que tu vientre se hace cada vez más grande día a día y desearía poder poner la palma de mi mano sobre tu piel para sentir no un solo corazón, sino dos.

Te amo.

ANGELO

Dalia sostuvo la carta entre las manos y cerró los ojos. Podía percibir su presencia a través de sus palabras y la distancia entre los dos desapareció por completo. En ese singular momento de paz, Dalia supo exactamente lo que iba a hacer. Convertiría su comentario pasajero a Angelo en una realidad. Se levantó y colocó la carta sobre la cama y, después, llena de un nuevo tipo de energía y en un acceso de voluntad férrea, Dalia se dirigió a la cocina en busca de un poco de harina y algo de agua.

En la cocina había todo tipo de tazones. Dalia examinó cada uno de ellos y se decidió por uno que no rebasaba la palma de su mano. En un visto y no visto, hizo una pasta de harina y agua que mezcló hasta obtener una consistencia tersa y pegajosa. Después, con una pequeña brocha, regresó a la habitación.

Supo de inmediato la habitación en la que quería empezar. Se puso de rodillas sobre el colchón de la cama y allí, justo por encima de su lámpara de noche, pegó la carta de Angelo después de untarla con engrudo.

Cada día, Dalia esperaba la llegada de una nueva carta. Después de terminar de leerla, tomaba unas tijeras y cortaba los márgenes con cuidado para crear pequeñas formas inusuales. A veces, llegaban dos o tres en un mismo día. Cortaba y pegaba cada carta de tal manera que, con el paso del tiempo, empezó a crecer una enredadera de cartas de amor sobre las paredes de su habitación.

Después de varios meses, había cubierto casi la totalidad de las paredes del cuarto. Con algunas de las cartas, elaboró pequeños cúmulos de nubes y, con otras, un parche de flores que acompañaba a la enredadera. También dejaba algunos espacios en blanco en las paredes, como si se tratara de momentos en que podía escucharse un aliento o el latido de un corazón que yacía entre ellos como dos almas que dormían, separadas por los continentes. En esos pequeños espacios, tomó su brocha y pegó el polvo de mica que obtuvo al moler algunas de las piedras de su aldea de San Fruttuoso, esas que tenía en un frasco junto a su cama.

La habitación se convirtió en su propio secreto especial, ya que Dalia cerraba la puerta cada vez que alguien de la familia la visitaba para preguntarle cómo se encontraba. En lugar de recibirlos allí, Dalia siempre recibía a las visitas en la terraza o en el pequeño comedor junto a la cocina.

Todo el mundo trataba a Dalia como si fuera una reina. Para todo aquel que la contemplaba, era una bella mujer cargada de vida en su interior. Se le dijo que no levantara nada y que solo realizara los más mínimos esfuerzos. Si expresaba cualquier tipo de antojo, este se cumplía casi tan pronto como las palabras brotaban de sus labios. Si mencionaba los *cannoli*, a la mañana siguiente aparecía toda una bandeja entera llena de dichas pastas. Si quería comer pollo, se preparaba en tres formas distintas para complacerla.

Las supersticiones costeras también se aplicaron con todo rigor. No se le permitía a nadie que le tocara el rostro por temor a que el bebé presentara algún defecto de nacimiento en el mismo sitio. Y se agitaban amuletos frente a su vientre para tratar de ayudar a predecir el sexo del bebé.

Había observado esas mismas atenciones hacia las mujeres embarazadas durante toda su infancia. Eso le permitía pasarse el día haciendo lo que quisiera. Invertía algunos minutos pegando la carta más reciente de Angelo y también le gustaba estar con su suegra, tejiendo prendas de ganchillo para la criatura o ayudándola a cocinar para el resto de la familia.

Sin embargo, la parte más preciada de su día era cuando se retiraba a su habitación por la noche. Allí, sentía que reconectaba con Angelo, a pesar de encontrarse a miles de kilómetros de distancia. Disfrutaba al acostarse en la cama para contemplar sus palabras por todas partes. Sabía que si se daba la vuelta a la derecha, podría leer su primera carta, que ahora se encontraba justo sobre la narración del viaje y de sus días en el desierto. Las cartas cercanas a su cabecera hablaban del muchacho que había llegado a vivir al campamento y que se había convertido en amigo especial de Angelo. A su izquierda estaba el poema que le había escrito y que siempre provocaba que sus ojos se llenaran de lágrimas:

Duermes, llena de la vida que llevas dentro, y tus ojos emanan tu luminosidad.

Sueño con tu rostro, con tu sonrisa y con la sensación de tus manos entre las mías.

Eres el agua que se extiende entre ambos, una marea gentil y armoniosa.

Yo estoy en las nubes y en el viento que te besa noche a noche.

El susurro de un aliento que flota sobre tus párpados cerrados.

Para su último mes de embarazo, había empapelado las cuatro paredes del cuarto con seis meses de palabras de Angelo. Dalia miró hacia el techo y decidió que también lo decoraría. Con su abultado vientre tan grande como una bóveda, se subió lentamente a una escalera y empezó a pegar las cartas más recientes de Angelo sobre el techo. Sabía que era peligroso, de modo que se movió con el mayor cuidado y calma que pudo. Cuando terminó de decorar el techo, Dalia experimentó una sensación de logro que creció en su interior y que alimentó tanto a su propio espíritu como al del bebé. Ahora, lo que le restaba por hacer era acostarse en su cama y mirar a cualquier punto de la estancia para contemplar el amor de Angelo, escrito como si se tratara de las páginas de una novela, extendido como alas por cada centímetro de su habitación.

En Etiopía, la vida era mucho más brutal de lo que Angelo dejaba entrever en sus cartas a Dalia. El campamento en el que estaba emplazado se encontraba a varios cientos de kilómetros de Adís Abeba, en mitad del desierto. El aire quemaba y las tormentas de arena eran terribles para los ojos. Aunque había llevado a cabo algunas cirugías en la universidad, sus habilidades se pusieron en práctica de manera rápida y repetida, ya que retirar balas y metralla lo ocupaba a diario. Llevaban a los hombres cargados en camillas con la carne destrozada por el impacto de los proyectiles. A través del ensayo y el error aprendió a qué profundidad ahondar y cuánta morfina administrar. En aquellos días en que se retrasaban los cargamentos de provisiones, ataban a los hombres y los obligaban a morder correas de cuero mientras llevaba a cabo la extracción.

Rara vez abandonaba el campamento y pasaba la mayor parte de las noches en la tienda quirúrgica.

Eran un grupo dispar de hombres y, dado que la mayoría de ellos carecía de una educación, al principio se mantuvieron alejados de Angelo en la creencia de que su título y entrenamiento médico lo diferenciaban de ellos. Pero, con el paso de las semanas, la cercanía de las literas, la comida deficiente y su añoranza compartida por sus esposas y novias ayudaron a forjar una camaradería entre los hombres. Pronto se asignaron diversos apodos, pero, por respeto, todos los hombres siempre lo llamaron *dottore* Angelo.

Un día, dos meses después de establecer el campamento, uno de los soldados llamó a Angelo.
—*Dottore! Dottore!* —le gritó Tancredi.

Angelo salió rápidamente de la tienda y vio a un africano alto y demacrado que llevaba a un chico entre sus brazos.

El hombre no debía de pesar más de cuarenta y cinco kilos. En sus brazos, llevaba a su hijo, igual de consumido, como una especie de cometa de viento despedazada. La piel del torso del chico estaba tensa, como si se tratara de un lienzo estirado. Las vendas blancas que lo cubrían estaban bañadas de sangre. El color ébano de la piel del padre y del hijo estaba camuflado por una gruesa capa de pigmento corporal, y, bajo las rayas de pintura, se asomaban los ojos del padre, oscuros y húmedos como un canto de río.

Tanto Tancredi como Angelo corrieron hasta alcanzar al hombre, que se desplomó cuando llegaron a su lado. El cuerpo del niño se deslizó al suelo.

—Ayúdame a levantarlo —le ordenó Angelo a Tancredi, y juntos tomaron al niño y lo pusieron sobre la camilla que otros dos hombres habían traído de inmediato—. Necesitamos darle la vuelta.

Pusieron al chico de espaldas y este emitió un quejido ahogado.

Con manos experimentadas, Angelo colocó una mano sobre el omóplato del niño y, con un dedo de la otra, exploró el trazo de la herida de bala. El orificio, del tamaño de una uva, estaba cubierto de sangre y pus.

—Ya está infectada la herida —comentó Angelo, más para sí que para Tancredi. Luego tocó la frente del muchacho. Ardía de fiebre—. Llama al traductor de inmediato y dile al padre que necesitamos operarlo ahora mismo —le ordenó a Tancredi.

Angelo siguió a los camilleros hasta la tienda quirúrgica y al cabo de unos minutos ya estaba listo para operar al niño. Mientras uno de sus asistentes terminaba de esterilizar los instrumentos, Angelo preparaba una aguja con morfina. Tancredi entró en la tienda.

—¿Ya se lo has dicho? —preguntó Angelo sin apartar la vista de la herida del muchacho, la cual parecía una especie de diana rodeada de un círculo oscuro.

—No he podido hacerlo.

Tancredi estaba pálido.

—¿Y eso por qué? —contestó impaciente Angelo, quien estaba a punto de inyectar al paciente un anestésico.

—Porque... —Tancredi se quedó quieto como si tuviera una piedra en la boca—. Porque, *dottore*... Porque está muerto.

Angelo siguió mirando la herida del chico y no respondió a Tancredi.

Una ráfaga de viento entró intempestivamente en la tienda y levantó la bata de Angelo, quien no se movió de su sitio.

Se limitó a tomar su escalpelo y hacer la primera incisión.

El chico sobrevivió a la operación, pero cuando se recuperó, nadie fue a reclamarlo. Para los demás soldados, la imagen del padre moribundo que había sobrevivido apenas lo suficiente para llevar al muchacho herido en brazos hasta su campamento era difícil de olvidar. Ninguno se sentía capaz de abandonar al chico ahora que se había quedado solo.

Gracias a la cocinera, Amara, quien se cercioraba de mantener bien alimentado al muchacho, se enteraron de que se llamaba Nasai. Cuando otros etíopes llegaban al campamento de higos a brevas, los hombres se aseguraban de mostrarles al niño en un intento por ver si podían dar con algún pariente, pero nadie se presentó y jamás encontraron a ninguno de sus familiares, de modo que Nasai se quedó con los italianos.

Agradecido con el médico que le había salvado la vida, Nasai se dedicó por completo a Angelo. Aprendió a asistirlo en la tienda de cirugías. Organizaba sus instrumentos, enrollaba las vendas y ayudaba a limpiar y desinfectar todo después de las operaciones. Siempre dormía fuera de la tienda, aunque Angelo le ofreció un camastro en el interior. Algunas noches, Angelo se despertaba y salía solo para descubrir al chico agazapado como un león protector, con un pequeño cuchillo de madera y pedernal en una mano.

Nasai aprendió a hablar algunas palabras de italiano, a jugar a las cartas con los hombres e, incluso, a beber su café; pero sin importar las veces que los soldados le dijeran que compartiera

su tienda con ellos, insistía en que necesitaba dormir afuera, con el sonido del viento y bajo la luz de las estrellas.

Pasaron los meses y Angelo y Nasai se volvieron cada vez más como padre e hijo. Angelo le enseñó a leer, a comer con tenedor y cuchillo, a cepillarse los dientes con bicarbonato de sodio y a entonar canciones italianas.

Angelo se imaginaba a su propio hijo de vuelta en casa, creciendo cada vez más en el vientre de Dalia. Siguió escribiéndole cartas y trató de imaginar lo bella que debía de estar, como fruta madura y llena de vida.

Ella le respondía con cartas escritas en papel perfumado y, en ocasiones, insertaba azahares de limón en los sobres para que, aunque fuera por medio de su fragancia, pudiera viajar para estar con él.

Por las noches, Angelo cerraba los ojos e imaginaba que su tiempo en África era ya una memoria distante, mientras que en su mundo real se ocupaba de Dalia y de sus muchos hijos que retozaban en la terraza de Portofino. Las cirugías en la polvosa tienda en medio del desierto se veían reemplazadas por las visitas a los familiares que conocía de toda la vida y, por las noches, dormía profundamente con su *limonina* acurrucada a su lado.

Dalia había tratado de no pensar mucho acerca del día del parto, pero a medida que se acercaba la fecha, su cuerpo pareció verse poseído por un deseo de preparar el cuarto del bebé. De un momento a otro, nada le pareció lo bastante limpio y todos los paños de lino que habrían de servir de pañales tuvieron que doblarse de nuevo. Y lo mismo sucedió con las ligeras batas que su madre y las cuñadas habían bordado a lo largo de los últimos meses.

Mientras caminaba a casa de su suegra, que quedaba cerca de donde ella y Angelo vivían, la invadió un terrible dolor. Sintió que la totalidad de su torso se veía afectado por una fuerte contracción. Aunque estaba doblada de dolor, logró llegar hasta la puerta de su suegra. La madre de Angelo la hizo entrar de inmediato.

—Estás de parto —afirmó—. Necesitamos que venga la partera. —Colocó una mano sobre el hombro de Dalia—. No te preocupes, la primera vez da mucho miedo, lo sé bien... —Cubrió a Dalia, que estaba temblando, con un chal—. La primera también es la más difícil, pero a la siguiente ni siquiera lo notarás.

Ayudó a Dalia a sentarse y se esforzó por tranquilizarla.

—Me sabe muy mal tener que dejarte, aunque solo sea por un momento, pero es preciso que una de las muchachas vaya a por la partera. La casa de Vanna es la más cercana. Voy corriendo y regreso en un santiamén.

Con un gimoteo, Dalia le indicó que lo comprendía.

—Pero no te preocupes, el bebé no vendrá enseguida. Podría tardar varias horas...

Dalia emitió otro quejido. El dolor era una agonía. Momentos después de que se marchara la

madre de Angelo, sintió otro dolor intensísimo que hizo que se rodeara el vientre con los brazos y rogara que este cesara.

Justo cuando empezaba a preguntarse cómo podía ser que todas las mujeres antes que ella hubiesen soportado tal padecimiento, la contracción se detuvo. Pero el momento de alivio fue breve y sintió la familiar sensación del bebé que nadaba en su interior. El pequeño puño del bebé abultó levemente un extremo de su abdomen. De pronto, sintió otra contracción, pero esta vez, al mirar hacia abajo, vio que brotaba un líquido color vino de su interior.

Cuando regresó, la madre de Angelo encontró a Dalia en el suelo, tan blanca como una gaviota.

En un vano intento por detener lo que pensó que era un sangrado, la mujer tomó todas las toallas que pudo encontrar y sostuvo a Dalia entre sus brazos para mantenerla abrigada.

Al poco tiempo, llegó Vanna, la hermana que se llevaba menos años con Angelo, con la partera. De inmediato, las dos supieron que algo iba terriblemente mal. La partera, una arrugada y encanecida mujer que había ayudado al parto de cientos de bebés, vio el charco de líquido carmesí debajo de Dalia y sintió que el corazón se le hundía.

Vanna emitió un grito ahogado al ver a su cuñada tirada, blanca y pálida, sobre el regazo de su madre.

—¡Dios mío! —exclamó.

Marina se giró hacia Vanna y entró en acción.

—Esto no es nada bueno. Vanna, empieza a hervir agua y consígueme sábanas limpias. Tenemos que tratar de hacer que el bebé nazca de inmediato.

Con el agua sobre la estufa, las mujeres colocaron un largo lienzo de tela sobre la mesa del comedor y subieron a la semiconsciente Dalia encima, como era la costumbre para no estropear la cama.

—Marina me ha ayudado a dar a luz a mis tres bebés. Estás en buenas manos —susurró Vanna al oído de Dalia en un intento por calmarla.

Pero sabía que cuando a ella se le había roto la fuente, el agua había salido turbia, como agua de mar, pero para nada roja, como sangre diluida. Corrió al baño, encontró una toalla de mano, la mojó y regresó al comedor para ponerla sobre la frente de Dalia.

Dalia parecía un venadillo asustado.

—Por favor, por favor, dime que el bebé estará bien. —Su voz sonaba desesperada.

Marina le colocó sobre el abdomen sus dos manos bronceadas y arrugadas, y se quedó en silencio. Miró a la muchacha y vio su palidez y sus dientes apretados por el dolor. Hizo lo que pensó podría darle consuelo a la chica sin hacerle una falsa promesa; tomó la mano de la muchacha y la apretó entre las suyas.

La sangre seguía manando de entre las piernas de Dalia y Vanna se esforzó por proporcionarle más toallas limpias. Habían aparecido sus otras dos hermanas, cada una con todas las toallas que tenían en casa. Ahora, su madre clamaba al cielo y oraba a Dios, a Jesús y a la *Madonna*; a

quienquiera que escuchara sus ruegos. Llevaba su rosario entrelazado entre los dedos y sus nudillos estaban blancos por la fuerza con la que apretaba las cuentas. De los labios de Dalia brotaba un vago murmullo porque estaba demasiado debilitada como para gritar. La única palabra que podía pronunciar era el nombre de Angelo.

—¿Cuándo vendrá el bebé? —le preguntó suplicante la madre de Angelo a Marina.

—Eso está en manos de Dios. Ahora, lo único que podemos hacer es esperar.

Dalia se desvaneció en el momento en que sacaron al bebé, pálido y sin vida, de entre sus piernas. Marina trabajó con rapidez y cortó el cordón umbilical para después entregarle el mortinato a Vanna y que lo limpiara y envolviera a fin de prepararlo para su velorio y entierro.

Una vez que Dalia expulsó la placenta, empezó a sangrar de manera incontrolable, y Marina se esmeró por encontrar cualquier rotura que pudiera ser el origen de la hemorragia, en la esperanza de poder suturarla, pero no hubo nada que pudiera reparar.

Sus pequeñas y hábiles manos encontraron el útero y descubrió lo que más temía: se encontraba laxo y esponjoso. Con desesperación, trató de masajearlo, pero se negó a contraerse y Dalia empezó a adquirir una tonalidad azulada bajo la impotente mirada de Marina.

Después de veinte minutos, la muchacha estaba tan fría al tacto que Marina supo que lo único que quedaba por hacer era detenerse.

—Ya está con su bebé —dijo, su cabeza inclinada y su corazón apesadumbrado.

Marina había ayudado en el parto de Angelo y quería darle la bienvenida al mundo a su pequeño hijo, pero ahora habría dos funerales a los que asistir.

La madre de Angelo empezó a aullar y a golpearse el pecho con los puños. Vanna, por puro instinto materno, no dejaba de mecer al bebé sin vida entre sus brazos. Con los gritos de su madre como fondo, Vanna se encontró emitiendo ruidos de consuelo mientras se acercaba al bebé, perfecto y como hecho de porcelana, hasta el rostro. Aun cuando sabía que su sobrino estaba frío y blanco como la nieve, sintió que mecerlo entre sus brazos y canturrearle suavemente garantizaría que el reposo del bebé fuese más pacífico.

Nadie podía creer lo que Dalia había ocultado en su habitación durante todos esos meses. Cuando empezaron a preparar el entierro de la madre y del hijo, fue Vanna quien primero descubrió el cuarto con todas las cartas de Angelo pegadas en el interior.

—*Mamma!* —gritó mientras corría de vuelta a la habitación donde su madre y sus demás hermanas se encontraban preparando el cuerpo de Dalia.

Su madre estaba inclinada sobre las extremidades de la muchacha, lavándolas con un paño suave.

—¿Qué pasa, Vanna?

La envejecida mujer no había dejado de llorar desde la tragedia. Su nieto, amortajado y pálido, parecía un fantasma congelado. Estaba en una canasta de mimbre colocada sobre una mesa. Ya había largas velas prendidas junto a él.

—¡Debes venir! ¡De inmediato! ¡Ven al cuarto de Dalia!

La madre de Angelo estaba perdida en una densa niebla de pesar y no podía entender por qué su hija más joven estaba siendo así de irrespetuosa.

—¡Vanna! ¡Basta ya! —regañó a su hija—. Necesitamos asegurarnos de que Dalia esté lista para que la reciba el Creador.

—No, *mamma*... Te ruego que vengas a ver esto. Por favor.

Su madre dejó el paño a un lado y se lavó las manos.

Después, con el corazón apesadumbrado, caminó hasta la casa de Angelo y Dalia.

Justo antes de casarse con Dalia, Angelo había tomado posesión de una casita ubicada a corta distancia del lugar donde había nacido. Había sido de su abuela y estaba apenas a unos pasos de donde vivían sus padres. Tenía recuerdos maravillosos de sus visitas a su abuela. La casa siempre estaba llena del aroma a ajo y tomates frescos. Después de que muriera, la casa había quedado abandonada. Las enredaderas de los rosales que ella había cultivado sobre un enrejado cercano a su patio habían crecido sin ton ni son y las blancas paredes de la sala tenían un avejentado color sepia. Para Angelo, la propiedad había adquirido el aspecto de una vieja postal de algún verano de hacía mucho tiempo.

Pero, anticipándose a la llegada de su nueva esposa, se había pasado alrededor de dos semanas ocupado con cada aspecto de su restauración.

Trajo a Dalia a un sitio en el que pensó que criarían a su propia familia y en el que ella podría encontrar comodidad y belleza. Los cuartos daban al mar, su cama matrimonial estaba preparada con frescas sábanas de lino con un borde azul y se había encargado en persona de pintar las paredes con varias capas de pintura blanca.

Ahora, cuando las mujeres entraron en la casa, se quedaron en silencio. Dalia lo había mantenido todo en perfecto orden. La cocina estaba impecable. La sala tenía un solo sofá y una mesa pequeña con adornos. Había varios montones de libros perfectamente ordenados por toda la casa.

—Ven —dijo Vanna. Le habló a su madre en un susurro y la tomó de la mano.

Las dos mujeres se acercaron a la entrada de la habitación. Vanna empujó la puerta con cuidado y llevó a su madre dentro.

Durante varios segundos, no cruzaron ni una sola palabra entre ellas. De la misma manera en que Vanna lo había hecho unos minutos antes, los ojos de la madre de Angelo se abrieron como

platos, tanto a causa de la sorpresa como por la incredulidad. Entre breves espacios de pintura celeste y de relucientes nubes blancas, las paredes y el techo estaban cubiertos con las palabras de su hijo.

La mujer se giró para ver a Vanna, cubriéndose la boca con los arrugados dedos.

—Dios mío... —exclamó—. Cómo lo amaba.

—Y él a ella...

Las dos mujeres se quedaron allí, quietas, observando cada esquina, cada espacio de la habitación, con las bocas a medio cerrar. Ninguna de las dos podía creer que Dalia hubiese llevado a cabo un proyecto de tal magnitud durante los meses de su embarazo, pero allí, frente a sus narices, había creado una habitación que era tanto un pedacito de cielo como un jardín italiano. Un sitio que ahora había quedado congelado en el tiempo, las cartas pegadas a las paredes como si fueran flores secas. El yeso mismo de las paredes reforzado por las palabras provenientes de un corazón que latía a miles de kilómetros de distancia.

Dispusieron el cuerpo de Dalia con su vestido de novia y con una corona de azahares de limón en su abundante cabello negro. Habían colocado pesos sobre sus párpados para que permanecieran cerrados, lo que daba la apariencia de que estaba dormida. Junto a ella reposaba su bebé envuelto. Su tez blanca había empezado a mancharse, de modo que, incluso muerto, parecía una escultura; pero ahora, en lugar de parecer de porcelana blanca, el niño parecía como esculpido en mármol con vetas azuladas.

El llanto de la casa duró varios días. Se envió un telegrama expreso a Etiopía informándole a Angelo de las trágicas noticias. Sin embargo, él no lo recibió hasta dos semanas después. Una semana antes, en un viaje de emergencia a otro campamento situado a varios kilómetros del suyo, su todoterreno había caído en una emboscada. El conductor, al que habían matado de un tiro, perdió el control del vehículo, que, al volcar, atrapó la pierna de Angelo bajo su chasis. Ahora, días después, se recuperaba de una cirugía y se encontraba en una bruma de morfina; tenía la pierna vendada y le habían amputado uno de los dedos del pie.

El oficial superior de Angelo decidió esperar a darle el telegrama hasta que se hubiera recuperado del trauma debido al accidente por temor a que las noticias pudieran afectar a su rehabilitación.

Después de dejar que pasaran algunos días, el coronel al fin fue hasta la tienda de Angelo. Lo encontró sentado con el pie elevado y un libro entre sus manos.

—¿Leyendo, como siempre? —le preguntó el coronel. Angelo dejó su libro a un lado y miró a su superior.

—Sí, pero me cuesta trabajo concentrarme en las palabras. Todavía me siento algo

confundido. —Se señaló al pie—. Y todavía me cuesta trabajo moverme. Supongo que terminaré arrastrándolo tras de mí incluso cuando deje de usar las muletas.

—Estoy seguro de que te las arreglarás en poco tiempo. Te necesitamos con urgencia en la tienda médica...

Angelo sonrió.

El coronel dudó un instante y Angelo, al intuir que algo sucedía, también se quedó en silencio.

—Te llegó un telegrama de casa —dijo, tomándolo del bolsillo de su camisa. El papel amarillento se sacudió levemente cuando se lo entregó a Angelo, quien trató de obtener más información del rostro de su superior, pero el coronel desvió la mirada.

»Te dejaré a solas para que puedas leerlo..., pero quiero que sepas que estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos a fin de que regreses a casa lo antes posible.

El coronel abandonó la tienda en silencio y Angelo se apresuró a abrir el telegrama.

Regresa a casa de inmediato. Terrible tragedia. Esposa y bebé fallecidos en el parto.

El cuerpo de Angelo comenzó a temblar. Trató de levantarse para alcanzar sus muletas, pero cayó al suelo de tierra de la tienda, su cuerpo demasiado debilitado como para llegar hasta ellas. Los hombres del campamento oyeron sus aullidos y todos se quedaron helados al percibir el dolor en los gritos de su camarada. Nasai llegó junto a él el primero para levantarlo y sostenerlo. Fue el chico quien le llevó las muletas para que, al fin, pudiera levantarse.

Con dificultades, Angelo salió de su tienda, las dunas de Etiopía extendiéndose hasta el horizonte, y lloró abiertamente, sin vergüenza alguna.

Desde el momento en que recibió el telegrama, Angelo sintió que le habían arrancado el corazón del cuerpo. Sus movimientos carecían de razones y de emoción, pero un instinto primitivo hacía que su cuerpo se empeñara en llevar a cabo la acción necesaria: regresar a casa.

—Tres semanas y podrás volver —le aseguró el jefe del campamento—. Sentimos tu pérdida, pero necesitamos conseguir un sustituto antes de que te puedas ir.

—Pero es que no pueden esperar ese tiempo antes de enterrar a... —Su voz se quebró—. Señor..., se lo ruego.

—Lo siento, Angelo. Lo que sucedió es más que terrible, pero tengo mis órdenes y no hay nada que pueda hacer.

Cuando al fin llegó su reemplazo, fue Nasai quien ayudó a Angelo a preparar sus bolsas y a organizar sus cosas.

Ambos se movían en absoluto silencio: Nasai, el niño huérfano de padre, y Angelo, el médico viudo y huérfano de un hijo.

Angelo todavía no terminaba de comprender el contenido del telegrama; su realidad lo desbordaba. Y, ahora, tendría que dejar atrás a ese muchacho al que consideraba más un familiar

que un amigo.

Había querido decirle a Nasai que deseaba que se fuera con él de vuelta a casa, pero ¿cómo saber si los aldeanos tratarían mal a ese chico de las planicies del desierto solo por el color de su piel?

De todos modos, hundido en su pesar, Angelo miró a Nasai directamente a los ojos para hablar con él.

—Siento mucho tener que dejarte aquí.

Sabía que esa sería la última vez que vería a Nasai; para propósitos prácticos, la herida de su pie lo había dejado lisiado y era casi seguro que permanecería en Italia una vez que regresara.

—Te necesitan en casa —contestó el chico con una sonrisa—. Y salvarás a otros de la misma manera en que me salvaste a mí.

Angelo se esforzó por contener el llanto.

—Volveré a verte pronto —le respondió al niño—. Ahora eres el único hijo que me queda.

Pero Nasai se limitó a sonreírle, sus ojos brillantes de llanto.

—Tú estás aquí —dijo, poniéndose una mano en el corazón—. Y, por las noches, miraré al cielo y sabré que los dos estamos contemplando las mismas estrellas.

Angelo abrazó al muchacho.

—Te he dejado todos mis libros —le indicó—. Los encontrarás cerca de mi camastro. —Se esforzó por no perder la compostura—. Y le he dado dinero adicional a Amara para asegurarme de que siempre tengas suficiente para comer. Ni siquiera ha querido aceptarlo. Me ha prometido que siempre cuidará de ti y que, si así lo deseas, puedes irte a vivir con ella y su familia.

Nasai volvió a sonreír.

—Gracias, *dottore*. Ya me has dado muchísimo. No quiero que te preocupes más.

Se quedó parado frente a Angelo un segundo más, contemplando a ese hombre que le había salvado la vida.

—Te he hecho algo para que me recuerdes... —Nasai abrió la palma de la mano y reveló una pequeña escultura de un león—. Es para que te proteja ahora que no estoy yo.

Angelo tomó el pequeño trozo de madera cuidadosamente labrado, aceitado y pulido por las manos de ese muchacho.

—Gracias, Nasai.

Volvió a abrazarlo una última vez.

—*Dottore!* ¡Debemos marcharnos! —le gritó su conductor.

Angelo asintió. Se dirigió al vehículo, arrojó sus muletas a la parte de atrás, se acomodó en el asiento y echó un último vistazo al campamento, donde todos los hombres se habían reunido para despedirlo.

Y, mientras el todoterreno de Angelo se alejaba por el camino, lo último que vio fue a Nasai, corriendo tan rápido como podía solo para estar con él un instante más.

PORTOFINO, ITALIA

SEPTIEMBRE DE 1936

Angelo tardó diez días más en poder regresar a casa. Su pie seguía vendado y caminaba con muletas.

Fue su padre quien lo recibió en el puerto. El hombre había envejecido de manera terrible; su rostro parecía esculpido en madera rescatada del mar y sus ojos daban la impresión de estar llenos de nubes.

Su padre lo abrazó sin decir palabra. Después, dio un paso atrás para contemplar a su hijo, quien parecía por completo devastado por la tragedia. Angelo tenía un aspecto demacrado, iba sin afeitar y andaba encorvado sobre las muletas con el pie envuelto por una infinidad de vendajes de lino.

—Hijo mío —dijo el viejo al fin, con sus labios arrugados y secos—. Lo siento tantísimo...

La familia se había preguntado si debían preparar a Angelo para lo que vería en su habitación, que ahora llamaban «el santuario», pero no había una manera correcta de hacerlo. Tendría que descubrirlo por sí mismo.

Primero, salieron a su encuentro su madre, sus hermanas y, después, sus hermanos, cada uno de ellos abrazándolo y susurrándole palabras de consuelo.

«Se va a curar» y «Sí, podré volver a caminar» se volvieron las respuestas de rigor ante la andanada de preguntas relacionadas con su pie, las cuales manejó sin emotividad alguna, con un corazón demasiado lastimado como para que algo le importara. Después de una larga comida, todos los demás se marcharon, como les indicó su madre. Ella se quedó a solas con él.

—Creo que necesito acostarme, mamá. Estoy agotado.

—Lo sé, Angelo —le respondió con dulzura. Tomó sus manos arrugadas, las colocó a cada lado de su rostro y lo besó como si hubiera vuelto a ser su pequeño y dulce hijo—. Siento mucho que esto haya pasado.

—Lo sé, mamá, lo sé.

—Hicimos todo lo que pudimos para salvarla a ella y al bebé. Todo. Marina dijo que era algo inesperado..., una «vasa previa», pero no sé qué significa eso.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas y miró al techo para tratar de contenerlas.

Angelo negó con la cabeza.

—No hablemos de esto, mamá. No puedo aguantarlo.

Ella asintió.

—Me quedaré sentada en el patio mientras duermes.

Angelo le dijo que sería mejor que se fuera a casa.

—No, prefiero esperar aquí —afirmó—. Por si me necesitas.

Angelo la miró alejarse hasta el patio y, después, se dirigió a la habitación en la que él y Dalia alguna vez yacieron.

No había nada que hubiera podido preparar a Angelo para ver la habitación que Dalia había creado con tanto cuidado y amor.

Desde el instante en que cruzó por la puerta, su mente se convirtió en un torbellino de imágenes que casi no podía comprender. No solo fue ver todas sus cartas pegadas a lo largo y ancho de la habitación, sino también darse cuenta de que había hecho eso para poder estar rodeada de sus palabras.

Se quedó pasmado unos momentos más, su cuerpo casi doblado sobre las muletas. Estiró el cuello para contemplar el techo. Dio vueltas para ver todas las cartas que le había enviado y escrito de su propio puño y letra. Vio las formas que ella había creado con sus tijeras, la cuidadosa manera en que había utilizado sus manos pequeñas y ágiles a fin de construir lo que parecía ser un rompecabezas complejo y continuo; los parches de pintura azul y blanca que brillaban en algunos puntos, como si le hubiera añadido su propio toque de magia personal al pigmento. Fue como si antes de morir, Dalia hubiera creado su propia versión de lo que era el paraíso.

La madre de Angelo había permanecido en el patio, esperando a que gritara su nombre. Pero lo que gritó no fue «¡Mamá!», sino el nombre de la esposa perdida, una y otra vez, como si fuera un ruego, una súplica, un desesperado deseo de que regresara.

Angelo arrojó sus muletas al suelo y cayó sobre la cama.

—¡Dalia, Dalia, Dalia! —repitió entre sollozos.

Su madre tuvo que taparse los oídos para bloquear su propio dolor, que era tan intenso e insoportable que parecía atravesar el aire como un rayo.

VERONA, ITALIA

JULIO DE 1943

El 25 de julio, los periódicos y todas las estaciones de radio informan del arresto de Mussolini en Roma. Aun así, todos en el norte saben que, aunque Mussolini ya no esté al mando, sigue existiendo la amenaza de que Hitler aproveche la oportunidad para invadir Italia y restablezca a su viejo aliado en el poder. Y, sin embargo, aun con todo y con la incertidumbre política, la vida dentro del Liceo Musicale sigue inalterada.

Lena le informa a Elodie de que está pensando en abandonar el programa de estudios musicales.

—¿Cómo puedo tocar cuando los tanques podrían invadir nuestras calles en cualquier instante?

Elodie niega con la cabeza.

—Nadie ha dicho que no puedas seguir siendo antifascista y música al mismo tiempo.

Lena se queda mirando a Elodie.

—Le dije a Zampieri que vendería mi viola para pagar los documentos falsos de los Moretti. Me prometió que los tendría en unas cuantas semanas. ¿Qué importa un trozo de madera con cuerdas si puedo salvar tres vidas? Lo vendería en un instante si pudiera sacarlos de aquí.

—¿Y de veras crees que corren riesgo aquí? Hasta ahora no han arrestado a nadie. Esto es Italia. No estamos en Alemania y mucho menos en Polonia.

—Escucha lo que te estoy diciendo: en cuanto los alemanes entren en Italia, los Moretti y todos los demás judíos de aquí estarán en un camión rumbo a Polonia.

—¿Y qué va a ser de Brigitte? Los Lowenthal también son judíos.

Lena sacudió la cabeza.

—Sin duda, Berto sabe que está en riesgo, pero no creo que ella quiera dejarlo. Además, sus padres confían en él. Su padre los apoya. Después de todo, Berto es antifascista y está en contra de los nazis. A ellos no les importa que no sea judío.

Elodie asiente.

—Eso podría ser una ventaja en estos momentos —indica.

—Así es —coincide Lena.

Elodie no sabe casi nada acerca de Brigitte. La mujer le parece esquivia como un gato

nocturno; sus movimientos son casi escurridizos y sus oscuros ojos, penetrantes y suspicaces.

—Rara vez habla con alguien que no sea Berto —dice.

—Es cierto —asiente Elodie—. Jamás la he visto hablar con Luca.

—Ah..., Luca —bromea Lena. Advierte que Elodie se sonroja de inmediato ante la mera mención de su nombre—. Hay una reunión en la librería mañana. ¿Vas a ir?

Han pasado algunos días desde que Elodie ha visto a Luca y agradece cualquier excusa para estar cerca de él.

—Cuenta conmigo —le dice a su amiga, pero cuando regresa a casa encuentra algo mucho peor de lo que jamás se hubiera podido imaginar.

Al subir por la escalera hasta el piso de la familia, Elodie descubre que la puerta está entreabierta. Se oyen dos voces con claridad: la voz desesperada y lacrimosa de su madre y los cuidadosos y compasivos tonos de la voz del doctor Tommasi.

No oye la voz de su padre, algo que la llena de temor.

—Mamá... —Empuja la puerta y entra en la sala. Deja su chelo junto al escritorio.

En el pasillo, ve la espalda de su madre, los omóplatos visibles debajo de la seda de su vestido. Tiene el rostro cubierto con las manos y su cabeza se mueve de lado a lado, como si no creyera lo que el médico le está diciendo.

—Mamá... —Elodie se acerca a los dos lentamente, como si supiera que está a punto de adentrarse en un sitio en el que no hay alegría.

No es su madre quien se gira a verla, sino el doctor Tommasi. El suyo es un rostro que conoce desde que era niña. Su cabello encanecido, su elaborado bigote. Todo en él es familiar y agradable.

—Elodie, hija mía. —Extiende su brazo para tocar su hombro con delicadeza, el primer movimiento de un baile teñido de pesar.

—Es tu padre... Lo... —Se detiene un instante—. Lo siento mucho.

Escucha los lamentos de su madre, las notas de angustia que cuelgan en el aire. A pesar de la precisión de las palabras del médico, no puede terminar de creer lo que oye.

—Una embolia —continúa este—. De veras que lo siento... Ha sido mientras dormía. No pudo durar más de un segundo y estoy seguro de que no ha sufrido. No sintió dolor alguno... — Toda la información parece entregarse en una especie de *staccato*.

Elodie siente que el suelo bajo ella desaparece. Se le forma un nudo en la garganta y apenas puede respirar.

Su madre se da la vuelta y la abraza de manera brusca, empapándole la camisa con sus lágrimas.

Por primera vez en su vida, Elodie no oye música dentro de su cabeza. El espacio de su corazón y de su mente, que solía estar ocupado por melodías y canciones, ahora lo llena el peso del dolor.

Y no es el tipo de dolor que acostumbra a canalizar hacia su chelo, sino una tristeza que la atraviesa y se lleva cada nota con ella. Elodie y su madre reciben a quienes acuden al apartamento para darles el pésame. Cada uno de los alumnos y profesores que conocieron a su padre de sus días de escuela llegan para besar la mano de Orsina y decirle lo mucho que sienten su pérdida.

Elodie se queda sentada en la sala, las manos cruzadas y los ojos fijos al frente. Ve que su madre permanece de pie como un fantasma, el vestido negro como colgado en un armazón de huesos. Les da la mano a personas cuyos nombres no puede recordar e inexpresivamente murmura palabras de agradecimiento.

El día del funeral de su padre, cuando los atesorados alumnos de violín de Pietro acompañan sus exequias con las partitas para violín solo de Bach, la realidad de su partida golpea a Elodie y a Orsina. Sienten a Pietro en cada nota. Ven su sonrisa y sus ojos, que se cierran mientras la música se eleva hasta el techo abovedado de la iglesia. Elodie percibe su mano, que se mueve junto con los arcos de sus alumnos y que le da vida a su interpretación. Al escuchar la música que flota por la iglesia y que colma el aire con belleza y emoción, las dos mujeres quedan azoradas ante la devoción y el talento de sus alumnos, pero su pena es abrumadora y no pueden acallar sus sollozos.

Una semana después del funeral de su padre, Elodie vuelve a la escuela con enorme reticencia. No ha visto a Lena desde la ceremonia y, de inmediato, percibe que su amiga no sabe cómo comportarse frente a ella.

—No sabes cuánto lo siento —le dice Lena después de abrazarla—. Tu padre era un hombre de lo más amable. Todos los que tuvieron la fortuna de estudiar con él lo adoraban.

—Gracias, Lena. —Le es difícil hablar. Elodie se aferra al estuche de su chelo para poder controlar su llanto.

—Y, por cierto, tengo un mensaje de parte de Luca. —Lena se detiene un momento, como si quisiera sopesar si es apropiado que mencione su nombre en medio del dolor de Elodie—. Él quería ir a tu casa para presentar sus respetos, pero le preocupó que pensaras que era una invasión de tu privacidad... Me pidió que te comunicara sus condolencias.

Elodie siente alivio al escuchar el mensaje de Luca. Se había estado preguntando si se habría enterado de la muerte de su padre, y el hecho de que estuviera pensando en ella la conmueve.

—Me alivia que él y los demás lo sepan... No querría que creyeran que los he dejado de lado. Es solo que me ha resultado muy difícil dejar a mi madre y salir de casa hasta este momento. Todavía estamos impactadas.

—Sabemos que tienes que tomarte tu tiempo..., pero los alemanes están de camino. Se dice que estarán aquí hacia finales de verano. Solo me alegro de que Zampieri cumpliera su palabra y haya conseguido los documentos falsos para los Moretti. Se van cualquier día de estos. Incluso ha encontrado a un contrabandista que los puede acompañar por las montañas, hasta Suiza.

—Es excelente oír una buena noticia en medio de todo esto —comenta Elodie en voz baja.

—Así es —replica Lena con un suspiro—, y casi seguro que va a ser la única buena noticia de la que nos enteraremos por un tiempo. Las cosas van a empeorar todavía más cuando los Aliados empiecen los bombardeos...

—Bombardeos... —Elodie siente que las palabras se le atragantan en la garganta—. ¿Que no saben que odiamos a Mussolini tanto como ellos?

—No creo que a las personas que estén al cargo les importe lo que pensemos. Mientras tanto, lo único que podemos hacer es organizarnos y estar listos.

—Ni siquiera puedo imaginar que las cosas empeoren más de lo que ya lo han hecho —suspiró—. Ya nada me parece real, Lena. Es como si me encontrara en una horripilante pesadilla de la que no pudiera despertar. —Se muerde el labio—. No puedo hacer nada sin pensar en las consecuencias que eso tendría para mi madre... Me siento atrapada.

Lena asiente.

—Todos vivimos encerrados en jaulas, Elodie. La única manera de sobrevivir es encontrar la forma de abrirte camino a través de las rejas. Eres una chica resiliente. —Toma la mano de Elodie y le da un apretón—. ¿Sigues inscrita para el concierto de septiembre?

—Sí. Es el 3 de septiembre. Tenemos suerte. Nos darán la oportunidad de tocar en el Teatro Bibiena en Mantua...

—El Bibiena... —Le sonríe a Elodie—. Serás la estrella de la noche.

—Necesito practicar mucho más —responde ella en voz baja.

—Luca parecía interesado en saber si todavía irías al concierto...

—Sí, seguro que voy..., pero de veras que tengo que volver a ensayar. El hecho de que el profesor Agnelli no me haya dejado al margen es un pequeño milagro. Debe de sentirse en deuda con mi padre.

—Todo el mundo está impactado por lo de tu padre. Tu ausencia es más que comprensible.

—Sí —vuelve a responder—. Pero debería seguir ensayando.

—Le diré a Luca que hemos hablado.

—Y dile que iré a una reunión en cuanto pueda.

El concierto que se avecina obliga a Elodie a redirigir su dolor y a canalizarlo en su interpretación. Con solo abrir el estuche y quitar el paño de seda, recuerda a su padre. Toca la madera, inclina el instrumento y le pone brea al arco. Todos estos sencillos rituales, que ha llevado a cabo casi a diario durante años, están embebidos de los recuerdos de su padre. Cierra los ojos y empieza a tocar.

Lo encuentra oculto dentro de las notas de la zarabanda de la *Suite número 6* para violonchelo solo de Bach. Allí, su pesar, ahogado como un sollozo enterrado en su pecho, vuelve a liberarse.

El chelo le da la bienvenida a su dolor. La pena que ya cargaba de su último dueño se acopla a la suya.

Cierra los ojos, toca y ve a su padre. Lo siente en su corazón y en su instrumento.

«Tú eres como yo», le había dicho él mientras le tomaba la mano. Elodie recuerda la sensación de los dedos de él alrededor de los suyos, la forma en que trazó la extensión de su mano y la forma en que le envolvió la palma. El dolor de su ausencia se suaviza. Él le dio el don de la música, y, mientras Elodie toca el chelo, siente que ese don y su conexión con él son eternos.

Queda una semana para el concierto de septiembre en el Teatro Bibiena.

Elodie se reúne con Luca en la librería y él le informa de que Lobo irá a escucharla tocar.

—Dice que es demasiado peligroso que acudas a su piso a tocar. Teme que los vecinos lo estén vigilando. Quiere que interpretes en algún sitio público, donde nadie pueda darse cuenta.

Elodie mira a Luca, confusa.

—Le prometimos que le entregaríamos un mensaje —continúa él—. Acabamos de recibir información nueva y necesitamos comunicársela lo antes posible. Debes enviarla en tu solo.

—Eso es imposible —le responde Elodie—. Ya está establecido que tocaré la cadencia de Grutzmacher en el concierto de chelo de Boccherini. Jamás me permitirán que toque una cadencia que haya compuesto yo misma. Es mi profesor quien decide lo que debo tocar.

—No te lo pediría a menos que fuera esencial, Elodie.

—Necesito sopesar cuáles serían las consecuencias de esto. Una cosa es tocar un código atonal en la privacidad de la casa de Lobo, pero otra cosa muy diferente es hacerlo en un teatro frente a un público.

—Te prometo que no tendrás que tocar más que tres acordes que no están contemplados. La información se transmitirá con velocidad, de modo que no lo sabrá nadie más que tú y Lobo.

—¿Y por qué no podemos reunirnos en el Instituto Musicale de Mantua? ¿No sería posible que lo arreglara Lobo con los muchos amigos que tiene?

Luca la mira y niega con la cabeza.

—Me gustaría poderte decir la razón. Yo mismo desconozco todos los detalles. Te estoy diciendo lo que se me ha dicho. Lobo es uno de nuestros comandantes más importantes. Sabe cosas que yo mismo no sé. Tenemos que hacer lo que nos diga, Elodie.

Elodie no puede dormir. El silencio del apartamento es insoportable. Se encuentra a solas en el salón por la noche. Se sienta allí, con su arco sobre el regazo y su instrumento entre las rodillas. Ve sombras en el suelo; un público invisible e impaciente que yace frente a ella, pero no se le ocurre nada que pueda tocar. Recuerda haber oído a su padre tocar a solas de noche y se pregunta qué angustias lo apesadumbraban cuando se hundía en su música, como un espectro.

Se va a la cama pensando él. Lo ve sentado frente a la mesa de la cocina, vestido con su bata,

su cuerpo debilitado pero sus ojos mirándola con fijeza. Ve que, en silencio, pronuncia la palabra *valor*.

Y, cuando logra conciliar el sueño, siente que la fuerza de su padre fluye dentro de ella. Su voz le susurra al oído, como lo hizo cuando empezó sus estudios musicales, y le dice que escarbe en su interior y encuentre su fuego.

La tarde siguiente, Elodie se dirige a la librería.

Lleva puesto un suéter rojo y pantalones negros. Su cabello está recogido y los ángulos de su rostro parecen como tallados con un cristal.

—Luca —dice. Él está detenido delante de uno de los estantes. Ella se planta junto a él incluso antes de que haya tenido la oportunidad de reaccionar a su voz—. Lo haré —continúa, y lo mira fijamente.

Los ojos de Elodie reflejan convicción, y su mente está colmada de todas las notas que estuvieron evitándola la noche anterior. Pero no tienen la añoranza del tañido suave de las cuerdas, sino que son como el brioso llamamiento del clarín.

—Me alegra que hayas cambiado de parecer.

Es como si una capa exterior de la piel de la chica se hubiese descamado y ahora está frente a él, reluciente como una llama.

—Podemos discutir el código pasado mañana —susurra Luca—, pero mañana debo marcharme al Monte Comune.

—¿Vas a las montañas?

—No a quedarme; solo será un día. Necesito llevarles algunas cosas a mi hermano y sus hombres.

—Quiero ir contigo —responde Elodie.

—Tus habilidades deberían reservarse para el chelo. No quisiera desperdiciarlas en un viaje a las montañas.

—El aire fresco me sentará bien. ¡Soy la única *staffetta* que no ha usado su bicicleta!

Luca ríe.

—Una muchacha tan compleja en un envoltorio tan compacto. Pero ¿es que no tienes que ir a clase?

—Solo por la mañana. Puedo verme contigo justo después.

—Está bien... Si estás decidida a ir, hay algo más que puedes hacer para ayudarme. Necesito que recojas un paquete que llevaremos a las montañas con nosotros. Ve al estudio de Zampieri en la via San Gusto a primera hora del día, antes de que vayas a clase. Te dará un paquete e instrucciones de dónde verte conmigo más tarde.

—Está bien —contesta.

La luz de la trastienda se ha transformado. La manera en que entra por las pequeñas y

estrechas ventanas le recuerda a Elodie el dicho francés que su madre le enseñó hace años. *Entre chien et loup*, que significa ‘entre perro y lobo’, el fugaz mundo del ocaso. Cuando la luz se deja vencer por la oscuridad o cuando la inocencia se diluye en el peligro. Cuando uno se encuentra en el umbral entre la calma y la llamada de lo indómito.

A la mañana siguiente, Elodie llega al estudio de arte de Berto Zampieri y Brigitte le abre la puerta.

No saluda a Elodie por su nombre, sino que le muestra una leve sonrisa y la hace pasar a la gran habitación, donde hay varias estatuas expuestas. En la esquina se encuentra una representación abstracta de una mujer reclinada. Elodie observa la cadera bien definida y la oquedad de la pelvis y, de inmediato, percibe que se trata de Brigitte.

Está sola entre el aroma de arcilla húmeda y polvo de yeso cuando Berto sale a saludarla.

—Esto es para ti —le dice. Observa la mano que sostiene la bolsa de lona. Ambas manos están limpias y no tienen ni rastro de arcilla.

—No, no estoy esculpiendo nada —indica con una sonrisa—. No hay tiempo para eso ahora... Tengo asuntos más importantes que atender.

Elodie sonríe, avergonzada de que le haya leído la mente con tanta facilidad.

—Luca se verá contigo en la intersección donde se unen los dos caminos en la falda del Monte Comune. De allí iréis a pie por los caminos hasta el campamento. Lleva este paquete contigo.

Elodie toma la bolsa de las manos de Berto.

—Entiendo.

—Excelente. No pienses que tus labores han pasado inadvertidas, Elodie... —Le da un apretón a uno de sus brazos—. Y Luca me ha contado la muerte de tu padre... No sabes cuánto lo siento.

Ella se tensa un poco ante la mención de su padre. El dolor todavía está a flor de piel.

—Sí, gracias. Esta es una manera de canalizar mi energía.

Berto asiente.

Elodie toma la bolsa y mira el contenido. Está llena de tela para coser, pero pesa tanto que sabe que hay algo más de mayor importancia al fondo.

—No te preocupes. No es nada que pueda explotar. —Mira a Brigitte, que está sentada en una esquina—. Si alguien te detiene, solo diles que vas a pasar el día en el campo.

Elodie coloca el paquete en la cesta de la bicicleta y empieza a pedalear. Viaja por los estrechos callejones de Verona, atraviesa la Porta San Giorgio y prosigue hasta que las calles de la ciudad se convierten en caminos rurales y las granjas y los olivares se apoderan del paisaje. Se detiene a medio camino, acalorada y sudorosa por la inusual subida de temperaturas del día, y se quita el suéter. Debajo lleva un fresco vestido de lino. Deja el suéter sobre el paquete que lleva en la

cesta y sigue adelante. Después de cerca de una hora, llega a la intersección en la base de la montaña. Luca ya está esperándola.

Luca no la llama. Se limita a ver cómo baja de la bicicleta y abre con el pie la pata de cabra. Luego, Elodie toma el paquete de su cesta y se dirige hacia él.

Luca hurga en el bolsillo del pantalón, saca un cigarro y lo enciende para después exhalar una bocanada de humo al aire.

Cuando Elodie se acerca, Luca siente como si alguien le sacara el aire. El vestido de lino blanco y los tirantes cruzados revelan los hombros curvados y los delgados brazos de la muchacha. Jamás le ha visto tanto su piel. Todas las veces que ella ha ido a la librería, llevaba puesto el atuendo adecuado para una dedicada estudiante de música: blusas de lo más recatadas y faldas largas que le cubren las rodillas.

Se pregunta cuántas veces puede transformarse frente a sus ojos. La ha visto convertirse en una criatura completamente diferente cuando toca el chelo. Incluso el día anterior, con su suéter rojo, pantalones negros y ojos fogosos que le quemaban los suyos, era una fiera como una leona. Y ahora, mientras camina hacia él con el paquete entre las manos, ya no tiene el aspecto de una leona o de una muchachita inocente; es algo intermedio que tal vez resulte todavía más peligroso. Una joven y bella mujer.

Luca toma el cigarro de su boca y lo arroja al suelo y, cuando ella se acerca para entregarle el paquete, hace lo que le indicaron que jamás debía hacer con una *staffetta* del grupo: la coge entre sus brazos y la besa.

El beso la pilla por sorpresa aunque lo había imaginado —y esperado— casi desde el momento en que lo conoció meses antes. Se había preguntado cuál sería la textura de sus labios, el sabor de su lengua, el sonido de su aliento mezclándose con el suyo, y lo único que quiere es que siga besándola, seguir experimentando la sensación de sus manos sobre sus brazos desnudos. Sentir que sus dedos le acarician la nuca y se le enredan en el cabello.

Coloca una mano sobre el pecho de Luca y el ritmo del corazón es una percusión que coincide con la suya propia.

Después de varios minutos, Luca da un paso atrás para verla de nuevo.

Los tirantes del vestido se le han caído de los hombros.

—Aunque jamás debería haber hecho esto, tenía que hacerlo...

Una vez más, ella lo mira a los ojos.

—No sabes cómo me ha gustado que lo hayas hecho.

—No quiero hacer otra cosa que no sea volver a besarte...

Ella se ríe y le da un beso en los labios.

—Pero tenemos trabajo que hacer.

Los dedos de Luca se pasean por sus senos, sus contornos visibles bajo el delgado lino blanco.

—No quiero trabajar —le susurra al oído.

Los ojos de Elodie se suavizan, dándole a entender lo que no se atreve a decir: que ella desea lo mismo.

Luca vuelve a envolverla entre sus brazos y la levanta un poco, acercándosela de forma que ella tiene que balancearse de puntillas.

—Escondamos mi bicicleta —murmura.

Descubren un sitio atestado de zarzas y flores silvestres y la esconden, cubriéndola con una buena cantidad de maleza. Después, antes de iniciar su caminata por la montaña, aprovechan la oportunidad del camuflaje natural para robarse otro beso más.

Los parajes de la montaña eran agrestes y el sol entraba a raudales entre las ramas mientras Elodie caminaba tras Luca.

—Mi hermano y Jurika están aquí arriba con otros seis hombres —informó Luca. Elodie asintió y recordó a la muchacha vestida con ropa de hombre—. Están armando el campamento, pero todavía necesitan muchos suministros.

Luca llevaba una mochila pesada. Dentro había más provisiones para los hombres.

—Mi hermano se hizo cargo del taller de herrería de mi padre —prosiguió Luca con una risa—. Te sorprenderás cuando lo conozcas.

Ella sonrió y levantó su rostro al sol. A la mitad del ascenso, abrió su bolsa y sacó una pañoleta que se puso en la cabeza y se ató a la altura de la nuca para que el cabello no le cayera sobre el rostro.

—Y al fin tengo la oportunidad de verte en tu papel de *staffetta* —dijo Luca—. Lobo nos dijo que eras única. Quedó de lo más impactado contigo.

—¿Eso dijo? Me dio la impresión de que mi chelo lo dejó mucho más impactado que la manera en que toqué el código.

—Jamás deberías dar nada por sentado, Elodie. Ya deberías saberlo.

Ella asintió.

—Yo di por sentado que jamás ibas a besarme. Qué alivio haberme equivocado.

Luca sonrió y soltó una breve risa. Elodie estaba jadeando por la caminata y se detuvo un momento para recuperar el aliento. Estaba empezando a cansarse.

—Ya no falta mucho —indicó él.

—Solo necesito un minuto. Nunca había estado a esta altitud.

Luca asintió y se acomodó la bolsa sobre los hombros. Elodie quería decirle que no era el aire de la montaña lo que la estaba haciendo sentirse debilitada, sino sus besos.

Pero no añadió nada más y prefirió permanecer en silencio. Los dos se giraron para contemplar el valle que se extendía abajo, los muros de Verona no eran más que puntos lejanos.

En el campamento descubrieron una casa y a varios hombres sin camisa que estaban clavando nuevos tablones a la estructura. Jurika estaba con otros dos hombres, guardando armamento en un arsenal oculto bajo un cobertizo.

Había al menos una docena de mosquetes apilados, así como diversos cartuchos.

—¡Luca! —gritó un hombre, y empezó a caminar hacia ellos. Era mucho más grande que Luca, llevaba puestos unos pantalones verdes y también iba descamisado. A causa del sol, su piel era del color de las castañas.

»Hermano —dijo abrazando a Luca—, gracias por venir. Estamos progresando mucho.

—Sí —respondió Luca mientras contemplaba el campamento—. Puedo verlo.

—¿Y quién es esta dulzura que has traído contigo? Es más que evidente que es demasiado delicada para las montañas.

—Libélula, te presento a Rafaelle.

—¿Libélula? —repitió el hermano de Luca con una enorme sonrisa—. Me gusta... Me gusta mucho.

Parecía un animal completamente distinto a Luca. Podía ver al herrero en su interior, incluso sin un mandil y un hierro candente en la mano.

—Te traemos algunas cosas que dijiste que necesitabas... Ya sabes lo que hay en el paquete... Y debajo de los artículos de costura de Libélula hay varias latas de comida.

La manaza de Rafaelle estrujó el hombro de Luca.

—En invierno vendrás al campamento para estar aquí conmigo, ¿verdad? Nos espera una lucha difícil.

—Haré lo que haga falta. Por el momento, Zampieri y Maffini están planeando nuestra estrategia. Me dijeron que los alemanes ya están en las montañas, enterrando su armamento.

Rafaelle asintió.

—Nosotros oímos lo mismo...

—Trataré de regresar en unos días. ¿Tienes otra lista para mí?

Rafaelle se metió una mano en el bolsillo y le entregó una hoja de papel doblada a su hermano.

—Léela y memorízala, hermano. No la llesves encima.

—Eso se lo dejaré a alguien mejor equipado.

Le entregó el papel a Elodie, quien lo miró brevemente antes de romperlo en pedazos.

—Te diré lo que necesitas conseguir —dijo ella con una sonrisa— en cuanto lleguemos a casa.

VERONA, ITALIA

SEPTIEMBRE DE 1943

Cuando llegan a la ciudad, está a punto de oscurecer. Se detienen justo fuera de la Porta San Giorgio; saben que una vez que atraviesen el arco de entrada a Verona, las actividades del día y los besos que han intercambiado tendrán que convertirse en otra colección más de secretos que mantener ocultos.

Ella se queda parada con las puntas de los pies apoyadas sobre el pavimento y las piernas a cada lado de su bicicleta, los pedales presionándole la piel.

Su mente arde en imágenes; impresiones con fuego y humo propios.

Todavía puede sentir las manos de Luca sobre sus hombros; cada uno de los roces de su piel es un recuerdo que la persigue en su interior.

No quiere llegar a casa, al silencio y a su madre, ahora tan extraña en sus ropajes negros de duelo. No, solo quiere ir a cualquier sitio a solas con Luca. Quiere estar desnuda y sentir sus manos viajar por su piel como un arco tensado que se mueve sobre cuerdas que se estremecen.

Aunque él pueda pensar lo mismo, no dice nada. Se quedan allí, montados en sus bicicletas, los arcos de Verona frente a ellos; el caluroso día se enfría de repente, recordándoles que no es verano en absoluto, sino otoño.

Elodie lo ve buscar un cigarro en su bolsillo, pero ya no le quedan.

—Mejor que no fumes —le dice a ella con una sonrisa.

—Una vez lo probé, pero me pasé el resto del día tosiendo encima de mi chelo. No me sentó nada bien.

Puede verlo mientras la mira a ella y trata de calibrar lo que se están diciendo con palabras y sin ellas. La verdad se encuentra en algún sitio entre sus palabras y sus ojos. Brilla, pálida y radiante, como la luz de la luna sobre el hielo.

Él baja la mirada hacia el manillar de su bicicleta y luego vuelve a levantarla hacia ella.

—Tendremos que vernos mañana para que pueda reunirlo todo para mi hermano...

—Sí —responde—. Puedo ir después de clase.

—Y también podremos discutir lo del concierto.

—Sí —asiente ella.

—Hasta mañana, entonces.

En su voz hay una cierta suavidad, un hilo de miel que corre por sus palabras, y Elodie sonríe.

—Hasta mañana —contesta ella, repitiendo la dulce melodía que hay entre los dos.

Intercambian una última mirada antes de colocar los pies sobre los pedales y cruzar el portal de la ciudad mientras la luz azul y gris envuelve sus figuras por completo.

Esa noche, Elodie no puede dormir. Toca hasta altas horas de la noche. Presiona el pecho contra la madera roja de su chelo e interpreta con una nueva pasión para su música, para la Resistencia que se fortalece y para todo en lo que se ha convertido en los últimos cuatro meses.

Al día siguiente, después de clases, llega a la librería. Luca está ocupado con un cliente que está ojeando un catálogo. Lo ve mirarla un segundo mientras una leve sonrisa se le dibuja en los labios y una señal escapa de sus ojos. Ella siente la calidez de esta silenciosa comunicación.

Elodie se dirige a la parte posterior, donde están las novelas más recientes, y coloca el chelo contra un estante. Pasea la mirada por los lomos de los volúmenes hasta que sus ojos descubren un libro tan pequeño y delgado que casi no se ve.

Lo toma del estante y la portada la deja encantada de inmediato. Hay un niño que está saltando de lo que parece ser la luna, sus manos aferradas a los hilos de una cometa tirada por una bandada de aves. A su alrededor hay estrellas amarillas y, en la lejanía, un planeta rodeado de anillos.

Empieza a ojear las páginas, intrigada por las encantadoras ilustraciones dispersas a lo largo del texto.

Está comenzando a leerlo cuando oye que se acercan las pisadas de Luca. Incluso antes de que pronuncie palabra, Elodie siente que el aliento de él llena el aire que la rodea.

Luca toma el libro de sus manos y sonríe.

—Este es un libro muy especial.

—Puedo imaginarlo —responde.

—*El principito* de Antoine de Saint-Exupéry. Lo acaban de traducir del francés.

—*Il piccolo principe* —dice Elodie con una sonrisa.

—Tómalo —le indica Luca—. Te lo regalo. Creo que te fascinará... Tiene muchos significados ocultos entre sus páginas.

—¿De veras? —No puede evitar sonar intrigada.

—De veras. —Luca apoya una mano sobre el hombro de ella y lo aprieta—. Y no te dejes engañar por las ilustraciones de aspecto infantil. La historia es una travesía para descubrir nuestra verdad interior.

Elodie se queda en silencio y lo contempla. Sostiene el libro con fuerza durante algunos segundos.

—Empezaré a leérmelo esta misma noche.

—Lo terminarás en menos de una hora y, entonces, querrás volverlo a empezar.

Luca le hace señas para que lo siga a la trastienda.

Una vez allí, Elodie percibe de manera intuitiva que no hay lugar para galanteos. Deben llevar a cabo todos sus encargos con la mayor eficacia posible.

Se sienta con su chelo a un lado mientras recuerda todos los artículos de la lista del hermano de Luca. Los suministros de comida, municiones, ollas para cocinar y lonas impermeables, junto con cosas más pequeñas, pero no por ello menos importantes, incluyendo cerillas, calcetines gruesos y guantes.

Cuando empiezan a discutir sobre el concierto, Elodie siente que comienza a tensarse.

—Estoy muy nerviosa respecto a esto —explica—. Van a asistir muchas personas de Verona y de Mantua al teatro. Personas que saben de música, personas que conocieron a mi padre.

Ve que los ojos de Luca tratan de descifrarla.

—*Carissima* —le dice—. No quiero sonar severo, pero nuestra labor está anclada en una durísima realidad. Tienes la oportunidad de llevar a cabo una tarea de lo más importante y de enviar una información que podría ayudar a nuestros hombres con la inminente invasión alemana. Sin embargo, tú eres la única que puede decidir si quieres hacer esto o no.

Al principio, ella no responde. En su mente mantiene una conversación que él jamás escuchará. Tampoco podrá percibirla en sus ojos, en su aliento, ni en el silencio que se extiende entre ambos. ¿Qué es lo que ella quiere?

Quiere que vuelva su padre. Quiere ver su rostro en la mesa durante la cena y quiere escuchar su música en el salón. Quiere la cocina veneciana de su madre y su canto, flotando en el aire desde el baño.

Quiere un beso más de Luca. La oportunidad de sentir algo que no sea madera contra su pecho, ni cuerdas contra las yemas de sus dedos. Quiere sentir su juventud, no sus responsabilidades. Quiere sentirse dichosa. Quiere sentir la mano de Luca en la suya y oírlo decir su nombre. Quiere tocar su música por las razones por las que siempre ha amado tocarla, no para enviar un código en tiempos de guerra.

De modo que lo que quiere es decirle a Luca que no, que reescribir la cadencia del concierto de Boccherini para transmitirle un mensaje importante a Lobo no es para nada lo que desea hacer, pero no le dice nada de esto.

Cierra los ojos y pronuncia cuatro sencillas palabras.

—Está bien, lo haré.

El programa del Teatro Bibiena incluye *Las campanas de Santa Genoveva* de Marin Marais, el *Concierto para chelo y orquesta en si bemol* de Boccherini y *El cisne* de Saint-Saëns, y ya se ha anunciado al público.

—Dime cuánta información necesitamos transmitir. Se supone que debo tocar la cadencia de Grutzmacher durante el concierto de Boccherini. No tiene la misma cantidad de espacio que la cadencia de Haydn que toqué para Lobo con anterioridad..., pero supongo que habrá espacio suficiente como para que añada algunas notas adicionales.

Luca asiente.

—Al parecer, este código es más sencillo que el primero, de modo que Lobo solo tendrá que escucharlo y no habrá necesidad de entregarle la partitura. Uno de nuestros contactos, que tiene conocimientos musicales, nos indicó que la información codificada debe insertarse por medio de la adición de una serie de acordes más largos. Unos acordes de tres notas con valor de blanca, seguidos de algunas octavas con valor de redondas. ¿Algo de esto tiene sentido? No soy músico, solo un humilde vendedor de libros —le comenta con una sonrisa.

Elodie siente que el corazón le palpita cuando Luca trata de comprender las instrucciones musicales. Quiere asegurarle que, aunque él no pueda comprender el uso de los acordes, ella lo entiende a la perfección.

—La cadencia de Grutzmacher es rápida. Si logro acelerar el ritmo un poco... Las notas adicionales que insertemos no deberían resultar demasiado evidentes.

Elodie se detiene un momento para reflexionar. Está tocando las notas del concierto de Boccherini en su cabeza mientras piensa dónde introducir el código, como si lo estuviera interpretando.

—Tengo plena confianza en ti —dice Luca, y estira la mano para tocar la de ella.

Al fin, Elodie siente que la tensión se evapora. El simple gesto de afecto la revive.

—Es de lo más fácil de recordar —afirma con una sonrisa.

—La cantidad específica de acordes a dos y tres cuerdas, que sabremos justo antes del concierto, indicará algo importante relacionado con lo que hayamos averiguado acerca de los regimientos alemanes bajo vigilancia. —De manera deliberada, Luca se reserva el significado verdadero para protegerla—. Pero ¿podría escucharte tocar la cadencia ahora mismo, exactamente de la manera en que está escrita, para que podamos determinar dónde se insertarán los acordes?

Elodie le sonríe como si la estuviera invitando a un baile en el que ella marcará el paso. Le fascina el hecho de que le pida que toque para él, aun cuando sabe que ha entendido la misión al dedillo y que no necesita practicar. De todos modos acepta su petición y toma su instrumento.

En la suave luz de la trastienda, Luca cierra los ojos y escucha cómo las notas brotan del chelo.

Una vez más queda impactado por el cambio que ve en Elodie, por la transformación que

puede observar tan pronto como empieza a tocar para él. Antes tocaba con un dominio absoluto sobre las notas, pero ahora Luca puede presentir un estrato adicional. Recorre la música una atracción femenina y seductora. Luca la percibe de inmediato, casi por instinto animal: mucho más allá de la devoción que comparten por la Resistencia y de la intriga en torno a los códigos, Elodie lo desea tanto como él la desea a ella.

Luca se siente hechizado. Quiere quitarle el arco de la mano y entrelazar sus dedos con los de ella. Quiere encontrar su cuello y exponer la suave extensión de piel blanca escondida bajo su cabello. No solo está fascinado por su belleza, sino también por su talento. No es como las chicas que llenan el aire con palabrería insustancial, que se ríen para ocultar su ignorancia, que sonríen porque no saben qué más decir.

Elodie tiene algo completamente suyo. Su música es la raíz de su hechicería. Llena el aire con ella. Utiliza cada parte de su cuerpo cuando toca: los dedos, los brazos, el cuello y las piernas. No puede quitarle los ojos de encima.

Cuando ya no puede controlarse más, estira los brazos hacia la joven. Ella siente el roce como si fuera un rayo: levanta el mentón y lo mira de frente, sus ojos ardientes y penetrantes.

Hay una corriente eléctrica entre los dos, incluso antes de que se toquen. Luca se acerca; Elodie siente cómo él aparta con los dedos unos mechones sueltos de cabello de su rostro. Cuando Luca posa sus labios sobre los de ella, no siente la misma timidez que la primera vez que la besó. Su boca es como un sobre abierto, su lengua una invitación.

Él cierra los ojos y vuelve a besarla; mientras lo hace, empieza a moverse. Descubre las formas y sabores de cada uno de sus rincones ocultos. La dulzura de su garganta, la carne de melocotón del lóbulo de su oreja. En el círculo entre las clavículas, halla un valle donde su lengua puede reposar.

Siente con las manos la estrechez de su cintura y las teclas de piano de sus costillas; luego se deja caer al suelo para recorrerla de nuevo. Esta vez vuelve a subir a partir de sus tobillos hasta la tensa extensión de sus pantorrillas y la curva de sus rodillas. Dentro de la abundante tela de su falda encuentra la suave lisura de sus muslos.

Está acostumbrado a la sensación del papel entre sus manos, al perfume del cuero y de la pulpa de madera, pero Elodie le ofrece texturas y perfumes propios. Entre sus piernas, la percibe como de terciopelo, mientras que sus tobillos parecen de mármol pulido.

Y a lo largo de esta mujer encuentra cada una de las estaciones entrettejidas; su piel lleva la fragancia de las flores de la primavera, su aliento es como la escarcha que se caldea con el calor que ambos generan y su sabor le recuerda al más dulce de los higos.

Fue la sensación de los dedos de Elodie lo que él recordó primero, antes de que todo lo demás desapareciera. Escuchó cómo ella se quejaba levemente, después de que una punzada efímera en su interior la obligara a aferrarse a él, como en un intento por sostenerse. Ya en sus brazos, ella

se había estremecido, se había alejado de él y había vuelto a acercarse. Luca quería sostenerla entre los brazos un momento más. Todavía llevaba puestas su blusa y su falda, pero él pudo sentir su cuerpo entero mientras la acariciaba por encima y por debajo de su ropa.

Ahora él está descansando con las rodillas flexionadas y una mejilla contra su regazo mientras ella acaricia los rizos de su cabello y, con uno de sus dedos, traza la curvatura de su oreja, parecida a una concha. Lo acaricia con infinita ternura y Luca alza la vista hasta esta bella y misteriosa criatura que conoce como Elodie, o Libélula, y vuelve a verse apresado por sus ojos.

La primera vez que la había besado en las montañas, él había levantado la barbilla de ella para acercar sus labios, y habían sido sus ojos los que miraban hacia abajo, a los de ella. Ahora es ella quien lo mira desde arriba y jamás podrá olvidar la imagen de sus ojos. Jamás había asociado el verde con el fuego, pero sus ojos arden de manera real y parecen inextinguibles. Y después, cuando ella le sonríe, queda casi cegado.

VERONA, ITALIA

SEPTIEMBRE DE 1943

En su cabeza no hay cabida más que para Luca; no puede pensar en el concierto en el Bibiena ni en el código que ha prometido tocar.

Saca el libro de su bolso con la esperanza de que la historia de *El principito* la ayude a tranquilizar su desbocada mente. Se encuentra sonriendo ante cada página; el pequeño príncipe, con esa larguísima bufanda que vuela tras él, su cabello despeinado y sus amigos animales que le hablan con acertijos. Pero, hacia el final del libro, se percata de que este no es un relato infantil en absoluto, sino que trata acerca de la responsabilidad del amor. De que lo que más importa en la vida casi siempre es invisible a los ojos.

A la mañana siguiente, el día del concierto de otoño, Elodie no se siente descansada en absoluto. Se ha pasado toda la noche pensando en Luca o tratando de descifrar los mensajes ocultos en el libro. Ahora entiende por qué Luca le dijo que lo disfrutaría: también contiene un código secreto propio.

Aunque todavía puede sentir las manos de Luca sobre la piel y su aroma sobre los brazos, se obliga a salir de la cama y a prepararse. Él le prometió que tendría el número final de acordes para el código, de modo que debe pasar por la librería antes del ensayo. Al quitarse la ropa de cama de encima, la arquitectura misma de su cuerpo le parece diferente. No solo se trata del leve dolor sordo de su abdomen; también hay una insólita sensación de apertura dentro de ella, una especie de cambio. Siempre creyó que la música era lo único que podía llenar el espacio en su interior, pero ahora se encuentra sintiendo el fuego del recuerdo de sus manos, del deleite de su aliento, del roce de sus mejillas y sus dedos, y guarda todas estas extrañas y maravillosas sensaciones en su propio sitio oculto, donde puede almacenar todos los recuerdos de la noche anterior.

Mientras realiza sus quehaceres matutinos, ya no oye notas; más bien, las imágenes de ella y de Luca se pasean por su mente. Siente como si estuviera viendo una película en que es tanto espectadora como participante activa. Puede ver a Luca de rodillas frente a su silla, sus manos ocultas por debajo de los dobleces de su falda, pero también puede notar la sensación de sus

manos sobre la piel. Con perfecta claridad, puede ver la imagen de sus extremidades entrelazadas, del algodón de su blusa por encima de su cintura y de las manos de Luca mientras sostienen sus caderas. Puede saborear y oler cada recuerdo. Evoca el aroma de tabaco y papel que emana Luca; puede saborear la sal de su cuello, la cálida sensación de su lengua.

Se siente casi hipócrita al ver a su madre en la cocina, sonriente porque sabe que hoy es el concierto de Elodie en el Bibiena.

—Estás radiante —le dice su madre mientras Elodie se bebe su café de un trago—. Qué ganas de verte sobre el escenario esta noche. Ayer terminé los ajustes necesarios para tu vestido.

Elodie se pregunta si su madre puede percibir el cambio que hay en ella bajo su uniforme de colegiala. Que su hija ha descubierto que no solo la música puede expresar tanto la belleza como el misterio del mundo. Que ahora sabe que el corazón tiene su propio ritmo y que el aliento tiene su propio pulso, y que no hay nada en este mundo que pueda hacerte sentir tan vivo como el roce de la mano de tu amado.

En la librería no encuentra a Luca, como esperaba, sino a Beppe. Está de pie frente a la caja registradora cuando entra. La máquina de bronce tiene cuatro discos con números que se asoman por la pequeña ventana superior.

—Libélula —le dice cuando entra por la puerta. Elodie jamás ha oído a Beppe llamarla por su nombre secreto y la sorprende.

—No esperaba verte, pero...

—Sí, lo sé —la interrumpe—. Luca ha tenido que ir a ver a su hermano en el último minuto. Hay mucho por hacer.

Elodie asiente.

—Acompáñame a la trastienda. Deja que cierre la puerta. Esto no nos llevará mucho tiempo.

Ella levanta su chelo y lo sigue a la trastienda, donde ha estado con Luca apenas unas horas antes.

Las sillas de metal y la mesa parecen abandonadas y casi esqueléticas sin sus cuerpos contra ellas. La atraviesa un leve estremecimiento. Casi siente que está traicionando a Luca al estar en esta habitación sin él.

Beppe no está al tanto de toda esta actividad mental en la cabeza de Elodie. Ella se esfuerza por mantener la compostura mientras su mente salta al recuerdo de Luca, que toma el arco de su mano, deja el chelo en el suelo y recorre los contornos de su blusa con las palmas.

—¿Libélula?

Beppe agita una mano frente a sus ojos. Elodie parpadea.

—Lo siento... Sí, es que tengo mucho en que pensar con lo del concierto...

—Lo sé, pero necesitas el código, ¿no es así?

Beppe se dirige a uno de los muchos estantes que hay contra las paredes de la habitación y saca una edición rústica de poesía cortesana en italiano. Pasa las páginas y, a continuación, se detiene en una página en la que Luca ha escrito el número de acordes que debe tocar.

—Necesitamos que en algún punto de la cadencia toques tres acordes consecutivos a dos cuerdas con valor de blanca. Después, dos acordes a dos cuerdas con valor de redonda. ¿Puedes meterlos de alguna manera?

Elodie cierra los ojos y trata de imaginar la mejor manera de incorporar el código.

Dentro de su cabeza, puede oír la música mientras empieza a entrelazar los acordes consecutivos en la cadencia del concierto de Boccherini.

Después de algunos minutos, abre los ojos como si acabara de tener una súbita revelación.

—¡Lo tengo!

—¿Así de rápido? —Beppe sacude la cabeza, sorprendido.

Elodie sonríe.

—Justo al final de la cadencia, antes de que la orquesta entre de nuevo, hay una serie de compases repetidos, todos con el mismo acorde. Puedo hacer que tres de ellos sean de blanca a tres cuerdas y, luego, que los dos que siguen sean de redonda a dos cuerdas. Me aseguraré de tocarlos con mucho floreo para que destaquen.

Elodie habla como si Beppe fuese músico y pudiera comprender lo que acaba de crear.

—Pues tú serás la que tenga que tocarlo, de modo que siempre y cuando lo comprendas...

—Sí, lo entiendo a la perfección. No será demasiado difícil, Beppe. Puedo hacerlo.

Elodie consulta el reloj y empieza a recoger sus cosas.

Beppe se acerca a ella y le da un apretón en el hombro. La forma en que la toca es firme, fraterna y nada sensual. Y, una vez más, Elodie detecta la diferencia que hay en ella, como si ahora tuviera la capacidad para descifrar mensajes diferentes que se expresan incluso con el tacto.

Beppe le está deseando que le vaya bien, le está deseando suerte. Sus manos no transfieren otro tipo de sensaciones, como lo hicieron las manos de Luca la noche anterior.

—Debo ir a la escuela. Tengo que terminar de ensayar.

—Por supuesto —dice Beppe mientras la acompaña de la trastienda a la puerta delantera.

—Nos vemos pronto..., y buena suerte con todo esta noche.

Ella le sonríe, levanta su chelo un poco más sobre su espalda y se despide con la mano mientras sale por la puerta.

Más de una semana atrás, Elodie había elegido uno de los vestidos de su madre para el concierto. Lo descubrió en un armario junto al vestido de gasa amarilla. Este, hecho de tafetán de seda, era de un azul tan oscuro que casi parecía negro. «Como la laguna a medianoche», le había dicho su madre unos días antes mientras daba vueltas alrededor de Elodie y ajustaba el vestido con alfileres por la parte de atrás para que se adaptara al delgado cuerpo de su hija.

Una vez terminados los ajustes, Elodie se probó el vestido. Las dos mujeres miraron el reflejo de Elodie en el alto espejo de la habitación de Orsina.

—Casi pareces un cisne, con tu cuello —le dijo Orsina.

Y así era. El largo y blanco cuello de Elodie se erguía elegante desde la escotadura festoneada del vestido. Entre las ondas del tafetán *shantung*, parecía que la joven estuviera emergiendo del mar.

Elodie trató de inhalar dentro de la apretada prenda y apoyó las manos sobre su abdomen.

—Casi no puedo respirar con él puesto.

Orsina entrecerró los ojos para examinar sus arreglos; unos días antes, había estrechado el vestido por las costuras para que se ajustara al flaco torso de la chica. Era más delgada de lo que había sido ella a su edad.

—Déjame ver... —Orsina se acercó a Elodie y puso dos dedos entre los omóplatos de su hija y la tela del vestido—. El espacio es más que suficiente. Trata de relajarte, son los nervios...

Elodie se esforzó por respirar. Levantó los brazos para asegurarse de que pudiera moverlos libremente con el arco.

—Mira... ¿Ves? Te queda a la perfección.

Orsina juntó las manos y volvió a sonreír al ver los elegantes movimientos de su hija.

Elodie no le respondió a su madre. Aunque podía mover los brazos, el vestido le parecía una jaula a su alrededor y, dentro del apretado canesú, su corazón no dejaba de galopar.

Con el concierto que se avecinaba, Orsina pareció recuperar algo de vida. Se había ocupado del vestido de Elodie, su corazón lleno de júbilo al tener algo en que canalizar sus energías. Sabía lo importante que era que el debut de Elodie en el Teatro Bibiena fuera lo más perfecto posible. Era el recinto más prestigioso en el que podían presentarse los estudiantes del Liceo y su único deseo era que Pietro hubiera vivido lo bastante como para estar presente.

En los últimos días, el clima se había tornado más frío y las mujeres se habían cubierto las cabezas con pañoletas. Elodie llevaba su chelo y su madre llevaba consigo un pequeño bolso que contenía un pintalabios, un espejo y un peine.

Durante el trayecto en tren a Mantua, Orsina se maravilló ante el aspecto de su hija. Con el paso de los meses desde la muerte de Pietro, había notado un cambio en la manera de tocar de Elodie, pero no se había percatado de la transformación física que se había producido en ella. Mientras las ruedas del ferrocarril giraban bajo las dos, Orsina tuvo la oportunidad de estudiar a su hija con absoluto asombro. La niña había dejado de serlo para convertirse en una joven mujer en la plenitud de su belleza.

Elodie parecía más alta, más delgada e, incluso, sus facciones parecían más marcadas. La piel le brillaba y su mirada era más intensa. Lo que Orsina podía observar no se limitaba al verde de siempre, sino a una combinación entre azul y oro. Al mirar sus ojos, no pudo más que pensar en las plumas de pavo real de la sombrerería de su madre.

Tomó la mano de su hija entre las suyas; la fortaleza de sus dedos de chelista le era muy

familiar. Le recordaban a los de Pietro.

—Elodie —le dijo—, antes de que termine el año, prométeme que me obligarás a subirme a un tren para regresar a Venecia, aunque sea durante un solo día.

Elodie asintió. Siempre había deseado ver el hogar de infancia de su madre, esa ciudad flotante que emergía del mar. Nunca pudo entender por qué jamás la habían visitado.

Orsina miró por la ventana. Cerró los ojos y vio la iglesia en la que había oído a Pietro tocar por primera vez. Vio a su madre, vestida en seda color ciruela, y su propio vestido de gasa amarilla flotándole sobre las rodillas. Vio el agua del canal y el escaparate de la sombrerería de sus padres, llena de bellos sombreros y plumas exóticas.

Se dio cuenta de lo mucho de sí misma que había dejado a un lado al convertirse en esposa. De niña había tenido una incurable ansia de aventuras, un apetito casi insaciable por los sitios lejanos. ¿Cuántas fotografías de París había recortado de las revistas de su madre? De farolas y puentes, de jardines llenos de flores y de automóviles, en lugar de góndolas y *vaporeti*. Con cada pluma que tocaba, no se preguntaba solo de qué ave podría venir, sino también de qué país procedería. Pero, de alguna manera, su anhelo por descubrir mundo había muerto junto con sus padres. Al ver a Elodie en la plenitud de su belleza y de sus poderes, tuvo el deseo de volver a encontrarse. Incluso si su cuerpo ya no era el de una joven, sus sueños esperaban a ser redescubiertos.

Las dos mujeres permanecieron cogidas de las manos durante el corto trayecto en tren.

Elodie se preguntó si su madre podía intuir lo nerviosa que estaba. Se sabía de memoria las notas de las tres obras que había de tocar. Las había ensayado durante incontables horas en casa, en la escuela y dentro de su cabeza, pero la presión relacionada con la necesidad de tocar las nuevas notas correctas del código para los oídos perfectamente aguzados de Lobo la estaba dejando sin aliento.

—Estoy nerviosa —susurró, girándose hacia su madre al bajar del tren.

—No tienes nada de que preocuparte —dijo Orsina, con la esperanza de tranquilizar los nervios de su hija—. No es más que un concierto. Toca con los ojos cerrados, como te enseñó tu padre. Así, ni siquiera tendrás que ver al público. Podrás concentrarte de lleno en tu música.

Su madre no lo podía entender. Su padre jamás hubiera dicho una tontería de ese calibre. Claro que podía cerrar los ojos y, quizá, olvidarse de las miradas del público.

Pero esa no era la razón por la que estaba tan nerviosa.

Su mente no tenía la claridad de siempre. Cada vez que trataba de concentrarse y de escuchar la música, veía a Luca. Veía la trastienda. Veía sus cuerpos entrelazados.

Trató de respirar hondo, pero el vestido era como una segunda piel. Por más que se esforzara, Elodie no podía tomar el aire suficiente para sus pulmones. En absoluto contraste, Orsina parecía como si el viaje en tren desde Verona la hubiera rejuvenecido. Su piel parecía luminosa y sus ojos brillaban.

—El humo del tren es como oxígeno para ti —bromeó Elodie cuando se bajaron del vagón en

el que iban. Orsina se tapó el hombro con el extremo de su chal y acarició la mejilla de su hija.

—Así es —asintió—. Me siento mejor después del viaje..., el ritmo del tren siempre me ayuda a soñar.

El Bibiena era un teatro pequeño pero elegante de Mantua, una bóveda iluminada de paredes de piedra y asientos de terciopelo. Una suave luz parpadeaba de los candelabros de pared. Solo algunas de las personas del público estaban emparentadas con los ejecutantes. La mayoría de los asientos estaban ocupados por amantes de la música que deseaban ver por primera vez a la siguiente generación de intérpretes.

Elodie había tenido la esperanza de que Lena acudiera, pero había estado dedicada la noche anterior a asuntos de mayor importancia: Berto Zampieri había logrado conseguir los pasaportes falsos para los Moretti.

—Te ruego que me perdones, Elodie, pero esta será su última noche en Verona y quiero despedirme de ellos...

Elodie comprendió la necesidad de Lena a la perfección. El hijo pequeño de los Moretti era como un hermano menor para Lena, y ella había esperado varios meses para poder obtener sus pasaportes.

Elodie había asentido.

—Lo entiendo perfectamente, no te preocupes. Ya habrá más conciertos.

Lena miró al cielo, como anticipando el rugido de aviones y de la amenaza de las bombas.

—Así lo espero. Siempre has sido la más optimista de las dos.

Elodie sonrió.

—¿Optimista? Me quedo con el cumplido... Mejor eso a que me llamen ingenua.

Lena abrazó a su amiga.

—No eres para nada ingenua, eres mucho más fuerte de lo que aparentas. —Le dio un apretón al delgado brazo de Elodie—. ¡Adiós, valiente guerrera, y que tengas mucha suerte!

A las ocho y media, Elodie sale al escenario con el resto de la orquesta. Está sentada al frente, junto al director, para que el público pueda verla tocar la cadencia del concierto de Boccherini y, después, el solo en la obra de Saint-Saëns.

Elodie advierte un cambio en la respiración del público en el momento de su aparición. La imagen de una bella mujer con un largo cuello como de cisne, vestida en tafetán oscuro y llevando un violonchelo consigo, ocasiona un revuelo entre los asistentes. Elodie oye sus respiraciones entrecortadas y siente que la recorre un leve estremecimiento.

Los músicos ocupan sus lugares y fijan los ojos sobre el director y su batuta.

Las campanas de Santa Genoveva, de Marin Marais, empieza a un ritmo perfecto. Se supone que la música imita el sonido de las campanas de una iglesia, tan persistentes como llenas de añoranza, que van *in crescendo*. Elodie toca cada vez con mayor intensidad. Orsina ve que no ha

abierto los ojos desde que ha empezado la pieza. Los chicos que están tocando detrás de ella utilizan sus arcos como si fuesen espadines. Tocan con increíble precisión, pero Orsina intuye que no tocan como lo hace su hija. Ella está tocando como si se hubiera convertido en una de las campanas. Se mece hacia delante y hacia atrás, su cuerpo como un péndulo, sus brazos agitándose apasionadamente cada vez que ataca con el arco. Y aun así, sus ojos permanecen cerrados. No observa ningún rostro del público; baila solo con la música.

Cuando termina, el público aplaude y algunos de los miembros incluso gritan «¡Bravo!» antes de volver a sentarse y tranquilizarse. Después, una pequeña ola de silencio envuelve el teatro y los estudiantes de la orquesta vuelven a tomar sus arcos. Pero una extraña sensación se apodera de Elodie. En una de las primeras filas del teatro ve el rostro de Luca, sus ojos radiantes y llenos de luz, su atención completa centrada en ella sobre el escenario. Su sonrisa como la cola de un gato que se curva al verla levantar el arco.

La orquesta comienza a tocar el concierto de Boccherini y la música la transporta por completo. Sus dedos están tocando las notas, pero Elodie no está conectada a la partitura. Su arco se mueve con perfecta precisión, pero la imagen del rostro de Luca es como una ola, como una presa que se desborda en su interior. Se ve sobrecogida por las imágenes de la noche anterior; de las manos de Luca que se deslizan sobre ella; de sus dedos, que la buscan. No puede detener lo que se está reproduciendo dentro de su cabeza; es como si su mente estuviera poseída.

El tiempo y el espacio desaparecen. Oye que está tocando, pero no las notas que desea. Su memoria de la partitura ha tomado el control. La cadencia de Grutzmacher, la que su maestro deseaba que tocara, emerge del chelo y el pequeño espacio en el que debía insertar el código se evapora en el aire.

Nadie, más que Luca y Lobo, a quien no puede ver entre el público, pero que sabe que está allí, podrá detectar su error. Ha tocado la cadencia a la perfección, sin que faltara una sola nota, pero Elodie ha fracasado en su misión y se siente presa del terror al darse cuenta de su equivocación. En el estómago se le ha formado un nudo y su mente no puede detenerse. Aunque unos momentos antes ha perdido la cabeza, ahora cada parte de ella está buscando alguna manera de rectificar su error. Se pregunta si puede añadir el código al final, pero sabe que estaría fuera de lugar y que alertaría a los demás. Si tan solo hubiera una cadencia en *El cisne* de Saint-Saëns...

No vuelve a mirar a las filas de asientos del teatro. Mantiene los ojos fijos en el suelo, su chelo entre las piernas y su arco a un lado. Una parte de ella desearía poder desaparecer del escenario. No quiere hallar los ojos extrañados de Luca. No quiere ver la confusión o la decepción en su rostro. Ni tampoco tolera la idea de ver los ojos de Lobo. Los imagina, inyectados en sangre y furiosos, incrédulos ante su ineptitud.

Elodie trata de alejar de su cabeza los pensamientos sobre ambos hombres. En lugar de ello, procura imaginarse a su madre. Orsina no tendrá idea alguna del fracaso del debut de su hija.

Elodie estira su cuello al tiempo que mantiene la vista fija en el suelo. Puede percibir que su madre está sonriendo al pensar que su hija está a punto de convertirse en el cisne.

Después de disiparse los aplausos, sacan un arpa al escenario para la obra final, *El cisne moribundo*.

La arpista, Francesca Colonne, sube al escenario, gloriosa en un largo vestido de seda roja, su cabello recogido como un *cornetto* sobre su cabeza. Elodie agradece que todos los ojos no estén clavados en ella, sino en la exquisitamente delicada Francesca.

Francesca se sienta al arpa, el alto instrumento con sus volutas de oro y cuerdas celestiales, y empieza a seducir al público en una especie de ensoñación. Tañe y acaricia las cuerdas con una belleza celestial y exquisita. Elodie levanta la cabeza, su largo y blanco cuello se extiende desde el vestido azul, y es ella quien canaliza el batido de las alas del cisne, su corazón a punto de romperse.

Cuando Elodie inicia su propio solo, no parece haber diferencia entre la imaginaria ave blanca que está evocando y su propia muerte. Toca como un cisne al borde de la muerte, su chelo sollozando con cada nota. Al final se derrumba sobre su instrumento, sus blancos brazos alrededor del cuerpo de madera, su cabeza colgada sobre el mástil.

Oye a Francesca, quien le susurra que se levante para recibir el aplauso del público. Pero aunque oye sus palabras y siente su mano, que intenta alzarla, Elodie está tan abrumada por su fracaso que no puede moverse.

Cuando los aplausos se desvanecen y Francesca termina de hacer sus reverencias frente al público, alguien separa los dedos de Elodie del mástil del chelo, toma su instrumento y la pone de pie. El público no deja de hacer comentarios acerca de la pasión de su interpretación.

—¡Increíble! —exclaman muchos.

—Era el mismísimo cisne que moría —dice otra voz entre los asistentes.

Orsina corre desde su asiento para ir hasta donde se encuentra su hija, que está sentada en una pequeña silla de madera cerca de los vestidores, húmeda de sudor y temblorosa.

—¡Elodie! —Orsina toma su chal y lo coloca de inmediato alrededor de los hombros de su hija—. ¿Qué ha pasado? No sabes el susto que me has dado. He sentido como si estuviese presenciando tu muerte frente a mí. ¡Estabas cayendo en un río de oscuridad y solo quería saltar de mi asiento para salvarte!

Elodie se ciñe el chal y mira a su madre sin expresión alguna. Está tan alterada que no puede decir nada.

—Elodie... —repite su madre. Cuando su hija no responde, se gira hacia los demás ejecutantes y sus familiares—. ¿Alguien puede conseguirme un vaso de agua? Por favor, ¡alguien! ¡Mi hija

no se encuentra bien!

De inmediato, aparece un vaso de agua y Orsina hace el intento de dar de beber algunos sorbos a Elodie. Le acaricia las mejillas y le dice que ha tocado no solo de manera perfecta, sino con increíble emotividad. Le dice a su hija que su padre se hubiera sentido orgulloso.

Pero sus palabras tienen el efecto contrario sobre Elodie. Desde el momento en que las pronuncia, la angustia en el rostro de su hija no hace más que intensificarse.

—¿Orgulloso? ¿Orgulloso? Se hubiera puesto furioso de haber oído lo que he tocado... o lo que no.

No puede pensar en su padre en estos instantes. Está imaginándose a Lobo, rabioso por su omisión, y a Luca, que ahora tendrá que inventar una nueva manera de comunicarle el código a tiempo.

Pero ninguno de los dos hombres aparece entre bambalinas. Elodie se rinde ante su madre y le permite que la lleve fuera del teatro. Se abren camino entre las personas que quieren decirle a Elodie lo extraordinaria que ha sido su interpretación, que le ofrecen sus programas con la esperanza de obtener el autógrafo de una música que, esperan, estará triunfando por toda Italia en muy poco tiempo.

Orsina levanta sus brazos para escudarla y saca a Elodie del Teatro Bibiena y hacia la oscuridad, hasta que solo están las dos, en la parte trasera de un vagón de tercera clase en el tren que las llevará de regreso a Verona.

VERONA, ITALIA

SEPTIEMBRE DE 1943

En el viaje de vuelta a Verona, Elodie no dice una sola palabra. Orsina trata de despertarla de su trance y le recuerda a la joven lo bien que ha tocado esa noche, la emotividad de su interpretación y lo orgulloso que hubiera estado su padre, pero nada parece reanimarla.

Cuando el tren llega a la estación y los demás pasajeros bajan del vagón, Orsina se ofrece para cargar el chelo de Elodie, pero su hija lo abraza con tal fuerza contra su pecho que su madre no puede liberarlo.

—Elodie, por favor... —Se inclina hacia su hija y le coloca las manos sobre los delgados hombros—. No quieres que lleve el chelo, pero no tengo las fuerzas como para cargarte. Necesitamos llegar a casa.

Elodie se levanta como un espectro, sin soltar el instrumento, y baja por los escalones del vagón hasta el andén.

Orsina entrelaza su brazo con el de Elodie y la conduce por las calles empedradas hasta que están de vuelta en su apartamento, sanas y salvas. Allí, le desabotona el bello vestido y le pone un camisón blanco a su hija. Elodie se acuesta en la cama y tira de la colcha hasta que le llega a la barbilla.

Su madre le dice que cierre los ojos, pero Elodie solo se queda mirando hacia la pared.

Orsina no puede comprender qué es lo que tiene tan alterada a su hija. Quiere responsabilizar a la música que ha tocado esta noche y supone que, tal vez, Elodie ha conectado *El cisne* de Saint-Saëns con la muerte de su padre en tal grado que casi se ha desmayado en el escenario.

Elodie no puede dejar de pensar que ha fracasado. Teme haber puesto en peligro a todos los hombres de la Resistencia que han estado intentando fortificarse en las montañas antes de la llegada de los alemanes. Lobo creará que ha cometido un tremendo error al asignarle una misión de ese calibre, y eso la avergüenza. No obstante, más que cualquier otra cosa, la aflige lo que Luca debe de estar pensando de ella en este momento.

Su sensación de fracaso es paralizante. No puede levantar los brazos, ni las piernas. Siente que todo su cuerpo está bajo un costal de ladrillos. Orsina arrastra una silla hasta la cama de Elodie, la toma de la mano y se la aprieta más fuerte de lo que debería, hasta que Elodie nota la fuerza con que la estrecha. Y, entonces, empieza a cantar.

Elodie no puede comprender del todo lo que está cantando su madre porque está en el *dialecto del mar*, el viejo dialecto veneciano costero. Pero puede sentir las profundidades de la laguna de agua salada; la fuerza de sus mareas y el arribo de la niebla.

Y aunque Elodie jamás podría revelar la verdadera fuente de su angustia, permite que la antigua melodía la inunde como si fuera agua, que empape su piel y que viaje por sus venas. Era un lenguaje que no podía hablar, pero que podía comprender de alguna manera, como si se tratara de un ritmo que fluía entre ella y su madre a través de estas melodías venecianas, las canciones de añoranza originarias de un lugar místico donde flotaban antiguos caminos, palacios y sueños. Mientras escucha la música que viaja por sus oídos y hasta el centro de su alma, Elodie cierra los ojos y sueña con Luca.

Cuando despertó a la mañana siguiente, Orsina seguía dormida en la silla. Elodie se lavó la cara con rapidez y se puso unos pantalones y una blusa. No tuvo tiempo de arreglarse el cabello, medio despeinado de la noche anterior.

Rápidamente salió de casa, tomó su bicicleta del rellano del primer piso y pedaleó con furia hasta la tienda de Luca.

Apenas eran las ocho de la mañana, pero sospechaba que él ya estaría allí, antes de la hora de apertura del local.

Cuando llegó, Luca estaba al frente. Abrió la puerta con una mirada de seriedad.

—Elodie...

Ella quería oír la miel de sus palabras, pero lo único que escuchó fue temor.

—Lo siento tanto —se lamentó. Su respiración estaba agitada. Había pedaleado lo más rápido que había podido hasta la librería y, ahora, casi no podía respirar—. Lo siento muchísimo... Lo siento. Me distraje... Te juro que no lo hice a propósito. Tenía todas las intenciones de tocar...

—Para —dijo él. Luego le colocó las manos sobre los hombros—. Todo eso ya lo sé.

Elodie se detuvo un segundo y lo miró directamente a los ojos. Allí encontró las palabras que estaba buscando, aunque no las pronunciara. Se sintió invadida por una sensación de alivio y trató de recuperar la compostura.

—Pero ¿y Lobo? Debe de estar furioso conmigo.

—Esto no se trata ni de ti, ni de mí, Elodie. Esto es más importante que todos nosotros.

Luca se masajeó un poco las sienes con las puntas de los dedos. Elodie pudo intuir su fatiga.

—En todo caso, no he podido hablar directamente con él. Ese era el punto del mensaje codificado de anoche... pero, de todas maneras, debemos encontrar otra forma de hacerle llegar la información.

—Debe haber algún modo en que pueda comunicarle el código.

—Por desgracia, las cosas han progresado a mucha más velocidad de la que cualquiera de nosotros hubiera imaginado. Como mucho tenemos apenas un par de días antes de la llegada de los alemanes. Resultaría imposible crear un nuevo código y llevarle el mensaje a Lobo con tiempo suficiente como para que alguien pudiera ejecutar el plan.

Elodie empezó a temblar.

—No puedes venirte abajo ahora... Aún no. —Tocó su brazo—. Es cierto: no fue posible transmitir el mensaje. Hay una guerra y las cosas siempre salen mal. Los mensajes se interceptan... o descubren a un contacto y le meten una bala en la cabeza. Estas cosas pasan. No eres la primera persona en la Resistencia en cometer un error, Elodie.

Acarició su mejilla.

—¿Qué es lo que aprende el principito a lo largo de su viaje, Elodie? Que no se ve bien sino con el corazón; que lo esencial es invisible a los ojos.

Ella sonrió.

—Marqué ese pasaje cuando lo leí —dijo.

—Excelente. Así que ahora sabes que en la vida siempre debes seguir lo que te dicta el corazón.

—Sí.

Luca puso su mano sobre la de ella.

—Tenemos tanto que hacer que no podemos perder el camino.

Ella asintió y la voz de Luca llenó el aire.

—Beppe está con los demás en el estudio de Berto tratando de pensar qué debemos hacer a continuación. Y Maffini y Zampieri están en Vincenza ahora mismo, con uno de los contactos franceses de Berto. Por mi hermano, sabemos que los centinelas ya han divisado a varios alemanes moviéndose por las montañas. Rafaella está pidiendo más munición y, por desgracia, su entrega se verá afectada por lo de anoche... —Elodie parpadeó—. Va a haber una guerra, Elodie. Lo sucedido ya no se puede cambiar. Necesitamos seguir adelante y arreglarlo de la mejor manera posible y lo antes que podamos. Eso no modificará lo que hay en mi corazón ni en el tuyo.

Los ojos de la joven empezaron a llenarse de lágrimas de agradecimiento. Qué feliz se sentía por que le hubiera perdonado su error.

—¡Es tan misterioso el país de las lágrimas...! —dijo él, citando *El principito* una vez más.

Y al escucharlo pronunciar otra pequeña verdad, Elodie no pudo contener una sonrisa.

Elodie lo sigue a la trastienda de la librería, donde descubre más armas de fuego que las que ha visto en toda su vida: dos cajas llenas de pistolas Beretta M-34 y tres cajas de munición.

—Beppe me ha estado ayudando toda la noche, pero todavía hay mucho por hacer...

Abre una caja más frente a ella, pero solo contiene libros. En el centro, justo como Luca les

enseñó a Lena y a ella durante la primera reunión a la que asistieron, hay un hueco que se ha creado para ocultar un arma.

Luca estira una mano para coger una de las pistolas y colocarla dentro. En ese momento, Elodie intercepta su mano y la toma en la suya. Sabe que no hay tiempo para besos, ni para explorar las curvas de sus cuerpos, pero sigue deseando experimentar la calidez de su piel y la sensación de los dedos de Luca contra los suyos.

—Necesitamos ocultar todas estas armas dentro de los libros. Voy a amontonarlos sobre los estantes de allá atrás para que estén listos en el momento en que los necesitemos. —Sonríe—. Es como una biblioteca armada.

Elodie ríe y se pone manos a la obra guardando una pistola dentro de cada libro. Jamás ha tenido una entre sus manos y el peso la sorprende.

—Deberían crear un libro lo bastante grande como para ocultar un rifle —comenta Luca al verla sostener el arma.

A Elodie no le gusta del todo la sensación del arma en su mano. Imagina que a Lena le gustaría el peligro de algo así, pero no a ella. Se limita a colocar una en cada libro y sigue adelante. Mientras trabaja, Luca toma cada libro y lo pone sobre uno de los estantes, al tiempo que echa vistazos ocasionales al reloj de pared. Sabe que la hora oficial en que abre la tienda es a las nueve y media de la mañana, de modo que es esencial que todos los libros estén colocados con las armas dentro y que toda evidencia de su trabajo haya desaparecido para ese momento.

Cinco minutos antes de que deba abrirse la tienda, Luca pone el último libro sobre su estante. Levanta las cajas vacías en las que estaban almacenadas las pistolas junto con las cajas que contenían los libros ahuecados, y con rapidez las lleva hasta el callejón, donde coge un martillo y las rompe para convertirlas en desechos comunes y corrientes.

Cuando vuelve a entrar por la puerta de atrás, toma una bata de un gancho y tira de Elodie hacia él.

—Ven aquí —dice, envolviéndola entre sus brazos—. Ya hemos trabajado mucho y merezco uno de estos...

La coge entre sus brazos y la besa. Y, al igual que en *El principito*, Elodie siente que todo lo que había oculto entre tinieblas empieza a brillar. Y por un breve momento, con los labios de Luca sobre los suyos, se siente rodeada de estrellas.

Luca tenía toda la razón. No había tiempo para hacer otro intento para comunicar la información codificada. Esa misma noche, el 8 de septiembre, mientras Elodie y Orsina se encontraban cenando, se transmitió la sorprendente noticia por la radio: el rey había declarado públicamente un armisticio entre Italia y las Fuerzas Aliadas. No obstante, aunque la intención del rey había sido proteger a Italia de una invasión alemana, Mussolini tenía otros planes. A fin de recuperar

su propio poder, hizo un pacto con Hitler mediante el cual permitió la entrada de sus tropas a Italia por el norte.

A la Resistencia se la avisó de que los alemanes entrarían en territorio italiano cualquier día. Sin que Elodie lo supiera, Maffini y Zampieri ya habían tomado un tren nocturno a Verona y estaban apresurándose para llegar a casa y convocar una reunión de emergencia.

Mientras Elodie dormía, los hombres conferenciaron con el coronel Eugenio Spiazzi, un oficial distinguido y leal al rey, no a Mussolini. Convencido de que el norte debía protegerse a toda costa, Spiazzi reunió a sus soldados y estableció una estrategia con Maffini y Zampieri. Era necesario que defendieran tres puentes de Verona de los tanques alemanes: el Ponte Garibaldi, el Ponte Nuovo y el Ponte Navi. A la mañana siguiente, el ejército alemán intentaría acceder Verona e iniciaría la batalla para proteger la ciudad.

A las siete de la mañana, alguien llama a la puerta del apartamento de Elodie. Ella se asoma por la mirilla y ve a Lena, que lleva el cabello cubierto por un pañuelo.

—Elodie, necesito hablar contigo.

Elodie abre la puerta, todavía adormilada y recibe las órdenes de Lena.

—Se te necesita de inmediato. Los alemanes están en las afueras de la ciudad y empezarán el ataque contra Verona en cuestión de unas horas. Beppe dice que según el coronel Spiazzi debemos reunir a cada hombre y mujer que estén dispuestos a defender la ciudad.

Lena comunica estas instrucciones a la velocidad de una metralleta. Parece más viva de lo que Elodie la ha visto jamás; puede detectar su adrenalina como si se tratara de un perfume.

—Estaré lista de inmediato —responde Elodie. Está a punto de ir a su habitación para cambiarse de ropa cuando ve a su madre, detenida en el umbral del salón de casa. Ha oído cada palabra que ha dicho Lena.

Observa a las dos jóvenes. Lena con su pañuelo, sus ojos azules y desafiantes. Su hija, cuya conducta reciente ahora termina por comprender, es una criatura de una fuerza increíble, de un valor que la invade por completo a una profundidad todavía mayor que su música.

Orsina siente una oleada de energía que le atraviesa el cuerpo, como si la pasión y el valor de ambas muchachas se apoderara de ella también. La muerte de su marido fue ocasionada por los fascistas y no permitirá que su hija luche a solas contra ellos.

—Lena —dice antes de que Elodie tenga oportunidad alguna de hablar—. Pueden contar conmigo también.

Orsina y Elodie se visten con su ropa de calle. Lena las deja, diciéndoles que ha venido en su bicicleta y que debe dar parte de la situación a todas las demás *staffette*. Les dice que se dirijan al Café Dante en la piazza dei Signori, donde se les dirá lo que deben hacer a continuación.

Justo antes de saltar sobre su bicicleta para marcharse, corre de vuelta hacia Orsina y la abraza.

—Gracias por ayudarnos.

Orsina pasa sus brazos alrededor de Lena.

—Mi hija está luchando y mi marido murió víctima de esta brutalidad. ¿Cómo podría no hacerlo?

Lena se da la vuelta para ver a Elodie y a Orsina una vez más antes de acomodarse el pañuelo y bajar la escalera del bloque de apartamentos a todo correr. Ambas mujeres pueden oír sus pisadas mientras se ponen los zapatos.

Hay gritos en las calles. Los hombres que han salido a tomar su café de la mañana y las mujeres que han ido al mercado a hacer sus compras se ven confrontados con la aterradora noticia: los alemanes ya han empezado su ataque contra las defensas exteriores y se están acercando a la ciudad. Durante años, los fascistas habían tenido el control de la ciudad y nadie se había atrevido a criticarlos por temor a la cárcel o, peor aún, a los Camisas Negras. Pero nadie quiere que su ciudad se vea invadida por los nazis. Ni siquiera los soldados italianos apostados en la ciudad quieren estar bajo la ocupación alemana.

Las personas corren de vuelta a sus pisos y se encierran a cal y canto, temerosas de que las apresen. Los fascistas eran brutales, pero ahora, ante la inminente amenaza de la Gestapo, casi todos están aterrados de terminar presos o fusilados. Unos pocos están dispuestos a ignorar el peligro y se ofrecen como voluntarios para propagar la información de cómo pueden asistir a la Resistencia; las mujeres se susurran dónde pueden guardar comida y ropa para los hombres que las necesiten. Elodie piensa que, con una sola mirada, puede identificar quién estará dispuesto a ayudar y quién no; sus ojos mismos revelan sus alianzas.

Elodie y Orsina llegan al café Dante, donde Brigitte está instruyendo a todas las *staffette* en cuanto a lo que deben hacer. Está subida en un banco, vestida con lo que parece un uniforme caqui y una blusa blanca. Su cabello recogido revela sus angulosos rasgos. Su expresión es feroz y confiada. Atravesado sobre su pecho tiene un rifle y una cartuchera.

—*Ragazze!* —grita por encima del ruido de voces—. ¡Muchachas!

De inmediato, la sala queda en el más profundo silencio. Nadie está acostumbrado a oír hablar a Brigitte y su voz resuena con poder y con un sentido de mando.

—Necesito que en el día de hoy cada una de vosotras se olvide de que es mujer. Hoy no existen los hombres ni las mujeres; solo existen los combatientes.

Las mujeres empiezan a vitorear. En torno a la habitación, Elodie reconoce caras que le parecen familiares de las reuniones en la librería de Luca, pero otras que también ha visto en

diferentes sitios de la ciudad. A cierta distancia da con la mujer de la quesería, y también localiza a la joven viuda que perdió a su esposo en el frente ruso. Cada una de ellas está llena de furia por perder a sus seres amados en la campaña de búsqueda del poder de Mussolini, y están decididas a no vivir bajo la hegemonía alemana.

—¡Dinos qué debemos hacer! —grita una de las mujeres. No es una *staffetta*, sino una matrona ansiosa por ser de utilidad.

—Berto ya se encuentra con Maffini. El último informe que he recibido es que se estaban dirigiendo hacia el Caserma Ederle, donde la Octava Artillería de Campofiore está a punto de unir sus fuerzas con el coronel Spiazzi y sus tropas. De modo que necesitamos estar listas aquí, en caso de que los tanques entren en la ciudad.

Le da un golpecito al rifle que cuelga frente a ella.

—Antes que nada, ¿hay alguna enfermera aquí?

Dos mujeres levantan la mano. Otra dice que no tiene capacitación formal, pero que ha criado a tres chicos, de modo que sabe mucho acerca de cómo tratar golpes y lesiones.

—Volved a casa y haced vendas con ropa de cama. Esterilizad vuestros instrumentos, si es que los tenéis. Si alguien cuenta con un desván, empezad a guardar mantas y provisiones en él; necesitamos estar preparadas para cualquier tipo de desenlace.

Mientras Brigitte sigue dando sus instrucciones, Elodie mira a su alrededor y ve que Lena acaba de entrar por la puerta. Está empapada de sudor, lleva el cabello alborotado y los ojos le brillan como dos balas color azul acerino.

—Los alemanes ya han cruzado Brennero. Han atacado los cuarteles de Roverto y Val Lagarina, y vencido a nuestros hombres en las afueras de la ciudad en Boscomantico y Parona. Ahora se dirigen hacia Caserma Ederle, donde nuestros hombres ya están con el coronel Spiazzi. —Lena busca un pañuelo en su bolso y se limpia la frente con él—. Traigo un mensaje especial del mismísimo Spiazzi; dice que es absolutamente indispensable que retrasemos el avance del enemigo. Brigitte: si sabes dónde se encuentran las armas de reserva, quieren que las transportemos a la piazza delle Poste.

La habitación se queda en un silencio sepulcral. Brigitte levanta la barbilla y se ajusta el rifle. Todavía está encima del banco.

—Sí, sé dónde están. —Entonces señala a Elodie, Lena y Orsina, y espeta—: Vosotras tres, conmigo.

Madre, hija y Lena siguen a Brigitte hasta el estudio de Berto. Elodie se ve invadida por una sensación de *déjà vu* mientras camina por el pasillo que conduce al piso en el que estuvo apenas unos días antes. Brigitte se ajusta el rifle y lo coloca tras de sí mientras busca las llaves.

Todas las esculturas han quedado en una esquina. Sobre la mesa, hay cuatro vasos usados, una botella vacía de *grappa*, algunos libros desperdigados y plumas. Elodie puede imaginarse la

apresurada actividad de la noche anterior, cuando Berto llegó a casa después de reunirse con el coronel. Mientras ella y Luca estaban ocultando las armas en los libros en la tienda, en el estudio de Berto debía de haber una actividad frenética.

—Chicas, ¡rápido! —les ordena Brigitte. Elodie se gira para ver a Orsina; se da cuenta de que el hecho de que la llamen «chica» energiza a su madre.

Las mujeres siguen a Brigitte a la habitación. Ninguna presta atención a la cama deshecha ni a la desordenada mesilla de noche. Se detienen allí, concentradas, a la espera de que Brigitte les diga lo que deben hacer.

—Vamos, necesitamos quitar los libros primero...

Señala un gran baúl cubierto de libros al pie de la cama. Las cuatro trabajan a tal velocidad que, al cabo de apenas unos segundos, todos los libros ya están en el suelo. Brigitte mira hacia una cajonera y mete la mano hasta el fondo de una jarra de cerámica para sacar una llave.

Se acerca al baúl, abre el cerrojo y levanta la tapa para revelar cuatro rifles M91. En un extremo del baúl hay seis granadas de mano.

Ordena a Elodie y a Lena que tomen un rifle. Como el arma es demasiado pesada para Orsina, Brigitte le indica que coja un saco de lona y guarde las granadas.

Las mujeres hacen lo que se les dice y se cargan de armas. Brigitte coge un rifle y se lo cuelga frente al pecho; luego carga el último entre los brazos. Le indica a Elodie que cierre el baúl y las cuatro salen por la puerta.

Elodie se cuelga el rifle al pecho. Durante años, ha llevado su chelo en brazos o a la espalda, pero el rifle tiene un peso muy diferente. Parece llevar consigo el peso del peligro.

Ahora, Elodie camina hacia la piazza delle Poste no como *staffetta* en su bicicleta ni entregando mensajes con su arco, sino como partisana hecha y derecha. Ya nada le parece real. Puede escuchar el ruido de disparos y explosiones en toda la ciudad. El enemigo que avanza se siente como una especie de temblor que corre por debajo del pavimento. No puede creer la imagen de su delicada madre, delgada como una espiga, que camina frente a ella con un vestido negro y cargada con una bolsa llena de granadas.

Lena avanza junto a Brigitte con un rifle al pecho. Su cabello rubio es del color del oro bajo la luz otoñal y su rostro es la imagen misma de la determinación. Para Elodie, la imagen de su amiga es lo único en que puede concentrarse. Es la única constante.

Cuando llegan a la piazza delle Poste, se enteran de que los tanques alemanes ya han cruzado el Ponte Navi y llegarán allí en cualquier momento. Hay cuarenta combatientes de la Resistencia que están llegando a la plaza. Como hormigas que salen de cualquier escondrijo, Elodie no tiene idea de dónde vienen.

—¡Orsina! —grita Lena—. Regresa al café y empieza a organizar a las mujeres mayores. Necesitaremos llevar agua y comida a los hombres. La lucha podría prolongarse hasta la noche.

Orsina se gira hacia Elodie, una mirada corta y silenciosa para ver si su hija la acompañará para que puedan quedarse juntas.

—¡Ve tú, mamá! Iré en cuanto pueda para ayudar, pero ¡déjame las granadas! —Elodie casi no puede creer lo que está diciendo. Ni en mil años se hubiera imaginado que estaría en un contexto en el que le diría a su madre qué hacer con un saco lleno de granadas. Cuando Elodie se agacha, su delgado cuerpo con un rifle a sus espaldas y otro en una de sus manos, Orsina le acaricia la mejilla.

—No permitas que te pase nada. Eres lo único que me queda.

Elodie abraza a su madre con fuerza, ahora, con un rifle entre sus cuerpos.

—Escúchame, mamá: tienes que irte ahora mismo. Hay demasiado peligro. ¡Vete al café!

Los ojos de su madre le están comunicando un mensaje silencioso. No quiere irse.

—Iré en cuanto entregue las armas a los hombres. —Elodie le da un empujoncito a su madre y da media vuelta para correr al oír el ruido de proyectiles en el aire. Su cuerpo tiembla por el peso del armamento. Elodie se apresura para ponerse a resguardo detrás de uno de los pequeños arcos del edificio que está frente a la oficina postal.

Lena sale de uno de los portales y tira a Elodie de una manga. Brigitte les está haciendo señales de que vayan a la parte de atrás de la oficina de correos, y las muchachas corren hacia ella.

—¡Quedaos aquí! —les ordena—. Los hombres están al caer. Dadles las armas en cuanto se acerquen. Las suyas ya estarán vacías y las nuestras están completamente cargadas.

Elodie y Lena asienten.

Por primera vez en su vida, Elodie oye el ruido de la explosión de una granada. Desde los techos de los edificios y a través de varias ventanas, salen volando bombas caseras, muebles, libros grandes a los que les han prendido fuego, y cualquier otro objeto pesado que la gente puede encontrar; estos combatientes invisibles les están arrojando todo lo que tienen a los alemanes.

Además de los tanques que se avecinan, hay camiones con oficiales alemanes y comandantes militares fascistas que se pasean por las calles. Soldados alemanes armados salen a raudales de la parte trasera de los vehículos y empiezan a disparar a ciegas a los francotiradores de la Resistencia, escondidos en diversas azoteas.

Los hombres que han venido de Campofiore ahora disparan de manera directa contra los tanques que inundan la ciudad. Giuseppe Bettero, un veterano que se acaba de unir a la batalla, se presenta con su rifle y, junto a otros dos combatientes, se coloca en la entrada de un puente, empieza a disparar al tanque y logra inmovilizarlo. Resulta irónico que la máquina acribillada del enemigo se convierta en un obstáculo para las demás que intentan pasar.

Al cabo de algunos minutos, Elodie ve a Luca y a Beppe corriendo hacia la plaza.

—Vete de aquí. —Luca acaba de llegar a la plaza con su rifle cerca del pecho. Lleva el rostro cubierto de pólvora y su cabello está alborotado.

Empuja a Elodie contra una pared.

—¡Vete de aquí, Elodie! ¡Ahora!

La muchacha tiene los ojos muy abiertos.

—¿Y adónde diablos voy a ir? —replica ella, y empuja a su vez a Luca. Este se gira y empieza a disparar a algunos alemanes que están en la calle.

—¡Vete ya! —vuelve a gritar—. ¡Te van a disparar!

En sus ojos, Elodie no solo puede ver terror, sino una desesperada preocupación por su seguridad.

Elodie todavía está de pie frente a él, paralizada, y Luca, desesperado por alejarla del peligro, le da un violento empujón que la envía en la dirección contraria al fuego. Luca se para en medio de la calle y empieza a dispararle a un tanque que se avecina, mientras Elodie corre de vuelta al Café Dante.

PORTOFINO, ITALIA

OCTUBRE DE 1943

La pequeña habitación que Angelo le ofrece a Elodie es tan blanca que casi parece monástica. Las paredes de yeso son tan lisas como el mármol y la colcha color blanco y azul no muestra señal alguna de uso.

Sola en su habitación, Elodie oye que el teléfono empieza a sonar y Angelo contesta; le dice a una mujer que irá a examinar a su hijo con fiebre. En una voz suave y baja, escucha que le instruye a la madre para que mantenga una toalla de mano fresca sobre la cabeza del chico.

Cuando habla, Elodie puede percibir su amabilidad. El mismo tono melódico que solía oír en la voz de su padre.

—Estaré allí en unos minutos. Trate de mantenerlo cómodo —dice antes de colgar el teléfono. No le informa a Elodie de que va a salir. Ella solo oye que abre y cierra su maletín médico y que sale por la puerta.

Durante unos minutos, Elodie considera quedarse dentro de su habitación, pero se ve superada por la oportunidad de averiguar más acerca del hombre que le ha dado refugio temporal. Con el paso de los últimos meses, ha aprendido a reunir la mayor cantidad de información posible; en especial cuando nadie la ve. Abre su puerta y sale al pequeño salón, donde él le leyó en voz alta unos días antes.

Pasa por la diminuta cocina, frente al tazón lleno de caquis y los platos de cerámica pintados con flores. Sobre la mesa del comedor cuelga una pequeña pintura de la *Madonna* y su hijo. Debajo hay un león en miniatura, tallado, de una oscura y exótica madera que parece fuera de lugar entre las novelas y las conchas de mar.

Pronto se encuentra al final del pasillo principal. Allí hay una puerta arqueada cerrada, como si se tratara de un secreto. Elodie aprieta los puños, pero no puede contenerse. Posa su mano sobre el picaporte y se da cuenta de que la puerta no está cerrada con llave. La empuja y entra.

Elodie no tiene palabras para lo que descubre. La habitación completa está empapelada con palabras. Cartas ahora amarillas y decoloradas cuyos bordes son del color del café.

Siente como si hubiera entrado en una tumba de cartas de amor perdidas. Mira hacia arriba y

hacia abajo. Escudriña cada lado y cada esquina. Entre algunos parches de azul con nubes blancas, las amarillentas cartas están pegadas a la pared. Entre las dos camas individuales, cada una cuidadosamente cubierta con una colcha de flores color azul pálido, hay un retrato de bodas.

Elodie lo levanta y mira con fijeza la imagen, que sabe debe de ser de Angelo y su novia. Los rasgos, aunque más jóvenes, son los suyos, sin duda. Ve el denso cabello y el arco de sus cejas. Y, por último, su boca, que no es carnosa como era la de Luca, sino de labios delgados.

La novia es de una belleza casi inquietante, en especial sus enormes ojos, semejantes a los de un ciervo. Lleva puesto un vestido dulce e inocente, carente de sofisticación. En su cabello negro se entreteje una corona de flores blancas.

Elodie devuelve cuidadosamente el retrato a su lugar e inclina el cuello hacia el techo. No hay un solo hueco de yeso blanco expuesto, ya que cada centímetro está cubierto por el brillante color azul del cielo o por algún trozo de papel. Mira una de las cartas más cercanas y observa la perfecta caligrafía. Lee las oraciones ondulantes que hablan del calor del desierto, de la añoranza por su esposa y de la emoción por ver a su hijo.

Justo por encima de esta, prendido como una hoja a su enredadera, hay un poema y, todavía por encima de este, otra carta que habla de un hombre llamado Tancredi, de un muchacho llamado Nasai y de un corazón que añora ver a su *limonina*. Elodie tiene el corazón en la garganta. Ahora siente que ha entrado sin permiso a un sitio reservado para unos ojos que no son los suyos; que ha violado la intimidad de un baile privado creado para dos personas, no para tres.

Con velocidad, camina por la puerta arqueada para salir al pasillo y se asegura de cerrarla perfectamente tras de sí.

Incluso sin la presencia de Angelo, la casa solloza en silencio. Elodie puede oír su tristeza, como un gemido bajo que avanza velozmente por el pasillo.

Regresa a su habitación y se hace un ovillo sobre la cama, tratando de borrar todo pensamiento relacionado con el cuarto de las cartas pegadas en la pared. Al mismo tiempo desearía poder tener algo escrito por la mano de Luca. El aroma impregnado en su jersey ya se está desvaneciendo. Incluso ahora, no está segura de si es el olor de lana húmeda o del sudor de Luca el que ha llevado consigo durante semanas para inhalarlo cada vez que necesitaba sentirse cerca de él.

Quiere eliminar todos los demás pensamientos trágicos que inundan su cabeza. No quiere pensar en las notas que parecen sollozar en la composición de la esposa de Lobo, ni en la mujer que las compuso para el hombre al que amaba. No quiere pensar en su madre, sola sin ella, ni en el destino de su chelo.

Todavía está tan cansada que no puede ni pensar en huir a otro sitio, o en tomar otro barco hacia un lugar en el que pueda intentar perderse.

En lugar de eso, sus manos empiezan a explorar su cuerpo en privado. Ya van dos ciclos que

se salta y ahora Elodie está segura de que una parte de Luca está creciendo en su interior. Se sostiene los senos y percibe su nueva plenitud, los pezones tan sensibles que el mero roce de su blusa la incomoda. Ya está acostumbrada a las náuseas matutinas de cada día, pero la fatiga que experimenta la deja como aplastada. Jamás se ha sentido así de exhausta, ni siquiera cuando tuvo que correr por la ciudad entregando armas. En ese entonces, su cuerpo se sentía fuerte y lleno de energía, no agotado hasta los huesos como ahora. Lo único que quiere hacer es cerrar los ojos, dormir y despertar sabiendo que todo lo sucedido en los últimos seis meses no ha sido más que una horrible pesadilla.

Una hora más tarde, Angelo regresa a casa. Elodie oye el ruido de su maletín cuando lo deja sobre la mesa, el de sus pasos que caminan hasta la cocina y el de la cerilla que enciende sobre el flujo de gas del hornillo. Los sonidos de su retorno le son extrañamente tranquilizadores. Los interpreta como los de un hombre que se ha reconciliado con sobrevivir a solas.

Elodie aparta la mano de su abdomen y se endereza la blusa. Se levanta, se ajusta la cintura de la falda y trata de alisarse el cabello.

Camina hasta el salón. No quiere parecer ingrata con su anfitrión. Necesita el refugio que le ofrece, este silencioso oasis de calma; es un sitio que aceptará con agradecimiento hasta que su embarazo empiece a evidenciarse. Sin embargo, cuando su cuerpo ya no sea capaz de ocultar este secreto en particular, Elodie se pregunta si Angelo le pedirá que se marche.

La primera semana que se aloja en su casa, Elodie intenta no hacer demasiadas preguntas. Es una invitada en un lugar que contiene muchos relatos, una historia que aún no ha logrado descifrar, así que trata de encontrar pistas en lo que puede ver a su alrededor. Lo estudia a él y trata de dar algún sentido a lo que observa en sus rasgos y en sus expresiones, o en los ritmos que mantiene dentro de su hogar.

Lo que sabe a ciencia cierta es que es muy delicado. Camina con pasos ligeros y toca las cosas con suavidad. Incluso la manera en que le da vuelta a la salsa sobre el hornillo es de una gentileza sorprendente de encontrar en un hombre.

Pronto establecen una forma para llenar el espacio que hay entre ambos. Por las mañanas, cuando ella sale de su habitación para desayunar, él adivina su preferencia por tomar solo pan tostado y café con tal cantidad de leche que casi parece blanco cuando lo remueve con la cuchara.

Él la percibe como menos inquieta que otras personas a las que les ha dado asilo, aunque todavía no está seguro de si solo se trata de una máscara que utiliza para ocultar algo más profundo que no puede ver aún.

Angelo se da cuenta de que ella ama los libros casi tanto como él. Cuando ella cree que está

distraído, él la sorprende de reojo dando un vistazo a alguna de las novelas que tiene repartidas por toda la casa. No le ha leído a nadie en voz alta desde la muerte de Dalia y, ahora, la capacidad para compartir un buen libro con alguien más le da sustento a su corazón, al tiempo que termina por romperlo. Lleva años intentando perderse en sus libros, enterrar su dolor en la lectura de las vidas de otras personas. Ahora, cuando pasa las páginas de alguna novela, se da cuenta de que no solo lee para perderse, sino para poder conectarse con esta extraña y nueva mujer que se sienta al otro lado de la mesa. Las palabras y las oraciones no solo hilan su propia trama, sino una historia nueva. La que existe entre Elodie y él.

VERONA, ITALIA

SEPTIEMBRE DE 1943

Elodie no ve cuando los nazis arrastran a Lena y Beppe al interior del camión. Escucha la noticia de boca de Luca más tarde. En el estudio, Maffini está acostado sobre una mesa de madera. Tiene los pantalones cortados a la altura la rodilla para descubrir la herida de bala. Berto observa mientras Brigitte envuelve la pierna de su amigo con tiras de lino. Él la mira con asombro. Desde un inicio, Brigitte no quiere que nadie la ayude, ni siquiera Martha o Giulia, que son enfermeras formadas. Se lava las manos en un cuenco y regresa junto a Maffini.

—Hay que sacar la bala —le dice Martha.

—¿Tú podrías hacerlo? —le pregunta Brigitte.

Su voz es seria, calmada e imperturbable. Elodie se esfuerza por reconciliar sus recuerdos de Brigitte, vestida con blusa de seda y collar de perlas, con la guerrera que tiene delante, que horas antes se ha ajustado un rifle a la espalda y ahora está atendiendo heridas de batalla.

—No —le responde Martha al tiempo que niega con la cabeza—. No tengo experiencia quirúrgica. Necesitamos encontrar un médico de inmediato. Si se le gangrena la pierna, tendrán que amputársela.

Elodie oye los gemidos de Maffini. Berto y Brigitte están desesperados y tratan de encontrar alguna manera de aliviar el dolor de su amigo. Berto trata de ofrecerle un trago de *grappa* al tiempo que Brigitte aprieta los vendajes para procurar controlar la hemorragia.

Ha sido Luca quien ha cargado a Maffini por la escalera y hasta el estudio, y quien le ha rajado los pantalones para descubrir el orificio de entrada de la bala. También le ha dicho a Elodie que han capturado a Lena y a Beppe.

—Ha habido seis muertos y varios miembros de nuestro grupo han terminado en la prisión de Edderle... Uno de los hombres ha visto que se llevaban a Lena y a Beppe en otro todoterreno que se dirigía hacia el Palazzo dell'INA cerca de la piazza Bra. Tenemos que sacarlos de allí.

Elodie está temblando.

—Eso lo podremos planear después —dice Brigitte por encima del ruido de voces—. Pero en este momento lo que necesitamos es encontrar un médico. Ya no podemos esperar más.

Orsina se acerca a la mesa del comedor y contempla a Maffini. El rostro del joven es tan blanco como el algodón.

—¿Y si llamamos al doctor Tommasi? —le susurra a Elodie.

Elodie sabe que no hay nadie tan amable ni tan fiable como el doctor Tommasi. Ayudó a su madre en su parto, cuidó de su padre después de la paliza de los fascistas y fue quien le informó de su muerte.

—Mi madre puede encontrar a alguien que nos ayude —le comenta a Brigitte.

Brigitte la contempla con firmeza.

—Que venga cuanto antes.

Elodie se da la vuelta para salir de la sala, pero Brigitte la detiene.

—Tú no, Elodie. Que vaya tu madre. Será menos sospechoso. Ya no podemos arriesgarnos a perder a alguien más después del día de hoy.

Mientras Orsina va en busca del doctor Tommasi, Brigitte le dice a Luca que se cambie de ropa.

—Estás cubierto de sangre —le indica. Elodie mira con fijeza a ambos. Brigitte no se inmuta, ni siquiera ante la imagen de tantísima sangre.

—Elodie —le ordena—, ve al cuarto y dale algo de la ropa de Berto a Luca. No puede salir así.

Luca la sigue a la habitación de atrás, donde se encuentra el baúl —vacío de armas—, donde el peine y el cepillo de plata de Brigitte se encuentran intactos sobre la mesilla de noche.

Dentro del guardarropa, Elodie encuentra un par de pantalones oscuros y una camisa blanca. Ve a Luca de pie junto a la mesa, su figura reflejada en el largo espejo colocado frente a la cama.

Está parado allí, temblando. Su camisa está manchada de la sangre de Maffini. Su rostro está oscurecido por algunos parches de barba incipiente; su piel está cubierta de tierra y de sudor.

—Ven aquí —le dice Elodie con delicadeza.

Pero no puede moverse. Parece que al encontrar un momento para respirar sin tener que disparar, salvar a alguien o correr, su cuerpo se niega a funcionar por un momento, de modo que Elodie camina hasta donde se encuentra.

Deja la ropa de Berto sobre la cama y empieza a desabotonar la camisa de Luca. Sus dedos se mueven con rapidez y eficacia. Este no es el modo en que imaginó que lo desvestiría por primera vez, pero ver su piel y la forma de sus músculos la hacen estremecerse de todas maneras. Le quita la camisa y, de repente, él toma su mano y la presiona contra su pecho a la altura del corazón.

—Se han llevado a Beppe... Se han llevado a Lena. Han matado a Luigi y a Franco... —Elodie no conoce a los hombres cuyos nombres está pronunciando, pero en cuanto menciona a Lena empieza a llorar.

—Lena... ¿Qué van a hacerle, Luca? No puedo tolerar la idea de que la torturen.

—No podemos pensar en eso ahora, Elodie. —Le acaricia la mejilla para tranquilizarla—. Vincenzo ya está planeando la manera de sacar de la cárcel a los hombres capturados por los

alemanes. Trabajaremos con él para sacar a Beppe y a Lena también.

Elodie se siente protegida por el roce de sus manos, por la calidez de su piel. Justo fuera de la puerta puede oír que los demás hablan y se mueven. Brigitte les está diciendo que deben dispersarse. Susurran las direcciones de los sitios en los que los hombres pueden ocultarse.

—Limpiaos en el lavabo de allí. Peinaos y haced lo posible por parecer buenos fascistas italianos. Después perdeos por ahí.

Luca se pone la ropa limpia, toma a Elodie entre sus brazos y la besa una vez más.

—Tengo que ir en busca de Vincenzo —le dice—. Averiguaremos la manera de liberar a nuestros hombres de la cárcel... y a Lena y a Beppe de la Gestapo... Te lo prometo.

Luca sale del estudio de Berto justo al ocazo. Ya casi es el toque de queda y sabe que los alemanes estarán patrullando con todavía mayor intensidad en busca de los hombres que han evitado ser capturados.

Llega el doctor Tommasi, escoltado por Orsina, que en su sencillo vestido de estar por casa y con el cabello suelto parece más viva que nunca. Elodie se maravilla de la forma en que su madre parece haberse transformado en las últimas veinticuatro horas.

Martha hierva agua para el médico mientras Giulia coloca sus instrumentos sobre una llama a fin de esterilizarlos. Brigitte sostiene la cabeza de Maffini y trata de darle a beber *grappa*, pero el dolor de la extracción de la bala es insoportable. Brigitte toma una toalla de mano, la empapa de *grappa* y se la da a Maffini para que la chupe con la esperanza de que calme sus impulsos por gritar.

Una vez que el doctor Tommasi retira la bala y sutura la herida, se gira hacia a Orsina y sacude la cabeza.

—Cada vez que me llamas, arriesgo mi vida con tal de curar al paciente... Tienes suerte de que un rincón de mi corazón siempre ha sido tuyo, Orsina.

Orsina se dirige al médico mientras se enjabona las manos en el lavabo.

—Te lo agradezco, Carlo —le dice, y besa sus dos mejillas para mostrarle su agradecimiento—. Jamás olvidaremos tu ayuda.

A la mañana siguiente, Luca y Vincenzo llevan a cabo una incursión exitosa en la prisión de Scalzi, donde están presos el resto de los hombres. Después de trepar por los muros, algunos corren hacia el campo para buscar asilo con los granjeros dispuestos a ocultarlos, mientras que otros se dirigen hacia las montañas para unirse a los partisanos.

—Necesitamos mover a Maffini. Ya es un pequeño milagro que los alemanes no hayan venido hasta aquí a buscarlo. Seguro que ya habrán registrado su piso.

—No podemos trasladarlo por las calles. No puede caminar. Su herida es más que evidente y

nos incriminará de inmediato —expone Brigitte con desesperación.

Su frialdad se está templando tras la intensidad de los últimos dos días y Berto se ha marchado para asistir a una reunión secreta.

—Tengo una idea —anuncia Orsina—: necesitamos encontrar la ropa de un anciano. Una boina, un bastón e, incluso, algún abrigo viejo. Estoy segura de que podemos acompañarlo algunas manzanas a un sitio donde estemos más a salvo si lo disfrazamos de esa manera.

Mientras Orsina y Brigitte afinan los detalles para trasladar a Maffini a un lugar seguro, Luca le dice a Elodie que debe marcharse a casa y presentarse a sus clases en el Liceo para mantener la consistencia de su rutina.

—Es esencial que sigas pareciendo la inocente estudiante de música —le insiste—. Solo Dios sabe lo que les estarán haciendo a Lena y a Beppe para sacarles información.

Elodie se estremece de horror. Saber que Beppe y su mejor amiga están bajo captura le provoca un dolor que la atraviesa. Por lo que le sucedió a su padre, sabe de las terribles medidas que utilizan con los prisioneros durante sus interrogatorios y es difícil tolerar la idea de que Beppe y Lena tengan que soportar tal brutalidad. Cierra los ojos y, en silencio, ruega por ellos.

En el Pallazzo dell'INA, llevan a Lena a una habitación erigida con bloques de cemento en la que no hay nada más que una mesa de metal, tres sillas y un foco que cuelga del techo. Tiene las manos atadas a la espalda y no ha bebido ni comido nada desde que la capturaron la noche anterior.

Después de varios minutos, aparecen dos hombres. Ambos visten uniformes de la Gestapo.

—¿Lena Galvetto? —le pregunta uno de ellos. Su italiano tiene un marcado acento alemán y su rostro se asemeja al de un halcón.

Lena no responde, sino que se limita a levantar la cabeza para mirarlo a la cara. Sus ojos azules son tan fríos como el hielo.

Nota que el hombre se estremece brevemente ante su mirada.

—Qué ojos tan azules y qué cabello tan rubio... —dice mientras se acerca a ella—. Pareces más alemana que italiana —afirma mientras la observa detenidamente.

Una vez más, Lena rehúsa a contestar. Quiere escupirle en la cara, pero estos dos hombres le dan miedo. Podrían golpearla y violarla. Ha oído todas las cosas terribles que les hacen a las *staffette* capturadas antes de meterles una bala en la cabeza.

—¿Sabes por qué estás aquí, Lena? —El alemán se sienta en una de las sillas y abre un archivo—. Hay tantas cosas que sabemos de ti, tantísimas... —Emite un leve chasquido con la lengua.

»Es una lástima lo de los Moretti. Fuiste una niña tan buena al tratar de ayudarlos...

Los ojos de Lena chispean y siente cómo su espalda se pone tensa. Tiene de punta cada vello de su cuerpo.

—¿Has oído lo que les sucedió a los Moretti? Fue una verdadera pena...

Cierra los ojos. No les dará ni un ápice de su dolor. Ella se apoderará de su pesar.

El nazi empuja su silla a centímetros de donde se encuentra Lena con las manos todavía atadas tras la espalda. Coloca su rostro tan cerca del de la muchacha que esta puede oler el tufo de cerveza en su aliento. Él ignora sus ojos cerrados y su cabeza gacha. Sabe que no tiene posibilidad de escapar, de modo que, de manera gradual, como para maximizar el dolor de lo que va a decirle, le detalla el destino de los Moretti.

—Gracias a tus documentos falsos, Lena, en efecto lograron llegar hasta la frontera suiza.

Ella mantiene los ojos cerrados. No quiere escuchar sus palabras, pero de todos modos la atraviesan como una espada atraviesa el aire.

—Viajaron toda la noche a través del frío y de la oscuridad. El contrabandista que los llevó hasta la frontera les dijo que cortaran un agujero en la cerca de alambre de púas para atravesarla. Y es que, ¡ah!, en el instante en que dieran un paso en territorio suizo, todos estarían a salvo.

El hombre camina alrededor de Lena, dando vueltas a la habitación con una sonrisa sardónica.

—Pero tus judíos no fueron inteligentes, Lena; nada inteligentes, de hecho. Primero pasa papá para ayudar al pequeño Luigi, y, después, tendría que haber cruzado mamá. Pero el pequeñito queda enganchado en el alambre. ¿Puedes imaginártelo?! Viajas tanto tiempo por el frío y la oscuridad para llegar a la verde y segura Suiza, con sus vacas y su leche dulce y, al final de todo, ¡el pequeño Luigi se engancha en la cerca!

Ahora, Lena no puede dejar de temblar. Las lágrimas están justo detrás de sus párpados, pero se niega a abrir los ojos. Se resiste a dejar que una sola lágrima se derrame por sus mejillas y les dé la satisfacción que buscan.

—Pues el pequeñito suelta un chillido que casi es imperceptible para los oídos humanos, pero uno de nuestros enormes e inteligentes pastores alemanes logra oírlo. Qué sonidos los de esos perros furiosos que corrieron hacia mamá y papá y Luigi en la oscuridad... ¿Te imaginas la sinfonía, Lena?

Empieza a agitar sus brazos como si fuese un director con una batuta y una orquesta completa frente a sí.

—Venga... ¡Si tú te dedicas a la música! ¿Puedes imaginar el sonido de los perros ladrando, del chiquillo llorando y de la madre rogándole a su marido que tire más fuerte para liberar al pequeñito?

Lena siente que el estómago se retuerce en su interior. Piensa que terminará vomitando sobre la mesa. Aprieta los ojos para tratar de bloquear el dolor.

—Pues bien, los perros llegaron hasta ellos antes de que el padre pudiera desenganchar a su hijo. Él ya estaba a salvo en el lado suizo y solo quedaban su mujer y su hijo en el lado de Italia.

El hombre hace una pausa, como si estuviera contemplando la escena. Después, lentamente,

sonríe para revelar sus dientes blancos y relucientes.

—¿Y te puedes creer, Lena, que, cuando el oficial le dio al *signore* Moretti la oportunidad de dejar atrás a su esposa y a su hijo y salvarse a sí mismo, él regresó por el agujero tan solo para estar con su familia...? ¿Te puedes creer la estupidez de ese imbécil?

»No hicieron falta más que tres balas para terminar con el sufrimiento de todos.

El hombre se gira hacia el segundo oficial de la Gestapo y suelta una carcajada.

—Menudos estúpidos estos judíos, ¿verdad?

El interrogatorio de Lena se demora más de tres horas. El joven oficial de la Gestapo se marcha y, pronto, llega otro: este más grande y fuerte que el que permanece en la habitación. A los pocos minutos de su llegada, agarra el cabello de Lena para obligarla a abrir los ojos y le arroja agua en la cara. Cuando al fin abre los ojos, el agente de la Gestapo le muestra fotografías de los Moretti tras dispararles para demostrarle que le han dicho la verdad.

—Dinos los nombres de cada una de las personas que asistieron a tus reuniones y te ahorraremos la bala que debería dar fin a tu miserable vida.

Le está sonriendo.

—Vamos, pequeña *Fraulein*.

El hombre empuja una hoja de papel y un bolígrafo hacia ella. Lena no se inmuta.

Los dos hombres tienen todo el tiempo del mundo. Uno le arranca la blusa mientras el otro se quita el cinturón. Cuando la hebilla de bronce alcanza su hombro, Lena cae hacia delante y se golpea la cabeza contra la mesa por la fuerza del latigazo. Pero su quejido es casi imperceptible. Utiliza cada gota de su fuerza para tratar de silenciarse a sí misma. No les dará el placer de verla sufrir.

Después de dos horas de golpes e insultos, Lena empieza a trascender su dolor. Después de los últimos latigazos, levanta la mirada para ver a sus torturadores. Sus ojos vidriosos brillan con una resistencia completamente propia.

—¡Esos ojos! —dice el agente de mayor edad—. ¡No soporto verlos más!

—¡Dinos sus nombres! —grita su compañero, acercando su rostro al de Lena—. Dínoslos y no te destrozaremos esos bonitos ojos que tienes.

El rostro de Lena es casi irreconocible. La han golpeado con tal fuerza que sus mejillas están pintadas de rojo, azul y morado. Y sobre su espalda, donde el cinturón del oficial ha dejado infinidad de verdugones, su sangre mana de varios sitios.

—¡Dinos sus nombres! —chillan de nuevo mientras golpean la mesa con sus puños.

—¡Esta es tu última oportunidad para salvar tus ojos!

Lena vuelve a levantar la mirada al oficial mayor y abre los ojos todavía más, a pesar de que su rostro se está inflamando más con cada momento que pasa.

No menciona ni un solo nombre. Los hombres vuelven a atarle las manos tras la espalda y

hacen entrar a otro agente nazi que trae consigo una bayoneta que ha colocado al fuego. Con cada fibra de su ser, Lena lucha por no gritar cuando la ciegan, pero el dolor es demasiado y un grito desgarrador estalla en su garganta.

Cuando terminan con ella, atan un vendaje sucio alrededor del sitio donde solían estar sus ojos y la arrojan a la parte trasera de un vehículo. Conducen hasta la via Pelliciai y tiran su cuerpo frente al edificio de apartamentos en el que viven sus padres.

—¡Todavía estás a tiempo de salvarte el pellejo, Lena Galvetto! Tus padres están allí arriba. Todavía podrían cuidar de ti. ¡Solo dinos los nombres!

Ahora tirada sobre el pavimento, Lena no emite sonido alguno, aunque desde arriba, después de abrir las ventanas, los gritos de su madre atraviesan la noche.

Finalmente, cuando el oficial da la orden, uno de los soldados apunta su rifle y le dispara a Lena en la cabeza.

VERONA, ITALIA

SEPTIEMBRE DE 1943

Los hombres a los que no arrestaron o asesinaron ahora están desperdigados por toda la ciudad, escondiéndose como animales en fuga. Otros tratan de llegar hasta las montañas. El día siguiente después de la batalla de la piazza delle Poste, los alemanes irrumpen en la librería de Luca. Aunque todas las armas ocultas se sacaron de los libros de la trastienda, descubren los libros restantes con los huecos creados para ellas, así como los periódicos antifascistas, por lo que expiden una orden para su arresto. Luca encuentra a Elodie en su casa con Orsina.

No tiene el valor para explicarle que han cegado a Lena antes de matarla, ni que Beppe ha muerto frente a un pelotón de fusilamiento. En lugar de eso, le dice lo obvio:

—Es demasiado peligroso que se quede cualquiera de nosotros. Nos están cazando. Es el momento de que nos vayamos a las montañas.

Orsina niega con la cabeza.

—No podemos irnos a las montañas, Luca. Ni Elodie ni yo sobreviviríamos en esas condiciones. —Se vuelve hacia su hija—. Si tenemos que irnos a algún lugar, debería ser a Venecia. Allí podremos ocultarnos con facilidad.

Luca no está de acuerdo.

—Ninguna de las dos puede irse a ninguna parte con sus propios carnés de identidad. Dada la amistad de Elodie con Lena, casi seguro que ya se ha expedido una orden de arresto para ella.

—¿Y qué otra opción tenemos? —plantea Elodie—. No podemos quedarnos aquí a esperar a que la Gestapo llame a nuestra puerta.

—En las montañas hay alguien que está con mi hermano y que puede hacernos documentación falsa. Solo hace falta una fotografía de cada una, y yo me haré cargo.

—Es más probable que te atrapen tratando de volver a la ciudad —le señala Elodie—. Déjame que vaya contigo y después me marcharé a Venecia con mi madre.

Las mujeres intercambian una mirada silenciosa. Orsina no quiere que Elodie viaje a las montañas, y esta no quiere que Luca se arriesgue a regresar a la ciudad una vez que se haya marchado.

Orsina no quiere ceder. Está llena de una nueva fuerza que sorprende a su hija.

—Mamá —le dice Elodie en un tono suave, pero insistente—. No hay tiempo para discutir.

Iré para conseguir los nuevos carnés de identidad y, después, nos marcharemos a Venecia. Te lo prometo.

Fuera, sigue oyéndose el ruido de las detonaciones. Luca camina frente a Orsina, que está de pie, rígida como un soldado en su propio salón. Luego aparta una de las cortinas para asomarse a la plaza.

—Sigo muy preocupada por Lena y Beppe en el Pallazzo dell'INA —confiesa Elodie. Luca la mira y ella interpreta su mirada—. No... No me digas que...

Él no le responde y su silencio la atraviesa como si se tratara de una flecha.

Luca quiere tomarla entre sus brazos para consolarla, pero Orsina llega hasta ella primero.

—También nos ejecutarán a nosotros si nos encuentran —les dice Luca a ambas mujeres—. Tenemos que irnos hoy mismo.

Luca no tiene posibilidad de regresar a la librería, de modo que planea su fuga mientras las mujeres empaquetan algunas cosas esenciales con velocidad.

Le indica a Elodie que vaya en bicicleta hasta la ladera de la montaña, donde se vieron antes.

—Si no estoy allí, empieza a subir hasta donde nos encontramos con Rafaella y los demás la última vez. Trae las fotografías de las dos.

Se gira hacia Elodie, que sigue temblando, horrorizada por las muertes de Lena y Beppe.

—*Signora Bertolotti* —dice—. Quiero darle las gracias por todo lo que ha hecho. Es usted increíblemente valiente.

—No soy valiente, Luca. Perdí a mi marido a manos de los fascistas y no pienso perder a mi hija ante los alemanes. —Lo mira con intensidad—. Te estoy confiando a Elodie. Cuídala con tu vida.

Luca asiente.

—No hace falta que lo diga.

Elodie abraza a su madre y le susurra que empaquete pocas cosas.

—No nos hace falta mucho, de modo que llévate solo lo esencial. No queremos llevar demasiadas cosas en el tren y llamar la atención.

Orsina asiente.

—Vuelve pronto, *carissima*. Lo tendré todo listo para ese momento.

Elodie pedalea con velocidad y sale por las rejas de la ciudad, el aire acariciándole el cabello y levantándole la falda por encima de las rodillas. Una vez que se aleje de la ciudad, todavía tendrá que viajar varios kilómetros hasta llegar al pie de la montaña. Hay soldados alemanes por doquier. Están en cada esquina, vestidos con sus uniformes verde olivo, sus rifles en posición horizontal y sus miradas duras bajo los cascos de acero.

Cuando llega hasta la Porta San Zeno hay un control en el que varios soldados comprueban los papeles de los civiles que pasan por allí.

Deja de pedalear y clava los pies contra el pavimento para frenar la bicicleta.

—¿Papeles? —le pide un alemán. La mira directamente a los ojos y Elodie se pregunta si

puede ver los rastros de lágrimas sobre sus mejillas.

No quiere darle su carné de identidad por temor a que ya aparezca en alguna lista de la Gestapo.

Sonríe y mete una mano en su bolso para fingir que lo está buscando.

Se sonroja y se vuelve hacia él.

—Debe de estar por aquí, en algún sitio —le dice.

Tiene el rostro enrojecido por haber ido pedaleando. El botón superior de su blusa está desabrochado y se da cuenta de que el soldado se está asomando para echar una ojeada a su pecho.

Ella vuelve a inclinarse sobre su bolso, esta vez más abajo.

—Sé que está por aquí. Qué tonta soy. Salí de la casa tan rápido...

Elodie levanta la mirada y trata de canalizar el espíritu de Lena. Ofrece su sonrisa más seductora y parpadea con timidez.

—Vivo en esta calle. Déjeme volver a casa y se la traigo. Debo de haberla dejado en la mesa de la cocina.

Se toca el botón de la blusa y vuelve a sonreírle al soldado.

—No es necesario que lo haga, pero no vaya muy lejos. Volverán a pedirle sus papeles en todas las salidas. Nos han ordenado que hoy estemos al tanto de los traidores que intentan escapar de la ciudad.

—Pues, por supuesto, no se trata de mí —dice Elodie, al tiempo que imita un saludo militar frente al alemán. Él queda encantado con el gesto.

—Por supuesto que no —le responde, y le hace un gesto para que siga adelante.

Elodie continúa por la ruta que lleva a las montañas. Se cruza con muchos alemanes más de camino, pero ninguno de ellos se molesta en detener a una joven que va en su bicicleta y que pedalea feliz mientras el aire le alborota el cabello. No puede imaginarse cómo lo hará Luca para pasar entre todos esos soldados. Reza por que él ya cuente con sus propios documentos falsos.

Después de una hora, llega al punto en el que se vio con Luca casi una semana antes. No lo encuentra allí, así que oculta su bicicleta entre los arbustos y empieza el largo ascenso.

El aroma de los enebros y los pinos le resulta vigorizante. A causa de la invasión alemana, aún no había tenido oportunidad de detectar el aroma del otoño en la ciudad, pero a solas, en el silencio del bosque, camina con los rayos dorados del sol a sus espaldas y disfruta de un momento en el que no tiene que estar en guardia.

Encuentra sin dificultad el sendero por medio de señales visuales. Recuerda esa roca en la que se ató el cabello con una pañoleta y, más adelante, el sitio donde se detuvo para recuperar el aliento. Sigue cada curva del camino y recuerda el momento en el que miró a Luca y él la miró a ella. Al fin llega al último tramo, donde debe apartar varias ramas para adentrarse en la maleza.

De repente, de entre los árboles, oye pasos sobre las hierbas.

—¡Alto! —ordena una voz enérgica.

Lo primero que ve es un rifle. Después, el cuerpo que lo sostiene. Se trata de un chico alto y delgado de no más de diecisiete años. Está vestido con un desteñido uniforme verde, lleva puesto un suéter con cuello en V por encima de su camisa y tiene un pañuelo atado alrededor del cuello. Elodie mira hacia abajo y ve que lleva un cinturón repleto de cartuchos.

—Soy Libélula —dice Elodie con calma—. Trabajo con Delfín. —Jamás ha llamado «Delfín» a Luca, pero se da cuenta de que debe utilizar sus nombres en clave.

El chico la mira de arriba abajo y se comporta como cree que debería hacerlo un hombre, no un niño. Elodie no está segura de si está tratando de determinar si ella es quien dice ser, o si solo está ansioso por contemplar a una mujer.

Elodie empieza a caminar hacia él. El chico baja el rifle y comienza a andar delante de ella. No dice nada y ella lo sigue en silencio.

Después de caminar sin hablar durante varios minutos más, la conduce hasta un campamento improvisado. Hay cinco hombres sentados en torno a una fogata y están calentando latas de comida. Primero ve a Rafaelle, su enorme corpachón y su mono son fáciles de identificar. Tiene un enorme mosquete sobre su regazo y antes de que tenga oportunidad de hablar, levanta la mirada y la ve. Una sonrisa cruza su rostro.

—¡Libélula! —exclama. Levanta el mosquete y se lo coloca al hombro antes de ir hacia donde se encuentra ella.

—Dichosos los ojos...

Los demás hombres que están junto a la fogata se giran hacia ella y sonríen con agrado. Rafaelle le coloca una de las manos sobre su hombro.

—Sé que mi hermano estará contento de verte.

Elodie sonríe, aliviada de que Luca haya llegado sano y salvo al campamento.

—Ha salido a patrullar, volverá en menos de una hora. ¿Has traído tu fotografía y la de tu madre? —Elodie asiente y le da unas palmaditas a su bolso—. Excelente. Entonces déjame que te presente a nuestro experto en falsificaciones, Giorgio. También conocido como Halcón. Está en esa tienda de por allí.

Van hacia una tienda de campaña donde hay una mesa y una radio. Giorgio sale de ella con un cigarrillo colgándole de los labios.

—Halcón, te presento a Libélula. Una amiga de mi hermano y una de nuestras *staffette*.

El hombre extiende una mano.

—*Piacere*. Es un placer.

—Ha traído las fotografías para la documentación nueva. ¿Puedes hacerla de inmediato? No va a estar con nosotros durante mucho rato..., por desgracia.

—¿No? Es una lástima —responde Giorgio con una sonrisa—. Creo que Jurika necesita compañía femenina. Esa maestra rubia que llegó el otro día no parece estar haciendo migas con ella.

Rafaelle suelta una carcajada y le da un manotazo al hombro de Giorgio.

—Dale las fotografías, Libélula.

Ella se las entrega y Giorgio los hace pasar a la tienda.

—No tardaré mucho —dice, con un guiño—. ¿Por qué no te sientas?

Elodie observa cómo Giorgio saca dos carnés de identidad de una caja de metal. Llevan el sello fascista en el anverso. Él prende una lámpara con una cerilla y se pone manos a la obra.

Elodie permanece en silencio. Empieza a tararear una obra de Albinoni para no pensar en Lena ni en el alboroto de los últimos días. Intuye la llegada de Luca antes de que él entre en la tienda.

Luca le coloca las manos sobre sus hombros y Elodie se siente abrigada con su mero roce.

—Gracias a Dios que has llegado hasta aquí a salvo —le susurra—. Los alemanes están por todas partes, son como moscas.

—Salid si tenéis que hacer ruido —se queja Giorgio—. ¡No puedo trabajar con todo este parloteo! Esto tiene que hacerse de manera perfecta; de lo contrario, tu noviecita y su madre terminarán con un tiro entre los ojos.

—Sí, sí... Lo siento —se disculpa Elodie—. No sabes lo mucho que agradezco lo que estás haciendo, Halcón.

Su nombre se le atasca en la lengua como si se tratara de un clavo que atrapa un trozo de tela.

Giorgio emite un gruñido y Luca le hace señas a Elodie para que salga de la tienda con él.

—En cuanto termine, quiero que te vayas de aquí. Quiero que toméis el siguiente tren hacia Venecia.

—¿Cómo me localizarás allí?

—También hay una Resistencia en Venecia. Deja que tu madre encuentre un lugar seguro para las dos y, después, espera a que te encontremos. No te preocupes por nada más. Te encontraré, te lo prometo.

Todavía están charlando cuando llegan tres partisanos de forma intempestiva al campamento. Hay una sensación de alboroto. Luca se da la vuelta.

—Son Rita y los demás. Parecen traer noticias.

Elodie se vuelve y ve a una mujer rubia con otros dos hombres que están hablando con Rafaelle y algunos otros partisanos. La mujer es joven, de menos de veinticinco años, y tiene una cara redonda y rasgos delicados. También lleva una pañoleta atada al cuello y un mosquete que parece casi tan grande como ella.

Elodie jamás había oído el nombre de Rita Rosani. Mira a su alrededor para ver si Jurika se encuentra cerca, pero no la ve en el grupo y supone que está patrullando.

—Acabamos de dispararles a dos alemanes a poca distancia de aquí. Se están acercando. Debemos prepararnos.

Casi no puede respirar y la adrenalina parece brotarle de la piel.

Elodie susurra en el oído de Luca:

—¿Quién es esta?

Él todavía está escuchando a Rita mientras le responde a Elodie:

—Es una maestra. Judía. Su familia se mudó de Trieste a Verona. Acaba de llegar a las montañas con una banda de otros tres partisanos que se hacen llamar el Águila.

Elodie mira a Rita y reconoce los rasgos eslavos típicos de las personas originarias de la región de Trieste.

—¿Era maestra de escuela? —Elodie no puede contener su sorpresa. Ve a esta joven armada con un mosquete y trata de imaginársela dando clases a niños pequeños.

—Es una guerrera natural, igual que nuestra Jurika. Eliminó a tres alemanes en Valpolicella. Déjame que te la presente —dice Luca mientras conduce a Elodie hacia Rita.

—Es bueno saber que tenemos a otra mujer que forme parte de nuestras fuerzas —le comenta a Elodie. Se echa el rifle a la espalda y le extiende la mano.

—No se está uniendo a nosotros —interrumpe Luca—. Solo está esperando a que Halcón termine sus documentos.

Rita se vuelve hacia Elodie para verificar que esta no sea una decisión que Luca haya tomado por ella.

—¿En serio? —pregunta Rita.

—Sí —vuelve a responder Luca en su lugar—. Libélula ya ha completado diversas misiones para la Resistencia.

—Ya veo —comenta Rita, mirándola de arriba abajo. Elodie está a punto de decir algo cuando Giorgio la alcanza y le entrega dos nuevos carnés de identidad.

—Te ofrezco dos de mis mejores obras de arte. Libélula, ahora eres Anna Zorzetto, de Venecia.

Elodie estudia las tarjetas; no hay manera en que pueda distinguirlas de las originales. Son magistrales. Llevan un sello en relieve sobre las fotografías de su madre y la suya. Ahora, Orsina es Maria Zorzetto.

Casi no tiene oportunidad de darle las gracias cuando oyen el ruido de explosiones. Raffaele ordena al grupo que se disperse en distintas direcciones.

Alguien coloca un rifle entre las manos de Elodie, y Luca, que ahora está maldiciendo, la empuja del brazo hacia la espesura del bosque.

PORTOFINO, ITALIA

OCTUBRE DE 1943

Elodie ya lleva diez días como invitada en la casa de Angelo. Por las noches, duerme en la habitación de paredes blancas con la colcha azul subida hasta el pecho. Sueña con personas que ya no están con ella: Luca en el bosque, su cabello tan negro como el ala de un cuervo, y la voz de su madre mientras flota desde el cuarto de baño. También sueña con su chelo, silencioso y suplicante, desesperado por que vuelva a extraerle su canto.

Siente que las náuseas empiezan a desaparecer. La paralizante fatiga ha disminuido y le ofrece la oportunidad de moverse.

Angelo la llama Anna y ella siente cómo su cuerpo se vuelve rígido. Ella levanta la cabeza y lo mira a los ojos. Se pregunta si él es capaz de interpretarla como un mapa o una partitura; si sabe que ese no es su verdadero nombre; si sabe que, en algún sitio por debajo de su piel y de sus huesos, su sangre le pertenece a una mujer llamada Elodie.

Él observa cómo la espalda de Elodie se tensa. Cómo vacilan sus ojos. Es como un gato que, de la nada, está en alerta. Él quiere mostrarle que está segura aquí, que su oferta de refugio no implica obligación alguna. Quiere decirle que le complace ayudar a personas demasiado atemorizadas como para pedir esa ayuda. Que está haciendo una especie de penitencia por haber dejado atrás a la mujer a la que amaba y al hijo que anhelaba tener entre sus brazos. Quiere decirle que ella no tiene nada que temer. Observa que se ve atraída hacia sus libros. Nota la manera como lee los títulos cuando piensa que nadie la ve y cómo, en secreto, trata de tocar algunas de las cubiertas o recorrer con los dedos el borde dentado de las hojas. Su Dalia también amaba los libros. El papel, el aroma, la textura, incluso la disposición de las palabras sobre la página; todo ello era una forma de belleza para ella. Y sabía una cosa más: una mujer que ama los libros tiene el alma de una soñadora y cada historia leída se entreteje con la suya.

Mientras ella contempla los libros del salón, Angelo toma un par de ellos de un estante.

—¿Te gusta Moravia o Dante? ¿Stendhal o quizá Fitzgerald?

Él sonríe mientras que el título de *El gran Gatsby* escapa de sus labios. Y, de repente, a causa de esta lista de títulos, Elodie siente que está de regreso en la librería de Luca.

—Tengo un favorito —responde—. *Il piccolo principe*.

—*El principito* —dice él—. Lo conozco muy bien. Uno debe haber experimentado el amor para comprender su significado oculto.

Ella sonríe.

—Sí, llevo mi propio ejemplar conmigo.

Ella queda sorprendida por la facilidad con la que le responde, pero, a fin de cuentas, quiere decirle aunque sea una cosa cierta acerca de sí misma.

—¿De veras? —le contesta—. ¿Podría verlo?

Elodie va a su habitación y saca el libro de su bolso. Ve la portada con el niño que se aferra al paracaídas hecho de pájaros mientras sus pies flotan sobre la luna y, al verlo, quiere llorar.

Regresa a la sala y se lo entrega.

Angelo sonríe y la amabilidad de su rostro la abruma.

—Ven, encontremos un sitio donde sentarnos. Zaccharia tiene fiebre, pero está al final de la calle. Francesca tiene la pierna rota, pero ya se la enyesé y no va a ir a ninguna parte durante varios días. Gherardo tiene noventa y dos años y sufre jaqueca, pero la verdad es que la ha tenido durante los últimos quince. —Emite una breve y suave risa—. Además, por supuesto, está el *Kommandant*, que necesita su inyección de insulina..., pero le gusta que espere a ponérsela hasta las cinco de la tarde, después de que haya tomado su copa de *Schnapps* para amortiguar el dolor de la aguja. Un alemán de lo más valiente, claro está. —Vuelve a sonreír—. De modo que, sin duda, puedo tomarme algunos momentos para leerte el libro, Anna, antes de tener que marcharme.

Angelo levanta la barbilla hacia el sol que entra a raudales por la puerta arqueada que lleva al jardín.

—Pero creo que pasas demasiado tiempo encerrada y eso no es bueno para tu salud. Necesitas aire fresco y sol.

Elodie sonríe. Desde que dejó atrás a su madre, no ha habido nadie que se preocupe por cuidar de ella.

—¿Te parece que salgamos al jardín? Podría leértelo allí.

Angelo percibe su reticencia como una especie de movimiento que altera el aire de la habitación.

—Es privado. Nadie nos verá. Como mínimo te resultará terapéutico.

Ella asiente y Angelo tiene la sensación de que acaba de lograr una pequeña victoria cuando lo sigue hasta el jardín.

En el sol, Elodie tiene que entrecerrar los ojos. Angelo tiene toda la razón, no ha salido desde que llegó y la luz que le incide en los ojos y el rostro la deja casi cegada.

Inhala el aroma de las gardenias y del ahora bien conocido jazmín, y detecta el graznido de las gaviotas que vuelan en las alturas. Abajo puede ver la extensión del océano y el puerto al que

llegó en un primer momento. Visto desde la altura de las colinas, no es más que un pequeñísimo punto lejano.

Cuando él levanta el libro y empieza a abrir sus páginas, Elodie recuerda con agradecimiento la forma en que la eligió de entre la multitud y en que la salvó de los inquisitivos ojos alemanes.

—¿Por dónde quieres que comience? —le pregunta.

—Desde el principio.

Angelo asiente.

—Como prefieras. A mi esposa le gustaba que empezara a leerlos desde el final, para que pudiera saber si debía reservar sus lágrimas.

Elodie reflexiona acerca de esto último por un momento. Le ha repartido una carta, una revelación acerca de su finada esposa.

—A mí ya no me quedan lágrimas —responde mientras mira hacia el mar—. Conmigo puedes comenzar desde el principio.

—Como quieras, Anna —dice mientras regresa a la primera página de *Il piccolo principe*—. Allora...

Pasa una hora volando. Angelo adopta un tono de voz bajo y tranquilizador. Lee acerca de la travesía del principito por los primeros planetas, donde conoce al rey, al hombre vanidoso, al bebedor y al geógrafo. Pero se detiene antes de su parte favorita: el fragmento en que domestica al zorro.

Cuando ella cierra sus ojos, Angelo la estudia durante esos breves momentos robados y silenciosos como buen conocedor de personas desplazadas. Es más complicada que los demás que han pasado por su puerta. Simon, el judío húngaro que llegó con un solo diamante cosido en un bolsillo y que se quedó solo unos días antes de dirigirse al sur. Guido, el soldado de dieciocho años, que llegó al puerto vestido de seminarista después de abandonar su puesto, pero que se delató por las botas militares que seguía llevando. Fue una verdadera suerte que el inspector fascista del puerto no reparara en ellas, pero por fortuna estaba distraído gracias a los pechos impactantes de la chica que iba en ese mismo barco.

A menudo, Angelo recordaba la primera noche en que Guido se había quedado en su casa. Después de beber más de la cuenta de *vino santo*, el chico casi no podía controlar sus emociones. Le insistió en que no era un cobarde y que amaba a su país, pero que no podía morir sobre el helado territorio ruso, adonde sus papeles le ordenaban que fuera. Hubiera preferido Etiopía a Rusia, le dijo entre sollozos. Al menos allí hacía calor. Angelo hizo una mueca. Su mente se había visto invadida por pensamientos de Nasai. Sintió al chico como un fantasma dentro de la habitación. Cuando Angelo bebía, regresaban sus acosadores pensamientos. Las dos personas a

las que había abandonado eran las que más necesitaban de su protección: Dalia y Nasai. La partera le insistió que había hecho todo lo que estaba en su poder para salvar a su esposa, pero no era médico. Angelo no podía dejar de preguntarse dónde se encontraba su predecesor, el doctor Pignone, el día en que Dalia murió. ¿Bebiendo vino en su café favorito o echándose una siesta bajo la higuera de su jardín? El hecho es que no estuvo ni con la partera, ni con su madre, ni con Vanna mientras se esforzaban por salvarle la vida a Dalia.

Jamás le mostró a ese chico, ni a ninguna de las personas que atravesó su puerta, el cuarto de las paredes empapeladas. Cada noche miraba hacia arriba, leía las palabras que le había escrito a su esposa embarazada y dormía rodeado de la sombra de sus palabras. Ahora no eran las palabras las que lo acosaban, sino las dos manos que las habían cortado y pegado a las paredes con tanta devoción.

Esa noche, cuando Guido había ido hacia el cuarto de baño para asearse, Angelo había notado que, al vaciar sus bolsillos sobre el escritorio del cuarto de huéspedes, llevaba una pequeña cuerda con un amuleto de san Jorge. Angelo recordó que muchos de sus compañeros soldados llevaban algo semejante alrededor del cuello cuando había estado en Etiopía. La imagen de san Jorge sobre su caballo, con una espada a su lado, era el regalo que muchos de los padres les daban a sus hijos para que los protegiera. Allí en Portofino, la imagen de san Jorge estaba por todas partes, dado que era el santo patrón del pueblo. Angelo jamás había creído en supersticiones o rituales a pesar de haber crecido con las creencias de su madre sobre el poder de los santos. Ella no solo le rezaba a san Jorge, sino también a san Pedro, el santo patrón de los pescadores. Y cuando Angelo partió a la universidad, añadió otros rezos más a san Lucas para que protegiera a su hijo de cualquier daño.

De modo que no podía negar que las cosas como los objetos sacros o los amuletos reconfortaran a las personas, pero ciertamente no creía que los objetos, como tales, poseyeran ningún tipo de poderes especiales, sino que conectaban a las personas con quienes se los habían regalado. Para él era el toque de sus manos contra la piel del paciente lo que sellaba el vínculo entre ambos.

Incontables veces había visto cómo en los pabellones hospitalarios, incluso en las tiendas de campaña de Etiopía, el contacto humano podía sanar de una forma en que la medicina, por sí sola, no podía hacerlo. De modo que, por las noches, cuando Angelo pensaba en Dalia, se preguntaba si las cosas habrían sido distintas de haber estado allí para sostener su mano.

Guido se quedó en la casa con terraza de Angelo, sobre las colinas de Portofino, durante casi dos meses. Ayudó a los hombres de la familia en sus barcos pesqueros y aprendió a reparar sus redes y los motores de sus navíos. Angelo estaba seguro de que el chico estaría a salvo en Portofino, de que nadie vendría a buscarlo entre los limoneros y antiguos caminos del pueblo que miraban al mar. Pero, una mañana, cuando Angelo despertó, encontró que el muchacho se había ido. Desapareció sin siquiera escribirle una nota de despedida, pero dejó su preciado amuleto como regalo para Angelo y lo colocó junto al león tallado en madera de Nasai.

Ahora, la chica que se hace llamar Anna está sentada frente a él en su jardín, con los ojos cerrados y el viento jugueteando con gentileza entre su cabello. No le recuerda a Dalia; no, su esposa había sido un libro con una abundancia de páginas en blanco, con ojos siempre llenos de esperanza y de luz. Esta chica era diferente. Le recordaba a un viejo buró que había visto en la oficina de uno de sus profesores en Génova, con hileras e hileras de pequeños cajoncitos, su complicada marquetería como una especie de rompecabezas creado con diminutas incrustaciones de diferentes maderas exóticas.

Incluso su torso, que siempre protegía con los brazos cruzados, era como un gabinete de secretos, atestado de historias aún por narrar. Ya sospechaba las razones por las que trataba de ocultar su vientre y por qué no tenía apetito por las mañanas y dormía durante gran parte del día. Ese era un diagnóstico de lo más sencillo para él y al que había llegado al cabo de un par de días después de su llegada.

Pero había algo mucho más allá de esa vulnerabilidad femenina que lo acercaba a ella. Era como si se sintiera no como un médico, sino como un relojero que quisiera abrir la parte trasera de la esfera para revelar todos los mecanismos, donde sabía que se encontraban la belleza y la complejidad verdaderas.

Después de un par de semanas con él en su casita, le ruega que no lo llame *dottore*, sino que utilice su nombre de pila, Angelo. Ya no deambulan por la casa como si fueran desconocidos, sino como dos almas silenciosas que han llegado a comprender los ritmos de cada quien.

Cuando su hermana lo cuestiona respecto a la llegada de Anna, él le insiste en que es la hija de uno de sus viejos amigos de la escuela de Medicina, alguien como Simon o Guido que necesita alojamiento temporal durante la guerra.

Vanna es quien más sospecha de Anna. Una tarde de noviembre, pasó por la casa y vio que su hermano no estaba. Anna se encontraba sentada a solas en el salón, su blusa fuera de la falda y su mirada clavada en su vientre. En un instante, Vanna estuvo segura de lo que ya había sospechado durante un par de semanas: que la chica estaba embarazada. Era de lo más delgada de brazos y piernas, pero con cada semana que pasaba, parecía ensancharse del centro.

Elodie oyó el ruido de las pisadas de Vanna sobre las baldosas del piso y levantó la mirada. De inmediato trató de meterse la blusa en la falda y arreglarse, pero sabía que Vanna ya la había visto. Parte de Elodie estaba harta de mentir y cada día era más difícil ocultar la verdad. Estaba leyendo uno de los libros de Angelo cuando sintió la primera agitación en su interior. Fue la razón por la que se había sacado la blusa y se había puesto las manos sobre el vientre. Fue de lo más suave, casi como una sensación de alas de mariposa que la acariciaban desde dentro, pero sentirlo le había quitado el aliento.

De modo que cuando Vanna la pescó en ese momento de descubrimiento, Elodie dejó de lado sus intentos por ocultar su embarazo y solo se levantó para enfrentarse a la mujer.

—Lo siento —dijo Elodie, sus ojos vidriosos de llanto—. Pero es que acabo de sentir un movimiento por primera vez.

Vanna, que respecto a Elodie se encontraba entre la edad de una madre o de una hermana mayor, permaneció en silencio durante lo que parecieron ser varios minutos. Miró a la muchacha, quieta en el salón de su hermano, con las manos sobre el vientre, y se le despertaron sus propios instintos maternos por proteger a alguien vulnerable. Le resultaba evidente que Elodie era pura a pesar de su estado. De modo que no hubo reproche alguno en su voz cuando se acercó a Elodie y le susurró:

—Lo sé.

Vanna había tenido tres hijos y sabía a la perfección lo que era sentir que una vida crecía en su interior. Era más difícil creer que ya habían pasado más de quince años desde el nacimiento de su primer hijo. Desde entonces había presenciado a su hermano regresar de Etiopía con el corazón roto y su esposa e hijo ya enterrados en el cementerio de los riscos que miraban hacia el mar.

Hubiera sido fácil que Vanna tachara a la mujer que tenía delante como deshonrada, como alguien que no tenía derecho alguno de pedirle refugio a su hermano, de por sí demasiado generoso. Pero Vanna había visto el efecto que esa chica tenía sobre Angelo. Por primera vez en años, su hermano había comenzado a sonreír.

—Anna —le preguntó—, ¿de cuántos meses estás?

—Un poco más de tres.

—¿De modo que ya sientes que tienes energía?

—Sí, y demasiada. Quiero limpiarlo todo para Angelo y mostrarle lo agradecida que estoy por dejarme quedar aquí.

—¿Y qué hay del padre de la criatura? —Vanna sintió que se producía un cambio en la habitación tan pronto como lo dijo—. Veo que no llevas alianza.

Elodie negó con la cabeza.

—No tengo un anillo —contestó, su voz temblorosa—. Tengo muchas otras cosas de él. Tengo un jersey, una medalla colgada de una cadena y un libro en el que escribí algunas palabras, pero no tengo alianza. —Se interrumpió un instante—. Y jamás la tendré.

Bajó la mirada y, después, volvió a levantar los ojos hasta los de Vanna. Sabía que debería sentirse avergonzada por el hecho, que revelaba su falta de decencia y de entereza religiosa, además de su incapacidad para controlar sus propios impulsos.

Pero ¿cómo podía avergonzarse de llevar algo concebido en su interior solo por amor?

Vanna asintió y mantuvo en el rostro una expresión neutra y carente de crítica. Miró fijamente a la muchacha solo para ver que sus ojos volvían a abrirse de manera sorpresiva. Sin tener que volver a preguntárselo, Vanna supo de inmediato que había sentido otro movimiento.

Sonrió y se acercó a Elodie. Ver a esa chica que estaba experimentando el azoramiento y la belleza de su primer embarazo hacía que se sintiera joven de nuevo. Jamás se había dejado de sorprender ante cada etapa, pero esos primeros movimientos eran la primera señal de que madre e hijo estaban entrelazados para siempre.

Vanna se sintió aliviada por la honestidad de la muchacha. Si Elodie le hubiera tratado de mentir, Vanna no habría podido confiar en ella. Pero ahora empezó a notar que su corazón se enternecía por ella. Recordó que la Virgen misma no había estado desposada y que había necesitado refugio. Lo que esta muchacha precisaba era amabilidad y cariño. La vida de su hermano ya estaba llena de tristeza y dolor, y sabía que él era lo bastante inteligente como para haberse dado cuenta de que la chica estaba embarazada. Sería una bendición que tuviera la oportunidad de ver que una vida entraba en este mundo después de tantísimo dolor de corazón.

—¿Y cuántos años tienes?

—Casi veinte.

Vanna sonrió.

—Yo tenía tu misma edad cuando tuve a mi primer hijo. —Ahora las dos mujeres estaban a pocos centímetros de distancia. Contra las plantas del jardín, Elodie parecía beatífica—. Trataré de ayudarte, Anna. Puedes confiar en mí, seré tu amiga.

En ese momento, Elodie quiso revelarle a Vanna su verdadero nombre y el resto de su historia, dejar que todo brotara como un chorro de agua que deseaba liberarse.

Pero, en lugar de ello, tomó la mano de Vanna, la colocó sobre el centro de su vientre y, después, puso su propia mano sobre la de la mujer.

Ambas esperaron en silencio hasta que la sensación de un pequeño pie que se agitaba dentro de un mundo invisible y acuático las vinculó entre sí.

VERONA, ITALIA

SEPTIEMBRE DE 1943

La forma en que solía escuchar música cuando era niña era la misma en la que recordaba sus últimos momentos con Luca. Lo percibía como un ahogo.

Permaneció en el campamento con Luca y los otros durante solo dos días, pero dentro de ese breve período de tiempo la guerra estalló en el norte de Italia. Ahora las montañas, que antes solo conocían el sonido del canto de las aves, temblaban con el eco de las explosiones de las ciudades cercanas. Elodie sintió que el frío se apoderaba de ella cuando vio las volutas de humo que ascendían del centro de Verona. Incluso el cielo había cambiado. Las nubes se veían atravesadas por las hojas de las alas de los aviones, y el sonido de sus motores era ensordecedor.

Había dejado a su madre sola mientras hacía las maletas para irse a Venecia. Se suponía que volvería a casa la noche siguiente, pero el incesante bombardeo había impedido su regreso. A Elodie le ponía enferma la preocupación. Solo podía imaginarse lo que su madre estaría sintiendo a solas en el apartamento.

La primera noche durmió en una pequeña tienda de campaña con Rita Rosani sobre viejos sacos llenos de paja. El cabello rubio de la maestra tenía un aspecto angelical, pero su rifle parecía unido a su cuerpo como si se tratara de otra extremidad. Durante la noche, Elodie pudo ver cómo la mano de Rita se extendía hacia su mosquete como si fuera un amante que temía que pudiera abandonarla. El segundo día le ordenaron a Luca que se adentrara en las montañas para buscar otro sitio adonde trasladar el campamento. Elodie insistió en acompañarlo.

Ella llevaba varios días sin bañarse; la última vez había sido la mañana después del recital y se sentía incómoda por el hollín y la tierra que le cubrían la piel. Se veía como alguien por completo diferente de la chica que había brillado sobre el escenario. Atrás había quedado el tafetán de seda, el cabello recogido en un moño y el resto de la elegancia de su debut.

Todos los demás tenían el aspecto de añejos partisanos. Rafaelle, con sus anchos hombros, su piel bronceada y manos que parecían lo bastante grandes como para clasificarse como armas en sí mismas. Las otras mujeres, Rita y Jurika, incluso contaban con una solidez propia que le era ajena a Elodie. Sus espaldas y hombros tenían una mayor fortaleza. Y sus pechos, tantísimo más grandes que los de ella, hacían que pareciera que estuvieran ataviadas con una armadura.

Saltó sobre su bicicleta para reunirse con Luca sin pensar. Se arrepentía de no haberse puesto

pantalones y un suéter, algo que la protegiera mientras caminaba por la maleza y los arbustos.

Luca estaba de pie frente a una pequeña fogata mientras hablaba con su hermano y bebía de una pequeña taza un café elaborado con bellotas hervidas.

—¿Quieres un poco? —le preguntó—. Sabe terrible, pero al menos está caliente.

Ella levantó la mano y negó con la cabeza.

Luca caminó hasta donde se encontraba y le puso un brazo alrededor de los hombros.

—De haber sabido que te quedarías atrapada conmigo en este asqueroso campamento, con los alemanes rodeándonos, jamás te habría permitido que vinieras.

Ella lo miró a los ojos y sonrió.

—Me tranquiliza estar aquí contigo...

Luca sacudió la cabeza.

—Tu pobre madre debe de estar muerta de preocupación. Te esperaba ayer, temprano.

—Mi madre es fuerte.

—Necesitamos un nuevo campamento —anunció Rafaele al acercarse a ellos interrumpiéndolos—. Llevamos demasiado tiempo aquí. Anoche, Luigi descubrió un búnker alemán a poco más de tres kilómetros al este. Quiero que cambiemos de campamento antes de que los ataquemos.

Rafaele sacó un mapa y le mostró a Luca dónde habían avistado a los alemanes. Movié el dedo en la dirección contraria y le dio un golpecito al mapa.

—Trata de encontrar un sitio seguro por aquí. —Empezó a alejarse de donde estaban, pero regresó—. Y llévate a Elodie contigo —indicó—. No puede quedarse sola aquí, es demasiado peligroso. Si sabemos dónde está el campamento alemán, ellos tienen que saber dónde estamos nosotros. No puedo garantizar su seguridad si se queda en este sitio.

Luca asintió.

—Sí, vendrás conmigo —dijo, y volvió a rodearle los hombros con su brazo.

Empezaron a caminar en la dirección que Rafaele les indicó. No había caminos, solo espacios entre los árboles y los matorrales. El aroma de las cascarillas de los castaños y de las hojas de nogal llenaba el ambiente.

Después de un rato, pareció abrirse un claro entre los árboles.

—¿Qué es eso de allá? —preguntó Elodie.

En la distancia divisaron lo que parecía ser una vieja granja abandonada. Luca asintió. Él también advirtió algo que parecía ser una casa vieja.

—Si tiene un techo y cuatro paredes, Rafaele y los demás pensarán que encontramos un verdadero palacio.

Elodie sonrió y alargó la mano para tomar la de Luca.

Se acercaron para inspeccionar la edificación más de cerca. Al llegar a ella, descubrieron que

no se trataba más que de una estructura de vigas quemadas y piedras. Al moverse por lo que debió de haber sido un salón, sus pies se toparon con los restos de la vida anterior de alguna familia: la cuna de un bebé, una vieja muñeca de trapo, cuatro sillas de cocina rotas y desvencijadas, y una mesa cubierta de escombros y trozos de techo derrumbado. Se abrieron camino sobre una alfombra hecha de restos de loza y cristales rotos.

En el reflejo de una de las sucias ventanas que quedaban, Elodie vio su rostro.

—No creo que jamás me haya visto así de cansada... o sucia —comentó, mientras sus dedos intentaban echar para atrás los mechones de pelo que le caían en los ojos. Después, extendió los brazos y vio las manchas de hollín y mugre que, a primera vista, parecían ser una serie de moratones—. Lo que daría por un baño en este preciso momento...

Luca asintió. Él también estaba cubierto por una capa color gris.

Él quería darle lo que tanto ansiaba: una bañera como la que los ingleses tenían en sus mansiones. Profunda, de porcelana blanca y patas de garra, con agua caliente que le llegara hasta la barbilla. La imagen mental de ella, emergiendo de allí, era, en sí, una fantasía embriagadora para él.

A través de una de las ventanas rotas, vio un lavadero de ropa en el patio trasero, ciertamente del tamaño suficiente como para que alguien de la talla de Elodie pudiera bañarse en él. Dentro de la cocina había varias ollas de cobre. Luca supo que podría hacer una fogata con los palos y trozos de madera que quedaban por la casa.

—¿Ves alguna bomba para sacar agua, Elodie?

Ella encogió los hombros.

—No a simple vista, pero puedo revisarlo fuera.

Ambos salieron al patio exterior, donde descubrieron una bomba oculta entre la hierba crecida.

—Vas a conseguir tu baño —dijo Luca.

A lo largo de los últimos días, le había empezado a crecer la barba y, a través de la sombra del crecimiento de vello y de la suciedad de su rostro, sus ojos brillaban. Bajo la luz del sol tenían el color de la miel.

—Pero ¿cómo?

—Ya lo verás —respondió él—. Solo espera un poco.

—Déjame que te ayude —protestó. Elodie levantó la mano para retirarse el cabello de los ojos.

—No, vuelve adentro y descansa hasta que te llame.

Luca miró hacia el sol y vio que estaba entre el cenit y el horizonte. Todavía tenían tiempo antes de que empezara a oscurecer y a hacer más frío. De todos modos comenzó a moverse con

gran velocidad y eficiencia. Reunió pequeñas ramitas para prender el fuego y trozos más grandes de madera seca que sabía que no humearía.

Una vez satisfecho, sacó un encendedor y no pasó mucho tiempo antes de que tuviera un fuego frente a él.

Llevó una de las ollas de cobre hasta la bomba y la lavó, y lo mismo hizo con el cubo de mayor tamaño. Una vez que ambas estuvieron limpias, llenó la olla con agua y la llevó al fuego y, por medio de algunos trozos de cuerda vieja, creó una especie de arnés que le permitió colocarla sobre el fuego sin tocarlo. Llevó el cubo más cerca de la fogata para poder verter el agua caliente en su interior.

Cuando al fin tuvo suficiente agua caliente, llamó a Elodie del interior de la vieja casona.

—¡Tu baño, *carissima*!

Ella se quedó quieta, moviendo la cabeza mientras levantaba una mano para ocultar su sonrisa.

—Luca, ¿cómo has logrado tanta perfección?

—¡Vamos, apresúrate! —le dijo—. ¡Quiero que me digas que la temperatura del agua también está perfecta!

Ella sonrió con coquetería.

—Si insistes...

Empezó a quitarse la blusa. Después de desabotonársela, se la quitó de los hombros y, aunque ya estaba de lo más sucia y no había sido nada cara, no pudo tolerar dejarla en el suelo, de modo que encontró una rama baja y la colocó con cuidado sobre ella. Después, abrió la falda, se la quitó y también la colgó allí.

Al ver su cuerpo enfundado en nada más que una simple combinación de algodón, Luca sintió que su corazón se le salía del pecho. Elodie pareció esperar una eternidad, parada allí con solo los ángulos de sus omóplatos revelados sobre el borde de la combinación, sus gráciles brazos elevados para soltarse el cabello.

Después, se volvió hacia él y caminó hasta la humeante bañera que Luca había preparado para ella.

Cuando estuvo tan cerca que podía tocarla, se quitó la combinación para revelar ante él su desnudez plena.

Luca no podía creer lo que estaba viendo. Era la primera vez que la veía desnuda. En la librería la había vislumbrado entre el cobijo de su ropa, sus manos hurgando por debajo de su falda y del velo de algodón de su blusa. Pero ahora estaba frente a él, por completo revelada.

Era como si le hubieran otorgado un regalo, un vistazo fugaz a algo que jamás se había expuesto antes. Era del color de la porcelana, opaca y luminosa al mismo tiempo. Sus senos eran dos pequeñas esferas de perfección, sus nalgas como la curvatura de una mandolina.

Él miró, hechizado, cómo alzaba una sola pierna para meterse en la bañera improvisada.

El agua le llegaba a las rodillas, Elodie levantó los brazos para cubrirse los senos. Giró la

cabeza para mirarlo por encima de un hombro. Un delgado mechón de cabello le tapaba los ojos y le sonrió de una manera que lo dejó paralizado.

—¿Has visto la vieja jarra que hay junto a la estufa? —le preguntó—. Si me la trajeras, me iría de perlas...

De nuevo, Luca casi no pudo respirar. Elodie era como una escultura viva.

—Sí, por supuesto... —balbuceó—. La traigo enseguida.

No tardó en regresar con la jarra y la metió en el agua. Después, se puso de pie y la vertió sobre el cuerpo de ella con una serie de largos chorros que reflejaban su brillante piel.

Ninguno podía recordar quién besó al otro primero. Ella supo que Luca había dejado la jarra a un lado. Que se levantó y dio un paso hacia ella, de modo que la longitud de su cuerpo se encontraba paralela al suyo. Ella, desnuda, y él, de pie contra ella, su camisa mojándose mientras la apretaba contra sí. Ella sintió que se estremecía y tocó su pecho para sentir el ritmo del latido de su corazón, la música justo debajo de su piel. Tocó el amuleto y el cordón de cuero alrededor de su cuello antes de que Luca tomara sus dedos y la agarrara más cerca, elevando su boca hacia la de él. En su desnudez, Elodie deseaba que él la cubriera con su cuerpo, con sus manos, así que esperó que se acercara todavía más.

Primero, Luca enredó las manos en su cabello y, después, las bajó hasta la curvatura de sus hombros solo para volverlas a levantar hasta su rostro. Cuando tomó sus mejillas entre las manos y la besó, Luca sintió cómo se debilitaba, como si no le quedara un gramo de fuerza en el corazón, ni en el cuerpo.

Con cada roce de sus manos, ella temblaba ligeramente, como si fuese una pequeña ave esforzándose por elevar el vuelo de entre sus manos. El pulgar de Luca sintió el contraste entre el seno y el pezón, sus dedos acariciaron la estrechura de su cintura y, después, la curva de sus caderas. Ahora ella estaba fuera de la bañera, pegada a Luca, y él la llevó consigo hasta el suelo y se hundió en su interior a tal profundidad que de los labios de ella emergió el más leve gemido.

Luca miró al interior de sus ojos y vio que brillaban con una luz que jamás había visto antes. Sintió que viajaba por el tiempo y el espacio hasta donde no importaba nada más que la atracción que había entre los dos.

El temor, el agotamiento de la guerra y la amenaza de la muerte quedaron atrás. Lo único que había en la mente de Luca en ese instante era que amaba a Elodie.

Inhaló cada parte de ella como si se tratara de su propio aliento. Era aire, fuego y agua en uno; cada elemento que necesitaba para seguir existiendo en este mundo.

Usaron su ropa para secarse. Se besaron de nuevo, dos amantes que no podían saciarse el uno del otro. Ella recordó la sensación de estar limpia, la claridad que la atravesó desde la coronilla hasta

la planta de sus pies y la sensación de estar viva.

Recordó que, una vez que se hubo puesto la falda y abotonado la blusa, se giró hacia Luca para mirarlo directamente a los ojos y pensó que nada en el mundo le importaba más que él. Y aunque ya no estaban entrelazados y sus extremidades se movían de manera libre y separada, seguía sintiéndolo como si su cuerpo estuviera impreso en su interior. Era como una melodía que la penetraba y continuaba moviéndose en sus adentros, incluso después de dejar de oírse.

Mientras caminaban, recordó que Luca contemplaba el cielo, su cuello proyectándose desde el cuello de su camisa mientras miraba al sol para saber la dirección en que debían dirigirse.

Volvieron al campamento de la mano. Elodie vio su deleite reflejado en los ojos de él; su felicidad reflejada en el rostro de su amado. Los dos sentían que el descubrimiento de ese nuevo campamento haría que todos lanzaran hurras.

Elodie recordó la imagen de las pequeñas campanillas debajo de sus pies, el cuidado que tuvo de no pisarlas y aplastar sus pétalos. Y ese fue su último recuerdo antes de que el sonido de las balas rasgara el aire. No había querido dañar las delicadas florecillas. Pero después no hubo más que el sonido de gritos, del caos de la emboscada; la voz de Luca que gritaba:

—¡Ahora no, Dios mío! ¡Por favor, ahora no!

Estaban a solo unos pasos del campamento, pero Elodie podía oír el sonido de las detonaciones como si estuviera directamente en la línea de fuego. Luca la arrastró hacia la maleza y le dijo que se hiciera lo más pequeña posible.

—Quédate aquí, Elodie —le ordenó. Su rostro era el mismo que cuando la había empujado contra la pared de la piazza delle Poste y le había mandado que corriera hasta el café.

Ahora, ella sentía todavía más miedo. Le rogó que no la dejara sola en el bosque, pero sabía que no tenía la posibilidad de luchar junto a él; no tenía un arma y sería completamente inútil en la batalla.

—¡Necesito marcharme! —Luca se inclinó hacia ella y la besó una vez más, el amuleto de san Jorge colgando de su garganta—. Te amaré para siempre, Elodie. Recuérdalo. Desde más allá de las estrellas. —Y la besó una última vez.

Ella sintió que se estremecía. No quería que citara pasajes de *El principito*. Eran demasiado jóvenes para tener un amor que existiera más allá de la vista o del tacto.

Él se quitó el collar de san Jorge del cuello y rompió el nudo que tenía para entregárselo.

—Llévalo encima. Te protegerá.

Ella no quería tomarlo, pero Luca le dio un golpecito a su rifle y le dijo que ya tenía protección suficiente. Que era ella quien necesitaba el amuleto más que él.

Mientras el ruido de los disparos atravesaba el aire, Elodie se aferró al amuleto como si se tratara de un rosario. Escuchó los terribles gritos de los soldados alemanes. Fue solo horas más tarde, después de que cesara el sonido de las balas y ya no oyera sonido alguno proveniente del campamento, cuando se levantó de entre la maleza y las ramas rotas para ir en busca de Luca y de los demás.

Vio a Rita primero. Su rostro estaba cubierto de tierra oscura y su blusa estaba rota por una manga. La sangre manchaba la parte de las rodillas de sus pantalones.

Luigi estaba de pie sobre dos alemanes muertos mientras tomaba sus rifles de entre sus dedos inmóviles.

A la izquierda de la tienda, Elodie vio a Halcón tirado en el suelo, su pecho manchado de sangre y su mirada fija hacia el cielo.

Había otro cuerpo más, desplomado sobre el tronco que los demás habían utilizado para sentarse. Por su delgadez y el pañuelo atado al cuello, Elodie se dio cuenta de que se trataba del muchachito que la había llevado hasta el campamento. Sintió que su estómago se le subía al pecho. Estaba segura de que iba a vomitar.

Rita la miró, y sus ojos se lo dijeron todo.

—Ha sido una emboscada —logró decir al fin—. También hemos perdido a Rafaele.

Elodie negó con la cabeza. Sintió que sus dedos se apretaban en torno al amuleto. La pequeña medalla con el santo en el centro se le enterró en la palma de la mano.

No quería creer a Rita. Sin ver su cuerpo, creía que seguía existiendo la posibilidad de que Luca estuviera con vida.

—Nos han atacado mientras estabais fuera. Ha sido Rafaele quien ha oído sus pisadas mientras patrullaba. Ha matado a los dos primeros, pero luego han llegado cinco más.

—Pero hemos encontrado un campamento nuevo... —anunció Elodie con voz temblorosa.

De repente vio que dos hombres sacaban un cuerpo voluminoso de entre la maleza en una camilla improvisada. No fue necesario distinguir su rostro para saber que se trataba de Rafaele. Vio su mono y supo de inmediato que se trataba de él.

Apretó los ojos tanto como pudo para no ver cómo dejaban el cuerpo sin vida en el suelo.

Rita se acercó a ella para abrazarla.

—Nos iremos después de que enterremos a los muertos, y tendremos que hacerlo con mucha prisa, antes de que vengan más alemanes. Estarán buscando a los hombres que no hayan regresado.

Entonces vio que Jurika y otro joven partisano, Carlo, traían el cuerpo de Luca de vuelta al campamento en otra camilla rudimentaria. Elodie supo que se trataba de él incluso antes de verle las suelas de las botas y el delgado brazo que colgaba de la camilla.

Cuando lo colocaron en el suelo, sintió que cada parte de su ser se hundía en la tierra. Que su propia sangre se vaciaba de su cabeza y de su corazón. Que no quedaba aliento, ni música en su interior. Sintió que los brazos de Rita se ceñían a su alrededor. La maestra tuvo la sensatez de no referirse a él como un *partigiani* caído frente a la chica temblorosa; se refirió a él como el *amato* de Elodie, como su amor. Y entonces, suavemente, sus labios pronunciaron las palabras con las que su propio padre la había bendecido en alguna ocasión:

—¡Vuela, pensamiento, con alas doradas, pónete en las praderas y en las cimas!

Elodie pronunció los dos versos como si se tratara de una oración.

VERONA, ITALIA

SEPTIEMBRE DE 1943

Elodie se quedó inmóvil, su rostro pálido. Tenía frío y estaba temblando. No podía creer que ahora Luca se encontrara debajo de un montón de tierra aplastada a toda prisa. Solo unas horas antes habían estado juntos, sus cuerpos mojados y enredados entre sí, sin nada que separara sus corazones más que una delgada capa de piel. Y ahora, lo único que quedaba de él era una rústica cruz que marcaba su tumba.

Fue Rita quien insistió en que Elodie abandonara el campamento.

—Ve a por tu madre e idos a Venecia. —Miraba a Elodie con fijeza, su cabello rubio recogido con fuerza tras las orejas. Aún no había podido limpiarse la tierra del rostro—. Es lo que Luca habría querido... Seguro que no hubiera deseado que te quedaras aquí en las montañas a morir. Dicen que la vida de un partisano no dura más de seis meses —concluyó Rita mientras negaba con la cabeza.

A Elodie se le hacía difícil imaginar a esa joven que estaba frente a ella como maestra. Rita tenía todo el aspecto de una guerrera. Su cuerpo era fuerte y musculoso, y sus ojos azules, tan duros como piedras de río.

—Este no es lugar para ti. Tienes a tu madre, que te espera en casa. A mi familia la montaron en un camión y la mandaron a un campo de concentración. —La voz de Rita era tan dura como un pedernal—. Por lo menos, aquí tengo la oportunidad de elegir cómo quiero morir.

—No quiero dejarlo aquí... —Elodie todavía llevaba puesto el suéter de Luca y su amuleto seguía enredado alrededor de su mano.

Rita miró al cielo. El sol ya colgaba cerca del horizonte.

—No hay razón alguna para que te quedes aquí. No eres una combatiente. Necesitas irte ahora mismo.

Si Elodie se marchaba en ese momento, todavía había una oportunidad de que llegara a casa antes del toque de queda. De modo que, aún obnubilada, siguió por el camino boscoso a uno de los partisanos que todavía quedaban.

—No puedo acompañarte más allá de este punto —le dijo el hombre cuando llegaron cerca de

la base de la montaña. La había acompañado casi hasta el final del camino de tierra. Entre los troncos de los árboles, Elodie pudo ver un tramo de la carretera—. Ten cuidado... Hay alemanes por todas partes.

Ella asintió.

—Buena suerte —le deseó, mirándola una última vez antes de iniciar su ascenso por las montañas.

Encontró su bicicleta oculta entre la maleza, su marco negro todavía cubierto de ramas. La había camuflado de la misma manera en que lo había hecho con Luca la primera vez que se vieron en las montañas. Ahora, mientras movía las ramas que la ocultaban, notó que las manos le temblaban.

No había pasado mucho más de una semana desde que ella y Luca habían recogido materiales para cubrir su bicicleta. Ella se había maravillado ante lo distinto que se veía desde la batalla de la piazza delle Poste, sus músculos moviéndose debajo de su camisa de algodón, las mangas enrolladas para revelar la longitud de sus brazos.

En la librería, Luca se movía como un ratón silencioso, pero allí, en el bosque, sus movimientos eran los de un león. Todavía no podía creerse que ya no lo tuviera. Cada parte de ella se esforzaba por borrar de su mente la imagen de los cuerpos de Luca y su hermano mientras los cargaban hasta el campamento, carentes de vida y empapados de sangre. Se dijo a sí misma que no era cierto, que dentro de poco lo vería en la trastienda del local de la via Mazzini, donde de nuevo volvería a tocar su chelo para él para que sus ojos, sus manos y cada parte de su cuerpo se activara y se llenara de vida una vez más.

Temía que, si empezaba a llorar, jamás podría detenerse, pero las lágrimas se acumularon en su interior y, por más que quiso impedir que se desbordaran, empezaron a fluir. Tan dolorosas como trozos de cristal que se hubiera tragado.

Una vez que se subió a la bicicleta, su cuerpo asumió el control. Pedaleó durante cuarenta minutos antes de que la detuvieran dos fascistas que le pidieron ver su identificación.

Les entregó sus documentos nuevos. En su mente, ya tenía memorizado su nuevo nombre, Anna Zorretto, junto con su nueva fecha de nacimiento y todos los demás detalles. Por fortuna, su apariencia desaliñada después de sus días en el bosque no despertó el interés de los guardias y la dejaron pasar.

Cuando al fin llegó a las rejas de la Porta San Giorgio, los oficiales alemanes estaban demasiado ocupados inspeccionando camiones y automóviles, centrando sus esfuerzos en los conductores hombres que accedían a la ciudad. Casi no percibieron a la chica cuyo corazón

habían arrancado del pecho, sus ojos abiertos y sin parpadear en un esfuerzo por detener las lágrimas.

VERONA, ITALIA

SEPTIEMBRE DE 1943

Cuando Elodie llegó a su edificio, batalló para meter su bicicleta. Tuvo que utilizar cada gota de fuerza para subir por la escalera.

Orsina no estaba a más de tres pasos de la puerta cuando oyó que Elodie llamaba. Había estado esperándola allí mismo casi desde el momento en que se había ido con Luca días atrás.

—Llevo dos días esperándote... Cuando vi que no regresabas... —La voz de Orsina se quebró—. ¡Creí que habías muerto!

—No me pude volver... Había explosiones en las calles. Los alemanes están por doquier...

Orsina negó con la cabeza. Miró a su hija, que se había sentado en una de las sillas del comedor. Se la veía más que exhausta.

—¿Cuándo nos marchamos a Venecia? —preguntó Elodie. Estaba tan débil que casi no podía hablar. Lo único que deseaba era meterse en su cama de cuando era niña y dormir.

—Nos iremos en cuanto te sientas un poco más fuerte. —Orsina dudó un instante—. Pero después de que te marcharas con Luca me empecé a preguntar cómo podríamos tener un nuevo comienzo allí. —Respiró hondo—. Tu padre nos proporcionó una vida magnífica mientras vivió, pero tenemos que pensar en cómo encontraremos el dinero suficiente para vivir ahora que ya no podemos contar con sus ingresos.

Orsina echó una mirada en torno al apartamento.

—Hay algunas cosas que podríamos tratar de vender. Los platos, los cubiertos de plata. —Se detuvo a media oración—. Pero ¿quién querría comprarlos? Nadie tiene dinero de sobra y la realidad es que ni siquiera tienen gran valor...

Elodie casi no escuchaba a su madre. Hundió el rostro entre sus manos y empezó a sollozar.

—Luca está muerto, mamá. —El rostro de Orsina palideció—. Un grupo de soldados alemanes descubrieron el campamento de su hermano. Los dos... Acabábamos... —Estaba tratando de respirar entre sollozos—. Acabábamos de encontrar un nuevo sitio y estábamos regresando para decírselo a los demás cuando, de repente, empezaron a disparar...

Entrelazó las manos con fuerza, sus nudillos pasando de rosa a blancos.

—Él insistió en que me ocultara en la maleza... Le rogué que se quedara..., pero no me hizo caso.

Orsina envolvió a su hija entre los brazos. Las mejillas de Elodie estaban tan mojadas que Orsina sintió cómo sus lágrimas atravesaban su blusa y le mojaban la piel.

Siguió sosteniendo a Elodie durante varios minutos hasta que cesaron las lágrimas de su hija.

—Quiero que nos vayamos pronto. —Elodie se estaba esforzando por recuperar el aliento y se desprendió de entre los brazos de Orsina—. Tengo nuestra documentación nueva. —Se levantó, fue hasta su bolso y sacó los carnés de identidad falsos—. Uno de los partisanos los hizo para nosotros solo unas horas antes de que lo mataran. —Le entregó el suyo a Orsina—. Ahora, somos Anna y Maria Zorretto.

Orsina tomó su nueva identificación y estudió su nuevo nombre. Elodie intentó sonreír.

—Por favor, mamá, debes recordarlo... Es importante en caso de que alguna vez nos interroguen.

Orsina cerró los ojos y grabó las nuevas fechas en su mente.

—Heredaste tu capacidad de memoria de mí, *carina*. Lo recordaré.

Elodie se frotó las sienes con las puntas de los dedos. Su rostro estaba enrojecido por el llanto.

—Desearía no tener tan buena memoria... Todavía puedo ver el cadáver de Luca... Sus dedos azules... —Su voz se quebró y dejó de hablar.

Orsina se acercó para volver a abrazarla, pero Elodie la alejó de sí.

—Solo quiero largarme de aquí y olvidarlo todo.

Una vez más, Orsina trató de tranquilizar a su hija. Buscó sus dedos para darles un apretón.

—Empezaremos una nueva vida en Venecia. Ahogaremos nuestros recuerdos dolorosos en la laguna y comenzaremos de nuevo.

—Me cuesta trabajo pensar en tomar todas nuestras posesiones e irnos a Venecia. —Elodie se mordió los labios y miró a su madre a los ojos—. Está tan cerca en tren, pero papá y tú actuabais como si fuera la puerta a una ciudad que más valía mantener cerrada.

Orsina se quedó en silencio y una extraña luz iluminó su rostro.

—A pesar de lo mucho que adoro Venecia, siempre la asocié con la muerte. Enterré a mis padres allí y se malogró mi primer embarazo... De modo que cuando te tuve a ti y después de que tu padre y yo hiciéramos una nueva vida en Verona, jamás me hice a la idea de regresar.

—Entonces, ¿por qué ahora? —Elodie estaba intentando comprender las ideas más profundas de la mente de su madre.

—Porque Venecia es un laberinto. Es un sitio donde puedes perderte y, después, resurgir. En especial para aquellos que la conocen bien. —Respiró hondo—. Y Verona ya no es segura para ti.

Orsina estiró una mano y tiró del cabello de su hija. Quería verle los ojos y anclarse a ellos. Estos eran los ojos que había contemplado desde que la niña había llegado a este mundo. Los había visto transformarse de inocentes a maduros y ahora, aun a través del dolor de su hija, vio la fortaleza que había en ellos.

—De todos modos tienes toda la razón, mamá. Necesitaremos dinero.

Orsina asintió.

—Sí, tenemos que encontrar alguna forma de vender lo que podamos.

Elodie bajó la mirada.

—Papá sí que me dejó algo de mucho valor. —Tomó la mano de su madre—. Pero la realidad es que jamás me perteneció. Ahora es el momento de que alguien más continúe su historia.

Giró la cabeza para mirar el chelo, que reposaba en una esquina. El barniz rojo relucía.

Orsina negó con la cabeza con vehemencia.

—No. No te permitiré que lo hagas. Nuestra situación no es tan desesperada.

—Ya tengo a un comprador en mente —replicó Elodie, su decisión tomada.

Por un breve instante se imaginó sin su chelo y sintió una opresión en el pecho. Pero quizá necesitaba deshacerse de todas sus pertenencias antes de llegar a Venecia. Dejar que la laguna que aún no conocía se la tragara por completo y la escupiera, nueva y transformada.

A la mañana siguiente, Elodie se despertó y sostuvo su instrumento una vez más. Lo desenvolvió del pañuelo amarillo, acarició el largo mástil y recorrió los dedos por sus cuerdas.

No le cabía la menor duda de quién era la persona correcta para comprarlo. Necesitaba que se tratara de alguien que conociera su historia y apreciara su procedencia. También quería asegurarse de que el nuevo propietario lo cuidara con el mismo esmero que habían tenido tanto ella como su padre. Solo conocía a una persona que se ajustaba a esta descripción y sabía a la perfección dónde podía encontrarla. Solo le quedaba esperar que siguiera allí. Así pues, a la mañana siguiente, Elodie o, más bien, Anna Zorretto, abordó el tren a Mantua en busca de Lobo.

Se subió en el tren y encontró un lugar en uno de los bancos de tercera clase. Con su chelo entre los brazos y las piernas, miró a los demás pasajeros. Todos ellos tenían la misma expresión cansada. Rostros en blanco que comunicaban el más sencillo mensaje a cualquiera que los contemplara más de lo necesario: «No sé nada. No tengo nada de valor. Solo pido que me dejen viajar en paz».

En esos tiempos, que te dejaran en paz era un verdadero regalo, de modo que cuando el *Passkontrolle* alemán entró al vagón para exigir que le mostraran la documentación y para escrutar los carnés de identidad, provocó que todos los corazones de los pasajeros a bordo se detuvieran por un instante.

Elodie observó a la mujer a su izquierda, que estaba dejando que su pequeñito chupara un trozo de pan seco un poco más grande que su pulgar. Todo el mundo parecía delgado, sus rostros ahuecados, fantasmales y serios.

La mujer parecía pensar que Elodie y su instrumento eran una curiosa adición al compartimiento. Sus ojos se deslizaron sobre las curvas del estuche y los dedos aferrados de

Elodie al centro de este.

—Debe de ser muy pesado —dijo al fin.

Elodie asintió. El niño estiró una mano para tocar el estuche y sus deditos trazaron la curvatura interna del mismo. Elodie escuchó su vocecita por encima del escándalo de las ruedas del ferrocarril.

—¿Qué es?

Elodie sintió que sus dedos se rozaban; su calidez atravesó el frío helado que la había envuelto desde la muerte de Luca.

—Es un chelo, *carino* —respondió en voz baja—. Y produce la más bella música.

Desde la llegada de los alemanes, era imposible viajar en tren sin tener retrasos importantes. El típico viaje de Verona a Mantua, de cuarenta minutos de duración, ahora podía prolongarse hasta dos horas.

Cuando Elodie miró por la ventana para ver las afueras de Mantua, que se elevaba de forma majestuosa en la distancia, sintió que estaba viajando hacia atrás en el tiempo. Pudo ver el campanario y las paredes medievales, y trató de recordar la última vez que había estado en el piso de Lobo, tocando las cadencias codificadas y rodeada por las paredes color azul pavo real.

Había sido casi tres meses antes. Incluso en ese breve período, mucho había sucedido. Su padre había muerto; había fracasado en su misión en el Bibiena; los alemanes habían invadido suelo italiano; se había dado el baño de sangre en la piazza delle Poste; Lena y Beppe habían sido asesinados, y, ahora, sufría la pena de haber perdido a Luca. Elodie abrazó el chelo con más fuerza y cerró los ojos.

Se preguntó lo que diría Lobo al verla en su piso, si la saludaría de manera cálida o si no querría saber nada de ella después de su torpeza en el Bibiena. En lugar de eso, trató de imaginar que la acompañaba al interior, que le pedía tranquila que se sentara y que le preguntaba la razón por la que se encontraba allí.

Dentro de su cabeza, practicó cómo le preguntaría si estaba interesado en comprar su chelo. Jamás podría olvidar los ojos de Lobo cuando sacó el chelo de su estuche por primera vez. Había dado la impresión de que le estaba mostrando algo más valioso que el oro.

Al bajarse del tren y caminar hasta la plaza central de Mantua, se dijo que era casi seguro que esa sería la última vez que tendría el instrumento entre sus brazos. Se tensó bajo su jersey, su espalda rígida como un rifle. Quería sentirse como una piedra y dejar de experimentar el río de dolor que fluía justo debajo de sus huesos. En su vida, había tenido dos cosas a las que había amado por encima de todo: su chelo y Luca. Y, en la hora siguiente, sabía que la última que le quedaba se perdería para siempre.

Su memoria no le falló. Tan pronto como bajó del tren, empezó a transitar por las calles que la llevarían hasta el piso de Lobo. Entró a la ciudad a través de la piazza Sordelle y caminó por la calle empedrada frente a San Andrés, pero, con tan pocos peatones en las calles, Mantua parecía un pueblo fantasma.

Mientras caminaba, observó a tres soldados alemanes que estaban fumando fuera de un bar local. Uno de ellos le lanzó un comentario grosero. En su rostro mantuvo una expresión neutra, no de asco ni de diversión, sino de indiferencia, como si sus burdas palabras fueran solo una partícula más que flotara en el aire. Al llegar hasta el edificio de apartamentos de Lobo, encontró que el gran portón de madera estaba entreabierto. Un pequeño acababa de entrar con su madre y estaban revisando su buzón. Ni siquiera vieron a la muchacha del chelo que entró sigilosamente detrás de ellos para subir por la escalera.

Llamó a su puerta en dos ocasiones. Cuando nadie respondió, le dio la vuelta al picaporte y, para su sorpresa, notó que giraba sin problema. Elodie caminó al interior.

La acosó un torrente de recuerdos de la última vez que había venido. El pasillo largo y estrecho. La mesa de pedestal de madera con un gran montón de cartas sin abrir. Pero, a diferencia de su primera visita, no se oía música que flotara por el piso. Lo único que pudo oír fueron sus pasos sobre el suelo de mármol.

Fue en la habitación color coral frente del cuarto de música cuando se percató de que algo iba terriblemente mal. Cuando había estado allí con anterioridad, el cuarto estaba en perfectas condiciones, pero ahora alguien había rasgado los sofás y su relleno estaba esparcido por la sala. El jarrón que había admirado estaba hecho añicos. La mesa de centro estaba volcada en el suelo y la alfombra oriental que la había fascinado la primera vez ya no estaba allí.

Para cuando entró al cuarto de música y bajó su chelo, Elodie estaba temblando. Lo que vio fue todavía más impactante de lo que pudiera haber imaginado.

Las paredes azul pavo real parecían las de una tumba profanada. Las cortinas de seda estaban despedazadas a tajos. Las cuerdas del piano de cola estaban cercenadas y las habían tratado de arrancar, por lo que estaban enroscadas en el aire como malas hierbas. Elodie miró hacia la pared donde había estado la pintura de la chica con la pañoleta roja, pero también había desaparecido.

Alrededor del escritorio de Lobo había esparcidos una serie de papeles, como si se tratara de una nevada. Elodie se agachó y con manos torpes trató de ordenarlos.

El corazón le saltaba del pecho. Cada ruido que oía, cada crujido del edificio y cada susurro de papel hacían que la atravesara una oleada de pánico.

Casi todas las cosas del apartamento que alguna vez le habían parecido bellas habían sido confiscadas o destruidas. ¿Y Lobo?

¿Qué habían hecho con él? Elodie sintió un nudo en la garganta al tratar de imaginar su destino.

En el escritorio abundaban rastros de su dueño: una pequeña pluma de laca roja, una lata de pastillas y un trozo de lacre a medio utilizar. Apoyada en una lámpara de cerámica se encontraba la fotografía enmarcada de una joven que Elodie no había visto antes.

La imagen en blanco y negro mostraba a una muchacha sentada al piano. En la fotografía, no podía tener más de veinte años. Elodie la estudió como si estuviera viéndose a sí misma. Su postura era recta como una flecha y su mirada, fija. Iba vestida con un sencillo vestido blanco, las piernas cuidadosamente cruzadas. Sus ojos, oscuros y desafiantes, parecían saber algo que el fotógrafo ignoraba. Irradiaban una inteligencia interna y una especie de sabiduría preternatural que estaba contenta de guardar para sí. Sus manos, dobladas sobre el regazo, con largos y finos dedos, evidenciaban que esta mujer se dedicaba a la música. Los dedos del medio se habían soltado de su otra mano y Elodie casi podía oírlos tamborilear sobre su piel. Bajo la apretada sonrisa y las piernas cruzadas, Elodie vio algo que nadie, con la posible excepción de Lobo, podría notar: que había música danzando dentro de su cabeza.

Elodie se sentó frente al escritorio y abrió el cajón del medio. Allí encontró otra sorpresa: partituras escritas a mano. Al leer las notas, pudo escuchar la melodía y sentir la urgencia y variaciones de emotividad contenidas en ellas. Casi de inmediato, se percató de que se trataba de la música que Lobo había estado tocando a su llegada la primera vez que lo visitó.

Se habían llevado todo lo que había de valor y habían destruido cualquier rastro adicional de belleza, pero no pudieron ver ni comprender el tesoro oculto que yacía dentro de ese simple escritorio de madera.

Elodie llevaba varios días sin oír música dentro de su cabeza, desde que se había marchado para ir a las montañas a reunirse con Luca. Incluso a pesar de haber regresado a su casa, al salón en el que había tocado su chelo desde que era una niña. Pero ahora esta partitura, escrita por una mujer a la que jamás había conocido, le invadió todo el cuerpo. Elodie sintió que la había compuesto para ella. Pudo escuchar la tristeza que contenían sus notas, como si la compositora hubiera escrito su propio réquiem. Pudo escuchar el pesar y la añoranza, pero, dispersado por los valles de notas, corría un *legato* de luz y esperanza.

Tomó la partitura y, de manera instintiva, la guardó en el estuche del chelo.

Elodie volvió a toda prisa a la estación de tren, todavía cargando su precioso chelo. Había fracasado en su intento de vendérselo a la única persona que sabía que podría apreciarlo de verdad, pero estaba regresando a Verona con algo que trascendía el valor monetario, con la música que había compuesto la esposa de Lobo. Al igual que su chelo había pertenecido a Enrico Levi, un hombre al que jamás había conocido, sintió que esta música también se le había encomendado para que la cuidara.

A lo largo de la semana siguiente, Elodie y su madre vendieron el violín y el piano de Pietro a uno de sus amigos del conservatorio. Orsina también vendió un collar de oro y cuentas negras que había pertenecido a su madre. A pesar de todo esto, apenas juntaron el dinero suficiente para llegar a Venecia y vivir allí algunos meses.

Ahora, Orsina llama «Anna» a Elodie. Memorizan sus nuevas fechas de cumpleaños y repiten su nuevo apellido una y otra vez. En su maleta de mano roja, Orsina empieza a guardar lo que necesita para su nueva vida, mientras que Elodie lo hace para poder olvidar su pasado. Su madre dobla los vestidos y su falda negra con cuidado. Se lleva su vestido de algodón de verano que incluso ahora, en su mediana edad, destaca su cintura y pantorrillas. Se lleva una sola flor de seda para hacerle honra a la belleza, y el retrato de bodas de ella y Pietro para hacerle honra al amor.

La maleta de Elodie solo contiene ropa de los colores azul marino y gris. En su mochila, lleva la partitura que tomó del piso de Lobo, colocada con cuidado en una carpeta para papeles y atada con una tira de cuero. No utiliza el medallón de Luca dado que es el amuleto de un soldado. En lugar de ello, lo coloca en un pequeño morral que guarda en su bolso. Y, entre el resto de sus pertenencias, la pastilla de jabón y el cepillo de dientes, guarda su ejemplar de *El principito*, que se hunde hasta el fondo como un pequeño guijarro arrojado al mar.

—¿Dónde vamos a quedarnos? —le pregunta Elodie a su madre la noche anterior a su partida.

—Conozco a alguien que nos dará refugio —le asegura Orsina a su hija.

De modo que parten. Elodie lleva una sola maleta, su chelo y su mochila en la espalda, mientras que Orsina va con el mismo maletín rojo que llevaba consigo cuando se fue de Venecia años antes.

En la estación de Verona, los soldados alemanes hacen guardia en cada andén. Uniformes verdes y cascos de acero. En una esquina se encuentra una mujer joven que lleva un abrigo negro y que sostiene la mano de un pequeño. Su rostro está pálido y como congelado. Un alemán está gritando que es una judía con papeles falsos. Sus palabras atraviesan el aire con la brutalidad de una hoja de acero. La sangre de Elodie se hiela tan solo al oírlo.

No se atreve a alterar la dirección de su mirada, aunque quisiera detenerse a ayudarlos, como sabe que, sin duda, lo hubiera hecho Lena.

Elodie camina de manera simétrica con el chelo en una mano y la maleta en la otra. Lleva su mochila en la espalda. En los últimos tres meses ha perfeccionado esta manera pública de caminar y se mueve de forma lenta y metódica, como si fuese incapaz de cualquier tipo de distracción.

Orsina no se mueve como su hija. No comprende la conducta furtiva. Es más lenta y se distrae con mayor facilidad que su hija. No sabe cómo dirigir sus ojos solo al frente y evitar darse la

vuelta cuando oye algún ruido o la voz de alguien que está hablando. No sabe ignorar todo lo que la rodea, excepto el sitio al que necesita dirigirse.

El viaje de dos horas a Venecia les lleva más de cinco. Dentro del compartimiento, los hombres y mujeres se sientan apretujados en los asientos de tercera, que son duros y ofrecen poca comodidad. Las mujeres sacan trozos de pan pasado envuelto en sus pañuelos y beben agua de frascos que antes hubieran utilizado para envasar verduras y tomates de verano.

Elodie y Orsina entregan sus papeles cuando se los piden.

—Sí, somos Anna y Maria Zorretto —le dicen a cualquiera de los oficiales alemanes que se los piden—. Sí, ella es estudiante. Sí, tenemos familia en Venecia. Sí, gracias. *Danke*.

Elodie no le pregunta a Orsina adónde irán cuando lleguen a Venecia. En lugar de ello, se decide a no hacer más que seguir a su madre ciegamente. Recuerda que Orsina le dijo que Venecia era un laberinto y Elodie cierra los ojos y cuenta las horas que faltan para llegar y poder perderse al fin en su interior.

Había imaginado muchas cosas relacionadas con la ciudad, como las góndolas, la neblina y la laguna, así como I Gesuiti, con sus paredes de mármol color gris y verdeceledón, donde Orsina había escuchado tocar a Pietro por primera vez.

No obstante, lo que jamás podría haber comprendido era la sensación de que habían alcanzado el final del mundo. Los canales que se extienden como alfombras azules en espera de ser navegados y los *palazzos* de colores pastel que emergen del mar como por arte de magia. Belleza y decadencia parecen coexistir y crear un sentido de integridad que es tanto desafiante como único.

Las fachadas de los *palazzos* seguían siendo espléndidas, aunque sus pigmentos rojos y amarillos estuvieran descoloridos y sus superficies carcomidas. Los enormes edificios parecían antiquísimos árboles cuyos anillos se debían no tanto a su edad, como a las incesantes subidas y bajadas de la marea. Era como si la ciudad tuviese una singular sabiduría: que era mejor vivir entre las corrientes eternamente en movimiento que oponerles resistencia con nada más que ladrillos y piedras.

—Vas demasiado cargada —le comenta Orsina a Elodie—. Por lo menos déjame que lleve tu chelo. Déjame...

Elodie sacude la cabeza y le dice a su madre que está bien. La maleta en una mano, el chelo en la otra y la mochila a sus espaldas.

—No te preocupes —le responde—. No me voy a caer de lado.

»¿Adónde vamos? —le pregunta a Orsina. Esta se detiene para mirar a su hija.

—A un sitio seguro.

Se meten por pequeñas callejuelas y vuelven a salir a la luz. Cruzan puentes y ven los gatos hambrientos en las esquinas y los balcones cubiertos de buganvillas y tendederos.

Arriba, en el cielo, el sol está empezando a ocultarse.

—A Castello —dice su madre al fin—. Allí encontraremos a Valentina.

Encima de una tienda pequeña que está cerrada y donde puede leerse SE VENDEN SOMBREROS, encuentran un timbre con el apellido Scarpa. Orsina toca la campanilla. Ya casi es el ocaso y una mujer abre las contraventanas del piso de arriba. Mira hacia abajo y busca entre las sombras.

—¿Quién llama? —pregunta. No reconoce a la mujer mayor con el maletín rojo ni a la chica que lleva un chelo consigo.

—Orsina Moriani —responde la madre de Elodie mientras mira hacia el balcón.

—Dios mío santísimo —murmura Valentina—. Subid, venga... No puedo creer que al fin hayáis llegado.

Al final de la escalera se abre una vieja puerta de madera con un chirrido y una mujer delicada sale a abrazar a Orsina.

—Adelante, pasad las dos —les indica, y les hace gestos para que entren.

Elodie mira en torno a la habitación, sorprendida. Por dentro, es como una cueva densamente habitada por retazos de tela, cabezas de madera que llevan puestos sombreros de fieltro, frascos con plumas y cajas abiertas atestadas de cuentas y perlas de fantasía.

—Es como los viejos tiempos, Valentina —dice Orsina mientras baja su maleta—. No puedo decirte el gusto que me da verte... Es un alivio ver que hay cosas que nunca cambian.

—Pero sí que han cambiado, Orsina. No dejes que te engañen los listones y el terciopelo.

La mujer sonríe y sus rasgos se suavizan.

Es difícil determinar su edad, aunque Elodie sabe que es más joven que su madre por la forma en que las dos hablan acerca del pasado. Nota las manos de Valentina, que se agitan en el aire para acentuar sus palabras, como si fueran dos pequeñas aves al vuelo.

—No puedo creer que estés de vuelta en Venecia después de tanto tiempo... Dejadme tomar vuestros abrigos, vuestro equipaje —les habla con enorme calidez y mira a Elodie con afecto—. Y tu instrumento, querida... —Le brinda una sonrisa a Orsina—. Veo que lo ha heredado de Pietro, ¿verdad?

Orsina baja la mirada.

—Sí. En definitiva.

—¿Y cómo se encuentra él?

Orsina no le responde y Valentina se persigna.

—Lo siento muchísimo. Que Dios lo tenga en su gloria.

Les ofrece lo que tiene: algo de agua hervida tomada del pozo y un plato de polenta sin sal.

—Siento mucho que no tenga más que ofreceros. Las raciones... Todos tenemos que tirar adelante con tan poco... —vuelve a decir, disculpándose de nuevo—. Hay días en que parece que tenemos que sobrevivir con nada más que agua y aire.

—Como en nuestra ciudad —replica Orsina con una sonrisa.

—Sí, si hemos de morir de hambre, al menos flotaremos hacia la lejanía con algo de gracia.

Elodie observa mientras su madre y Valentina tratan de reconciliar la última imagen que tuvieron la una de la otra, años antes, con la persona que ahora se halla frente a cada una. Se estudian con discreción. Las arrugas de sus rostros, la condición en la que se encuentran sus manos, las canas en la cabeza. Todas estas son las pistas que deja conocer cada vida. Las manos de Valentina son arrugadas y ásperas, y exhiben años de trabajo y faena. Y aunque su madre le lleva más de una década, la comodidad de su vida en Verona la hace aparentar casi la misma edad que tiene la otra mujer.

—Han pasado más de veinte años —afirma Valentina al fin—. Y, sin embargo, al verte, sigo viendo tantísimo de tu madre en ti. Era bella en cada aspecto de su vida.

—Gracias —le responde Orsina con lágrimas en los ojos—. Y ella se sentiría tan orgullosa de ti al ver cómo has seguido con su mismo trabajo.

Orsina mira alrededor del piso, atestado de infinidad de materiales. Recuerda que Valentina tenía un don único. Allí donde algunas personas solo podían ver belleza una vez que estuviera completa y perfeccionada, Valentina también podía verla en fragmentos. Era el tipo de persona inusual que podía recoger un trozo de porcelana rota y encontrar el arte que contenía.

—Una vez que empezó la guerra, ya no pude pagar el alquiler de la tienda, pero he logrado acumular algo de dinero adicional con un poco de imaginación. Los venecianos siguen deseando estar a la moda, aunque sean tiempos difíciles.

Los ojos de Elodie viajan hasta un abrigo negro colocado sobre una silla cerca de la máquina de coser de Valentina. El interior del abrigo está forrado con una bellísima tela de seda roja.

—Ah... ¿Ese es de tu agrado, *carina*? —Se dirige hasta el abrigo y lo levanta de la silla para mostrárselo a Elodie—. ¿Y sabes dónde conseguí la tela para el forro?

Elodie niega con la cabeza, sus dedos extendiéndose para tocar la seda roja. El tono es bellísimo. Le recuerda al color que Francesca, la arpista, había usado la noche del concierto en el Bibiena.

—¡De una vieja bandera de Italia! La encontré en la basura, ¿te lo puedes creer? Lo más seguro es que algún alemán la arrancara de su sitio y la tirara. —Hace un chasquido con la lengua—. Todavía me quedan dos tramos de la bandera y ¡no voy a desperdiciarlos, por cierto! —Deja escapar una pequeña risa—. Voy a hacer otro abrigo, pero ¡con el forro verde!

—¡Siempre has sido de lo más lista! —la elogia Orsina.

Ella también toca el forro rojo con los dedos. Le sorprende que su amiga haya tenido el ingenio como para crear una cosa tan bella de algo sacado de la basura.

—¡Te lo agradezco mucho! —dice Valentina, y su voz refleja con claridad su felicidad ante el efecto que ha producido su creación—. Ojalá pudiera tener acceso a más banderas, así todos podríamos demostrar nuestra lealtad secreta en el forro de nuestra ropa.

PORTOFINO, ITALIA

OCTUBRE DE 1943

Desde la muerte de Dalia, Angelo se había sentido atraído por las cosas frágiles que necesitaban cuidados. Rescataba macetas de flores medio muertas de los jardines de sus hermanas, alimentaba gatos callejeros y esparcía alpiste para los pájaros.

Si un paciente no tenía el dinero suficiente para pagarle, él seguía despertándose en mitad de la noche para acudir a su lado. Jamás le negó a una sola persona sus atenciones y cuidados, ya fuera rica o pobre, amable o de mal corazón. Incluso ahora seguía visitando al *Kommandant* alemán noche tras noche con una pequeña ampolla de insulina, y se la inyectaba con tal habilidad que el hombre había jurado que jamás regresaría a Alemania.

—¡Aquí tengo el aire, los limoneros y el sonido de las olas del mar! Y un médico con un toque tan angelical que ¡ni siquiera siento la aguja!

El hombre hablaba italiano, pero aunque su vocabulario era vasto y su elección de palabras más que precisa, su entonación seguía careciendo de la melodía de los nativos.

—Todos deseamos volver al sitio que nos vio nacer, señor. Es parte del ciclo de la vida —le respondió Angelo mientras enrollaba la manga del *Kommandant* y le clavaba la aguja con agilidad. El hombre ni siquiera dio un respingo.

—No —lo contradijo el *Kommandant* mientras volvía a arreglarse la manga—. ¿Regresar a Dusseldorf? ¡No, gracias!

Alcanzó la mano para darle otro sorbo a su copa de *sciacchetra* y se lamió los labios.

Sobre un gran mueble de mármol había un gramófono. El aire estaba lleno de música clásica.

—¿Le gusta la música, *dottore*? —El licor le había soltado la lengua.

—No soy ningún experto, pero sí fui al Teatro Carlo Felice un par de veces mientras estudié en la universidad.

El *Kommandant* le brindó una sonrisa.

—¿Y a quién escuchó tocar? ¿Lo recuerda?

—Siento decirle que no. Fue un cuarteto de cuerdas de Austria que estaba de visita, pero no recuerdo su nombre. Lo único que recuerdo es que mi amigo y yo solo pudimos pagar localidades de pie.

—En ese caso, lo disculpo —dijo el *Kommandant* con una risa—. No pudo gozar de una

experiencia plena.

—Bueno, mis pies sí que la tuvieron.

—No lo dudo. Pero la música debe disfrutarse con la máxima comodidad posible. —Hizo un gesto hacia los cuadros que adornaban las paredes y los muebles decorados en oro. Angelo sabía que la casa roja que el *Kommandant* había elegido como residencia había pertenecido a la familia Bassani y se preguntó cuántas de las suntuosas pertenencias eran suyas en realidad.

Pero no quedaba duda alguna de que el gramófono era alemán. El pesado estuche de madera, los controles con mandos de bronce. Las mejores versiones italianas parecían cajas de música, con tapas llenas de diseños de marquetería con madreperla. El del *Kommandant* se parecía más a un humectador de puros con la tapa cerrada.

La música siguió inundando la habitación.

—¿No lo reconoce, *dottore*? La escribió uno de los grandes compositores de su nación.

Angelo no podía ocultar su carencia de conocimientos musicales.

—Me temo que no. Confieso mi ignorancia en cuanto a música se refiere.

—Se trata de la quinta *Sonata a quattro* de Rossini. —El *Kommandant* volvió a sonreír—. ¿Sabe qué? La compuso cuando tenía apenas doce años.

—Increíble —respondió Angelo mientras escuchaba la complejidad de las melodías e instrumentos que se entrelazaban.

—Así es. Los prodigios como él son pocos y únicos.

Angelo asintió.

—Yo toqué el violín durante varios años, pero mi padre tocaba tres instrumentos. De niños nos mudamos en varias ocasiones y recuerdo que mi padre siempre les advertía a los transportistas que, para él, sus instrumentos eran mucho más valiosos que los muebles.

—¿Y usted qué les dijo a los transportistas cuando lo enviaron aquí?

—Les dije «*Heil Hitler!*», por supuesto.

—Claro.

La mera mención de Hitler hizo que la sangre de Angelo se helara en sus venas. Más de setecientos kilómetros al sur, en la bota de Italia, los Aliados ya habían iniciado la liberación de Salerno. Los combates en Roma estaban agudizándose y Angelo se preguntaba si el baño de sangre llegaría hasta Portofino. Sabía que los muchachos de las Cinque Terre ya se estaban uniendo a la Resistencia. Bajó la mirada hasta sus manos mientras la aguja empezaba a saltar en el gramófono. Se dejó de oír la música; solo quedó el sonido del final de la grabación. Todavía tenía la ampolla vacía que había utilizado para la inyección del *Kommandant*. La colocó dentro de su estuche de medicina y cerró el maletín.

—Hasta mañana, *dottore*.

—Sí, hasta mañana, por supuesto. ¿Necesita alguna otra cosa?

—Ahora que lo menciona... ¿Podría darme más de esas pastillas para dormir...?

—¿Todavía padece de insomnio?

—Sí. Terminó escuchando discos la noche entera.

Angelo reabrió su maletín.

—Solo puedo darle unas cuantas. —Sacó tres pastillas y se las entregó al *Kommandant*—. Utilícelas solo cuando sea absolutamente necesario. Con gran facilidad pueden convertirse en un hábito.

El *Kommandant* solo emitió un gruñido.

—¿Y cómo se encuentra su prima? —le preguntó de manera súbita a Angelo, tomándolo por sorpresa—. Uno de mis hombres me ha informado de que tiene una visita que se está quedando con usted. Y me dicen que es bastante bonita, por cierto.

Angelo sonrió y se esforzó por mantener una apariencia externa de tranquilidad.

—Hacía mucho tiempo que se encontraba mal, pero el aire del mar la está ayudando a recuperarse. —Se obligó a sonreír para mantener las apariencias—. Ya se encuentra mucho mejor. Le agradezco su interés, señor.

El *Kommandant* asintió y estiró una mano para tomar su estuche de cigarros.

—¿Es muy cercana su relación? ¿Es su prima hermana, una prima más alejada? —Rio un poco.

—De hecho, es mi prima tercera —respondió Angelo sin chistar. Sin embargo, por dentro, pudo sentir cómo lo empezaba a invadir la adrenalina.

—Pues esa es una muy buena noticia —concluyó el *Kommandant* con una sonrisa de lascivia—. Ya se está acercando el invierno y una muchacha bonita es lo mejor que se puede tener en la cama cuando hace frío.

Angelo se alejó de la villa del *Kommandant* con una sensación de desconcierto. Odiaba ser el tema de cualquier tipo de chisme en el pueblo y desde luego que no quería levantar las sospechas de los pocos alemanes asignados a patrullar el área. Y no es que hubiera muchos de ellos ahora que la temporada alta había llegado a su fin. Portofino se estaba convirtiendo en el típico pueblo fantasma en el que se transformaba cada octubre. Los soldados alemanes que venían allí de permiso y que llenaban los hoteles como lo habían hecho los turistas ingleses durante casi un siglo ya se habían marchado para reincorporarse a sus unidades. Las tiendas que vendían las telas bordadas y otros suvenires habían cerrado desde hacía mucho. Lo único que persistía de toda esa actividad eran la panadería y el colmado, e incluso esos establecimientos abrían pocas horas al día.

Angelo no creía que el *Kommandant* le hubiera insinuado en absoluto que estuviera albergando a una fugitiva. Sus comentarios tenían implicaciones sexuales, como mucho. Uno de los beneficios de que los aldeanos hicieran correr rumores relacionados con él y Anna era que nadie había visto a la chica fuera de su casa desde su llegada, por lo que nadie, salvo Vanna y él, había notado el ensanchamiento de su cintura.

Angelo ya sospechó que la muchacha estaba embarazada desde la primera mañana que había estado con él. Notó que casi no podía comer nada en el desayuno, excepto algunos trozos de pan, a pesar de que resultaba evidente que se encontraba huyendo de algo y que no había tenido acceso a la comida. Se fatigaba con increíble facilidad, colocaba sus manos de manera protectora sobre el vientre y su piel brillaba como una perla de las máximas profundidades del océano.

Pero había sido el repentino acercamiento maternal de Vanna hacia la chica lo que había confirmado sus sospechas médicas. Ahora, su hermana visitaba la casa a diario, más que en los últimos años. Vanna iba casi con la misma frecuencia que cuando él había regresado de Etiopía para enfrentarse a la intolerable noticia de la pérdida de su esposa y su hijo.

VENECIA, ITALIA

SEPTIEMBRE DE 1943

No ven la hora de marcharse. Valentina ha sido más que generosa al proporcionarles refugio, pero tiene poco espacio de sobra para acogerlas como huéspedes a largo plazo. Una máquina de coser de pedal ocupa gran parte de una de las esquinas, junto con una mesa atiborrada de telas, patrones y botes llenos de agujas e hilos. Mientras Orsina comparte la cama de Valentina, Elodie ha estado durmiendo en un sofá.

—Necesito estirar las piernas y respirar algo de aire fresco —le dice Elodie a su madre.

Valentina le advierte que tenga cuidado.

—Los alemanes están por toda la ciudad y es de lo más sencillo perderse si no eres de aquí.

—Sí, déjame que te acompañe —le ruega Orsina.

Ella sabe que, después de unas cuantas caminatas, Elodie podrá memorizar los caminos y puentes que necesitará utilizar para regresar al piso, pero hasta que llegue ese momento, Orsina no quiere que salga sola.

Su hija accede y las mujeres se cambian de ropa para salir.

Elodie se pone un sencillo vestido color azul marino y Orsina se pone uno negro.

Valentina las ve a las dos y frunce el ceño.

—Yo ni siquiera voy a salir —anuncia mientras señala el montón de trabajo que tiene que hacer—, y de todas maneras voy más a la moda que vosotras dos.

Da una vuelta por el apartamento y regresa con dos sombreros de campana.

—Tomad —les dice, y le da a Orsina uno hecho de fieltro color vino con una tira de listón negro alrededor del borde, y a Elodie, otro color azul marino que lleva un bordado de pequeñas cuentas translúcidas—. Tu madre jamás me hubiera perdonado que no te ofreciera uno de sus sombreros para pasear por Venecia con su nieta.

Orsina toma el sombrero entre sus manos y se siente reconfortada. El contraste entre la rígida estructura de fieltro y el delicado plumaje que la adorna la transporta de inmediato a su infancia, cuando amaba tocar todas las cosas bellas que fluían con abundancia en el taller de su madre.

—¿No son estos los que rescatamos de la tienda?

—Así es —le responde Valentina—. Todavía tengo alguno que otro que jamás me he atrevido a vender. Deberíais tenerlos vosotras. Elodie, en especial, debería tener algo hecho por las manos

de su abuela.

Elodie se dirige a un espejo ovalado encima de una consola y se prueba el sombrero. Jamás llevaba sombrero en Verona. Si tenía frío, solo se ponía una pañoleta en la cabeza. El sombrero la hace parecer mayor, más sofisticada.

—Estás preciosa, Elodie —declara Valentina mientras se acerca a verla.

Orsina se coloca el sombrero angulado sobre la frente, como toda una experta, y después toma su bolso.

—Tened cuidado —advierte Valentina—. Hace pocas noches, la Gestapo mató a tiros a dos gondoleros. Afirmaron que traficaban con armas para la Resistencia. —Valentina hace un chasquido con la lengua—. Pobres muchachos: eran hermanos. No sé cómo se las verá su madre de ahora en adelante.

Los ojos de Elodie se posan sobre la ventana ubicada justo junto a la mesa de costura de Valentina. Un pálido rayo de luz entra por la estrecha abertura y le da al oscuro y colmado piso el aire de una pintura de Tintoretto.

—Orsina, Venecia regresará a tu mente —promete Valentina—. Estoy segura de que en cuanto empieces a pasear, todos los caminos y los sitios bellos y ocultos regresarán a ti como si los hubieras visto ayer. —Sonríe—. Pero ten mucho cuidado. Los alemanes patrullan a todas horas. —Sacude la cabeza—. Y evita atravesar el gueto. En todas las partes de la ciudad se sufre, pero la vida es especialmente difícil para los judíos. Deberíamos ayudarlos más —suspira hondo—, pero el temor ha cegado a todo el mundo.

Han pasado varios días desde que se atrevieron a adentrarse en las calles de Venecia. El otoño ilumina la ciudad con un suave velo de luz que hace brillar todo a su alrededor. En el puerto, el domo de la iglesia Salute centellea y los *palazzos* sobre el Gran Canal son como un ramo de colores pastel contra el cielo azul pizarra.

Ambas mujeres caminan por las enredadas calles de Castello en dirección al puerto, sus bellos sombreros colocados casi encima de los ojos.

En el centro de San Zaccharia, tres oficiales alemanes se esfuerzan por pedir indicaciones en un terrible italiano a una mujer, que los orienta en dirección al Rialto. Orsina agacha la cabeza y susurra para que solo Elodie pueda oírla.

—Por lo que se ve, la Resistencia adquiere una multitud de formas —dice, sus labios curvados en una tensa sonrisa—. En este caso, los acaba de mandar en la dirección contraria.

Pasan frente al casi vacío Hotel Danieli y por el Puente de los Suspiros, con sus ventanas talladas en piedra.

Elodie inhala el aire, húmedo y salobre, que proviene del puerto. La embriagante neblina llena

sus pulmones. Los edificios de la Giudecca emergen en la distancia y el sonido de las campanas de una iglesia y de las bocinas de los trasbordadores llena sus oídos. Sus ojos se esfuerzan por encontrar la línea divisoria entre el cielo y el mar.

Y después de pasar frente a los arcos de mármol del Palacio Ducal y de la torre de ladrillos del campanario, se encuentran frente a San Marcos.

Al levantar la vista a la basílica, Elodie oye el ruido de alas que revolotean. Cientos de palomas de color oscuro y cuellos iridiscentes alzan el vuelo.

Es un sitio lleno de alas y explosiones de color. En las alturas, por encima de las murallas de San Marco, un león alado custodia la plaza, su reja majestuosa flanqueada por un grupo de corceles etruscos. Mosaicos resplandecientes brillan por debajo de arcos de oro, y un friso color azul cobalto la deslumbra con sus estrellas doradas, mientras que, en la brillante luz del mediodía, sombras en forma de trapecios vuelan por la plaza como si se tratara de otras aves, exóticas y oscuras.

Pero fuera del Café Florian, el pianista está tocando *Die Wacht am Rhein* para algunos oficiales alemanes. El cuerpo de Elodie se tensa al oír la melodía alemana y su madre lo percibe en el brazo de su hija, que lleva apretado contra su costado.

Cruzan la plaza y se meten por otra callejuela hasta que llegan a los *vaporetti*.

Cuando deciden regresar a casa, evitan pasar por la reja de piedra que las llevaría por el gueto, el antiquísimo vecindario en el que han vivido los judíos venecianos desde hace siglos. Dos tiendas a cada lado del arco ya están cerradas indefinidamente, ambas marcadas con grandes esvásticas y con una orden que indica que han sido VERBOTEN por haber pertenecido a judíos.

Los ojos de Elodie buscan señales de vida dentro de los húmedos edificios de piedra. En una elevada y estrecha ventana, detecta a una criatura de ojos hundidos que la mira, su cabeza envuelta en una bufanda tan gris como una concha de mar. Los ojos de la pequeña encuentran los de Elodie por un breve instante antes de volver a sumergirse entre las sombras de su piso.

Unos pasos más adelante, las mujeres se topan de manera repentina con dos enormes soldados alemanes.

—*Halt!* —les indican. Orsina y Elodie se detienen de inmediato, como un par de ciervos a los que están cazando—. *Ausweis*.

Las mujeres empiezan a buscar sus papeles.

—¿Adónde se dirigen? —pregunta uno de los hombres en alemán. Toma sus papeles y, cuando ninguna de las dos le responde, vuelve a preguntarlo en italiano mal hablado.

Orsina responde en veneciano, alargando las vocales y vibrando las consonantes.

—Habla en su maldito dialecto —espeta el soldado—. No le entiendo ni una sola palabra. —Ambos echan una mirada a Elodie, que aún no ha bajado los ojos por debajo del ala de su sombrero azul. Por el contrario, los mira de manera directa, sin chistar. Lena se hubiera sentido orgullosa.

Los alemanes les devuelven sus papeles.

—¡Vamos! ¡Lárguense a su casa!

Elodie siente que el paso de su madre se acelera, que su pecho se infla y que su respiración se agita. Solo cuando están a unos pasos del piso de Valentina se atreve a soltar el brazo de su hija.

A lo largo de la semana siguiente, Elodie aprende a transitar por la ciudad como si fuese una veneciana nativa. Se memoriza las pequeñas y estrechas callejuelas y los puentes con pocos escalones, incluso aquellos que no tienen nombre. Evita las grandes áreas pobladas, como el Rialto o la plaza de San Marcos, donde los oficiales alemanes se reúnen en grupos, sus botas sonando contra el empedrado, sus canciones e himnos de batalla llenando el aire.

Por las noches, mientras Elodie intenta en vano conciliar el sueño, con el cuerpo curvado contra los débiles resortes del sofá, su mente vuelve a reproducir todos y cada uno de los momentos que vivió con Luca. Y una noche, recuerda una frase que él le dijo de pasada, mientras le describía su pasado. Le había mencionado a un amigo que tenía una librería con nombre gracioso en Venecia. «La Toletta», le había dicho, riéndose.

«El nombre significa ‘el tocador’. Pelizzato y yo solíamos vender libros juntos en las calles de Milán. Nuestros carros estaban uno junto al otro.»

Una sensación de añoranza invade a Elodie cuando recuerda la intimidad de estar en la trastienda con Luca, el aroma a papel y el aire repleto de sus voces al contarse sus historias.

A la mañana siguiente, les dice a Valentina y a Orsina que quiere ir a buscar una novela nueva para leer.

—Me siento inquieta y necesito algo que hacer, pero me da miedo molestar a los vecinos con mi chelo.

Desde que llegaron a Venecia, lo ha sacado del estuche en varias ocasiones para pulirlo y para ponerle brea al arco. A veces, cuando las otras dos mujeres están ocupadas con la costura, tañe las cuerdas con suavidad para hacerle saber al instrumento que no lo ha olvidado.

—Sí. A pesar de lo muchísimo que me fascinaría oírte tocar —coincide Valentina—, dado que mis vecinos saben que he vivido sola todos estos años, podría levantar sospechas la llegada repentina de una chelista. —Camina hasta Elodie y le toca el hombro brevemente—. Todavía hay alguna que otra librería que sigue abierta y podría recomendarte alguna...

—En alguna ocasión, una amiga me habló de una librería de Venecia que tenía una buena selección de novelas americanas traducidas. —Elodie se detiene—. Se llamaba... La Toletta, si mal no recuerdo.

Valentina asiente, saca un alfiler de entre sus labios y lo clava en un trozo de tela frente a sí.

—Sí, por supuesto. No está lejos de aquí. Está cerca de la Accademia.

Valentina baja su costura y le dibuja un rápido mapa a Elodie. Esta lo mira con cuidado por unos instantes y después se pone el abrigo.

—¿No necesitas el mapa? —le pregunta Valentina.

—Para nada —dice, encantada de la oportunidad de poner su buena memoria a prueba—. Ya lo tengo todo aquí dentro... —Se da unos golpecitos en la sien con un dedo.

Orsina sonríe. Sabe con precisión lo que está pensando Valentina: que aunque Elodie no sea nativa de la ciudad, ha heredado igualmente la buena memoria de su madre.

Elodie camina por la calle del Magazen y cruza el Ponte dei Greci cerca del Palazzo Zorzi, con su fachada color de rosa y sus altas ventanas, antes de atravesar el Campo San Provolo. Su paso es rápido y eficiente, una forma de camuflaje en sí misma. Cuando llega a la plaza de San Marcos, siempre densamente poblada de soldados alemanes, no se detiene ni un instante. Más bien se desliza hacia las sombras de la Procuratie, donde trata de desaparecer y evitar cualquier mirada, tanto veneciana como alemana.

Sigue caminando frente a la iglesia barroca del Capo San Moisé y con velocidad memoriza la estatua del Capo San Stefano como señal para guiar su retorno. Cruza un puente de madera, el Ponte dell'Accademia. Al llegar al otro lado, gira a la derecha, pasa frente a otra plaza pequeña y cruza otro puente. Finalmente, ve un largo letrero negro con letras doradas que indica LA TOILETTA: LIBRI.

Hay docenas de libros en el escaparate. Ve a Dante y a Bocaccio. También hay una traducción de Chaucer y la última novela de Pearl S. Buck. Entra por la puerta de la librería y se quita la pañoleta. Dentro, la abruma el perfume de la pulpa de madera y del cuero curtido. Es el aroma de Luca, su esencia capturada en la fragancia del papel y de la tinta, y en las cajas abarrotadas de libros. Siente que su corazón vuelve a partirse, ya que el perfume la lleva de vuelta a un sitio en el que Luca estaba más que vivo.

—¿Puedo ayudarla? —dice una voz que emerge de detrás de un estante.

Y, después, sale una figura con una melena negra. Elodie advierte el guardapolvo, la sonrisa atrevida y los ojos que no son ni verdes ni marrones, sino un color intermedio. A simple vista, bien podría tratarse del hermano de Luca.

—Busca algún libro, supongo, *signorina*.

—Bueno..., yo...

Elodie tartamudea. No sabe ni cómo empezar. Incluso decidir la manera de presentarse a ese hombre representa un desafío. Si él conocía a Luca, ¿debería presentarse como Anna o como Elodie? ¿Sabrá siquiera que Luca está muerto?

—Un amigo me habló de su tienda... —Su voz es suave y ella misma puede escuchar el nerviosismo en sus palabras—. Tenía una librería como esta... en Verona... Éramos buenos amigos... —Su voz se desvanece—. Me acabo de mudar a la ciudad y...

Él se acerca más a ella y sus cuerpos están a centímetros de distancia. Ha sacado las manos de su bata y sus ojos la estudian. En ellos, en su mirada ahora intensa, puede ver que casi no le está prestando atención a sus palabras, sino que se está centrando en otras cosas que le están

comunicando y que se encuentran más allá de su control: en la inflexión de su voz, en sus pausas para tomar aire y en el ligero temblor que caracteriza sus movimientos.

—Y recordé que me había mencionado su tienda...

—¿De veras? —le responde. Se desata el delantal y lo deja sobre una mesa llena de libros—. ¿Y cómo se llama este amigo y cuál es el nombre de su tienda?

Elodie no cree que haya nada que perder si dice la verdad. Luca ya está muerto. La librería, registrada por los alemanes, seguramente estará más que clausurada.

—Luca Bianchi, y la librería se llamaba Il Gufo. Se encontraba sobre la via Mazzini.

El hombre toma un pañuelo del bolsillo de sus pantalones y se limpia la frente. Sigue estudiándola. Su rostro. Sus ojos. Incluso sus manos.

—¿Y tú? —le pregunta—. ¿Trabajabas en la tienda con él?

—No —le contesta lentamente—. Yo estudiaba música en la ciudad.

El hombre sonríe, como si las piezas de un rompecabezas empezaran a encajar y a cobrar sentido.

—Sí, Luca fue amigo mío. Uno de mis mejores amigos, de hecho.

Al hablar de su amistad en pasado, Elodie se percata de que sabe que Luca está muerto.

—Y mío también. —Hay un leve temblor en su voz, como un dedo que, por un instante, resbalara de una cuerda—. ¿Me puedo sentar? —dice, aferrándose al borde de una de las mesas de la tienda. De repente, la imagen del cuerpo sin vida de Luca se presenta frente a sus ojos y siente que el suelo se desliza de debajo de sus pies.

—Claro..., por favor —dice mientras se apresura a buscarle una silla.

Cuando ella recupera el aliento, levanta los ojos y descubre que le está ofreciendo un vaso de agua. Su amabilidad es tan sincera que Elodie la experimenta como algo parecido a un abrazo.

Bajo la húmeda madera y las paredes cubiertas de libros, comparten historias de Luca. Pelizzato le explica que lo conoció cuando empezó a vender libros de un carro en Milán.

—Intercambiábamos inventario. Él prefería a los autores modernos y yo estaba aumentando mi colección de clásicos —explica con una risa. Sus dientes son de un tono un poco más pálido que el café y sus ojos están llenos de luz—. También leíamos a Marx, debatíamos los pros y los contras del comunismo, fumábamos demasiado y coqueteábamos con las muchachas bonitas, como tú...

Elodie encuentra solaz en aquellos recuerdos. Puede ver a Luca, con la espalda apoyada en su carro de libros y un cigarro entre los labios. Y todo en esa tienda, el aroma a papel, los libros a medio desempaquetar y los estantes abarrotados, le recuerda muchísimo a Luca.

Después de unos momentos de silencio entre los dos, vuelve a oír la voz de Pelizzato.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto —responde, moviéndose levemente en su silla.

—¿Dices que eres música?

—Sí...

—¿Qué instrumento tocas?

—El chelo. —Ahora ella lo está estudiando con la misma intensidad con la que él la ha estudiado a ella.

—Luca me habló acerca de una chelista con una mente extraordinaria. Ahora, todo cobra sentido para mí. Tus ojos, tus manos e, incluso, la manera en la que te mueves. —Respira hondo y vuelve a examinarla—. Es un honor conocerte, Libélula.

Dadas todas las semejanzas que Pelizzato tiene con Luca, no le sorprende a Elodie que él también esté transportando suministros para la Resistencia a través de la librería y con la ayuda de Lobo.

—Hay infinidad de libreros involucrados con la Resistencia, Libélula. Pero fue Luca el que realmente insistió en todo lo que podía ocultarse dentro de un libro.

—Sí —asiente Elodie—. Lo vi demostrarlo con una Beretta.

—Ah, claro. La pistola escondida entre las páginas no es una idea tan nueva... —Se ríe—. Esa es una creación del siglo XVIII, pero usar las páginas para ocultar mensajes fue bastante sorprendente. Así casi siempre se evadían los controles...

—Recuerdo que utilizaba a Tolstói cuando demostraba sus códigos...

—¿*Guerra y paz*? —pregunta riendo.

—Sí —asiente. Le alegra que conociera tan bien a Luca.

—Había algunas cosas que Lobo insistía que no quería que se escribieran en absoluto. Incluso si se escondían en libros. Esa fue la razón por la que Luca se entusiasmó tanto por tu capacidad para transmitir códigos e información a través de tu música.

Elodie baja la mirada y se muerde un labio.

—Hasta que lo eché todo a perder.

Él no responde a su comentario, sino que se centra de manera exclusiva en los hechos de la misión fracasada.

—Sí, nuestra esperanza era coordinar nuestra información de inteligencia con los contactos de Zampieri dentro de la Resistencia francesa...

Se aclara la garganta y busca un cigarro en su bolsillo. Empiezan a volar volutas de humo azul entre sus dos rostros.

—Lobo estaba metido en diversas operaciones. Se sentía intrigado por ti porque no había nadie que supiera que había un código oculto en tu música. —Da otra calada—. Eras un activo totalmente original y te apreciaba.

Elodie siente que la vergüenza se apodera de ella como si fuese una hija que sabe que acaba de decepcionar a su padre.

—Tuve toda la intención de transmitir el código esa noche, pero por alguna razón perdí el control de mi mente mientras estaba tocando...

—Los errores pasan. Es una desgracia que así suceda, pero Lobo es un hombre ingenioso. Corre riesgos; unas veces resultan beneficiosos y otras veces no. Es el mejor tipo de persona a la que tener en la Resistencia. Se mueve como el humo... y no le teme a la muerte.

Elodie se estremece en su interior.

—Porque se llevaron a su esposa, me imagino.

—Así es... ¿No es un hecho que cuando pierdes a la persona a la que más amas en este mundo ya no le tienes miedo a la muerte?

Ella lo ve y siente que su confianza regresa. El descubrimiento de esa tienda y de su dueño, un hombre con el que puede hablar con libertad, es un enorme alivio. Es como una cuerda que la vincula con su vida anterior.

—Sí —le responde—. Conozco bien esa sensación.

Él se quita el cigarro de entre los labios y lo apaga en un cenicero.

—Sé que es así, Libélula. Esa es la razón por la que lo he dicho. —Le sonríe—. Pero tal vez, en tu caso, puedas hacer el intento de permanecer con vida un poco más.

Con el paso de los días, Elodie observa mientras su madre y Valentina se acoplan entre sí como hermanas que quizá no fueron tan cercanas en su infancia, pero que se encuentran de nuevo, más tarde en la vida, cada una feliz de tener a la otra y de compartir muchos de los mismos recuerdos.

Para sorpresa de Elodie, su madre cobra vida al trabajar con los retazos de tela esparcidos por el piso. Aunque distan de la abundancia de materiales exóticos y lujosos que Orsina recuerda del taller de su madre, de manera muy similar a Valentina, Orsina disfruta del desafío de crear algo bello a partir de los restos de alguien.

Valentina se ha topado con un viejo bolso y está descosiendo el cuerpo y analizando las piezas para ver si tiene los materiales suficientes para hacer un par de zapatos para niño.

Se levanta en busca de una aguja más gruesa y de hilo más resistente.

—Las dos me dejáis con la boca abierta —dice Elodie al observar el taller que ambas mujeres han creado en la sala de estar—. Jamás se me habría ocurrido confeccionar un par de zapatos de un viejo bolso.

—Cuando llegas a nuestra edad, aprendes el arte de la reinención —contesta Valentina con una breve risa—. Te ayuda a mantenerte joven.

—De hecho, creo que necesito algo de eso para mí misma —indica Elodie al sentir la necesidad de sentarse en una de las viejas sillas de terciopelo de Valentina. Su fatiga resulta tan intensa y repentina que se pregunta si estará enferma.

Elodie estaba desesperada por dormir, por hundirse en un sueño largo y profundo que esperaba que la curara de su reciente y constante agotamiento y de las náuseas que la acosaban durante todo el día. Pero su dormir era irregular e intranquilo. Extrañaba su vieja cama, con su aroma a ropa de cama limpia y almidonada, y el salón contiguo, en el que durante años ella y su padre se habían levantado a tocar en mitad de la noche.

Y sus sueños eran más como maldiciones que la acosaban y la dejaban sin energías en lugar de restaurarla. Cuando cerraba los ojos veía a Luca, vestido no como comerciante de libros, sino como partisano. Con un pañuelo anudado al cuello y un arma entre sus manos. Se despertaba con las manos apretadas, como si siguiera sosteniendo su amuleto entre los dedos. Intranquila pero sin querer despertar a Valentina y a su madre, había veces en las que Elodie abría el estuche de su chelo para acariciar el instrumento, como si ese fuera el último vínculo que la conectara con su vida anterior. Después, mientras volvía a enfundarlo en su cubierta de seda y a colocarlo en el estuche, tomaba la partitura de la música que había escrito la esposa de Lobo. Mientras trataba de volver a conciliar el sueño, su mente se inundaba de pensamientos relacionados con esta mujer a la que jamás había conocido, pero con la que se sentía conectada de alguna extraña manera. Y cada una de las notas de esta mujer sonaba como un réquiem dentro de su cabeza.

Durante el día, Elodie se retaba con paseos alrededor de la ciudad y trataba de memorizar cada punto de referencia para poder regresar a casa. Parecía que existían cientos de diferentes maneras de llegar a la plaza de San Marcos, y día tras día tomaba un nuevo camino y descubría otro pasadizo secreto u otro sitio de increíble belleza.

Aprendió a interpretar el sonido de las diferentes pisadas. La marcha ligera de alguien originario de Venecia, que andaba con facilidad al atravesar calles y puentes, en contraste con el ruido contundente de las botas alemanas sobre el pavimento, que penetraban su cuerpo como percusiones. Y aprendió a encontrar lugares en los que no había ruido en absoluto, pequeños oasis dentro de la ciudad que guardaban el más perfecto y exquisito silencio. En esos espacios cerraba los ojos y escuchaba tan solo el sonido de su propia respiración entreverada con los latidos del corazón, una música completamente privada y propia.

Elodie visitaba La Toletta con tanta frecuencia como era posible. Cada vez que se reunía con Pelizzato, le preguntaba si tenía noticias de Lobo y si había alguna forma en la que pudiese volver a ayudar a transmitir algún código. En todas las ocasiones, Pelizzato negaba con la cabeza.

Finalmente, una tarde, Pelizzato casi saltó de su silla en cuanto ella atravesó la puerta.

—¡Al fin has venido!

Corrió a la puerta y colgó el letrero de CERRADO.

—Te necesitamos ahora mismo. —La llevó por la librería hasta la trastienda—. Hay cosas que no te he querido decir antes porque estaba a la espera de más detalles. Pero hoy al fin he

recibido noticias.

Elodie se quitó el pañuelo que llevaba puesto en la cabeza.

—Sí... ¿De qué se trata?

—Lobo está en Génova. Salió huyendo de Mantua justo después del concierto del Bibiena...

—Hizo una pausa, como si estuviera tratando de pensar en las palabras correctas—. Después de que no le transmitieras el código.

Dentro de sí sintió un pequeño respingo, como si él la acabara de quemar con su cigarro. La herida era invisible, pero escocía de todos modos.

—No quería que te sintieras culpable, por eso no te lo dije antes. Sin embargo, la realidad es que la Gestapo allanó su piso poco tiempo después. De todos modos, siguió activo por todo el norte del país, transmitiendo información a través de distintos canales de la mejor manera posible. Desde ayer ha quedado al servicio del comando de Génova.

Elodie escuchó cada nuevo trozo de información como si se tratara de pequeños bocados de pan que la estuvieran nutriendo. Se había preocupado muchísimo después de ver el estado en el que había quedado el piso de Lobo, pero ahora sabía que, al menos, estaba vivo e ileso.

—Tenemos información esencial que debe llegar a él a más tardar el martes, pero hemos estado batallando con la mejor manera de transmitírsela. Cuando se enteró de que habíamos establecido contacto contigo, pidió que tú le tocaras el mensaje *col legno*. —Le sonrió—. No soy músico, de modo que ni siquiera tengo idea de lo que eso significa.

Ella le devolvió la sonrisa al comprender exactamente lo que significaba.

—Quiere decir que quiere que lo toque con la madera del arco, no con las cerdas.

—Ah, ya veo. —Sonrió—. Entonces quiere que le transmitas el mensaje con una serie de golpes, como si se tratara de código morse.

—Eso me parecía, pero tendrás que indicarme los ritmos.

—Sí.

Él se levantó y regresó a la mesa con un libro que abrió por el medio.

El código lo ha escrito un violinista, pero dice que no tendrás problemas para transmitirlo.

Elodie sonrió.

—Entonces no soy la única música que está trabajando para ti...

—No, pero no cabe duda de que tú eres la más bonita. —Elodie se rio abiertamente—. Muy bien, entonces —continuó Pelizzato, concentrándose de nuevo—. Déjame ver qué dice... «Dos golpes, después uno. Una pausa, después cuatro golpes rápidos, una pausa más larga y después otro golpe seguido de tres más cortos y fuertes.» ¿Lo tienes?

—Sí, lo tengo. —Se lo repitió al pie de la letra y después lo reprodujo con golpes sobre la mesa. Él sonrió.

Elodie volvió a repetirlo en la mesa, para que él pudiera verificar que lo tenía grabado en la memoria.

—Aunque no creo que a mi arco le guste mucho...

—Pero es por un bien mayor, ¿no es así?

—Por supuesto —contestó ella con una sonrisa.

—Excelente. —Pelizzato parecía satisfecho—. Ahora, tu historia, si te cuestionaran mientras viajas en el tren, es que estás de camino a una audición para convertirte en la tutora musical de una rica familia de Génova.

Elodie asintió para asegurarle que lo estaba escuchando.

—Esa es tu coartada. La familia se llama Fiorello. Viven en el 19 de la via del Porto. Están escondiendo a Lobo allí, pero él saldrá a escuchar el código cuando llegues.

De nuevo, asintió mientras memorizaba la dirección.

—Solo necesitas llegar de aquí a Génova sin que te interroguen. Esa es la parte peligrosa. ¿Tus papeles están en orden?

—Sí —respondió—. Me han parado un par de veces y nadie parece haber sospechado que sean falsos.

—Perfecto. Prepárate ya. Mete unas cuantas cosas en una mochila; estos días, cualquiera que viaje con maleta levanta sospechas. Hay un tren que sale a las diez de la mañana desde Santa Lucía. ¿Puedes estar lista para entonces?

—Sí —replicó.

—¿Y recuerdas la dirección?

—Sí, no me queda la menor duda. No tienes que preocuparte por mi memoria.

—Y supongo que podemos estar seguros de que lo del Bibiena fue una situación atípica...

La sola mención del asunto hizo que Elodie experimentara un dolor intenso.

—Sí, ya no tengo nada que pueda distraerme —asintió mientras se colocaba el pañuelo sobre la cabeza—. Espero verte a mi regreso.

—Ten mucho cuidado —le dijo.

Cuando la campanilla golpeó contra la puerta al marcharse, Elodie sintió que Pelizzato estaba canalizando las palabras de Luca.

PORTOFINO, ITALIA

DICIEMBRE DE 1943

—Tienes que decírselo a mi hermano antes de Navidad —le comenta Vanna—. Es lo correcto.

Elodie asiente. Está sentada en el sofá con una madeja de hilo blanco sobre su regazo y dos largas agujas de tejer que Vanna le trajo unas semanas antes con la esperanza de darle algo que hacer.

—Casi no se te nota, pero en un par de semanas más va a ser más que evidente que hay un bebé creciendo en tu interior. Créeme.

—Lo sé —coincide Elodie.

Tejer le ha sentado bien a sus manos. Desde su llegada, sus dedos se habían sentido tiesos. Incluso en Venecia, había tocado su chelo en silencio, sus dedos moviéndose sobre las cuerdas y su arco meciéndose de lado a lado sin posarse jamás sobre el puente, pero todo había cambiado en Génova. Se estremece con solo pensar en las horas anteriores a que tomara el barco hasta ese pueblo, que parece ser el único lugar de toda Italia que se ha librado de la guerra.

—Se lo diré esta misma semana —le promete a Vanna. Ella la mira con compasión.

—Alguien te ha enviado aquí por una razón —afirma, como si estuviera pensando en algún ángel o santo—. No sabes cómo era Angelo antes de que muriera su esposa. Caminaba por el pueblo viéndose como si se acabara de tragar la luna entera. Brillaba como la luz de las estrellas con que solo mencionaran el nombre de ella —continúa Vanna mientras niega con la cabeza—. Cuando murió, fue como si se hubiera apagado. No había nada que pudiera retornarle esa luz.

—Lo sé —responde Elodie.

—Entonces has visto el cuarto...

—Sí —contesta—. En una ocasión en la que él había salido... No fue mi intención, entré allí por error.

—Entonces sabes que lo ha mantenido todo intacto. —De nuevo mueve la cabeza, como si jamás le hubiese sido más fácil hablar de la tragedia de su hermano—. Supongo que las cartas ya deben de estar amarilleándose y rompiéndose como pedazos de pergamino antiguo.

Elodie asiente.

—Una vez que estás dentro —dice—, es como si hubieras entrado en una tumba de la antigüedad. Sentí que estaba violando su intimidad con solo haber entrado. Incluso hablar al

respecto contigo me hace sentir que lo estoy traicionando de alguna manera.

—Eres una buena persona —declara Vanna mientras empieza a guardar sus propias agujas y el hilo—. Pero el hecho es que tiene treinta y ocho años y lleva ocho de ellos de luto. No debería dormir en una habitación de recuerdos. Debería estar construyendo recuerdos nuevos.

—¿Que no nos dormimos todos envueltos en nuestros recuerdos?

Vanna levanta una ceja.

—Yo no, en absoluto. Yo ya estoy dormida antes de que mi cabeza toque la almohada.

Elodie se vuelve para mirar hacia el jardín.

—Hay noches en que siento que me ahogo en los recuerdos. —Presiona la yema de uno de los dedos contra la punta de una de sus agujas solo para sentir el dolor atravesándola.

Esa noche, debajo de su almohada, Elodie oculta una gorrita y dos zapatitos hechos de lana blanca y pura.

Sabe que Vanna tiene razón al decir que debe contarle a Angelo lo de su embarazo, pero lo que Vanna no sabe es que tiene otros secretos todavía más ocultos que el de su bebé.

La simplicidad de su vida ahí, escondida en esa casita remota, se encuentra tan alejada que con facilidad podría borrar su pasado y olvidarse de la guerra al otro lado de los riscos de granito. Angelo mantiene al *Kommandant* y a sus soldados alejados de la casa. Los únicos rastros de la guerra que Elodie oye son los motores de los aviones que sobrevuelan el pueblo.

Sabe que hay menos alemanes que cuando llegó; ya se han marchado los soldados que estuvieron ahí durante su semana de permiso y que se alojaron en los coloridos hoteles cercanos al puerto.

—Todo está vacío ahora —le comenta Angelo una noche mientras las velas parpadean entre los dos y él la mira con ojos gentiles y bondadosos mientras ella se termina el simple plato de pasta que le ha preparado—. Solo quedamos los lugareños y un puñado de hombres del *Kommandant* que patrullan el pueblo —continúa al levantar los platos y llevarlos al fregadero para lavarlos—. Desde noviembre y hasta marzo, Portofino tiene al fin la oportunidad de dormir.

La capacidad para dormir profundamente la elude y piensa con melancolía en las palabras de Angelo. Sería un verdadero regalo poder olvidar, dormir libre del temor de las pesadillas, pero su mente rehúsa hacerlo. Elodie cierra los ojos y se pregunta cuánto tiempo ha pasado desde que salió de Venecia con destino a Génova. Con los dedos cuenta siete semanas. El recuerdo de su partida sigue haciendo que se le enfríe la sangre.

Se había acercado a la muerte en Génova. Esa mañana, mientras empaquetaba algunas de sus

pertenencias en una mochila, incluyendo el jersey de Luca, su amuleto y la partitura que espera poner de nuevo en manos de Lobo, su madre le rogó que no emprendiera el viaje. Orsina sospechaba que se trataba de una nueva misión que alejaría a su hija de ella durante algunos días.

—Por favor —insistió—. Al fin estamos a salvo. Podemos iniciar una nueva vida y nadie sabrá lo que pasó en la piazza delle Poste. Aquí no eres más que la hija de una veneciana.

Elodie tomó la mano de su madre entre las suyas.

—Siempre seré la hija de una veneciana y regresaré contigo, pero, en este momento, un amigo me necesita... y es indispensable que vaya.

Orsina negó con la cabeza.

—¿Que no oyes los aviones que pasan sobre la ciudad? ¿Acaso no ves las brigadas nazis que marchan por las calles?

—Son casi lo único que veo, mamá. —Elodie cerró la mochila y tomó el estuche de su chelo—. Esa es la razón por la que estoy yendo.

Valentina se quedó parada allí, sin hablar, al comprender la postura de ambas mujeres. Le entregó un sombrero sencillo a Elodie para su viaje.

Ella lo tomó y salió por la puerta.

Tomó el *vaporetto* en la estación y se compró un billete de tercera a Génova. Parecía la simple estudiante de música que había sido antes de la guerra. Su blusa blanca y falda azul marino no revelaban nada de su piel. Su instrumento le daba un aire de seriedad y, debajo del sombrero, sus ojos brillaban como acero templado.

Dentro del tren, asumió su nuevo papel como Anna Zorzetto. Tenía sus papeles en el bolsillo y su mochila e instrumento junto a ella. Podía oír el golpeteo del código dentro de su cabeza. Su arco volvería a tocar para Lobo con absoluta precisión. Se redimiría y, además, ayudaría a la Resistencia. Honraría el recuerdo de aquellos a quienes esta guerra había alejado de ella con tal crueldad.

Antes de la guerra, el recorrido de Venecia a Génova habría durado cerca de seis horas. Ahora, con todas las demoras ocasionadas por los constantes controles de seguridad, Pelizzato le dijo que podría tardar más de diez. Elodie apoyó la cabeza en la ventana y trató de dormir hasta que el cobrador y los agentes alemanes de aduanas volvieran a pasar por el vagón.

Cuando el tren paró en Verona, se sintió presa del pánico. El andén estaba atestado de lo que parecían ser cientos de personas, todas ellas tratando de subir.

—Me temo que vamos a quedarnos aquí un buen rato —oyó que un hombre detrás de ella le decía a su compañero de viaje.

El amigo asintió.

—He oído que anoche los partisanos secuestraron un tren en Génova. Mataron a catorce alemanes y se llevaron todo su armamento. Van a estar de lo más atentos hoy...

Elodie se giró hacia la ventana y fingió estar dormida. Sus dedos se aferraron al chelo, pero sintió como si acabara de tragar hielo.

Mientras el tren avanzaba y se detenía, ella entraba y salía del sueño. En ocasiones, las náuseas crecían hasta tal grado en su interior que sentía que podría vomitar frente a los demás pasajeros.

Cada olor la molestaba de manera intensa. Cosas que jamás la habían alterado antes, como el olor del tabaco o del ajo, ahora la asqueaban. Sacó el jersey de Luca de su mochila y trató de encontrar su aroma oculto dentro de la lana, pero lo único que logró fue añorar su presencia todavía más.

Intentó imaginarse frente a Lobo una vez más, sacando su chelo y redimiéndose ante sus ojos. Le entregaría la partitura de la composición de su esposa y le diría que la había encontrado en su piso al ir a buscarlo.

Dentro de su cabeza, pensó en distintos escenarios en los que tocaría para él en alguna habitación de Génova, cuya dirección tenía memorizada. Escuchó el código reproduciéndose en su cabeza y lo imaginó a él, con su cabello blanco y sus ojos azules como el hielo.

Lo que jamás sospechó fue la realidad a la que se vio enfrentada cuando el tren al fin llegó a la estación de Génova. Fue algo que jamás habría podido prever.

Cuando por fin se dispuso a bajar del tren, colgándose la mochila sobre un hombro y el chelo sobre el otro, Elodie oyó un fuerte barullo cerca del andén. Mientras los demás pasajeros la rebasaban, algunos arrastrando a niños pequeños y otros con enormes maletas y baúles para la siguiente parte de sus viajes, Elodie vio a un grupo numeroso de hombres en el extremo del andén.

Unos soldados alemanes estaban arreando a un grupo de prisioneros maniatados, cada uno con las manos esposadas y unidos entre sí con una larga cadena de hierro. Los estaban empujando hacia un vagón para ganado que esperaba en las vías. Los alemanes, con sus uniformes verdes y sus rifles sobre los hombros, insultaban a los hombres y les gritaban que se apresuraran para subirse al vagón.

De alguna manera, Elodie intuyó que conocía a uno de esos hombres.

De modo que, por instinto, se acercó al grupo de los hombres encadenados en lugar de dirigirse hacia los letreros que indicaban el camino de salida de la estación.

Mientras contemplaba a los hombres que caminaban con la cabeza gacha, sus pies arrastrándose lentamente sobre el suelo, se le heló la sangre y sintió que sus pies se quedaban clavados en el suelo de la estación.

Lo primero que notó fueron sus pantalones; la cara lana de la tela de *tweed* y el agujero a la altura de las rodillas; al parecer, por obligarlo a arrodillarse. Esos pantalones contrastaban con la ropa de los hombres que tenía a cada lado, quienes usaban monos o los pesados pantalones de

lona de los trabajadores de fábrica. Y los zapatos de ese hombre eran los de un señor; no eran las botas industriales de los demás prisioneros, sino zapatos hechos a mano del color y tono de un fino coñac.

Los ojos de Elodie subieron desde sus zapatos hasta sus pantalones y, de allí, a su camisa color azul claro, rota y manchada de sangre. Vio que le habían golpeado la cara y que tenía uno de los ojos tan inflamado que casi parecía cerrado. De modo que cuando él se giró a verla, supo al instante de quién se trataba.

No cabía la menor duda de que era Lobo.

Ella lo miró con los ojos bien abiertos y, de manera repentina, como si él hubiera percibido algún cambio en el entorno, levantó la vista para devolverle la mirada. Después, casi al instante, los dos trataron de apartar la vista, pero para entonces ya fue demasiado tarde.

De la nada, Elodie sintió que alguien la tomaba del brazo con brusquedad y un alto oficial, vestido con uniforme alemán completo, casi la arrastró de donde se encontraba.

Al girarse para ver a Lobo, observó que lo estaban empujando con un rifle hacia un vagón para ganado, ya atestado de judíos pobres y famélicos.

Lo que sucedió a continuación fue tan brutal y aterrador que incluso recordarlo varias semanas después la hacía sentir que se trataba de una especie de violación que irrumpía en su cuerpo con una fuerza temible.

Recuerda el rostro del alemán. Sus ojos color acero y la piel cerosa. Las manos que la agarraron como si fuese un animal destinado al matadero.

La conduce a una pequeña habitación dentro de la estación y le ordena que se siente. Ella repara en el escritorio, con montones de papeles, el vaso con agua turbia y la falta de luz, excepto por un único foco que cuelga desnudo del techo. El oficial examina sus papeles.

—Entonces, Anna Zorzetto de Venecia, conoces al viejo, ¿no?

Ella no le responde. El hombre se acerca tanto que ella puede notar el olor a tabaco en su aliento.

—No me encuentro bien —le dice—. Creo que voy a vomitar.

Él le sonríe; tiene los dientes negruzcos. Sus manos son extrañamente blancas y tiene las uñas arregladas a la perfección.

—Eso no me preocupa... —le responde—. ¿Sabes a cuántas personas he visto vomitar justo antes de morir frente a un pelotón de fusilamiento? A demasiadas como para recordarlas.

Elodie siente que su cuerpo se vuelve casi ingrátido, como si ya no sintiera los pies dentro de sus zapatos. Como si su cuerpo no estuviese conectado a nada más que a su chelo, que tiene abrazado con fuerza.

—¿Por dónde íbamos? —empieza de nuevo—. Entonces, el hombre esposado... ¿lo conoces?

De nuevo, Elodie se queda muda.

—Vacía tu mochila.

Ella pone su chelo contra una pared, vuelve a la mesa y abre las correas de su mochila. Empieza a sacar su contenido y colocarlo en una fila sobre la mesa: el delgado ejemplar de *El principito* de Luca, su jersey, la bolsita con su amuleto, la lata de dentífrico y su cepillo, su recambio de ropa. Por último, saca las hojas de la partitura.

El oficial se acerca para examinar sus pertenencias. Levanta el jersey, abre la lata de dentífrico y emite unas risitas cuando toca su ligera ropa interior.

Elodie está a punto de volver a tomar su chelo sintiendo que de alguna manera está en una posición vulnerable apoyado contra la pared cuando observa que el alemán ya se está dirigiendo hacia él.

En un segundo, tiene el estuche en el suelo y lo abre. Elodie observa con horror cuando retira el paño de seda.

—¿Y qué es lo que tenemos aquí?

Elodie experimenta tal sensación de temor que se muerde el labio; un sabor a sal y hierro recorre su lengua.

No dice nada y solo se queda mirando horrorizada los dedos largos como estalactitas que reptan por las cuerdas del chelo y acarician sus curvas. Es como si lo estuviera tocando un depredador.

—Esto parece bastante valioso.

El hombre levanta la mirada después de examinar el chelo y trata de encontrar los ojos de Elodie, pero ella los cierra con velocidad.

No tolera ver que alguien tan detestable esté tocando el instrumento. Siente como si la estuvieran obligando a ver cómo violan a un ser amado.

—Por favor... —pide ella. La voz que emerge es como la de un niño pequeño que está rogando—. Por favor. Solo es un chelo.

—Pero me queda claro —replica el alemán— que no se trata de un chelo común y corriente. Estoy seguro de ello.

Lo saca del estuche y empieza a examinarlo con más cuidado. Mientras sus manos se mueven sobre el chelo, Elodie siente como si la estuviera tocando a ella y se estremece de asco.

—No tiene nada de especial —afirma—. Por favor, solo déjelo otra vez en su sitio.

El hombre se vuelve a verla y sonrío de nuevo, como alguien que acaba de descubrir un tesoro que pronto será suyo.

—Este es un instrumento de lo más inusual; incluso yo puedo verlo.

Pasa un dedo sobre el barniz rojo.

—¿Qué hace una jovencita como tú con un instrumento así de costoso?

—Fue un regalo —dice en voz baja—. De mi padre.

El oficial levanta el instrumento y lo deja en el suelo. Vuelve a pasarle las manos por encima, recorriéndolo como ella lo ha hecho tantas veces. Pone un dedo sobre el puente antes de insertar otro en uno de los elaborados calados. Cierra los ojos, como si apoyar sus manos sobre el violonchelo le produjera alguna especie de éxtasis, cosa que vuelve a provocarle asco a Elodie.

—Hasta donde sé, podrías llevar una granada aquí dentro.

El hombre sigue examinando el instrumento con dedos insistentes.

Ella no pronuncia palabra y permite que estudie el instrumento. Sabe que el artículo más importante que lleva consigo, el código impreso en su memoria, es algo que jamás podrá encontrar.

Al no poder descubrir nada que la pueda incriminar, coloca el chelo de vuelta en su estuche y lo cierra.

Por un segundo, parece dudar, como si tratara de pensar qué hacer a continuación.

De manera repentina, ella ve que acaba de tomar una decisión. Sus ojos parecen brillar con una luz interna.

Se acerca a Elodie, su piel casi tocando la suya. Le sonríe y le acaricia la mejilla. Coge su barbilla con una mano y con gran cuidado, casi con ternura, levanta su rostro para poderla mirar a los ojos.

—Te daré algo de gran valor a cambio de tu chelo —le dice con voz tan baja que casi parece que está susurrando cada palabra directamente en su oído.

Elodie mira al frente sin chistar.

—¿Qué? —murmura, al tiempo que trata de no temblar.

El oficial sonríe ampliamente.

—Tu vida.

Toma el chelo del suelo y abre la puerta.

—Tienes una sola oportunidad para marcharte de aquí. Ahora lárgate.

PORTOFINO, ITALIA

DICIEMBRE DE 1943

Esa tarde, Angelo regresa a casa más serio que de costumbre. Elodie puede oír su angustia por la manera silenciosa en la que se mueve. Se oye el dolor en sus pasos, en la forma en que deposita sus llaves sobre la mesa e, incluso, en la manera en que deja su maletín junto a la puerta.

Elodie coloca a un lado el libro que está leyendo y va hacia la cocina, donde él se está lavando las manos.

Se queda de pie detrás de una de las columnas blancas que dividen la habitación.

—¿Va todo bien? —le pregunta en voz baja.

Angelo se sacude las manos y deja que el agua gotee sobre el suelo de baldosas como si se tratara de lluvia.

—Sí —responde, sus ojos suavizándose al verla—. Solo que he tenido un muy mal día. Tres chiquillas y su madre han salido al bosque en busca de setas y una de ellas ha pisado una mina terrestre. Han tenido que llevarse a rastras a su padre del sitio. —La voz de Angelo se quiebra a mitad de la oración—. Se negó a marcharse hasta que no terminaran de encontrar cada extremidad.

Elodie se estremece. Recuerda que su madre le había hablado, apenas unos días antes de la batalla frente a la oficina de correos, de una chica que había salido a recoger fresas una semana antes de su boda y que había pisado una mina. Su madre le había dicho que enterraron a la muchacha con su vestido de bodas.

—No sé si tendrás hambre —le comenta ella—. Vanna ha venido con algunos calamares que hoy ha pescado su marido y yo he cosechado algunos calabacines del jardín. Podría freírlos con un poco de ajo y aceite.

Él logra contestarle con una tenue sonrisa.

—No. Creo que los sucesos del día me han quitado el apetito, pero te lo agradezco.

—No puedo imaginar lo terrible que debe de haber sido... la búsqueda de los cuerpos.

—No te haces a la idea. —Sacude la cabeza—. Y los alemanes afirman que se trataba de una mina de los partisanos.

—¿De veras? —Se cuida de no revelar ninguna expresión en su rostro, pero la mención de los partisanos la sorprende.

—Sí, al parecer hay un grupo de ellos que vive en los riscos de las Cinque Terre, incluso dentro de algunas de las cuevas. Están haciendo todo tipo de cosas para sabotear a los alemanes.

En el estómago de Elodie se forma un nudo. En unos pocos segundos, su mente regresa a las montañas en las afueras de Verona, al cuerpo sin vida de Luca, tendido en una camilla hecha de ramas, y a la partisana Rita Rosani, con su arma a su costado.

—No tenía ni idea...

Las palabras salen de su boca, pero su mente salta hacia su propio recuerdo de cuando se encontraba en las montañas y teme que podría no estar tan segura en Portofino como ella creía.

—Pero no tiene sentido responsabilizar a los partisanos ni, incluso, a los alemanes. Han muerto todas. Nada cambiará el hecho de que habrá cuatro funerales innecesarios la semana que viene.

Elodie se gira hacia el reloj que cuelga de la pared. Son las seis y media.

—¿Y el *Kommandant*? ¿Ya le has administrado la inyección de hoy?

—Sí, justo antes de volver a casa. ¿Por qué?

—¿Y él te ha dicho algo acerca del incidente?

Angelo camina hasta la sala, se acomoda el pantalón y toma asiento junto a ella.

—De hecho, sí que lo ha mencionado. Y estaba de lo más molesto al respecto.

Elodie levanta una ceja.

—Sí, cuando le puse la inyección ya llevaba lo que parecía ser su tercera *sciacchetrà*. No es en absoluto lo mejor para un diabético, ni para un hombre que necesita tomar pastillas para dormir...

Elodie trata de elegir sus preguntas con cautela. Necesita saber si el *Kommandant* es una amenaza más importante de lo que pensó con anterioridad.

—Me sorprende que hayan permitido que un diabético ingresara en el ejército. Creía que el Reich solo ascendía a tales puestos a hombres que fueran ejemplos perfectos de salud aria.

Angelo se siente desconcertado por su agudeza mental.

—Bueno, es que no sabía que era diabético cuando llegó a Portofino. —Niega con la cabeza—. Yo fui quien lo diagnosticó. No sé muy bien cómo pudieron pasarlo por alto durante su examen físico. Una sencilla prueba de orina hubiera mostrado el resultado. Y sus síntomas eran más claros que la luz del sol. Siempre tenía sed e iba al baño todo el rato. Además, estaba bajando de peso. Pensaba que tenía cáncer, de modo que cuando le dije que estaría perfectamente bien con solo una inyección de insulina al día, casi me concede una medalla.

Mientras responde, no puede evitar sonreír; es evidente el interés con el que lo está escuchando Elodie y su atención lo halaga.

—De todos modos, ninguno de sus hombres sabe que tiene un problema médico. Tenemos un arreglo tácito. Yo me ocupo de su salud de manera discreta y él me permite hacerme cargo de mis pacientes sin interferir.

—¿De tus pacientes? ¿Por qué habría de interferir con que cuidaras de niños o de ancianos?

Dudo que quede siquiera un puñado de hombres en el pueblo que pueda representar una amenaza para el comando alemán.

—Bueno, yo te considero una de mis pacientes —le responde—. Eres alguien que necesita de mis cuidados. Eso me quedó más que claro el día que te vi en el muelle.

—No estoy enferma, Angelo.

—Jamás he dicho que estuvieras enferma, Anna. —Mira hacia la ventana antes de volver a dirigir la vista hasta Elodie—. Solo digo que necesitabas de mis cuidados.

Cuando la llama Anna, siempre la hace sentir como si lo estuviera traicionando de alguna manera, cosa que le desagrada enormemente.

—Agradezco tu amabilidad —le dice ella mientras coloca las manos sobre su regazo.

Se pregunta si ya sospecha lo que se siente obligada a contarle. Que debajo de la gastada blusa blanca hay un vientre que se vuelve más prominente con cada día que pasa. Es médico, un hombre cuya profesión está arraigada en sus poderes de observación. Si Vanna ya lo intuyó, es posible que ella sea la única que está tratando de conservar esta fachada de castidad.

La ventana abierta del salón les trae a sus pulmones el fresco aire de mar. Él mete una mano en el bolsillo de su americana, arrugada por las labores del día y manchada con lo que parece ser lodo de los bosques. Saca de allí un pequeño tomo, un libro de poesía que le prestó un amigo del pueblo.

—Eugenio Montale, un poeta oriundo de esta región de Italia... —Coloca una mano sobre la portada—. ¿Lo conoces?

Ella niega con la cabeza.

—Estaba leyendo uno de tus libros de Moravia cuando has llegado hace un momento...

Angelo se quita la americana y estira las piernas.

—Este es todavía mejor —asevera con una sonrisa.

Se humedece un dedo, abre el libro a la primera página y empieza a leer en voz alta.

Alégrate si el viento que entra del huerto trae consigo el retorno de la vida:

aquí, donde una maraña de recuerdos fallecidos se hunde y se desploma, no existía un jardín, sino solo un relicario...

A su alrededor, la poesía, la brisa y el sonido de su dedo mientras roza el margen de las páginas se asemejan a un abrazo protector. Como un escudo que los protege del mundo y de la guerra que yacen afuera.

La agitación que escuchas no es vuelo,

Sino un estremecimiento en el vientre eterno...

—«Vientre eterno...» —repite, y, en el momento en que las palabras despegan su lengua, ella nota que su voz se quiebra.

Se hace una breve pausa entre los dos. Elodie observa a Angelo, su rostro aparentemente

esculpido entre dos mundos: su pasado y la posibilidad de un futuro compartido entre ellos.

Ella se entenece al contemplar su fragilidad. Esa vulnerabilidad que le hace querer tocarle la mano.

Siente la necesidad de ser totalmente franca con él, de decirle la verdad, quién es en realidad. De confesarle su nombre real y de contarle la historia de lo que la llevó hasta el muelle de Portofino esa tarde, cuando él la eligió de entre la multitud para salvarla.

Pero después de todo este tiempo, no sabe ni por dónde empezar.

Levanta sus ojos hacia él y piensa si habrá seleccionado este poema por alguna razón en particular. Se pregunta si contiene un código como los que estaban integrados en la música que tocaba en su vida anterior. Pero el suyo era un mensaje que nada tenía que ver con armas, sino con aquello que estaba creciendo entre los dos.

Las manos de Elodie caen cerca de los dobleces de su falda. Ve que los ojos de Angelo se posan en la pequeña elevación que se proyecta sobre su cintura, ni siquiera del tamaño de una hogaza de pan.

Él no dice palabra y ella solo lo contempla. Las notas y las palabras, esas cosas que flotan sobre las páginas, son fáciles de leer, pero la interpretación de los ojos es un código antiguo. Ella estudia su silenciosa concentración, la suavidad azul grisácea de sus pupilas. Quiere creer que su mirada es una bendición, un diálogo silencioso entre ellos; el reconocimiento de que ya conoce el secreto que Vanna la ha presionado a confesar y que no se siente alterado por él. Pero el peligro potencial del incidente de la mina y su nuevo temor al *Kommandant* socavan su confianza y, de repente, Elodie se siente muy atemorizada.

Esa noche, después de la cena, ella sale al jardín. El aire de diciembre es fresco, pero no lo bastante como para provocar que las flores de azahar de limón se marchiten por una helada. Todas las abejas se han marchado y los mosquitos están dormidos. Por un momento imagina a su madre, oculta en Venecia, y se pregunta si ya habrá nevado en el norte.

Se sienta sobre el banco de madera, junto al que se encuentran las macetas donde crecen las especias. En su interior experimenta mil cosas: temor, vulnerabilidad y una necesidad desesperada de decirle a ese hombre que le ha dado refugio que hay una vida que está creciendo dentro de ella.

Cuando levanta la vista ve a Angelo, de pie bajo el enrejado cubierto de enredaderas verdes. De manera repentina, lo ve de una forma que la entenece y la aterra al mismo tiempo.

Los secretos de ella tienen el potencial de destruirlo y esto crea en Elodie una necesidad casi instintiva de huir.

—Anna —le dice—, ¿puedo sentarme contigo?

—Claro —murmura. Se quedan lado a lado durante un momento.

—No he podido terminar de leerte el libro de poesía esta tarde. ¿Te gustaría escuchar el resto?

Ella asiente. Cuando él empieza a leer, Elodie queda impactada por la diferencia que detecta en su voz, que no se parece a las demás veces en que le ha leído algo. Ahora Angelo está leyendo no como narrador, sino como músico. Escucha la melodía de su voz como el recuerdo de su instrumento largamente perdido. Oye la sensación inconfundible de querer mantener ciertas palabras suspendidas en el aire.

Tráeme el girasol para que pueda trasplantarlo aquí, en mi propio campo, quemado por el aire cargado de sal.

Escucha la belleza y la tristeza de su voz. El llamamiento de su corazón. Y la hechiza. La deja anonadada. Lo escucha como si estuviese canalizando los fantasmas de su chelo y de su arco.

Esa noche le deja que siga leyendo hasta que llega a la última página. Él le lleva una manta y ella se permite recibir este último acto de bondad. Desea tocarlo, sentir el calor de sus dedos y la fuerza de sus manos; pero en lugar de ello, sus propios dedos se enredan en la colcha de algodón.

—Angelo... —susurra con enorme ternura. Hay tanto que quiere decirle, pero lo único que logra proferir es—: Gracias.

Cuando se lo dice, siente que su corazón se rompe de nuevo. Coloca la mano sobre su vientre y sabe con plena certeza que debe dejar a Angelo antes de que sea demasiado tarde.

PORTOFINO, ITALIA

DICIEMBRE DE 1943

A la mañana siguiente, Elodie oye los movimientos de Angelo en la cocina. El ruido que hace al sacar los platos de la alacena. La colocación de cubiertos sobre la mesa. El sonido del agua que corre en el fregadero. Es una melodía que le resulta familiar, pero que hoy Elodie escucha como si se tratara de un canto fúnebre.

Cuando Angelo se marcha para hacer sus visitas en el pueblo, ella empieza a hacer la mochila a la que se aferró con tanto ahínco el día en que él la salvó en el puerto, meses antes. Ahora, coloca el contenido dentro en orden inverso. Pone el jersey de Luca como cojín en el fondo. Después acomoda su ropa directamente encima.

Se detiene un momento para abrir las páginas de *El principito* y el recuerdo de Luca regresa a ella con tanta fuerza que tiene que cerrar el libro, que se coloca sobre el vientre. Vuelve a percibir la sensación de movimiento en su interior. Es como un ala atrapada que bate dentro de sí, pero la música de esta vida incipiente no se parece a nada que haya conocido.

Toma la medalla de san Jorge de Luca y la coloca sobre el libro y la partitura, que tiene la esperanza de poder devolver a Lobo algún día. Con todos sus bienes terrenales seguros en la mochila, la cierra con firmeza y sale por la puerta en silencio.

Desde que llegó a Portofino no ha abandonado la seguridad del hogar de Angelo. Desde las alturas del risco puede ver el puerto abajo. Los botes pesqueros de colores brillantes y el agua, del color de una joya disuelta. Cuando empieza a descender por la inclinada pendiente, sus piernas comienzan a temblar, como si ella misma hubiera pasado demasiado tiempo en el mar.

Sabe que está huyendo por temor y no tiene planes concretos para abandonar Portofino. Espera que pueda encontrar al menos a un pescador que esté dispuesto a llevarla a algún sitio al oeste de ahí. Como a una isla tan remota como Elba, el sitio al que las personas van a olvidar, a vivir en silencio e ignorados, como si fueran granos de arena.

Se siente presa de la misma sensación de pánico que se adueñó de ella cuando le quitaron su chelo en Génova. Desde el momento mismo en que el oficial alemán dijo «Anna Zorzetto de Venecia...» supo que no podía regresar con su madre y Valentina. Podría poner a ambas mujeres

en peligro si el oficial decidía seguir investigando su conexión con Lobo. Ahora vuelve a sentir que ese mismo pánico la sobrecoge de nuevo. Lo único que sabe es que necesita marcharse de allí, tomar el primer barco que abandone el puerto para proteger a aquellos a quienes ama.

Mira al cielo, color gris plomo, y ruega que el pueblo esté tan vacío de alemanes como Angelo le ha contado que está durante la temporada baja.

A mitad del camino, la detiene un oficial alemán que está de patrulla. Lleva una casaca verde y sus pantalones de montar son del color de la corteza de un árbol. Sobre su pecho carga con un rifle que hace que la sangre de Elodie se hiele.

—¿Adónde va? —Su italiano es inexpresivo, como si hubiera aprendido el idioma sin prestar atención a la entonación.

—Solo me dirijo al pueblo a comprar pan —responde sin dar detalles adicionales, como le enseñaron a hacer Beppe y Luca.

—Ya son las tres. La panadería está cerrada. —La examina con atención—. Nunca la he visto antes. ¿Vive por aquí?

—Sí —miente, pensando que es más probable que deje que una chica local siga su camino.

—¿Dónde?

—Ahí arriba —contesta señalando en la dirección general de la colina.

—¿Y por qué lleva una mochila tan pesada si solo va a comprar pan?

Elodie no se inmuta. En lugar de ello, lo mira directamente a los ojos, como si ella le estuviera apuntando con un arma.

—Más vale que me acompañe —le indica el hombre, y la toma del brazo con fuerza.

Caminan solo un par de minutos por el camino que baja y, después, suben otra colina en dirección a una iglesia amarilla. Justo antes de la misma, hay una enorme casa roja con una torre, protegida por una imponente reja de metal.

—Es aquí —dice el alemán mientras suelta a Elodie por un instante. Ella se detiene, como si la hubiese alcanzado una flecha.

A un lado de la pared, incrustado en un pilar de cemento, hay una placa de mármol con las palabras SAN GIORGIO inscritas en la piedra, y encima de la puerta de la villa hay una estatua en relieve de san Jorge hundiendo su espada en el dragón.

—San Jorge —susurra de manera involuntaria, como si fuera un suspiro que escapa de ella. Siente como si la medalla ardiera dentro de la mochila, como si su bolsa llevara un fuego interno.

—Así es —confirma el alemán cuando oye su murmullo—. Es el santo patrón del pueblo. ¿O acaso no lo sabía pese a vivir aquí, como dice?

Cuando entran en la casa roja, se oye sonido de música. Es una pieza que Elodie ha tocado infinidad de veces, el preludio de la *Suite para violonchelo solo número 1* de Bach. Emerge del tocadiscos como una canción de cuna de su pasado más remoto.

—Por aquí —le ordena el alemán.

Caminan por un pasillo de mármol. Enormes muebles de estilo barroco descansan contra las paredes. Cuando llegan al salón principal, Elodie ve un enorme tapiz hilado en verde y oro, la imagen de san Jorge surgiendo de él como si se tratara de alguna aparición.

De manera súbita, percibe a Luca en todo a su alrededor. La revelación de que el santo patrón de Portofino es el mismo que él eligió como talismán personal la hace sentir como si Luca le estuviera enviando señales tranquilizadoras del más allá.

—*Mein Kommandant* —dice el alemán mientras saluda. Desde detrás de él, Elodie logra ver el fino cabello rubio y los dedos gruesos y rosados del *Kommandant*, que se aferran al brazo del sillón.

—Un momento —pide sin girarse—. Está a punto de terminar.

Elodie cierra los ojos. La música es inconfundible. Escucha las cuerdas del chelo como si se encontraran envueltas con fuerza alrededor de su corazón. Han pasado meses desde que escuchó el sonido del instrumento, y esa grabación le recuerda a su familia, a su pasado y al chelo que le arrancaron de las manos. El dolor es crudo y penetrante.

—Sí, por favor... Dejen que finalice —murmura Elodie aún con la mano del alemán alrededor de su brazo—. Adoro las *suites* para chelo de Bach.

El *Kommandant* se gira para verla y, de manera repentina, se percibe un cambio en el ambiente de la habitación. Observa a Elodie no como a una prisionera que hubieran traído para interrogar, sino como algo por completo inesperado: una camarada conocedora de Bach.

Ni Elodie ni el *Kommandant* vuelven a pronunciar palabra hasta la conclusión de la pieza, pero él observa a Elodie con cuidado. Su cuerpo sigue rígido porque el soldado sigue sujetándola, pero sus ojos están vivos y registran cada sutileza de la interpretación musical.

Cuando la música termina, el *Kommandant* se levanta y se dirige hacia el aparato de sonido. Levanta la aguja del disco con sumo cuidado.

El soldado se acerca y susurra algo en el oído de su comandante. El hombre mayor lo despidе del cuarto y se acerca a Elodie. Ella alcanza a ver los poros de su piel y el color gris de sus ojos.

—Qué muchacha tan curiosa eres... ¿Reconoces las *suites* de Bach?

—Sí, yo también adoro las grabaciones que Pau Casals hizo de ellas.

—Vaya... ¿Por qué?

Piensa en hacer algún comentario relacionado con las bien conocidas opiniones antifascistas de Casals, pero se contiene.

—Bueno, para empezar... es un maestro del chelo.

No está del todo segura de si ha revelado demasiado. Pero la presencia de san Jorge por toda la casa la hace sentir más confiada. Casi no sabe nada acerca del *Kommandant* salvo lo que Angelo le contó. Su afición por el licor. La diabetes y sus citas diarias para sus inyecciones de insulina por la tarde. Pero también recuerda que Angelo le mencionó que el *Kommandant* a menudo necesitaba fuertes barbitúricos para conciliar el sueño. Su necesidad de pastillas y el diagnóstico de diabetes eran asuntos privados que no quería que se supieran.

—Sí, Casals —responde el *Kommandant*—. No podría decir que mis superiores de Berlín aprobaran que escuche a alguien que le ha causado tantos problemas a su amigo, el general Franco, pero la realidad es que es un virtuoso que no tiene comparación.

Mientras se acerca a ella, Elodie se percató de que ese hombre cree que es más que un mero conocedor de música; está convencido de ser un maestro de la detección.

La espalda de Elodie se crispa como la de un gato. Sus ojos centellean y, de repente, en una esquina de la habitación ve varias siluetas que le son más que familiares. El oscuro estuche de un violín y la forma casi femenina de un chelo.

—No eres de Portofino —afirma él mientras la mira de arriba abajo.

Ella le devuelve la mirada. Los dos son participantes en un juego de ajedrez.

—En efecto, no soy de aquí... Me he estado quedando con un primo lejano. Angelo Rosselli, el médico del pueblo...

El *Kommandant* emite un gruñido mientras una leve sonrisa aparece sobre sus labios.

—¿Lo conoce? —pregunta ella.

—Lo conozco a la perfección. Me dijeron que una joven y bella prima se estaba quedando una temporada con él.

Vuelve a contemplar a Elodie y la estudia con más cuidado todavía que antes.

—Mi colega me informa de que pareces lista para abandonar Portofino y que, sin embargo, le has dicho que ibas a comprar pan.

—En efecto —dice, su voz cuidadosamente medida—. ¿Acaso eso es un delito?

—No estoy del todo seguro... Déjame que vea tus papeles y entonces podremos decidirlo.

Elodie siente que el temor se apodera de ella. Hurga dentro de la mochila y toca la medalla de san Jorge mientras saca sus papeles falsificados.

Se los entrega al *Kommandant*, quien los lee con velocidad.

—Anna Zorzetto. ¿De Venecia?

En respuesta, ella solo se encoge levemente de hombros.

—Está muy lejos de aquí. No tenía idea de que nuestro doctor tuviera sangre veneciana.

—Es un pariente muy lejano.

—Ya veo. ¿Y te marchaste de Venecia por...?

—La amenaza de las bombas, por supuesto. Mi madre pensó que yo estaría más segura aquí.

—Claro. —El *Kommandant* asiente como si le siguiera la corriente—. ¿Y acaso han

bombardeado Venecia? Creo que solo ha pasado en Verona.

La mera mención de su hogar hace que Elodie sienta que él le está arrastrando un trozo de cristal por la espalda, pero se esmera por ocultar su incomodidad.

—Todas las noches se oía el sonido de las sirenas y no podía dormir. Aquí todo es pacífico.

—Es un viaje muy largo solo para poder dormir bien, Anna.

—El insomnio es una maldición —le responde, consciente de su problema—. Quien no lo padece jamás lo entenderá.

Él reconoce sus palabras al instante. Elodie ve que sus ojos cobran vida, como si estuvieran hablando un mismo idioma.

—De hecho, claro que te entiendo. A la perfección.

Ella no le contesta.

—Entonces, Anna... Veo que tenemos dos cosas en común: insomnio y un amor por la música. —Estira la mano para tomar una licorera que hay junto al gramófono y se sirve en una pequeña copa—. No siento mucha curiosidad acerca de tu vida en Venecia, ni quiero oír nada acerca de tu madre, ni del sufrimiento que has tenido que soportar por el aullido de las sirenas. Pero lo que sí quisiera saber, antes de decidir qué voy a hacer contigo, es la razón por la que has podido reconocer que era Casals quien estaba interpretando a Bach.

Elodie permanece en silencio. Sus ojos se centran por un instante en el estuche que está en la esquina. Es como una mujer que está a punto de ahogarse y que acaba de ver un salvavidas.

—Es muy sencillo, señor —dice al fin—. Llevo años tocando el chelo.

Él le ofrece el violonchelo como si se tratara de un peón que puede ceder con facilidad en su partida de ajedrez. Ella coloca el estuche negro sobre una mesa y lo abre. El luminoso instrumento es más dorado que el que le arrebataron en Génova, pero su belleza la cautiva de todas maneras.

—*Bello* —murmura Elodie, mientras sus dedos recorren el barniz.

—Pertenebió a mi padre —explica él—. El violín es mío.

Elodie no responde. No quiere desperdiciar su aliento en palabras. Si ha de salvarse, sabe que la única manera en que puede hacerlo es trayendo al instrumento de vuelta a la vida.

—¿Me permite?

Él asiente.

—Sí, por favor.

Le ofrece una silla. Elodie se sienta con el chelo y lo posiciona de manera experta entre sus rodillas. Para ganar algo más de tiempo, busca un trozo de brea en el estuche, que aplica al arco como ha hecho miles de veces antes.

Se acerca el chelo y nota que su abdomen se encuentra más abombado que la última vez en que tocó en el Bibiena, meses atrás. Por primera vez, hay algo que la separa del chelo que está a punto de tocar.

Hay otra vida.

Esta vida nueva anima a Elodie. Le da una nueva motivación. No solo debe salvarse a sí misma, sino también a la criatura. Elodie toma el arco y, como de costumbre, lo desliza con suavidad sobre las cuerdas para afinar el instrumento. En su cabeza puede escuchar a su padre tocar un la perfecto para ayudarla, como si él también estuviera allí, esperando escucharla tocar de nuevo.

Cuando siente que está lista, respira hondo y levanta el arco. Para cualquiera que se asome a la sala, el parecido entre la chica que tiene el arco en alto y la imagen de san Jorge mientras levanta su espada para matar al dragón es extraordinario.

Las piezas que elige tocar probablemente representen poco para el *Kommandant*. Pero para ella son las más significativas que puede haber elegido. Recrea su última interpretación en el Bibiena. Primero *Las campanas de Santa Genoveva* y *El cisne*. Cuando termina, levanta la cabeza y ve que el *Kommandant* está de pie, con la boca abierta y los ojos casi llorosos.

—Precioso —murmura él—. Exquisito.

Toma la copa de *sciacchetra* que se ha servido y estira la mano para coger el arco de Elodie.

—Aún no he terminado —le dice ella sin temor—. Tengo una última pieza que tocar.

Él levanta una ceja.

—Como gustes... No voy a detenerte.

Elodie empieza a tocar de manera apasionada. Las notas del concierto de Boccherini emergen del chelo como si fueran las puntadas de una colcha que está hilvanándose en el aire. Cuando llega a la parte en la que alguna vez tocó la cadencia de Grutzmacher por error, no duda ni un instante. En lugar de ello, toca con mayor fervor. Es como un buzo que se hunde a cada vez más profundidad. Reproduce el código que no logró tocar meses antes. Esta vez lo toca para los oídos de Lobo y de Luca, y lo toca a la perfección. Lo toca solo para ellos, un tributo para ellos y nadie más.

El *Kommandant* se ha quedado mudo. Baja su copa y empieza a aplaudir. No cabe en sí de la sorpresa ante esta joven dotada que está en su salón y a quien le han llevado como un perro callejero, con una mochila sucia y un rostro que se parece al de un zorro.

Elodie no levanta la mirada de inmediato. De haberlo hecho, se habría percatado de la segunda figura que acaba de entrar en la habitación.

Angelo ha llegado para administrarle la inyección al *Kommandant* antes de volver a casa y junto a ella. Está de pie en el umbral del salón, azorado por la belleza de la música de Elodie, oculta hasta ese instante.

Antes de que pueda pronunciar palabra, la voz del *Kommandant* llena el aire.

—Pero ¡qué talento tiene su prima, *dottore*! Sabiendo lo mucho que adoro la música, ¿cómo es posible que la haya mantenido en secreto?

Angelo está de pie en el umbral y ve que Elodie levanta la cabeza junto al mástil del chelo. Por un instante, los párpados de ella permanecen entrecerrados, como si estuviera despertando de un largo sueño. Cuando al fin los abre, su mirada inunda el corazón de Angelo, como si este estuviese viendo su verdadera esencia por primera vez.

Advierte la mochila junto a la pata de la silla, y logra interpretar a Elodie con mayor claridad que antes. No le importa qué dificultades la han llevado hasta Portofino, ni lo que ha provocado que abandonara la seguridad de su hogar con tanta premura; hará lo que esté en su poder para salvarla.

—*Kommandant* —exclama mientras entra en la habitación. Sus dedos se aprietan en torno a la manija de su estuche médico—. No sabe el gusto que me da que haya podido escuchar tocar a Anna. Quería mencionárselo desde hace tiempo. Ha sido un orgullo para la familia durante muchos años. ¿No le ha parecido maravillosa?

—Sin duda que lo es —declara el *Kommandant*—. Una verdadera virtuosa. Tan inesperada en esta remota esquina del mundo.

—¿Acaso no es propio de la naturaleza de Portofino guardar su belleza para solo unos cuantos?

El *Kommandant* asiente. Acaba de empezar otro juego de ajedrez; esta vez entre los dos hombres. Uno con un arma en su escritorio, el otro con un maletín de cuero lleno de jeringas y pastillas.

—En efecto. Qué afortunados somos aquí en comparación con el resto de Italia. Nadie nos está bombardeando, mientras que Milán y Salerno arden. Su prima tuvo que viajar una enorme distancia para llegar hasta aquí, y solo porque no podía dormir con el aullido de las sirenas de Venecia.

Angelo se aventura a echar un vistazo a Elodie, quien parece congelada. Sus brazos mantienen el chelo contra su vientre, como una armadura.

—Es terrible no poder dormir, como usted bien sabe, *Herr Kommandant*.

—Sí. Le he contado a Anna que compartimos la misma aflicción. Tenemos mucho en común, ella y yo... Música, problemas para dormir y un deseo de que nos dejen en paz.

El maletín de Angelo contiene su única fuente de poder. La jeringa y aguja que puede utilizar sin que el *Kommandant* sienta dolor alguno, y las pastillas blancas de Nembutal, que le permiten dormir.

Se acerca más a Elodie y al *Kommandant*. Mira a Elodie y sus ojos la tranquilizan con una breve mirada. Deja su maletín sobre la larga mesa de madera y lo abre, el chasquido de su cerrojo de metal invade el entorno como una nota solitaria y contundente.

—Su insulina, *Kommandant*. No debo administrársela demasiado tarde.

El *Kommandant* camina hasta la silla y se remanga un brazo de la camisa. De manera repentina, su autoridad cede ante Angelo, quien limpia el bíceps del hombre con una torunda

remojada en alcohol. Mete la jeringa en la ampolla de cristal y tira del émbolo.

—Otro artista en la familia —dice el *Kommandant* al bajarse la manga de nuevo—. No he sentido nada.

—¿Y cómo está durmiendo? —pregunta Angelo mientras hurga en el interior del maletín. Elodie oye el leve sonido de los frascos de pastillas. Una tentación. Le parecen como campanas de viento—. Con gusto seguiré ayudándolo con su problema —comenta mientras saca unas cuantas pastillas y las coloca dentro de un frasco vacío. Por prudencia, no deja demasiadas. Quiere mantener al *Kommandant* necesitado de más. Necesita preservar su acuerdo. Necesita protegerse. Y, más que nada, necesita proteger a Elodie. El arreglo que tienen él y el *Kommandant*, de modo muy similar al chelo que ella ahora sostiene contra su vientre, es una especie de escudo.

PORTOFINO, ITALIA

DICIEMBRE DE 1943

El *Kommandant* les dice que se vayan a casa.

—No tengo necesidad alguna de escuchar historias de guerra sobre Venecia, Anna —le indica—. Ni de ningún otro sitio. Pero no creas que no vas a volver a tocar para mí. Ahora tú también eres mi secreto.

Entre los dos existe un acuerdo que no requiere de conversación adicional. Los ojos del *Kommandant* comunican este acuerdo a Angelo.

—Llévesela a casa, *dottore*. Nos veremos mañana.

Elodie guarda el chelo en silencio y lo devuelve, dentro de su estuche, al rincón. Angelo la espera en los escalones que llevan al pasillo. Cuando Elodie se acerca con la mochila a la espalda, él la toma de la mano.

Jamás se han tocado antes y la sensación de los dedos de Angelo alrededor de los suyos es como una promesa. Elodie ya no se siente sola, ya no tiene miedo.

Tomados de la mano, empiezan a subir por la colina hacia su casa. Esta vez, cuando él le pregunta si puede llevarle la mochila, ella se la quita y se la da sin reserva alguna. Cuando llegan al arco de entrada, es Elodie quien levanta las enredaderas para que Angelo pueda atravesar la pesada puerta verde con facilidad. Entran a la casa en silencio, sus movimientos son los de una pareja que acaba de regresar de un largo viaje y que se siente agradecida de estar de vuelta en casa.

Angelo baja la mochila y coloca su maletín sobre una silla.

Elodie ya está en la cocina, pelando una naranja. Él toma una jarra y la llena de agua. La lleva al salón mientras ella sirve un plato con gajos de naranja sobre una de las mesas y vuelve con dos vasos para el agua.

—Siéntate —le dice ella delicadamente.

Él se deja caer sobre el viejo sofá. Sus ojos son del azul de los de una gaviota. Su boca es suave, como el borde de una concha.

—Necesito contarte una historia —le confiesa mientras ella, también, toma asiento.

Él la mira a los ojos.

—Llevo tiempo esperándola —responde, y, al fin, estas palabras la liberan.

Elodie empieza con lentitud.

—Esta no es una historia como las de tus novelas —aclara—. Ni es tan bella como la poesía que me leíste ayer y que entibiaba el aire mismo. Es una historia llena de dolor y que hará que se te enfríe la sangre.

Él se le queda mirando. Está lleno de asombro; la música que ella ha tocado una hora antes permanece en sus oídos.

—Anna —le dice—, estoy feliz de que estés aquí. Sin importar lo que me digas, quiero que sepas que siempre te daré refugio. Estás segura conmigo.

Ella se pregunta si es ese el brote inicial del amor, el abrazo de la protección. Lo siente como un manto de calidez que envuelve su cuerpo y la penetra hasta los huesos.

—Eres tan amable...

Pero contiene la respiración sin terminar de creerlo del todo. Pronto sabrá la verdad, que ella no es Anna Zorzetto, sino Elodie Bertolotti. Estudiante de chelo de Verona, *staffetta* para la Resistencia y mujer embarazada cuyo amante, ni siquiera su marido, murió en el Monte Comune.

—Cuando llegué, dijiste que me escogiste de entre la multitud porque era la que parecía más asustada.

Su voz tiembla y dobla las manos como una paloma sobre su vientre. Sus ojos se levantan del suelo hasta llegar a los de Angelo.

—Hace dos meses abandoné Venecia después de decirle a mi madre que había alguien en Génova que necesitaba mi ayuda. Me rogó que no me marchara y me dijo que era demasiado peligroso que viajara. El sonido de las sirenas ya era ensordecedor y cada noche dormíamos con el temor de que nos cayera una bomba encima.

Su corazón corre desbocado en su interior. Vuelve a ver a Angelo, que no ha apartado la mirada de su rostro.

—Unos meses antes, me había enamorado de un hombre en Verona. Él amaba los libros, como tú, y con él comuniqué varios mensajes en clave para la Resistencia —sigue, su voz apenas más fuerte que un susurro—. Lo hacía a través de la música, cuando tocaba mi chelo. Y una noche cometí un error que quizá haya causado que se perdieran varias vidas.

Respira hondo.

—En cuanto al hombre que amaba los libros..., yo escuchaba música en el latido de su corazón y cobraba vida con solo el roce de su mano. Lo amaba de una manera que era completamente nueva y descubrí una parte de mí que no sabía que existía... Y después, un día, en

las montañas, mientras nos ocultábamos con los partisanos después de haber luchado juntos en la piazza delle Poste, lo acribilló una banda de alemanes.

Al recordar la violencia de la muerte de Luca, la luz en los ojos de Elodie se hunde en las penumbras. Para Angelo es como contemplar un eclipse.

Este permanece en silencio mientras escucha su confesión, sin interrumpirla ni una sola vez. Son incontables las veces en que se ha sentado junto a quienes están a punto de morir, en especial mientras permaneció en el ejército en Etiopía, antes de que pudiera llegar un sacerdote a administrarles la extremaunción, y sus pacientes le recitaban justo aquello que más agobiaba su alma. Las palabras de Elodie salen en un torrente similar.

—*Carissima* —suelta al fin, interrumpiéndola—. No necesitas hacerte esto. —Se acerca a ella—. Y mucho menos para mi beneficio. Te ofrecí refugio porque intuí que lo necesitabas y porque mi propio corazón está abrumado de dolor...

Sus pálidos ojos son como ostras, desconchados y crudos.

—Anna, has llenado los espacios vacíos de mi hogar. No tienes ni idea de lo agradecido que estoy de que te encuentres aquí.

Ella levanta una mano, como para impedirle decir más palabras amables.

—Angelo, no soy Anna... Mi nombre es Elodie Bertolotti. Mi carné es falso.

—¿De verdad te pensabas que creía que en realidad te llamabas Anna, *carissima*? Por favor. Cada vez que brotaba de mis labios, tu rostro se llenaba de sorpresa. —Ríe un poco—. Lo único que me ha sorprendido por completo ha sido tu talento con el chelo. Eso sí que no me lo esperaba.

Su falta de asombro la sorprende, pero ahora no puede detenerse hasta acabar de revelarle todo lo que le ha ocultado.

—Hay algo más. —Se interrumpe con seriedad y vuelve a respirar profundo—. Lo que no sabes es que no solo salvaste a una persona en el puerto ese día. Salvaste a dos.

Desdobla las manos y usa sus dedos para estirar la tela de su blusa sobre su vientre.

—Estoy de casi cuatro meses.

Lo mira a los ojos, que están húmedos de la emoción.

—Siento no habértelo dicho antes. Le prometí a Vanna que te lo diría antes de la Navidad. —Vuelve a contemplar su vientre—. Es una de las razones por las que he tratado de marcharme hoy. No quería provocar un escándalo en el pueblo y mancillar tu buena reputación cuando el embarazo se haga más evidente.

Su voz empieza a temblar y se esfuerza por sacar las palabras de su interior.

Angelo quiere hablar, pero sus palabras también se le atorán en la garganta. ¿Acaso no comprende que también lo salvó a él? ¿Que reparó partes de su corazón que creía que estaban irremediablemente rotas, como un cristal hecho añicos?

¿Acaso no se daba cuenta de que estaba empezando a restaurarlo? ¿Que sus sonidos lo consolaban? El eco de sus pisadas en el suelo de baldosas. El agua cuando preparaba su baño. El

roce de sus dedos al pasar las páginas de algún libro. Su respiración. Su risa, cuando consentía que se le escapara del interior. Le había permitido sentirse vivo por primera vez en años. Le había ofrecido luz y aire.

—Elodie...

Angelo dice su nombre real por primera vez. Vuela por el aire, puro y singular. Una verdad.

—Me has dado tanto desde que llegué —sigue ella—. Me permitiste recobrar mis fuerzas y reconciliarme con todo lo que acababa de perder. —Sus dedos se aferran al borde del sillón y vuelve a inspirar hondo—. Me has dado espacio para respirar. Para recuperarme. Para acostumbrarme a esta nueva criatura que ahora crece dentro de mí.

—Lo hice porque pude intuir tu bondad... —señala él—. Y me fue fácil corresponder a ella.

Angelo no esperaba que su mano viajara hasta la de ella, pero pronto se encuentra acercándose más. Coloca una mano sobre la de Elodie, y sobre la criatura que está en su vientre, que ahora yace protegida por los dos.

Ella percibe la mano que coloca sobre la suya como una especie de manto, como algo que puede protegerla de cualquier mal.

Hay un intercambio silencioso entre ellos cuando sus ojos se unen y ellos se tocan. Bajo su mano, Angelo siente la vida que crece justo debajo de la piel de Elodie. Lo impacta de manera profunda y siente que es como una herida que se descubre y a la que al fin se le permite recibir el roce del aire.

—Jamás sabrás lo bella que me pareces en este instante.

Elodie siente que se convierte en agua. Que sus huesos se disuelven, que las aristas de su corazón se suavizan como un cristal de mar.

Ambos rostros flotan uno frente al otro por unos instantes.

Angelo no la besa primero. En lugar de ello, espera a sentir que las manos de Elodie toman su rostro y lo acercan tanto al de ella que puede inhalar su aliento como si se tratara de vapor. Ella nota el llanto que surge de su interior. El esfuerzo por mantener sus secretos le ha robado gran parte de su energía y ahora, al no tenerlos más, su corazón se abre. Siente pérdida y esperanza a la vez. Ve la imagen de Luca que resplandece frente a sus ojos y, después, vuelve a encontrarse a sí misma bajo el tacto de las manos de Angelo.

Él la besa con suavidad y con sumo cuidado. Le acaricia la mejilla y el borde de la oreja. Y cuando la besa, ella se siente ingravida. Su deseo de ser amada de nuevo y su felicidad al deshacerse de sus secretos la hacen sentir como si pudiera levantar el vuelo.

Elodie coloca los dedos de Angelo sobre los botones de su blusa y lo ayuda a desabrocharlos.

Él toma sus senos y rastrea cada curva y cada llanura. El cuerpo de esta muchacha está tan

lleno de vida que, entre sus brazos, siente que las partes de él que estaban rotas empiezan a repararse.

Quiere hacerle el amor de manera adecuada, sobre una cama, pero sabe que su propia habitación, llena de las cartas de su esposa finada sobre las paredes, no es una opción. De modo que toma los cojines del sofá y acomoda uno tras la espalda de Elodie, abriéndola suavemente, como las flores de su jardín, su cabello tan sedoso como las plumas de un ave en sus manos.

Cuando la blusa se abre para revelar su vientre, pequeño y tenso, Angelo siente que el cuerpo se le paraliza ante la simple belleza de esta mujer. Su piel brilla, casi opalescentemente. Percibe la firmeza de sus pezones; el embarazo los ha vuelto oscuros como castañas y nota que su textura se pone rígida cuando recorre su lengua sobre ellos.

Espera antes de penetrarla: no quiere apresurarse. Se siente más que agradecido por la sola posibilidad de tenerla entre sus brazos, pero ella lo envuelve firmemente con las piernas y él se encuentra viajando a profundidades inesperadas, el poder de su unión impactándolos a los dos hasta su mismísimo centro.

Cuando Elodie despierta a la mañana siguiente, descubre que está en su propia habitación, su cuerpo tibio bajo las mantas y una flor junto a la cama.

Trata de escuchar algún sonido, pero no oye nada más que el canto de los grillos.

Cuando sus ojos logran enfocarse, ve a Angelo de pie en el umbral, sonriente y vestido.

—¿Cómo has dormido? —pregunta él.

—Casi no me di cuenta cuando me llevaste hasta la cama —responde—. Así de profundamente he dormido. No me ha hecho falta ninguna pastilla.

Él sonríe y Elodie vuelve a sentir que la recorre una oleada de calidez.

—Espero que tú hayas dormido igual de bien.

—No he dormido nada, pero de todos modos sí que he soñado... Sueños preciosos, casi como visiones.

Elodie se retira las colchas de las piernas. Estira la mano para encontrar su ropa. Aunque no se ha peinado y falta que se lave el rostro, su resplandor casi ciega a Angelo.

Cuando camina hacia él, queda impactado de lo diferente que ahora parece. Se mueve como si no pesara nada; al fin ha dejado de lado su armadura protectora.

En la sala, Angelo busca su propio ejemplar de *El principito* entre los montones de libros y recuerdos que ha guardado a lo largo de los años. De repente tiene el deseo de leerle a Elodie mientras la acurruca entre los brazos.

Canturrea al tiempo que lo busca y sonríe cuando al fin encuentra el ejemplar con su familiar portada de las aves migratorias y el pequeño aferrado a los hilos.

—Así que tenemos dos ejemplares en esta casa —comenta Elodie con una sonrisa cuando él se sienta junto a ella en el sofá.

—Sí —afirma él mientras sus dedos tocan la portada con delicadeza—. Es un libro muy especial.

—Y pensar que se escribió para un niño... —comenta ella. Luego apoya la cabeza sobre el hombro de Angelo y cierra los ojos.

—El otro día, mientras te leía algunos de los pasajes, empecé a descubrir cosas en la historia de las que no había sido consciente la primera vez que lo había leído. —Angelo toma una de sus manos y besa cada dedo—. Oculta muchísimas cosas para ser un libro tan breve.

Con la cabeza todavía apoyada contra el pecho de su amado, Elodie siente el cambio en el ritmo de su corazón. Se ha acelerado.

—Sí —suspira—. Si has perdido a alguien a quien amas, ese mensaje de amor que sigue existiendo, aunque no pueda verse ni tocarse, hace que el dolor se vuelva casi tolerable.

Sus dedos aprietan los de Angelo. Regresa a ella el recuerdo de las últimas palabras de Luca: que estaría sonriéndole incluso «desde más allá de las estrellas». Siempre se ha preguntado si él habría previsto su propia muerte aquel día.

—En muchos sentidos, es como una guía —dice ella, y siente un nudo en la garganta, como si se hubiera tragado una piedra—. Sobre la manera de sobrevivir después de una pérdida que te rompe el corazón.

Siente que los pensamientos de Angelo se alejan. Sospecha que es el recuerdo de Dalia, que también vuelve a él. Ella cierra los ojos y abre su corazón.

Siente el torso de Angelo debajo de ella y estira una mano para entrelazar sus dedos con los de él.

Angelo se toma algunos segundos para ordenar sus pensamientos y empieza a hablar:

—De la misma manera en que tú me contaste tu historia anoche, creo que es importante que conozcas la mía.

Ella lo mira y asiente. Aunque Vanna le ha relatado pequeños fragmentos de su vida anterior, sabe que es importante conocer la historia de Angelo directamente de sus labios.

—Así como tú te enamoraste de un muchacho que amaba los libros, yo me enamoré de una muchacha a la que le enseñé a leer. Una tarde la vi caminando con una cesta de limones y una gardenia en el cabello, y esa imagen me robó el corazón.

»Se convirtió en mi esposa. —Angelo respiró hondo—. Murió cuando me encontraba a un continente de distancia, en África. Murió ella y murió nuestro bebé. Los enterraron en el pequeño cementerio detrás de la iglesia de San Giorgio antes de que pudiera regresar a casa.

Empieza a atragantarse con sus palabras. Ella coloca una mano detrás de la cabeza de Angelo para acariciarle el cabello y, luego, la mejilla, hasta que su mano, también, se empapa de su llanto.

—Debería haber estado aquí cuando dio a luz. No debí dejarla sola.

—Su muerte no es tu culpa, como la de Luca no es la mía —lo consuela ella en un susurro.

Angelo estira un brazo para tomarla de la cintura y la sostiene contra sí hasta que recupera el aliento.

—Y pensar que jamás sospechaste que sabía de tu embarazo todo este tiempo. ¿Qué tipo de médico sería si no pudiera reconocer tus síntomas? —le dice con una sonrisa—. Me diste un regalo, Elodie. Me permitiste corregir un mal. Me ofreciste la oportunidad de cuidar de una mujer y de un niño que necesitan de mi protección.

Elodie siente que empieza a temblar. Sabe que lo que le está diciendo es como otro mensaje tomado del libro. Que ella se ha convertido en su rosa.

PORTOFINO, ITALIA

DICIEMBRE DE 1943

Esa tarde, cuando llega Vanna, encuentra a Elodie y a Angelo todavía acurrucados en el sillón en el que han estado desde esa mañana. Aún quedan partes por contar de sus historias, como los hilos de un tapiz sin terminar que es necesario atar.

Angelo ha experimentado la angustia de Elodie como propia cuando le ha descrito la manera en que le robaron su chelo, y cómo el arresto de Lobo la hizo sentir que si regresaba a Venecia pondría en peligro la seguridad de su madre. Estuvo vagando por las calles de Génova durante lo que parecieron horas hasta que, al fin, llegó al enorme puerto de la ciudad. El muelle estaba atestado de todo tipo de navíos. Los más grandes estaban rodeados de soldados alemanes, pero notó que había un cartel que anunciaba unos pocos transbordadores que se dirigían a los pueblos costeros de Liguria y más allá. No estaba pensando con claridad, pero sabía que quería llegar a algún sitio seguro. Rapallo, Portovenere y los demás destinos de los barcos no significaban nada para ella. Había elegido el que se dirigía a Portofino solo por el hecho de que era el primero que iba a salir.

—Al sentarme en el barco, sentí que estaba casi muerta —le explicó—. Acababa de ver a un querido amigo arrastrado con cadenas y, después, el alemán me había robado el chelo...

Angelo miró las manos de Elodie de manera diferente ahora que sabía que eran las de una música. La fuerza y elegancia de sus dedos adquirieron una belleza más profunda, pero, más que cualquier otra cosa, quería iniciar una nueva vida con ella.

—Cuando la guerra termine, te llevaré a ver a tu madre de nuevo —le prometió—, y te encontraremos un chelo nuevo. Pero hasta que eso suceda, debes escribirle para informarle de que estás bien. Cuando el bebé nazca, visitaremos Venecia.

Cuando le habló con tal ternura del niño que llevaba dentro, Elodie oyó una nueva melodía en su interior: una música que, en lugar de ser melancólica, estaba infundida de una nueva esperanza.

Vanna bajó su cesto y miró las manos de ambos, ahora como las raíces de dos árboles que se habían entrelazado.

—He seguido tu consejo, Vanna —dijo Elodie—. Ahora lo sabe todo.

Los ojos de Vanna chispearon.

—Por una vez en la vida, he sido la más inteligente.

Angelo sonrió.

—Así es, y ahora tienes que decirle que no tiene nada que temer de conocer al resto de la familia.

—¡Por supuesto que no! Se sentirán aliviados al ver que la pesadumbre de Angelo se ha disipado. Y tampoco te preocupes por el resto del pueblo. Hay demasiada tristeza generada por la guerra como para que nadie se porte de manera poco generosa con una chica bella y embarazada. Estarán contentos de que el médico de su pueblo tenga una esposa al fin.

—Espero veros a los dos en mi casa mañana, por Nochebuena —declaró Vanna al marcharse—. Os verán como si fueseis un regalo.

Esa noche, Angelo la condujo hasta el cuarto en el que todas las cartas de Dalia llevaban años pegadas a las paredes.

—No puedo traerte a dormir aquí; no me parecería justo —manifestó, estudiando sus ojos—. ¿Y si las pintamos por encima? Hay una lata de pintura en el cobertizo.

—No —respondió ella con suavidad—. Esta es parte de tu historia y debe respetarse.

Elodie no le tenía miedo a la habitación. Por el contrario, la conmovía enormemente. Ella también llevaba el amor de Luca en su interior. Podía recitar cada una de sus palabras como si fueran cartas de amor pegadas sobre su propio corazón.

Si su destino era quedarse aquí con Angelo y construir una vida con él y el hijo de Luca, los restos de sus vidas pasadas necesitaban respetarse, no eliminarse.

Permaneció en silencio por unos momentos y, después, empezó a moverse por la casa. Por las ventanas, la luz de la luna entraba a raudales mientras Elodie trabajaba en la cocina, donde bajó un recipiente con harina que empezó a mezclar con agua para hacer engrudo.

En un cajón encontró una brocha vieja, que puso en su bolsillo, y después fue hasta la pequeña habitación en la que había dormido durante los últimos dos meses. Allí encontró la atesorada partitura y su ejemplar de *El principito*.

Angelo la miró, hechizado, mientras hacía lo que imaginaba que había hecho Dalia años antes. En silencio, Elodie encontró un par de tijeras y empezó a cortar trozos de la partitura, de manera que ahora daba la impresión de haberse convertido en nubes de notas flotantes. Cuando estuvo a punto de cortar su amado libro, Angelo la detuvo y le ofreció su propio ejemplar.

Elodie no pronunció palabra, pero aceptó el libro y mantuvo intacto el de Luca. Tomó las tijeras y empezó a recortar las coloridas acuarelas del principito aterrizando en los distintos planetas, y con su cometa de aves voladoras. Cortó las imágenes de los amigos que conoció a lo largo de su travesía: su amada rosa, el elefante, la serpiente y el zorro. Cortó los mágicos baobabs, los asteroides y las estrellas. Pensó en la criatura que había en su interior y en la manera

en que el bebé podría mirar hacia el techo algún día, y empezó a sonreír cuando las paredes comenzaron a cobrar vida de un momento a otro.

Angelo se conmovió profundamente al verla cortando las imágenes, arrodillada con su bote de engrudo y empapelando las paredes con trocitos de su propia historia, colocándolos con cuidado en los espacios que no estaban cubiertos por las cartas que le había enviado a Dalia. Sintió como si sus recuerdos y su futuro se estuvieran fundiendo en uno.

Después de que terminara de añadir sus propios recortes a las paredes, Elodie se metió junto a Angelo en la cama.

—Ahora dormiremos bajo una historia compartida —afirmó—. Eso es lo correcto.

Angelo tocó el vientre de Elodie y se sintió invadido no solo de calidez, sino también de gratitud, porque la herida de su corazón había sanado al fin.

Y, así, se quedaron dormidos bajo un nuevo dosel creado con hojas de cartas descoloridas, notas flotantes y estrellas de papel.

Nota de la autora y agradecimientos

El jardín italiano tuvo su inicio después de que, durante una cena, escuchara la extraordinaria historia del padre de una amiga. De joven, durante la Segunda Guerra Mundial, el hombre trató de huir a un sitio seguro, donde lo salvó un hombre de pecho amplio y fuerte en un pequeño pueblo de la costa italiana. Al igual que el personaje de Angelo, este desconocido apareció sobre el atestado muelle justo en el momento en que el padre de mi amiga estaba a punto de entregar su carné de identidad falso a un oficial alemán. El hombre gritó: «¡Primo, primo! ¡Llevo la semana entera esperándote!», lo salvó de mayor escrutinio por parte del oficial y, además, le ofreció refugio durante la guerra. Gracias, Judy Goldsmith, por contarme la historia que se convirtió en la génesis de esta novela.

Después de conocer la historia, tuve una visión inmediata de la primera escena de la novela. Me sentí fascinada por el encuentro de dos desconocidos que una tarde, en el muelle, establecen una conexión: una persona que huye con un secreto y una segunda figura que, de manera innata, intuye el profundo temor de la otra. A partir de ahí empecé a imaginar a los dos personajes de *El jardín italiano*: Elodie, una mujer que necesita refugiarse por razones que se especifican a lo largo del libro, y Angelo, el médico torturado que tiene el desesperado deseo de ayudar a otros a causa de su propio pasado trágico.

Durante la mayor parte de mi trayectoria profesional, he incluido los temas de la pintura y las artes en mis novelas. Sin embargo, en esta ocasión, quise escribir acerca de otra forma de arte: la música. No solo quise escribir acerca de cómo un músico experimenta el mundo, sino que quise explorar un elemento más místico: la forma en que, como seres humanos, podemos comunicarnos sin necesidad de palabras. Aunque una buena parte de *El jardín italiano* se centra en el uso de los códigos ocultos por parte de la Resistencia italiana durante la Segunda Guerra Mundial, también explora cómo los humanos nos podemos comunicar con solo nuestros ojos y nuestro lenguaje corporal, lo que nos hace capaces de contar una historia sin pronunciar una sola palabra.

Como en el caso de todas mis demás novelas, muchos de los personajes secundarios del libro se basan en figuras históricas de la vida real. Durante mi primer viaje de investigación a Verona, Katia Galvetto, mi maravillosa intérprete y guía, me llevó a la sinagoga de la ciudad. Fue allí donde observé la placa conmemorativa dedicada a la maestra de escuela transformada en partisana, Rita Rosani, quien lideró a un pequeño escuadrón que luchó en diversas batallas en contra de los alemanes. Aunque una búsqueda exhaustiva por parte de Katia Galvetto no arrojó

gran cantidad de información adicional acerca de Rita Rosani, quise que mis lectores se enteraran de su valor y de su heroica muerte a los veinticuatro años en el Monte Comune, en septiembre de 1944, un año después que en esta novela.

Brigitte Lowenthal, Berto Zampieri y Darno Maffini también fueron figuras históricas que participaron en la Resistencia veronesa. Con la ayuda de Katia Galvetto, pude conocer al académico Vittore Bocchetta, un hombre vivaz de noventa años que trabajó junto con Zampieri y Maffini en la Resistencia veronesa. La novela cobró vida después de esa reunión con el profesor Bocchetta y de las increíbles investigaciones de Katia Galvetto. Más tarde, me enteré de que Brigitte Lowenthal se había casado con Berto Zampieri después de la guerra. No obstante, la familia de Brigitte prefirió tomar pastillas de cianuro antes que permitir que los alemanes los llevaran a los campos de concentración.

La historia de la muerte del personaje de Lena, cegada primero y luego asesinada frente al piso donde vivían sus padres, se inspiró en la tortura y asesinato de la partisana en la vida real Irma Bandiera, sobre quien leí en el libro *200.000 Heroes* de Leon Weckstein, que trata de los partisanos y de la OSS de Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial. El libro está repleto de un sinnúmero de historias fascinantes acerca de los valerosos ciudadanos italianos y de los soldados estadounidenses que lucharon contra los alemanes durante la guerra, y estoy en deuda con el libro por sus aportes a mis investigaciones relacionadas con este fascinante período histórico.

También quiero expresar mi más profundo agradecimiento a la infinidad de personas que me han ayudado a lo largo del camino. Muchos amigos italianos fueron más allá del deber para asegurarse de que el libro resultase históricamente preciso y que, al mismo tiempo, reflejara una imagen realista de la Italia de la guerra. Rita Annunziata de Bellagio, a quienes mis hijos siguen llamando Nonna, me proporcionó información esencial relacionada con cómo vivieron los médicos en Italia durante la Segunda Guerra Mundial. Gracias a su increíble generosidad, Michela Cocchi se reunió conmigo en Boloña y me tradujo la información relacionada con una exposición de la escritora Laura Orvieto, que me dio una perspectiva invaluable acerca de la vida de una chica joven durante la Italia fascista y su descenso final hacia la guerra. Gracias en especial a Emanuela Negri y a Raffaele Coluccino, del Conservatorio de Música de Verona, por ayudarme a comprender la instrucción musical para un joven estudiante del violonchelo durante la guerra; a Deborah Venditti por sus conocimientos acerca del Teatro Bibiena, y a Elena Gatz y Lucia Roditi Formeron por sus esclarecedoras narraciones acerca de la comunidad judía de Verona.

También le debo mucho a Costanza Bertolotti, quien pudo iluminar la experiencia de la Resistencia en Mantua y otros detalles que enriquecieron el texto de manera general. Agradezco también la calidez y apoyo general del conde Gherardo Scapinelli Di Legugigno, quien compartió muchas narraciones sobre la vida de su familia durante la guerra y que con gran amabilidad también me presentó a diversos contactos de enorme utilidad, notablemente con

Vanna y Marini Magrini y la patricia familia veneciana Zorzi, así como la asistencia particular de N. H. Pieralvise Zorzi, quien compartió conmigo muchas de las fotografías e historias de su propia familia que arrojaron mucha luz sobre la Resistencia italiana. También agradezco en especial y desde el fondo de mi corazón a Giovanni Pelizzato, quien en la actualidad es el orgulloso dueño de la librería de su abuelo, La Toletta, de Venecia, y quien, después de contarme historias acerca de la participación de su abuelo en la Resistencia italiana y de describirme la manera en que se utilizaban los libros para el envío de códigos y para almacenar armas, fue la inspiración para el personaje de Luca dentro de la novela. Vivienne Courtney compartió conmigo muchas de sus experiencias iniciales como joven estudiante de chelo y Stewart Wallace me ofreció información de gran utilidad acerca de la composición musical; agradezco también a Tina Josinsky, quien me ayudó con útiles anécdotas de su infancia en Italia durante la guerra. Gracias a Stephen Gordon y a Howard Fox por sus conocimientos musicales y su asistencia en la invención de varios de los códigos musicales que aparecen dentro del libro, y a mi padre, Paul Richman, quien también me ayudó en diferentes cuestiones musicales. Doy las gracias a Charles Goldstein, a la condesa Enrica Rocca, a James Mondex y a su personal en Mondex Corporation, por sus conocimientos y contactos durante las investigaciones iniciales para la presente obra relacionados con las obras de arte robadas por los nazis.

Gracias Antony Currie por su dedicada y cuidadosa edición, que me ha seguido a lo largo de cada proyecto; y a Nikki Koklanaris, por sus conocimientos médicos, retroalimentación editorial general y contactos de utilidad: las doctoras Alice Cootauco y Judith Rossiter. Por ayudarme con mis investigaciones, deseo agradecer a Maryelizabeth Koepele. También quiero extender mi más sincero agradecimiento a aquellos que tuvieron la amabilidad de leer los borradores de esta novela, incluyendo a Marvin Gordon, a mi amigo y compañero autor Martin Fletcher, a Robbin Klein, Victoria Leventhal, Jardine Libaire, Tina Spitz, y a mis padres, Ellen y Paul Richman. Sus atentos comentarios siempre son bienvenidos y constructivos. Y gracias sobre todo a Melanie Lawlessl, quien ofreció a mis hijos un sitio acogedor cuando yo estaba agobiada terminando este libro.

Stephen Gordon, el más dulce de los maridos, santo de todos los santos, y esposo y padre extraordinario que lee cada versión y que está feliz de hacer de caja de resonancia cuando necesito claridad: ni uno solo de mis libros habría sido posible sin ti. Sally Wofford-Girand, maravillosa y servicial agente, tengo que darte las gracias una vez más. Has ayudado a llevar mis libros ante un público de lectores apasionados de todo el mundo y me siento increíblemente agradecida por tu apoyo inicial cuando yo apenas contaba con poco más de veinticinco años. A Sam Fox, gracias especiales por encontrar el título de este libro. Y, por último, un especial agradecimiento a mi editora, Kate Seaver, y al resto del personal de Berkley/Penguin, quienes siempre han trabajado conmigo para crear el mejor libro posible.

El jardín italiano
Alyson Richman

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Garden of Letters*

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Estudio la fe ciega / Domingo Martínez

© Alyson Richman 2011
© por la traducción, Susana Olivaris Bari, 2022
© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2022

© Editorial Planeta, S.A., 2022
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2022

ISBN: 978-84-08-26100-1(epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

